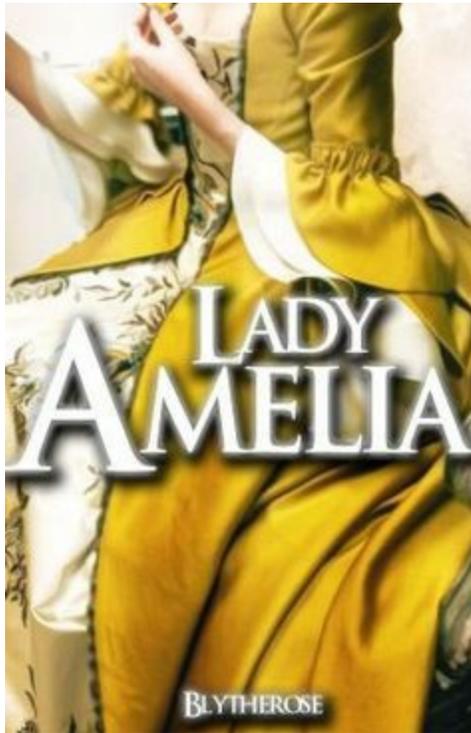


LADY AMELIA

BY:



LADY AMELIA

BY:

LYDIA C RAMIREZ

BLYTHEROSE

Sinopsis

En el Londres del siglo XIX, lady Amelia Philips sufre por el amor no correspondido del duque de Pendleton, además de tener que lidiar con su insoportable madre, se enfrenta al repudio social por culpa de su hermano mayor. Entonces ante ella se abre la oportunidad de salir de ese infierno de la mano del joven heredero Robert Bradford. ¿Podrá Amelia

conseguir al fin el amor de William? ¿O deberá rendirse?

Él no quería casarse y ella había nacido para hacerlo.

Prólogo

No quería dejar a su hermana sola, era normal después de lo que había ocurrido, por eso ella se había dicho que no se separaría de él en toda la fiesta. Se formó un pequeño tumulto en la entrada del salón, Amelia se puso de puntillas intentando mirar por encima de las demás personas que ocupaban el gran salón.

—Parece que ha llegado alguien más, voy a ver...— dijo la muchacha comenzando a

caminar, creyendo que su hermana iba tras ella.

Se acercó a la entrada donde se encontraba su madre dando la bienvenida a los recién llegados, se giró para hablar con su hermana, pero esta no estaba junto a ella, se fijó en la multitud y la vio apartarse hacia la ventana, la llamó para que se acercara pero no se dio cuenta, ella se giró a mirar a los dos hombres que acababan de entrar para observarles antes de que la vieran, ambos eran altos y fuertes, uno de ellos era moreno de ojos azules, parecía tener una pose un defensiva mientras hablaba con su madre; al fijarse en el otro hombre su corazón empezó a latir rápidamente, lo conocía de vista, lo había visto varias veces en otras fiestas, pero nunca se lo habían presentado, era pelirrojo oscuro con los ojos color café y parecía aburrido, Amelia se armó de valor y se acercó a él, decidida a conocerle, aunque luego la regañara su madre, ya que una señorita nunca debe

presentarse sola, pero en esos momentos no lo pensó.

—Buenas noches, cabaleros- les saludó la joven mirando atentamente a William— Lady

Amelia Philips- se presentó alargando la mano en dirección a este.

—William Ramsey, Duque de Pendleton— se presentó a su vez William mientras besaba la

mano de la joven.

Capítulo 1

1849, Paddington Street, Londres, Inglaterra.

Lady Amelia Josephine Philips, cuarta hija del desaparecido VII Conde de Mawsdley y

hermana menor del actual Conde de Mawsdley, observaba atentamente pasar a la gente

ante la ventana del salón, hermosas damas que paseaban del brazo de sus pretendientes y en muchos casos prometidos ya, cuyas vidas parecían encauzarse hacia el mismo lugar,

mientras ella comenzaba a asumir que su destino era verlo pasar.

Había habido un tiempo en el que ella se había imaginado haciendo eso mismo, pero la vida poco a poco había hecho desaparecer esa posibilidad.

No había nadie que fuera como él, su corazón tenía dueño pero este no lo quería, la habían rechazado, prefería ver la vida pasar en esas condiciones, pero quería ser libre. Y él ni siquiera se acordaba de ella, eso era lo más duro de todo, porque sabía que él era asiduo a las fiestas y banquetes, probablemente no había notado su falta, ya que solo la veía como una jovencita casadera más, tenía su mente ocupada con Dorothy Leblanc y mientras ella

se pudría en aquel a casa, sin expectativas de poder salir.

Como duele el amor no correspondido, el a debía vivir con ese dolor si quería salir adelante, no podía dejarse vencer, había gente que dependía de que el a se mantuviera entera.

Nunca estaría con el amor de su vida, pero tampoco quería que su existencia se redujera a servir a su madre.

Su madre... Entre esa mujer y su hijo había destruido a su familia, hacía meses que no sabían nada de Richard, no tenían ni siquiera criados, la única que se había quedado era Bertha, la casa se caía a pedazos y su madre únicamente bebía.

Agradecía que Sophia al menos hubiera tenido la suerte de salir de ese infierno, el a vivía en el campo junto a su marido, Stephen Rutterford y su hija. Sabía que su hermana mayor se sentía culpable por su situación, pero no podía hacer nada, madre mandaba y mientras

lo hiciera todo continuaría igual, parecía que le guardaba una especie de luto a Richard cuando este ni siquiera había muerto... Aunque el a deseaba firmemente que sucediera.

Los hijos Phil ips parecían condenados, al menos Sophia se había librado de la maldición, aunque siendo justa el a lo merecía, después de todo lo que había sufrido no merecía pasar también por el escarnio público como el as, aunque sabía que el a lo pasaba mal por su situación no podía hacer nada... Caroline se había negado a aceptar la ayuda de Stephen por motivos que solo el a conocía y para colmo ni siquiera las dejaba hablar con su hermana, hacía meses que no sabían nada de el a.

Tenía claro que debía salir de al í junto a Anne, tenían que escapar, pero sin posibilidad para el matrimonio esa hazaña era imposible.

Amelia suspiró recordando a Wil iam de nuevo, si al menos él la amara tanto como el a a él, todo sería más fácil, pero él prefería compañía mucho más experimentada que el a y debía comenzar a asumirlo, no podía pasar la vida al í sentada, esperando a que él se diera cuenta de el a era la mujer de su vida.

Sintió como una lágrima caía por su mejilla, ni siquiera se había dado cuenta de que había comenzado a llorar, estaba demasiado melancólica quizá... Se acercaba la primavera y con

ella al comienzo de la presentación en sociedad, hubiera sido el momento idóneo, si no hubiera sido por la desgracia de su familia.

—¿Amelia?— ella se giró al escuchar la voz de su cuñada desde la puerta.

Lady Katherine Dawson, Condesa consorte de Mawsdley era una hermosa rubia de ojos

claros que estaba casada con su hermano Richard, hacía bastante poco que habían

comenzado a conocerse, ella siempre le había producido cierta reserva, nunca le había dado la oportunidad de conocerla hasta hacía unos meses, cuando las ayudó para poder

comunicarse con su hermana mayor, desde entonces Katherine había cuidado de ella y de

su hermana Anne, había sido la única capaz de plantarle cara a lady Mawsdley, algo de lo que nunca la habría creído capaz.

—¿Podemos hablar?— preguntó ella con una carta en la mano, Amelia asintió — No sé

cómo decirte esto, pero... Acabo de recibir una nota de mi madre... Dice que debo regresar con ellos pero les escribiré negándome, no puedo dejarlos aquí solos- le explicó

mostrándole la carta.

Al parecer el padre de Katherine estaba enfermo y quería que ella y el pequeño Mark pasaran una temporada con ellos, Amelia podía leer entre líneas que aquello significaba

que la familia de Katherine quería alejarla de los chismes, era comprensible...

El a no quería que se fuera, pero no podía obligarla a quedarse.

—No puedes hacer eso, Kat, tienes que ir, tu padre te necesita, nosotras estaremos bien—

le dijo Amelia sabiendo que era lo mejor, ya que era preferible alejar a Mark de su alcohólica abuela.

—Pero no puedo hacer eso, quedaríais a merced de... el a— insistió Katherine negando con la cabeza.

—Mark no puede criarse junto a esa mujer, Kat y nosotras no podemos salir si no es del brazo de nuestro... marido, pero tú sí puedes y debes hacerlo— le dijo Amelia cogiéndola del brazo.

—Me aterra volver al í, Amelia, hace años que no voy y no tengo gratos recuerdos- musitó la condesa agachando la mirada— Hay algo que no sabes y...

Amelia la miraba confusa, no era la primera vez que Katherine hacia ese tipo de

insinuaciones.

—Me lo contarás cuando nos veamos de nuevo... Huye tú que puedes, si tuviera la

oportunidad yo misma agarraría a Annie de la mano y no miraría atrás.

—Pero no puedes hacerte cargo de esto tu sola.

—Me las ingeniaré... Anne es mi responsabilidad y Mark la tuya... Además, tengo un plan-mintió Amelia para convencerla— Te irás mañana.

Katherine asintió sin estar convencida del todo, pero no podía hacer otra cosa, Amelia tenía razón, en realidad aquel a casa no era el lugar para ninguno de los cuatro, pero el a podía sacar a su hijo de al í, lamentablemente sus cuñadas estaban en manos de su madre y eso lo hacía todo más complicado.

Amelia abrazó a su cuñada, rezando para que se le ocurriera pronto un plan de verdad, cualquiera le valdría, pero le evaba meses pensando y aun no tenía nada, muy a su pesar sospechaba que no tendría uno jamás.

Amelia no dejaba de pensar, algo que evitaba que pudiera dormirse, ella siempre había sido la impulsiva de la familia y sin embargo se encontraba en una situación tan delicada que un simple movimiento podría hacerla caer y no solo a ella, a Anne también.

Cerró los ojos fuertemente para evitar echarse a llorar, porque eso no servía de nada, lo había hecho muchas noches y solo había conseguido un fuerte dolor de cabeza al día

siguiente, sintió la puerta de su habitación abrirse, luego alguien entró y se subió a la cama con ella.

—¿No puedes dormir?— le preguntó Amelia a su hermana menor, haciéndole un hueco.

—No, madre no hace más que gritar... Además hoy hace un año que Jon se marchó...—

susurró Annie con voz temblorosa.

Amelia suspiró, abrazando a su hermana, hacía algunos meses que había conseguido

saber quién era el amigo de Anne, que en un principio creyó que era imaginario, pero finalmente consiguió hacerla confesar, su hermana había estado en compañía de un

hombre sin que nadie en la casa lo supiera, podía haberle hecho daño y sin embargo nadie se habría percatado, esto también influía en el hecho de que Amelia estuviera tan

preocupada por su hermana, en el pasado no había cuidado bien de ella, no volvería a suceder y ahora tenía que tener más cuidado con ella, ya que como

le había dicho

Katherine ahora estaban solas...

Capítulo 2

A su alrededor se congregaban unas diez personas entre los que predominaban los

hombres casados que disfrutaban de los placeres proporcionados por las amigas de

Dorothy, él mismo había disfrutado de esos juegos que ocurría en las fiestas, pero se le antojaba aburrido.

En realidad, hacía ya unos meses que cualquier cosa que tuviera que ver con Dorothy le parecía de los más tedioso, no quería estar con el a, ni siquiera le gustaba, pero era un hombre y tenía sus necesidades y Dorothy siempre estaba dispuesta a satisfacerlo, la

verdad era una especie de acuerdo que le beneficiaba, pero no le gustaba el a, había

comenzado a aborrecer su compañía y hacía semanas que no la visitaba, había asistido a esa fiesta con la idea de decirle que no volvería a buscarla, le parecía más honrado decírselo a la cara y aguantar una escena, pero al menos se desharía de el a.

Era preferible pasar unas semanas de celibato hasta que encontrara otra mujer que le

gustara que fuera más refrescante que el a.

Sospechaba que le problema era que Dorothy había comenzado a verlo como algo de su

propiedad y él no sería jamás subyugado por ninguna mujer, era feliz soltero, la única que le atosigaba con el tema del matrimonio era su madre, pero como vivía en el campo debido al su estado delicado de salud, podía huir de el a

cuando se encontraba muy agobiado ante su insistencia, además de que si pensara casarse Dorothy sería la última mujer que le

presentaría a su madre, porque la odiaría al instante, pero quizá alguien como lady Amelia Philips... Sacudió la cabeza contrariado, no entendía a que se debía ese pensamiento, pero no le prestaría mucha atención.

Lamentaba que su apellido desapareciera con él, pero no lo suficiente.

—Wil iam, estas muy serio y tenso— susurró Dorothy apareciendo junto a él y agarrándolo del brazo- Podría relajarte... Sabes que soy muy buena en eso— musitó junto a su oído.

—¿Podemos hablar en privado?— le preguntó Wil iam seriamente apartando los brazos de

la mujer de sí.

—Claro, podemos ir a mi habitación— ofreció la mujer sin comprender la actitud de Wil iam, pero algo le decía que lo que quisiera decirle no le iba a gustar.

Ambos subieron las grandes escaleras sin que los demás invitados se dieran cuenta, ya que estaban demasiado pendientes en sus propios placeres.

Entraron en la habitación y la mujer cerró la puerta.

—Qué pasa, estás muy raro desde hace semanas— dijo Dorothy con voz dura.

—Dorothy tenemos que dejar de vernos— dijo el duque sin más preámbulos.

—¿Cómo?— preguntó como si fuera incapaz de asimilarlo— No, no, no... Ya has dicho

antes eso y siempre vuelves a mí.

—Esta vez no— dijo Wil iam, convencido de que hacía lo correcto.

—Pero no puede ser... ¿Es porque te vas a casar?— preguntó la mujer

desesperada.

—No, simplemente no quiero utilizarte, Dorothy y lamentablemente ya no me une a ti ningún lazo afectivo— Wil iam comenzaba a sentirse mal, pero era lo mejor.

—¿Cómo puedes decirme eso? ¡Yo te amo, Wil iam! No puedes dejarme así— Dorothy veía

que se le escapaba de las manos y recurrió al llanto, mientras se arrodillaba ante él, abrazándole las piernas.

—Dorothy, por favor, ya basta,— le pidió Wil iam haciéndola ponerse en pie, sintiéndose

avergonzado- Sabías que llegaría a su fin, solo lo hemos alargado demasiado, debí decir esto hace meses.

—No digas eso, por favor, dame otra oportunidad, yo...— comenzó a decir la mujer,

sintiendo como la rabia comenzaba a crecer dentro de ella.

Wil iam había intentado dejarla varias veces pero siempre volvía, sin embargo algo le decía que esta vez era definitiva.

—Lo lamento de verdad, Dorothy, te deseo lo mejor— se despidió saliendo de la habitación.

Wil iam sabía que había sido demasiado frío con ella, pero era lo mejor. Bajó las escaleras y salió de la casa, dejando esa parte de su vida atrás, era demasiado viejo para esas juergas, debía comenzar a pensar en tener una querida, sería más cómodo.

Amelia intentaba no llorar mientras se despedían de Katherine y el pequeño Mark, porque Annie lloraba por las dos, sabía que era lo mejor pero no evitaba que le doliera. Katherine se había convertido en una persona muy

importante en sus vidas en los últimos días.

Caroline ni siquiera se había dignado a bajar, cada día estaba más segura de que la mujer estaba completamente loca y eso la hacía mucho más peligrosa.

No sabía cómo iba a ser la vida ahora con las cuatro solas en aquel enorme mansión...

Sin posibilidad alguna de escapar.

Ambas hermanas veían desaparecer el coche que se llevaba a Katherine y su bebé lejos de allí, junto a gente que la quería.

—Todo el mundo se marcha, Mel y... Es la segunda vez que vemos un carruaje desaparecer y nosotras seguimos aquí- suspiró Anne tristemente— Tú también te irás y me quedaré

sola.

Amelia se agachó junto a su hermana y le colocó un mechón que se había salido de la trenza.

—Nunca, cielo, te prometo que la próxima vez que salga un coche de aquí iremos las dos en el interior... — afirmó Amelia segura de sus palabras, porque no había otra forma de que ella saliera de allí, si algún día esto ocurría.

Anne abrazó a su hermana mayor, mientras en el interior de la casa comenzaban a

escucharse los gritos de su madre pidiendo más vino.

—¿Me ayudas a tender la ropa?— le preguntó Amelia a su hermana pequeña, para

conseguir que olvidara algo de su pena durante unos momentos.

La niña asintió y ambas fueron a la cocina a por el cesto de la ropa recién lavada para tenderla en el jardín.

Estaban a punto de terminar cuando salió Bertha a l amarlas:

—Amelia, tienes una visita, es lady Pamela Hays— comunicó la criada.

Amelia sonrió alegre, era la primera buena noticia de recibía en días, Pamela era su mejor amiga de siempre y la única que iba a visitarla sin temor a que la criticaran, se había

mantenido fiel a el a, por lo que nada más escuchar la noticia de Bertha, fue junto a Anne hacia el salón.

Cuando l egaron a la entrada encontraron a lady Pamela, ambas amigas se abrazaron

efusivamente, Anne también la saludó pero se aburría con las conversaciones y prefirió irse a jugar a su habitación.

—Qué pena, pensé que me daría tiempo a l egar y despedirme de lady Katherine— se

quejó la joven quitándose los guantes y dejándolos sobre la mesil a.

El aspecto de lady Pamela era mucho mejor que el a dos chicas, era una elegante pelirroja con los ojos color claro y aspecto angelical, traía puesto un vestido color verde agua con pequeños adornos con encaje de seda blanco; aunque las tres pertenecían al mismo status social, los vestidos que ahora l evaban las jóvenes Philips distaban mucho de los que

vestían antaño, parecían más criadas que damas y era algo que a Pamela la apenaba de verdad, porque apreciaba mucho a Amelia y sus hermanas, era horroroso verse en una

situación así por culpa de su hermano y su madre y más injusto que no pudieran poner remedio a esa situación.

—Ha sido muy triste, pero era lo mejor— dijo Amelia mientras le temblaba un poco la voz.

—Vosotras debéis salir de aquí cuanto antes también, Amelia... Estáis tan

delgadas y

pálidas, os vais a enfermar— dijo Pamela con pesar.

—No ocurrirá jamás, es imposible salir de aquí.

—Nada es imposible, tu déjame a mí, quizá te sorprendas...— dijo lady Pamela con una sonrisa— Confía en mí.

Capítulo 3

Lady Katherine Jane Dawson, esposa del actual Conde de Mawsdley, que en esos

momentos se encontraba en paradero desconocido, estaba comiendo en esos momentos

sin levantar la mirada del plato, mientras sentía como sus padres la observaban

disimuladamente.

Había llegado hacía apenas dos días a la casa de sus padres en Somerset y en ningún momento habían referido nada a su vida en Londres.

El a tampoco había comentado en ninguna carta que tuviera algún problema con su marido

o con la familia de este, las noticias no llegaban tan lejos, además su madre decía en la carta que su padre estaba enfermo y le veía sano como un roble, como siempre.

Sentía que había sido manipulada para ir hasta al í, su madre lo haría y le diría que quería pasar una temporada con su nieto, por lo que no podía preguntar directamente, debía

conseguir que se descubrieran solos.

-¿Y cómo se encuentra, padre?- preguntó Katherine inocentemente cuando

terminó de

comer.

Su padre la miró sin comprender y dijo:

-Perfectamente, quizá un poco exhausto por el trabajo de hoy, sin embargo tú pareces

desmejorada- escuchó a su madre toser atragantada, Katherine sabía que su padre estaba

empleando su misma táctica, por lo que confirmó lo que él sospechaba, él y los demás sabían algo.

Lord Samuel Dawson, era un noble inglés de ascendencia escocesa de cuyo título

únicamente quedaba el lord, su familia lo había perdido todo hasta que su abuelo invirtió todo lo que tenía en plantaciones y minas que habían pasado a su hijo, después a su nieto.

Era un hombre de sesenta años, con la cabeza gris y los ojos azules, se había casado con una joven dama veinte años más joven que él, la madre de Katherine, que le había dado su única hija. Tenía fama de ser severo e inflexible, aunque sí había un punto débil ese era su hija a la que adoraba.

-En realidad yo también me encuentro muy bien, pero madre dijo que usted estaba delicado, vine preparada para encontrarle en cama y sin embargo hace sus tareas de siempre- dijo la chica encogiéndose de hombros fingiendo no entender- Prepararé mi equipaje para

regresar a Londres en unos días.

-Katie, hija, no puedes hacernos eso, queremos tanto que Mark y tú os quedéis con

nosotros, además es un viaje tan largo... Quédate unas semanas- dijo su madre

palideciendo de pronto.

-Madre a mí también me alegro de veros, pero mi deber es regresar con mi esposo...- se vio interrumpida por el golpe que su padre propinó en la mesa, haciendo que los cubiertos y la

vajil a temblarían.

-¿Qué esposo, Katherine? ¿Ese que ha huido como un cobarde dejando a su hijo y su

esposa a merced de esas víboras de Londres?- dijo su padre levantándose de la silla.

-Eso no es cierto, Richard está de viaje- dijo repitiendo la mentira que le evaba meses diciéndose y diciéndole al mundo, al que quería oírlo al menos.

-No mientas más. Lo sabemos todo- gritó su padre harto de aquella farsa- Lo de las partidas de cartas, que casi perdéis la casa, el carácter de tu suegra, el casi duelo y... lo de Onel a Fairfax.

-Ha sido Peter Dorsey... -musitó levantándose también sintiéndose traicionada- Habéis

seguido en contacto con él... Con ese canal a...

-Katie, cielo, no es como dices- su madre intentó acercarse a ella pero Katherine se apartó.

-Quizá incluso coméis con él los domingos- dijo con sarcasmo Katherine para sí misma.

-No hables así de Peter, es mucho más hombre que esa serpiente con la que te casaste, al menos vino a contarnos lo que ocurría, algo que debiste hacer tú- dijo su padre aún más enfadado- Tú serías su esposa si tu madre y tú no hubierais sido tan histéricas.

-Ambos sabemos que Peter no es ningún cabalero- Katherine no podía creer lo que

escuchaba, sabía que su padre quería a Peter como si fuera un hijo, pero no que lo pusiera por encima de el a.

-No importa, ya estás aquí, a salvo y gracias a él, así que olvida la idea de regresar a Londres porque el niño y tú os quedáis aquí- dijo Samuel y salió malhumorado del salón.

Katherine seguía sin poder creerlo, después de tres años creyendo que su padre estaba de su lado, descubría que en realidad estaba del de Peter, la persona que más odiaba junto con Caroline Mawsdley y su abominable marido...

-¿Dónde está?- preguntó a su madre sin apenas moverse, su madre la miró sin comprender- Lord Dorsey- dijo de nuevo negándose a decir de nuevo su nombre.

-En su casa, Katie... En Castlefields.

Katherine sintió un nudo en el estómago, ya que Castlefields era la propiedad vecina a la de su padre.

Mientras tanto en Londres...

Lady Pamela aplaudía entusiasmada, mientras Amelia se miraba en el espejo de la habitación de la primera.

Con mucho esfuerzo y dotes de persuasión había conseguido que Mel y la acompañara a

su casa aquel día, ni siquiera había hecho falta engañar a lady Mawsdley ya que la mujer apenas salía de su habitación.

Otro punto importante había sido convencerla de que no le ocurriría nada a Anne mientras el a no estuviera, habían conseguido la promesa de Bertha de vigilar a la niña y no separarse de el a por nada en el mundo y aunque la mujer hacia ciegamente lo que decía Caroline Mawsdley también quería mucho a las chicas y no permitiría que les ocurriera nada a ninguna de el as.

Con esa parte del plan solucionado, solo hacía falta adecuar a Amelia para el evento.

Su madrastra había decidido realizar un coctel e invitar a varias personas importantes,

donde acudiría hombres ricos y solteros, justo lo que necesitaba Mel y, era una chica

hermosa y ahora que vestía como merecía, lo era mucho más.

En una situación normal se pelearía por el a, en esos momentos quizá no tantos, pero

seguro habría alguien dispuesto a invitarla a bailar y si no siempre podía ser él...

-Estas preciosa, Amelia- dijo Pamela sentada en su cama.

Amelia miraba su reflejo en el espejo y no podía negar que el vestido era hermoso, de color verde claro y encajes color crema, acompañado de un gracioso semirecogido que pretendía

simular la palidez de su cara, por culpa de la escasa comida que ingerían actualmente en la casa de la familia Mawsdley, aun así no se sentía hermosa, sabía que Pamela quería

ayudarla a conseguir un marido y salir de su casa, pero por muy hermoso que fuera el exterior, por dentro siempre estaría el a... Una chica sin una buena dota que ofrecer, con una familia que era una vergüenza, con una hermana pequeña a su cargo y... secretamente enamorada de otro hombre. No era una esposa muy deseable.

-El vestido es precioso, Pam... Te agradezco todo el esfuerzo, pero no es una buena idea...

Me sentiré mal o peor si criticaran a mi familia y ni siquiera podré defenderme porque tendrán razón- dijo Amelia, que tampoco quería avergonzar a su amiga en su propia fiesta.

-Nadie se atreverá a decir nada, porque entonces volcaré sobre el os mi bebida... Además a lo mejor te sorprendes.

Pamela parecía tan emocionada, ella sabía que no saldría bien pero hacía tanto tiempo que no bailaba, ni escuchaba música... Quizá podría fingir durante unas horas que todo era igual que antes...

Durante la fiesta se sintió observada, no acertaba a escuchar lo que decían pero

seguramente sería cosas espantosas sobre ella y su familia... Era terriblemente triste ver

cómo la gente que antes te daba su amistad falsa, ahora te criticaba cruelmente.

Aunque Pamela y su padre eran buenas personas, su madrastra no tanto, menos se sentía protegida por el os, podía aguantar que la miraran si tenía a alguien que le hablara, lo peor fue cuando de pronto sin saber cómo se quedó sola, se sintió más apartada que nunca.

Ella no se consideraba una persona especialmente l orona pero ese trato la hacía tener

unas terribles ganas de llorar, se sentó en una silla apartada del salón de espaldas a la fiesta, ya que comenzaba a notar las lágrimas que comenzaban a brotar.

Sabía que pasaría algo así, era obvio lo que ocurriría, ¿entonces porque lloraba?

-¿Me permite el siguiente baile?- escuchó una voz a su espalda mientras junto a su hombro apareció un pañuelo.

Amelia alzó la vista y se encontró con unos conocidos y simpáticos ojos oscuros.

No pudo evitar sonreír débilmente, mientras Robert Bradford III, futuro Duque de Sutton,

contestaba a su sonrisa con otra.

Capítulo 4

Amelia le observaba sin poder creer que estaba ante el a, había conocido a Robert Bradford en una fiesta la temporada pasada, se habían visto por casualidad en la calle y habían hablado, nada más lejos que simples nimiedades. Había sido una persona de trato amable

incluso había conocido a Anne en una ocasión, no podía negar que era un hombre guapo.

Alto con el pelo rubio oscuro y los ojos marrones, tenía una amable sonrisa de la que

parecía no desprenderse nunca, había pensado que si no eran grandes amigos, sí eran conocidos que podrían ser amigos, pero de pronto desapareció.

No volvió a saber nada de él en los meses siguientes, no volvió a verlo después de ese encuentro con Anne y ni siquiera se había despedido de él.

—Parece que nuestros caminos vuelven a cruzarse, Amelia— dijo él, mientras la joven

aceptaba el pañuelo que el chico le ofrecía.

—En realidad siempre apareces cuando menos ganas tengo de compañía— dijo él a

retirándose las lágrimas disimuladamente— Además parece que no sabes las últimas

noticias... No deberías hablarme.

—¿Te refieres a la... última travesura de tu hermano?— preguntó Robert haciéndole saber

que conocía las últimas noticias.

—¿Ya te han contado el gran chisme?— replicó Amelia con una carcajada seca.

—Aunque me marché sin poder despedirme he continuado al corriente de tu situación,

Amelia. Nunca he querido fingir que no me interesaba tu bienestar.

Amelia se removió incómoda en la silla, es cierto que había creado una especie de semillera para una amistad hacía un año pero nunca pensó que él quisiera otra cosa de ella, podría aprovecharse, necesitaba un marido, pero no Rob, no podría engañarle así, no a él.

—Rob yo...

—Sh, Sh... Ahora solo quiero un baile, ya tendremos tiempo de hablar, no planeo irme en un tiempo— le comunicó con una sonrisa.

Un baile no le haría daño, ¿no? Llevaba meses sin hacerlo, a saber cuándo volverían a pedírselo... Cogió la mano del hombre y se levantó junto a él, en dirección al centro de la sala donde todas las parejas bailaban.

<<Aceptar la invitación ha sido una mala idea...>> pensó William dejando su capa y su sombrero a unos de los criados de la familia Hays.

Isabel e Hays era una mujer pomposa y chilona que vivía solo para las fiestas y gastar dinero en viajes y ropa, se había casado hacía unos años con Paul Hays, un viudo con una hija en edad de casarse, un punto más en contra a su asistencia a la fiesta, pero estaba francamente aburrido.

Sabía que Isabel e lo había invitado porque desde hacía unos meses estaba encaprichada

con él y quizá en otras circunstancias hubiera sucumbido, pero él nunca tendría una

aventura con una mujer casada, por muy dispuesta que esta estuviera.

Además estimaba a Paul Hays, había hecho negocios juntos y sabía que era un gran

hombre que había sucumbido ante una hermosa y ambiciosa joven, por eso él prefería huir del matrimonio, al menos se esperaba que una amante quisiera dinero, mientras que una

esposa capaz de estar con otros hombres no era de fiar y nunca se sabía cómo sería de verdad, hasta que todo el mundo supiera, por lo que prefería su vida tal y como estaba.

—Excelencia, me alegra que haya decidido venir— lo saludó Paul Hays cuando se hubo

acercado a él— Permíteme presentarte a mi pequeña Pamela.

El hombre señaló a la muchacha pelirroja que estaba junto a él y esta se inclinó elegantemente con una sonrisa.

—Encantada de conocerle, excelencia, he oído hablar tanto de usted...— le saludó Pam

buscando disimuladamente a Amelia con la mirada, la encontró por fin... bailando con un apuesto joven, sonrió más ampliamente, deseando que William Pendleton la viera—

Además, creo que tenemos una conocida común.

—¿Sí?— preguntó el hombre creyendo que se refería a su madrastra.

—Sí, lady Amelia Phillips, es hermana de la esposa del señor Rutterford— le informó con una sonrisa aún más amplia— Curiosamente ella también se encuentra aquí.

En el momento que William escuchó aquello comenzó a mirar por todo el salón buscando a la pobre chica arrinconada en una esquina, ¿cómo podía Pamela Hays meter a Amelia con todos esos lobos y sonreír tan tranquila? ¿Qué clase de amiga era aquella?

Tenía que sacarla de allí, no quería que la hirieran con comentarios malintencionados que ella no merecía escuchar.

No sabía de dónde había salido esos pensamientos sobreprotectores hacia Amelia Phillips,

pero se sentía así con ella.

Se dijo a sí mismo que era por la promesa que le había hecho a su hermana mayor y que no había podido cumplir.

Hacía meses que no veía a Amelia y a su hermana Anne, sabía que eran prisioneras en la casa de su madre, que no salían, ni las visitaba nadie, incluso Sophia tenía prohibida la entrada a la casa y cualquier contacto con sus hermanas.

Continuó buscándola hasta que la halló bailando en brazos de... un hombre, sin decir nada más se acercó hasta donde estaban, diciéndose a sí mismo que no le molestaba,

simplemente había hecho una promesa y era hora de comenzar a cumplirla.

Le habían ordenado al cochero y los criados que no la dejaran salir con nada más que su sombrero y su parasol.

Había escuchado a su padre gritarlo a todos los criados, tenía prohibido salir de la

propiedad, ese hombre estaba más que obsesionado con que no volviera a la casa de la familia Mawdsley y no entendía que había dejado allí a dos niñas solas que las necesitaban más que ellos.

Aunque Amelia tuviera dieciocho años seguía siendo joven, apenas era ocho años mayor

que Annie, se había hecho inseparable de ellas en todos esos meses que vergüenza común y su padre no lo comprendía.

Se había puesto de parte de él... No tenía a nadie con quien hablar, ni siquiera podía escribir a las chicas para contarles que había llegado bien, porque la carta no les llegaría y si no era suficiente Peter Dorsey estaba a unos kilómetros de ella y no en el infierno donde prefería que estuviera.

Al menos el aire del campo sería bueno para Mark, pero no podría estar tranquila con las chicas solas en Londres y con Dorsey al lado.

Quizá podría escribirle a David Downey, él podría entrar en la casa para llevar a Becky y luego contarle como estaban las cosas..

Sí, porque William Pendleton era su otra opción y no podría ser, porque tenía el paso

prohibido como Stephen y Sophia...

Solo David podría entrar, además desde el nacimiento de su hija era mucho mejor persona que antes.

Él no había querido que su hija naciera y parecía que Dios le había castigado... Hacia unas semanas que habían descubierto que la pequeña Becky era ciega, algo que dificultaría su vida, pero estaba segura de que no la haría infeliz, David se había volcado aún más en ella si se podía.

Estaba decidido, le escribiría a él y le suplicaría su ayuda, le pediría que la cuidara en la sombra, mientras ella intentaría aguantar lo que se venía encima.

Todavía no comprendía porque Peter les había contado a sus padres lo que ocurría, esa súbita preocupación era sospechosa, aún más después de tres años sin saber el uno del otro, aunque si lo que sospechaba era cierto y su padre había mantenido el contacto con él, era posible que todo lo que ella les había ido contando en sus cartas, se lo hubiera reproducido a él.

Se asomó a la ventana de su habitación y a los lejos podía divisarse la gran casa de Castlefields, había pasado horas soñando que algún día se convertiría en la señora de esa

casa, cuando tenía trece se había enamorado de Peter, y creía infantilmente que

él la correspondía, lo había creído fervientemente... hasta que le rompió el corazón.

Capítulo 5

Amelia bailaba entre los brazos de Robert sin pensar en nada más, hacia tanto tiempo que no hacía algo así, por un momento podía ilusionarse y pensar que todo había terminado, que no había ningún problema y que todo era como siempre había sido.

Cuando volviera a casa todo estaría como siempre, como antes de lo ocurrido con Sophia, que sentía, había sido el inicio de todos sus males.

Su madre había enfadado a Dios al rechazar a su hija por lo que le ocurrió y ahora estaban siendo cruelmente castigados.

Pero todo sueño llega a su fin y la mente de Amelia tuvo que regresar a la tierra cuando finalizó el baile.

Rob y ella se apartaron de los demás invitados, él iba a decir algo, pero en el momento en el que iba a pronunciar palabra, una sombra se cernió sobre ellos y sorprendida vio que se trataba de William Ramsey, duque de Pendleton.

—Milady, un gusto volver a verla— dijo William cínicamente, haciendo una burlona

reverencia— Me gustaría hablar con usted.

William sentía una especie de rabia que no sabía de donde venía, no pretendía ser educado con Robert Bradford, él quería sacar a Amelia de allí y eso haría, por eso mismo ni siquiera se molestó en saludar al otro hombre.

Recordaba que hacía unos meses lo había visto pasear junto a Amelia y su hermana

pequeña, ya entonces se había sentido incómodo con su cercanía hacia la joven y en ese momento se sentía peor.

—Amelia y yo estábamos poniéndonos al día, hace mucho tiempo que no nos

vemos,

¿cierto, querida?— dijo Rob en tono brusco, haciendo notar su presencia, ya que el duque la había obviado.

—Sí, esa conversación tendrá que esperar, ya lo ha hecho durante meses, no creo que

unos días suponga problema— dijo Amelia con resentimiento, haciendo notar que la

aparente indiferencia de Wil iam durante los meses anteriores le había dolido.

Él había sido totalmente indiferente en cuanto a el a y su situación, recordaba aquel beso que le dio hacía meses en la salita de su casa, nunca había vuelto a mencionarlo, ni siquiera se había disculpado, simplemente se había olvidado de todo, como hacía en todo lo referente a el a.

—Ahora discúlpenos, excelencia— dijo Robert despidiéndolo con su tono.

—Son noticias de Sophia— mintió Wil iam como último recurso, lo único que quería, sin

saber porque, era separarla de aquel tipo.

Amelia que se disponía a marcharse le miró y comenzó a sentirse indecisa, hacía meses que no sabía nada de Sophia, pero él podía mentir... Aunque Wil iam y el marido de su hermana, Stephen Rutterford eran amigos, la posibilidades de que fuera verdad eran tan

altas y tenía ganas de saber de el a y de su sobrina, tendría casi nueve meses de edad y el a solo la había visto una vez.

Wil iam se sintió mal al ver la mirada ilusionada de la chica, pero se dijo que lo hacía por su bien, debía sacarla de al í, salvarla de aquel as víboras que le harían daño.

—¿Está bien el a? ¿Y Melissa?— preguntó Amelia acercándose a él.

—Me gustaría hablar en privado— dijo Wil iam mirando de soslayo al otro hombre.

Amelia miró a su alrededor y decidió marcharse con él, nadie la echaría de menos en la fiesta, estaba segura de que a Pamela no le importaría su partida prematura, pero quería saber de su hermana.

—De acuerdo— dijo la joven.

Robert dejó ir a la chica, ya que no era quien para prohibirle saber de su hermana, pero algo le decía que aquel o era una jugarreta de Wil iam Pendleton para alejarla de él.

—¿Y bien? ¿Qué tiene que decir de mi hermana? ¿Cómo está?— le preguntó Amelia

deteniéndose en la acera.

—Está bien, con ganas de verla— dijo Wil iam simplemente encogiéndose de hombros.

—Eso puedo deducirlo yo misma, dígame que le ha dicho— le dijo el a.

—En realidad no me ha dicho nada, hace tres meses que no la veo— confesó Wil iam sin

vergüenza alguna, ya que seguía escudándose en que lo había hecho por su bien.

—¿Qué? Me ha mentido— musitó la joven perpleja— Cómo ha podido ser tan cruel, jugar

con algo así... ¿Porque?— exigió saber.

—¿Porque?— dijo él sarcásticamente— Qué pregunta tan absurda, lo he hecho por ti, para

que dejaras de ponerte en ridículo— dijo el duque cruelmente.

—Yo no hacía eso...— Amelia se sentía irremediabilmente herida.

—Claro que sí, sabes lo que dicen de ti esas personas, ¡pero eres capaz de soportarlo si con el o consigues cazar un marido rico!— le gritó furioso William sin importarle que alguien lo viera.

—¿Cómo se atreve?— le recriminó la chica en el mismo tono— Está siendo un grosero, no hacía tal cosa.

—Sí lo hacías y ese idiota de Bradford te seguía la corriente, ¿no entiendes que nadie en su sano juicio se casaría contigo?— se arrepintió en el mismo momento en el que lo dijo, no se refería a ella, sino a su situación actual, pero una mirada a la cara de la chica le dijo que ratificar no solucionaría nada.

Vio como los ojos de Amelia comenzaban a brillar intentando aguantar las lágrimas y se sintió aún peor.

El a pasó junto a él, en dirección a su casa, solo quería esconderse en su habitación y llorar amargamente.

—No has entendido lo que quería decir, Amelia, yo...— William la agarró del brazo para evitar que se marchara.

—No quiero oírlo, ha dejado claro lo que piensa de mí, no ha podido dejarlo más claro— le interrumpió con un murmullo tirando de su brazo.

Anduvo hasta su casa, sabiendo que él la seguía, ella sabía que lo hacía por su amigo, Sophia nunca le perdonaría que le ocurriera algo por su culpa.

No sabía que ella le pareciera tan repulsiva, que la creyera incapaz de casarse, sabía que él no la quería, que no la querría jamás, ¿pero era necesaria esa crueldad?

Mientras tanto, Katherine había decidido hacer voto de silencio en su casa, no hablaba con su padre, quería castigarlo con su silencio, su pasatiempo era bordar y a veces pasaba horas mirando a su hijo dormir, cada vez se parecía menos Richard, en realidad no había casi nada de él en el bebé, pronto

cumpliría un año y su padre apenas había pasado tiempo con él.

Pero Richard no le preocupaba, él solo se había buscado aquel o, sabía que en cualquier momento aparecería alguien avisándola de su muerte y más que una pena, sería un alivio para el a.

Acababa de enviar con Cora, la niñera de Mark y la única criada que aún le era leal, la carta que le había escrito a David Downey, había pensado en avisar a Sophia de su partida, pero solamente la preocuparía sabiendo que sus hermanas estaban solas y desprotegidas con

Caroline Mawsdley.

Por otro lado Peter aún no había ido, quería pensar que tenía algún tipo de pudor por su presencia al í, pero sabía que se engañaba pues conocía a Peter y estaba segura que

aparecería en cualquier momento.

Y no se equivocaba, se encontraba leyendo bajo la sombra del limonero de su madre

cuando notó que no estaba sola, la persona que estaba frente a el a tenía el sol a sus espaldas y tuvo que ponerse una mano sobre los ojos para poder verle bien.

—Llevas aquí una semana y no has venido a visitarme, he decidido venir a verte— dijo a modo de presentación Peter Dorsey.

Katherine no podía creerlo, ¿cómo podía ser tan cínico?

Sin pensarlo, se levantó y colocándose frente a él, le dio una sonora bofetada.

Caroline l enó su copa con el coñac que quedaba en la botel a y se levantó tambaleante hasta la cama, odiaba a todo el mundo, de ser una dama respetable

se había convertido a alguien digno de lástima y rechazado por aquel as personas cuya amistad había ansiado

desde siempre.

—Cuanto tiempo, Caroline— se escuchó un murmul o y Caroline se giró asustada viendo la

figura de una mujer entre las sombras de la habitación.

— ¿Tu? No puedes estar aquí, ¡estás muerta!— gritó Carolina histérica, viendo como la

figura se aproximaba a el a con paso decidido.

Reconoció su rostro enseguida, pese a no haberlo visto desde veinte años.

—Siempre he estado aquí, nunca te desharás de mi— dijo de nuevo la mujer.

—¡Cál ate!— le ordenó lanzando el vaso en su dirección, que se rompió al colisionar contra la pared.

Caroline se apartó lo más que pudo en una esquina de la habitación opuesta a la que estaba la mujer.

—Pagarás por todo lo que has hecho— sentenció con una sonrisa.

Bertha entró corriendo en cuarto de su señora y se acercó asustada a el a, mientras Anne miraba desde la puerta, ya que había acudido alertada por los ruidos.

—Señora, ¿está bien? ¿Se ha hecho daño?— le preguntó preocupada la criada.

—Dile que se marche, échala de aquí— susurró incoherentemente la mujer.

— ¿A quién?— Bertha se giró y no vio a nadie, ya que Anne se había apartado de la puerta, para que no la vieran— No hay nadie, señora.

—Estaba aquí, el a estaba ahí— gritó Caroline sin levantarse del suelo.

— ¿Quién?

—Rose.

Capítulo 6

Amelia entró en la casa apresuradamente, topándose con su hermana menor en el camino.

—Amelia, tengo que contart...—comenzó a decir la niña, pero fue interrumpida por su

hermana mayor.

—Ahora no, Annie, por favor, más tarde— le pidió Amelia sin detenerse y subiendo

rapidamente las escaleras hasta su habitación.

Anne se quedó preocupada, hacía apenas unas horas que su hermana había salido de casa

entusiasmada ante la perspectiva de asistir de nuevo a una fiesta, aunque también le había confiado que se sentía un tanto asustada, ¿le habrían hecho un comentario hiriente?

La niña, aunque solo de apariencia, ya que las experiencias vividas recientemente habían

hecho que madurara prematuramente, abrió la puerta principal y se encontró al duque de

Pendleton frente a la casa.

Entonces comprendió quien habría importunado a su hermana, ese hombre tenía la

habilidad de hacer sentir mal a Amelia, no merecía que el a le amara como lo hacía, no era digno de el a.

Nunca había cruzado una palabra con ese hombre, el a era demasiado pequeña para que le prestara atención, la única vez que lo vio fue en la boda de Sophia y el a... estaba con otros asuntos aquel día.

Él la vio mirarle y comenzó a acercarse, no lo quería cerca de Mel y, siempre que lo veía o pensaba en él, el a se entristecía.

A Wil iam no le gustaban los niños, pero en ese momento era su única oportunidad para conseguir que lady Amelia le perdonara, quería explicarse mejor, no sabía porque, pero

había algo dentro de él que no quería que el a creyera aquel o que le había dicho. Él jamás había tenido roce alguno con aquel a niña, pero pensaba que no sería complicado

convencerla.

—Buenas tardes, usted debe ser lady Anne, mi nombre es...— dijo el duque presentándose.

—Wil iam Ramsey, duque de Pendleton— musitó Anne, dejando al duque mudo durante

segundos— Sé quién es usted, excelencia.

—Me gustaría hablar con su hermana, ¿podría avisarle?— pidió pensando que aquel a niña

era demasiado impertinente.

—Mi hermana se encuentra indispuesta— se excusó Anne comenzando a cerrar la puerta.

—Debo hablar con el a, es importante— dijo Wil iam colocando el pie entre la puerta y el marco para evitar que el a cerrara.

—Si fuera importante hubiera venido antes, ahora es demasiado tarde— sentenció la niña, y ambos sabían el significado que escondía aquel a frase.

Anne terminó de cerrar asintiendo para sí misma, él podría haberlas ayudado, si de verdad le hubiera importado Amelia hubiera hecho algo, cualquier cosa y sin embargo...

Su hermana había esperado que él la amara a la puerta y nunca lo había hecho, había

llegado meses tarde.

Nada más sentir la piel áspera de la mejilla de Peter contra su palma, Katherine se apartó como si le quemara, ella no era una persona violenta, pero ese hombre sacaba lo peor de sí misma.

—Hubiera preferido otro tipo de saludo, pero supongo que debo conformarme con este por

ahora— dijo Peter Dorsey, en un fingido tono triste.

—Es lo mínimo que merece una rata como tú— dijo Katherine intentando calmarse, ya que las ganas de borrarle aquella sonrisa la estaban matando.

—Ese calificativo lo merece más tu marido, no yo— gruñó Peter comenzando a enfadarse.

—¿Acaso no sois iguales? ¿Has olvidado lo que me hiciste? ¡Qué amnesia más

oportuna!— Katherine se arrepintió de decir aquello, ya que no quería que pensara que ella seguía suspirando por él.

—No, no lo he olvidado, Katherine— suspiró el marqués pasándose la mano por el pelo en señal de frustración.

—Y entonces ¿porque tienes el descaro de erigirte mi salvador cuando todo lo que me

ocurre es culpa tuya? —le reprochó Katherine alegrándose de que al menos él

ya no

mantuviera la compostura.

—Se equivoca, lady Mawsdley, yo no te obligué a casarte con ese canal a—
dijo él molesto ante la actitud de la mujer.

—Indirectamente lo hiciste, Peter.

—Y por eso lo estoy intentado arreglar.

—No necesito que arregles nada, solo que desaparezcas de mi vida, además
eso no te será difícil, ya lo hiciste una vez— sentenció la chica, caminando
hacia su casa, sintiendo como el corazón le latía frenéticamente como si
hubiera corrido una gran distancia.

Amelia se había quitado el elegante vestido de Pamela y estaba sobre una silla
preparado para devolvérselo a su dueña cuando fuera a visitarla, se
encontraba sentada ante el

tocador, mirando su reflejo en el espejo.

Deseaba no haber asistido nunca a esa fiesta y no ver a William, le dolían
aquellas palabras, pero lo que más le afectaba era que tenía razón, si hubiera
tenido alguna ilusión de que William se diera cuenta de que ella era el amor de
su vida, aquella frase habría acabado con sus esperanzas.

Iban a pudrirse entre aquellas paredes, si ese castigo cayera sobre ella
únicamente lo

aceptaría, pero no era así... Annie estaba allí también.

Se dio cuenta de que había comenzado a llorar.

Escuchó unos golpes en la puerta y dio a su hermana permiso para entrar.

—¿Te encuentras bien, Amelia?— preguntó la niña sentándose en la cama,

conectando su

mirada con la de su hermana a través del espejo, obviando las lágrimas de su hermana mayor.

—Lo estaré en unos minutos, cielo, ¿qué querías contarme?— preguntó Amelia retirando

las lágrimas de sus ojos y girándose para mirar a Anne.

—Es madre, Mel y, creo que la bebida le está haciendo mal— susurró la niña, recordando los miedos que tenía y que quería compartir con ella cuando llegó de la fiesta.

—Pero de eso hace tiempo, Annie.

—Hace un rato ha empezado a gritar que había una mujer en su habitación, decía que

cosas como que había una mujer en su habitación con ella y dijo su nombre...

—¿Y era cierto? ¿Ha entrado alguien en la casa?— preguntó Amelia, que cada vez se

convencía más de que tenían que salir de allí.

—No, estaba sola, , Bertha ha intentado calmarla, ella le decía que era imposible que estaba muerta... Pero madre insistía en que la había visto, que estaba allí... Estoy asustada, Mel y, no quiero vivir aquí más.

—Tranquila, yo te sacaré de aquí, nos vamos a marchar pronto— le prometió Amelia a su hermana, abrazándola, estaba decidido.

No saldrían casadas porque era imposible... Huirían de casa, al fin y al cabo un escándalo más en la familia no importaba y ellas estarían lo suficientemente lejos de allí como para no verlo.

Capítulo 7

Dos días después...

Amelia y Pamela tomaban en el té en la sala de su casa, la chica había decidido ir a visitar a su amiga tras la desaparición de esta en la fiesta del día anterior.

Había notado que a William Pendleton no le había gustado nada que Amelia bailara con

otro hombre, era obvio, para él al menos, que ese hombre sentía algo por Amelia, ambos sentían algo el uno por el otro, pero él era incapaz de ceder y sacar a su amiga de allí.

—Siento haber abandonado la fiesta sin avisar, pero...—comenzó a decir Mel y buscando

una excusa convincente.

—No te disculpes, Mel y, sé que algo sucedió con el duque de Pendleton—dijo Pamela.

—No sucedió nada, Pam, solo me recordó cual es mi posición actual—continuó la chica, mientras le temblaban las manos levemente.

—¿Se atrevió a insultarte? Porque si lo hizo yo...—comenzó a decir la otra chica, pero se vio interrumpida por la entrada de Bertha, que anunciaba la entrada de David Downey y su pequeña hija.

Amelia aceptó la visita de su cuñado, ya que quería ver a su sobrina, hacía unas semanas que no la veía y estaba mucho más grande y más hermosa.

—Buenas tardes—saludó David a las dos chicas, sin poder quitar la mirada de encima de lady Pamela.

Amelia observó que tanto su amiga como David se habían quedado embelesados el uno

con el otro y sonrió disimuladamente.

—Excelencia, le presento a mi amiga, lady Pamela Hays— les presentó, y David besó la

mano de Pam, mientras esta se ruborizaba.

—Me gustaría ofrecerle mi más sentido pésame por la muerte de su esposa, por desgracia mi familia y yo nos encontrábamos de viaje cuando ocurrió y no pudimos asistir al funeral—

se disculpó la pelirroja haciendo una pequeña reverencia.

—Gracias, lady Pamela— aceptó David, sintiéndose incomodo, como siempre que alguien

le recordaba la prematura muerte de Charlotte.

—Tiene usted una hija hermosa, excelencia— dijo Pam, acariciando con cariño el moquete

regordete de la pequeña Becky.

Amelia cogió a su sobrina de los brazos de la niñera y esta salió de la habitación.

Posiblemente, si todo lo que había planeado para aquella noche salía bien, no vería a su sobrina otra vez en mucho tiempo y la entristecía bastante.

David había descubierto recientemente que la niña era incapaz de enfocar la vista, el

médico había dicho que posiblemente debido a los problemas que tuvo Charlotte durante el embarazo y el parto, la niña había nacido sin la posibilidad de ver.

Pero esto solo la hacía una niña más especial, aunque no tenía madre, tenía tías y un padre que la adoraba, además quizá algún día David se decidiera a casarse de nuevo y si fuera Pam, Becky no tendría una madrastra mejor..

—Gracias por traer a Becky, excelencia y sobre todo por hacerlo

personalmente— dijo

Amelia sin separarse de la niña.

Si bien nunca había querido a Charlotte, ni como hermana ni como nada, sentía por su hija todo lo contrario.

—En realidad, ese motivo es parte de mi visita— aclaró David, mirando a Pamela

disimuladamente, ya que el tema era demasiado delicado como para hablarlo delante de

una persona ajena a la familia.

—Es demasiado tarde, me retiro, Mel y, mañana vendré a verte y...— comenzó a decir

Pamela, ya que había notado que David quería decir algo a Amelia y que prefería que el a no lo escuchara.

—¡No!— gritó Amelia asustando a la niña— Quiero decir, mañana estaré un poco ocupada

y... Nos veremos pronto— terminó diciendo la joven abrazando a su amiga.

Sin que el a lo supiera se estaba despidiendo de el a.

—De acuerdo— aceptó Pam confusa— Adiós— se despidió de ambos y se retiró.

David se paseaba inquieto por la estancia y terminó sacando una carta del bolsillo de su chaqueta.

—Recibí esta carta de lady Katherine ayer, en otra adjunta me pidió que se la entregara personalmente— dijo el duque entregándole la nota.

Amelia le dio a la niña y abrió la carta apresuradamente, comenzando a leer:

<<Querida Amelia:

Te escribo utilizando estos medios, ya que me encuentro en una situación semejante a la que os encontráis vosotras al í.

No quiero preocuparte, solo decirte que tanto Mark como yo estamos bien, aunque no podré regresar en bastante tiempo, algún día te contaré el motivo, ya que la extensión del papel es insuficiente para explicar lo que me ocurre.

Sé que no hace falta que te pida que cuides de Anne, porque lo harás igualmente, pero no está de más decirlo, saber que estáis juntas y bien alivia mi sentimiento de culpabilidad al haberos abandonado en esa situación, pero te prometo que no me olvido de vosotras, te pido que no cometas ninguna imprudencia.

Ojalá pudiera leer una carta tuya, pero sé que es imposible, por lo que me conformaré con saber de vosotras por David Downey.

Cuidaos mucho, nos veremos muy pronto, cielo.

Katherine.>>

Amelia abrazó la carta l orando y miró a David que la miraba sin saber que decir.

—Muchas gracias, excelencia, ¿le dirá que la queremos y que estamos bien?— susurró

Amelia.

David asintió conmovido y se marchó poco después con Rebecca.

Aquel a misma noche, cuando ya el reloj tocaba la medianoche, había dos personas en la casa de Paddington Street que no dormían.

Amelia le había leído a Anne la carta de su cuñada, algo que la había decidido aún más a l evar a cabo su plan, si bien era algo que Katherine catalogaría

como impulsivo, a Mel y se le había terminado la paciencia y la esperanza de que algo cambiara, el as debían salir de al í y esa era la única forma.

Ambas chicas vestía ropa de abrigo, habían decidido no llevarse muchas cosas, ya que esto alertaría a Bertha antes de que estuvieran lo suficientemente lejos, venderían las pocas

joyas de las que disponían y tomarían una diligencia para ir con Sophia, hacia la libertad.

—No podemos hacer ruido— musitó Amelia, poniéndole a su hermana la capucha de su

capa— Y bajo ningún concepto sueltes mi mano.

La chica sabía que lo que iban a hacer era muy peligroso, Dios sabía qué clase de peligros

podrían encontrarse a esas horas una joven y una niña, pero no había otra solución si aquel o salía bien... Todo terminaría por fin, ese era el único pensamiento que Amelia se permitía y que quería que Anne tuviera en su mente.

Bajaron sigilosamente las escaleras, cuya madera antigua se escuchaba chirriar en el

silencio de la noche, la distancia entra estas y la puerta de entrada, que siempre había parecido corta, ahora resultaba de lo más larga ahora que no podían hacer ningún ruido.

Al llegar a la puerta de la entrada noto con cierto desasosiego que estaba cerrada, por lo que tuvo que pensar en otro plan.

Amelia no sabía que hacer ahora, sin la llave no podrían salir, se maldijo por no haber pensado en eso antes, pero ¿qué podía hacer ahora?

La niña que sintió la desesperación de su hermana, dijo:

—Hay un agujero en la valla del jardín, por detrás, ahora está tapada por unas

ramas... Jon se coló por al í— terminó susurrando.

Amelia asintió y salieron al jardín por la cocina, ya al í corrieron hacia el lugar que Anne decía y al í estaba el agujero, primero ayudó a salir a su hermana y posteriormente salió el a, cuya capa se quedó atrapada en una de las ramas, Amelia tuvo que tirar fuertemente y la tela se rasgó.

Parecía que incluso la casa se negaba a dejarlas ir, pero tras eso, ambas se vieron por fin en la calle y rápidamente comenzaron a caminar calle abajo, absorbidas por la oscuridad de la noche.

Capítulo 8

Bertha terminó de asearse y caminó hacia la habitación de Amelia para despertarla, si fuera por ella las dejaría dormir todo el día, Dios sabía que lo merecían pero en ese caso la señora Caroline se pondría furiosa, no era justo su comportamiento para con las niñas pero ella era una simple criada, no podía hacer otra cosa sino obedecer.

Llamó suavemente a la puerta y al no obtener respuesta, decidió entrar, no era la primera mañana que Amelia tardaba en despertarse.

Abrió las cortinas y la luz del sol llenó por completo la estancia.

—Amelia, necesito que...— se giró hablando notando con espanto que la cama estaba sin

deshacer.

Sintió pánico al no encontrarla, pero decidió tranquilizarse, quizá estaba en la habitación de Annie, ya que había noches en las que dormían juntas.

Salió corriendo hacia la habitación de la pequeña y encontró la misma situación, el miedo regresó a ella y comenzó a buscarlas por toda la casa, cuando finalizó la búsqueda sin encontrarlas, sin pensarlo entró en la habitación de la señora, histérica.

— ¡No están!— gritó la criada, despertando a lady Mawsdley.

—Habla más bajo, vieja estúpida, ¿no comprendes que me duele la cabeza?—
gruñó la

señora llevándose una mano sobre la frente— ¿Quién no está?

—Las niñas, señora, las he buscado por toda la casa y han desaparecido... Han
debido

raptarlas mientras dormíamos...— la mujer se vio interrumpida por la risa de
la condesa viuda.

—Pobre vieja inocente, nadie se ha llevado a esas dos tontas... Seguro que se
han fugado para irse con la santurrón de Sophia— afirmó
despreocupadamente la mujer tumbándose

de nuevo.

No había que ser muy inteligente para sospecharlo, Caroline no sentía especial

preocupación por esas dos, seguro regresarían asustadas pero mientras tanto
se ahorraría

darles de comer, ya que serían dos bocas menos que alimentar, y descansaría
de sus

tonterías.

— ¿Y no piensa hacer nada?

—Esperaré a que Stephen Rutterford las envíe de nuevo aquí, ¿crees que
sabiendo que

puedo acusarle de secuestro se las va a quedar?— sentenció la mujer cerrando
los ojos.

Bertha se quedó allí, mirando a su despiadada señora y rezó porque nada malo
les

ocurriera a las niñas... sobre todo porque lady Mawsdley tuviera razón y l

egaran con bien

junto a Sophia.

Lady Pamela se estaba enfundando sus guantes preparándose para dar un paseo junto a

su criada cuando l amaron a la puerta, como ambas estaban junto a el a, su doncel a se adelantó al ama de l aves y se apresuró a recibir al visitante.

—Tengo una nota para lady Pamela— escuchó Pam que decía una voz infantil
— No puedo

entregársela a nadie más que a el a.

Salió tras su improvisado escondite tras la puerta y vio a un niño de unos diez años vestido con ropas viejas y rotas, se veía claramente que era mendigo.

—Muy bien, yo soy lady Pamela— dijo el a, alargando la mano para recibir la nota.

—¿Seguro?— preguntó el niño con sospecha sin darle la nota.

—No seas insolente, niño y dale la nota a la señorita— le regañó su doncel a frunciendo el ceño.

—La chica me dijo que no podía dársela a otra persona— se quejó el niño, pero terminó cediendo.

—¿Qué chica?— preguntó Pamela abriendo la nota despreocupadamente.

—Dijo que se l amaba... Mel y— musitó el chiquil o.

<<Querida Pam, siento decírtelo así, pero no podía soportarlo más, me he escapado de casa y l evo a Annie conmigo, tenemos unas joyas que voy a vender para pagar la diligencia que nos l eve junto a Sophia donde madre no pueda atraparnos, no te preocupes y por favor no le digas a nadie, apenas l

egue te enviaré otra nota. Te quiero. Amelia. >>

—¿Está bien, señorita?— le preguntó Hilda, su doncel a.

—Sí, pero no tengo ganas de pasear, l eva al niño a la cocina y dale de comer, ha hecho un gran trabajo y parece que no come en días— dijo Pamela, al niño le bril aron los ojos y sonrió.

Se marchó inmediatamente junto a Hilda, parecía como si temiera que se arrepintiera,

Pamela sonrió.

Pero seguía preocupada, Amelia había cometido una locura, pero debía salirle bien, ahora

comprendía porque no quería que la visitara hoy, el a tenía planeado huir desde hacía

tiempo, pero de esa manera solo había complicado las cosas.

Estaba segura de que no podía dormir tranquila hasta que recibiera esa nueva nota.

Una semana despues...

Wil iam Pendleton desayunaba con desgana mientras leía el periódico, estaba bastante

aburrido, había l egado el día anterior de un viaje corto para revisar unos problemas

ocurridos en una mina su propiedad. El viaje había sido necesario pero él lo había utilizado para alejar su camino del de Amelia Phil ips, aun deseaba hablar con el a, pero si no tenía suficiente con el a le había salido una guardiana de metro y medio que tenía un caracter parecido al de su hermana.

Podía decir que, viéndolo en frío, la escena podría ser graciosa, pero en el momento las palabras de Anne lo habían molestado de sobremanera.

Además no era capaz de quitarse de la cabeza la imagen de Amelia l orando por sus

cruelas palabras, necesitaba decirle que no lo creía realmente, pero no sabía cuándo

tendría la ocasión...

—¿Excelencia?— le l amó el ama de l aves— Hay una joven que quiere hablar con usted,

lady Pamela Hays.

Wil iam asintió, sin comprender qué quería de él la hija de Paul Hays, pero sentía una emoción extraña dentro de él, porque había creído que era Amelia.

Lady Pamela había tardado solo unos minutos en decidirse a pedir ayuda al duque de

Pendleton cuando no había recibido la nota de Amelia, sabía que apenas había mediodía

de camino en diligencia hasta la propiedad de Stephen Rutterford, por lo que Amelia debía de haber enviado la nota y ya debía haber l egado y sin embargo no había tenido noticias de el a.

Estaba tan preocupada y solo había una persona que pudiera ayudarla, hacer algo. Wil iam era amigo de Stephen y el a casi podía decir que él tenía un poco de debilidad por su amiga, aunque estaba segura de que él no lo aceptaría.

—Siento haber venido tan temprano, excelencia, pero estoy tan preocupada por Amelia y

Anne— susurró Pamela sintiendo un nudo en el estómago.

—¿Qué ocurre?— exigió saber Wil iam.

Pamela le enseñó la nota y el duque la leyó rápidamente.

—La recibí hace una semana y no he vuelto a tener noticias de el as— le explicó la chica mientras se paseaba nerviosamente por la estancia. 3

—¿Y lady Katherine? Pueden estar con el a, he oído que está en la casa de sus padres, es un viaje mucho más largo y...

—Le envié una nota a el a dos días después al no recibir nada y esta mañana he recibido una suya donde decía que no sabía nada de el as, estaba muy preocupada también, yo no sabía a quién más recurrir— le suplicó la chica.

—No se preocupe, yo me encargaré de todo— dijo Wil iam—Las encontraré.

Cuando la joven se fue hizo los arreglos pertinentes para viajar a Gracefields, no sabía definir como se sentía, pero no era indiferente a lo que le ocurriera a Amelia Philips, no quería pensar, darle un significado a lo que le ocurría era absurdo, solo era un ser humano que estaba en peligro y él se sentía en la obligación de ayudar, aunque eso no explicaba el temblor que sentía, tenían que estar al í, aquel a nota podría haberse

extraviado.

Ni siquiera esperó a que prepararan el coche, directamente se marchó a caballo, la casa de campo de Stephen estaba a mediodía en coche, pero a caballo podría llegar en unas horas y tenía que llegar cuanto antes, sospechaba que esa sensación sería absurda, pero no

podía evitar sentirla. 1

Llegó a la propiedad, se acercó apresuradamente a la puerta y la golpeó con energía.

—¿Wil iam? ¿Qué ocurre?— el duque se giró ante la pregunta topándose con Sophia

Rutterford, que llegaba de dar un paseo con la pequeña Melissa en brazos.

William lo supo en ese momento, sus peores miedos se había hecho realidad, Sophia le

miraba expectante, debía decir algo.

—Tus hermanas han desaparecido, Sophia— dijo golpeando con fuerza la puerta de

entrada de la casa de su amigo.

Capítulo 9

Una semana antes...

Habían aprovechado la noche para llegar a aquellos barrios, ya que de día hubiera sido imposible huir o llegar al puerto.

Aquel era el mejor lugar para vender las joyas y conseguir el dinero, después solamente tendrían que tomar la diligencia que las llevara donde estaba Sophia y por fin podrían respirar tranquilas.

Pero también era un lugar muy peligroso y había sido una temeridad llevar a Annie con ella, pero no tenía otra opción, no habría podido dejarla, ni siquiera sabiendo que volvería a por ella, su madre era mujer muy peligrosa y podría pagar su enfado con Anne.

Anduvieron toda la noche, hasta que la niña comenzó a tener frío, la verdad era que la noche era más fría de lo que había pensado, por lo que decidió que se acurrucarían en cualquier lugar escondidas, sabía que ella no podría dormir, pero Anne lo haría, ya tendría tiempo suficiente de descansar cuando llegaran junto a su hermana.

Además a tan altas horas de la noche no encontraría a nadie que le comprara las joyas, así que se escondieron en el fondo de un callejón y mientras Anne dormía acurrucada junto a ella, Amelia se limitó a rezar porque nada malo les ocurriera, así pasó las siguientes horas hasta que el sol comenzó a salir y con él la vida regresaba a las calles, habían tenido suerte ya que nadie había descubierto su escondite.

Despertó a su hermana dulcemente, probablemente a esa hora Bertha se había dado

cuenta de su falta, por lo que debían apresurarse a tomar esa diligencia.

—Vamos, Annie, recuerda, no sueltes mi mano— le recordó colocándole la capucha de la

capa y retirándole el pelo de la cara.

Anne asintió y asió con fuerza la mano de su hermana.

—¿Cuándo llegaremos a casa de Sophia?— preguntó Anne con voz un poco ronca.

—Esta noche estaremos con ella y veremos a Melissa también— dijo Amelia caminando entre la gente que comenzaba a llegar del puerto dirigirse a él.

Sabía lo que buscaba, en una ocasión había escuchado a Richard y a su madre hablar de un viejo usurero que hacía sus trapicheos en el puerto, pero no sabía cómo era ni donde estaba exactamente.

En una de las calles vio a un grupo de marineros, decidió que no serían muy peligrosos, por lo que se acercó a ellos a preguntar.

—Annie, espérame aquí— le pidió Mel y a su hermana.

—¿Porque? ¿Dónde vas?— exigió saber la niña mirando a su alrededor, aquellas personas

no le inspiraban confianza y no quería quedarse sola y mucho menos que Amelia caminara sola por allí también.

—Voy a preguntar una cosa a esos hombres de allí, no me perderás de vista, no te

preocupes—le pidió Amelia comenzando a alejarse en dirección al grupo de marineros.

Cuando estuvo lo

suficientemente cerca de aquel os hombres tocó el hombro de uno de el os para captar su atención, sabía que una señorita de su clase no podía hacer ese tipo de cosas, pero tampoco debía escapar o besarse con un hombre que no era su marido y también lo había hecho, le habían ocurrido tantas cosas que ya no le preocupaba el decoro, lo importante ahora era sobrevivir.

—Disculpe, ¿puede decirme donde se encuentra un prestamista?— preguntó Amelia

inocentemente, intentando que no notaran su repulsión.

Aquel os hombres olían francamente mal y tenían la mayoría de los dientes picados, algo que advirtió cuando comenzaron a reírse de el a.

—¿Qué quieres vender, preciosa? Yo pagaría lo que fuera por meterme entre esas piernas

blancas, podemos pasar un buen rato— le dijo uno de el os acercándose a el a.

—N-no, yo no...— intentó retirarse pero la agarró del brazo.

—No te vayas tan pronto, podemos llegar a un acuerdo... Te mostraré donde está el

prestamista, te acompañaremos... A cambio de un beso— siguió acercándose a el a y no

era capaz de liberarse, sin pensarlo pisó con todas sus fuerzas el pie casi desnudo del hombre.

La soltó dando un grito, mientras los otros hombres lanzaban burlas y carcajadas, Amelia huyó de al í hacia Anne, la agarró de la mano rápidamente y comenzó a andar rápidamente.

—Amelia, ¿qué pasa? ¿Porque nos sigue ese hombre?— preguntó asustada la niña.

Mel y se giró y vio con espanto que el marinero venía tras él furioso.

Intentó despistarle sin éxito, ya que sin querer terminaron en un callejón sin salida, cuya única escapatoria estaba protegida por él.

—Ahora me las vas a pagar, primero tú y luego la niña— dijo sacando una pistola.

—No nos haga daño, ¿quiere joyas? ¡Véndalas, pero déjenos en paz!— le gritó Amelia

cubriendo a Anne con su cuerpo, mientras lanzaba la bolsa de joyas a los pies del hombre.

El hombre cada vez estaba más cerca, se guardó la bolsa pero aun así continuaba

acercándose a él.

Entonces Anne soltó su mano y se movió, el hombre dejó de mirarla para fijarse en la niña, por lo que Amelia aprovechó para apartar la pistola que se acercaba a su cabeza, el hombre que había perdido la concentración no se esperó el gesto de la joven y apretó el gatillo.

Durante unos segundos no se movió nadie, entonces Amelia sintió un quejido a su espalda.

—¡Annie!— gritó Amelia corriendo para coger a su hermana pequeña y evitar que cayera al suelo— ¡Annie! Dios mío...

Anne sangraba escandalosamente y ella no sabía de donde, su rostro perdía color

progresivamente y aquel cobarde había salido huyendo.

—¡Por favor! ¿Qué alguien nos ayude!— gritó Amelia sin soltar a su hermana — Annie, por

favor, es culpa mía... Quédate conmigo, cielo, venga...

—¡Oh, dios mio! Marcus mira, los gritos vienen de ahí— escuchó Amelia decir a una mujer.

Amelia miró a su espalda y vio a una mujer vestida con traje rojo y un hombre de color bastante corpulento que se acercaban a ellas.

—Por favor, mi hermana está herida, necesitamos ayuda— les suplico la joven sin soltar a la niña mientras lloraba sin parar.

—Claro que sí, querida, yo tengo una... pensión aquí cerca, llámame al médico— dijo la mujer amablemente— Marcus coge a la niña, no hay tiempo que perder.

Amelia sujetó por un momento a Anne con desconfianza, pero no tenía una solución mejor, no le quedaba más remedio que confiar en esa mujer, así que dejó que aquel hombre

cogiera a su hermana en brazos, aunque no terminó de soltarla.

Juntos recorrieron unas calles hasta llegar a un viejo edificio bastante llamativo, aunque Amelia no se fijó en nada más que en su hermana.

La señora las llevó hasta una de las habitaciones y acomodaron a Anne, mientras que el hombre llamado Marcus fue a buscar al médico.

Gracias a Dios la herida de Anne era solo superficial, debía guardar reposo y tener cuidado durante unos días para que la herida cerrara bien, por suerte no había ocurrido nada que lamentar, pero eso no evitaba que Amelia se sintiera terriblemente culpable, además ahora no tenían nada, ese bastardo les había robado lo que tenían, no podrían viajar junto a Sophia, ni pagar las medicinas de Annie o al médico, ni siquiera el hospedaje y la comida que la señora Andrews les ofrecía.

Permaneció junto a Anne sintiendo que habían corrido un riesgo altísimo por nada, estaban aún peor que antes, pensaba al día siguiente por la noche mientras le daba un poco de caldo a Anne, ella había recuperado algo de

color, aunque todavía estaba débil, las

medicinas comenzaban a surtir efecto y no tenía tanto dolor.

—Lo siento tanto, Annie— le dijo Amelia sin poder contener el sentimiento de culpabilidad que la invadía— Te prometo que haré lo que sea para llevarte de nuevo a casa.

—No tienes la culpa de nada, Mel y... Yo quiero estar contigo— le dijo Anne agarrando la mano de su hermana.

—Estabas más segura con madre, ¿quién lo diría? No has pasado ni un día conmigo y te han hecho daño— insistió la chica autocompadeciéndose.

—No me importa...

—A mí sí, ¿no entiendes que eres la única familia que me queda? Tengo que protegerte, por eso te llevaré a casa.

—¡No quiero volver al í! Para mí eso no es casa, mi casa eres tú, donde sea, pero contigo...

Siempre juntas, no me abandones tú también— le suplicó la niña con lágrimas en los ojos.

Amelia abrazó a su hermana con cuidado para no hacerle daño.

—Tienes razón, cielo. Siempre juntas— le prometió dándole un beso en la frente.

Permaneció abrazada a su hermana hasta que esta se durmió, entonces entró la señora

Andrews con cuidado para no hacer ruido, portando una bandeja con pan y un poco de

queso para Amelia.

—No se moleste por mí, por favor... Le estamos causando tantas molestias y

no sé cómo vamos a pagárselo...—musitó Amelia sin despegar los ojos de los de la mujer.

—No te preocupes, querida... Encontraremos un modo, estoy segura— dijo la mujer

sonriendo, Amelia asintió devolviéndole la sonrisa sin saber los turbios pensamientos que pasaban en esos momentos por la mente de la señora Andrews.

Capítulo 10

Amelia terminó de escribir una nota para Pam, lamentaba tener que hacerlo pero no le

quedaba más remedio que pedir ayuda a su amiga, estaba segura de que no se negaría a prestarle dinero para pagar las deudas que tenía con la señora Andrews, aunque esta decía que no había prisa, cada día que pasaba la deuda era aun mayor y el a quería volver con Anne a su realidad, al lugar que el as conocían, huir había sido una locura y debía arreglarlo.

Salió de la habitación aprovechando que Anne dormía, ya se encontraba mucho mejor,

l evaban al í una semana y la niña ya podía sentarse y caminar por la habitación, era el momento de partir. Buscó a la señora Andrews, aunque en su camino se topó con un

hombre que salía de una de las habitaciones, se escondió para no ser vista, la chica salió con apenas el corsé y besó al hombre que la tocaba con lujuria.

Cuando ambos se hubieron retirado, Amelia se dijo que debía salir de al í, el a no era quien para decir nada, pero no quería que Anne viera esos comportamientos indecorosos.

Fue hasta la sala donde se encontraba la señora y l amó a la puerta, entró cuando le dio permiso.

—Buenos días, Amelia, ¿cómo se encuentra la pequeña Anne esta mañana?—

'preguntó la

mujer invitándola a sentarse— Toma un té conmigo.

La sala era muy despampanante, todo al í era demasiado l amativo, todas las habitaciones

estaban decoradas con colores l amativos y las camas tenían sábanas de seda, colchones

de plumas, cuando pasó la impresión de lo ocurrido con Anne, comenzó a sentirse

incomoda, además las otras inquilinas eran demasiado... ligeras.

—Aún no se ha despertado, pero está muy recuperada, me gustaría agradecerle todo lo que ha hecho por nosotras, acabo de terminar de escribir esta nota y cuando la reciban, vendrás por nosotras y pagarán lo que le debemos, señora Andrews— aceptando la taza de té.

—Eso no va a ser posible, querida... ¿Cómo sé que me pagaran? No, no, no... Yo tengo una forma de pago mucho más segura— ronroneó la mujer sorbiendo un poco de té.

—¿A qué se refiere?— preguntó Amelia con semblante serio.

—Yo regento un local de reuniones para cabal eros, querida, eres una joven hermosa y

educada, una de mis chicas está encinta y no puede satisfacer a mis clientes, pierdo dinero cada noche que pasa... Tu hermana y tú habéis sido un gasto extra, saldarás tu deuda trabajando... para mí.

Amelia comenzaba a comprender la decoración y las chicas con poca ropa, además de la

salida de aquel hombre del cuarto esa mañana... Eran prostitutas y esa mujer pretendía

hacer de él a una más.

—No, mi amiga vendrá por mí y pagará la deuda— insistió Amelia.

—Te equivocas querida— dijo fríamente la señora Andrews rompiendo la nota de Amelia—

Escoge, tu hermana o tú, pero a partir de esta noche quiero empezar a ganar dinero.

—Cómo puede decir eso, Anne es una niña— le espetó la muchacha sin creer lo que oía.

—Piensa en él y no seas tan melindrosa, querida... Tú eres una mujer, acepta tus

obligaciones porque de cualquier manera quiero recuperar mi dinero— y la dejó al í,

sintiendo que la pesadilla aun no terminaba...

Dorothy Leblanc caminaba entre la gente del puerto casi sintiéndose en casa, él había nacido en aquel lugar, pero había conseguido salir de allí cuando se casó con Jonas

Leblanc y la sacó de aquel lugar, no podía decir que había abandonado su lugar de

nacimiento, su madre aún vivía allí, muchas veces se había sentido más cómoda entre la humilde gente del puerto que entre la clase alta de Londres, todos eran unas ratas, pero al menos a los marineros, ramera, mendigos... Se les veía venir, las víboras de alta alcurnia eran más difícil de descubrir y mucho más peligrosos...

Visitar a su madre siempre la ponía de mal humor ya que le recordaba que cada día estaba más vieja y sería menos atractiva para los hombres... ¿Sería por eso que William ya no la quería? Amelia Phillips apenas tenía dieciocho años

quizá por eso había l amado la

atención de él...

Aunque esto se lo decía cuando se encontraban a solas, mientras paseaban, su madre se dedicaba a alardear de la suerte que había tenido su adorable Dottie, Dorothy odiaba aquel apelativo y se lo decía reiteradamente a su progenitora a la que le daban igual sus objeciones.

—Loretta, cuanto tiempo, ¿recuerdas a mi pequeña Dottie?— dijo su madre comenzando

hablar con una viaje amiga.

Dorothy sentía un aburrimiento espantoso, miraba a su alrededor intentando entretenerse

con algo, hasta que una persona l amó su atención en una de las ventanas del edificio que estaba frente a el a.

¿Qué hacía Amelia Philips en el prostíbulo de Olga Andrews? Dorothy sonrió felinamente y continuó su paseo junto a su madre...

Sophia no podía evitar l orar al pensar la suerte que habían corrido sus hermanas, el a debió insistir en traerlas consigo, no debió permitir que su madre la asustara con aquel as

amenazas absurdas sobre que las enviaría lejos como esclavas a América, debió dejar que Stephen luchara por traerlas y sin embargo ahora estaban en cualquier lugar... Solas...

Escuchaba a William contarle a Stephen lo poco que sabía, si Amelia supiera lo que estaba haciendo el duque por encontrarla sonreiría con placer, ojalá tuviera la oportunidad de saber lo mucho que le importaba.

—Regresaré a Londres y comenzaré a buscarlas al í, si buscaban vender las joyas irían al puerto, alguien las vería— decía William en ese momento.

—Prométeme que las encontraras, que harás lo que sea y que no te rendirás, por favor— le suplico Sophia al duque mientras Stephen la rodeaba con sus brazos.

—Lo juro por mi honor, Sophia— aseguró Wil iam de corazón.

Wil iam no sabía dónde buscar, nadie sabía nada de Amelia y su hermana, había dejado a Sophia preocupada prometiéndole que encontraría a sus hermanas y él había dado su

palabra aunque no sabía si podía cumplirla, Amelia había sido una estúpida, huir en mitad de la noche con los peligros que había en una ciudad como Londres, temía encontrarlas en cualquier pozo o descampado, pero no podía parar, necesitaba hacer algo, no podía

esperar a que llegaran noticias, recorría la ciudad de una punta a otra intentando averiguar si alguien las había visto, pero era imposible.

Salió una vez más de su casa y caminó hacia por las calles de Londres como si esperase que Amelia y Anne aparecieran de pronto ante él.

Tenía que encontrar a Amelia Phillips, tenía que decirle muchas cosas, algunas de ellas eran reproches por esta locura, pero también tenía ganas de encerrarse con ella en una habitación para asegurarse de que no volvería a desaparecer y era algo contradictorio ya que él siempre había huido de las jóvenes como Amelia y sin embargo daría lo que fuera por que estuviera en ese momento junto a él, discutiendo o como fuera, pero donde supiera que estaba a salvo.

Vio tarde a Dorothy y no pudo evitarla, hubiera deseado no tener que detenerse con ella, pero no quería ser maleducado, sobre todo por la forma en la que se separaron.

—Wil iam querido, hace tanto que no sé nada de ti— susurró Dorothy sensualmente—

Podríamos tomar una copa juntos, por los viejos tiempos.

—En otra ocasión, aceptaré la invitación— dijo educadamente sabiendo que no lo haría.

—¿Te encuentras bien? Pareces muy agitado... ¿Puedo ayudarte?— preguntó Dorothy con

voz suplicante.

—Pues...— dudó en contarle, pero Dorothy conocía a mucha gente y quizá le ayudara, por los viejos tiempos— Buscó a lady Amelia, fue a visitar a su hermana Sophia y no la encontró, ella y lady Anne han desaparecido y nadie sabe dónde están.

Mientras Dorothy escuchaba comprendió que nadie sabía qué hacía Amelia Phillips en

aquel lugar, algo lógico por otro lado, si ella hablaba podría ganarse el favor de William de nuevo, pero...

—No, hace mucho que no la veo... Preguntaré entre mis amistades y si sé algo te avisaré—

musitó inocentemente— Seguro que están bien.

William suspiró con pesar ajeno al engaño de la que fuera su amante.

Capítulo 11

Katherine se removía inquieta en su asiento sin apenas probar bocado. No dejaba de

pensar en lo ocurrido desde que lady Pamela Hays le contara que Amelia y Anne habían desaparecido. Ella misma le había pedido a Amelia que no fuera impulsiva que no

cometiera ninguna locura, pero no había servido de nada, a saber dónde estaban, solo le quedaba esperar que estuvieran a salvo y que regresaran.

No podría comer hasta que supiera que ellos estaban a salvo.

Por otro lado, lady Mawsdley no había movido ni un dedo por saber nada de sus hijas, él a imaginaba que de la noche a la mañana Mark se esfumara y no nada sería suficientemente complicado para él a por conseguir a su hijo de vuelta. Pero claro, era Caroline, un tempaño de hielo tenía más amor maternal que él a.

—Katherine, querida, ¿podrías comenzar a comer? ¿Qué pensará nuestro invitado?— le

pidió su madre en referencia a Peter Dorsey que había sido invitado a comer aquel día.

La mención de aquel a indeseable visita solo le quitó aún más las ganas de probar bocado.

—Me retiró a mi habitación, tengo dolor de cabeza— se excusó Katherine levantándose de

la silla.

—No tienes permiso para marcharte, consigues que pierda la paciencia, Katherine. Siéntate

y come— le ordenó su padre.

—No tengo apetito, ¿no comprende que me preocupo por ellas?— le dijo Katherine a su

padre sin volverse a sentar.

—Las cuñadas de Katie se han perdido— le explicó su madre a Peter.

—Es un hecho lamentable, pero no tiene nada que ver con nosotros— insistió fríamente su padre.

—Quizá no para usted, padre, pero a mí sí me preocupa, sobre todo cuando estoy a

kilómetros de distancia sin poder hacer nada por ayudarlas— nada más saber

la noticia

quiso regresar a Londres inmediatamente, pero la prohibición de su padre no tardó en

llegar— Son dos niñas y están solas.

—Lo sé, me lo has repetido incansablemente, pero mi respuesta sigue siendo la misma,

además no deseo incomodar a Peter con tus berrinches, así que finalicemos esta

conversación, la retomaremos en otro momento.

—Peter no debe sentirse incómodo, es de la familia, ¿no? Siempre lo has dicho, es como tu hijo— dijo Katherine irónicamente señalando al invitado.

—No te preocupes, Samuel, comprendo a Katherine, ella ha pasado mucho tiempo con

esas chicas, han sido su familia...

—Aún lo son—le interrumpió Katherine.

—En una ocasión tuve el placer de verlas, aunque no me fueron presentadas—sabía a qué ocasión se refería, cuando le vio aparecer en el jardín de la casa de los Mawsdley, les pidió a ambas que se marcharan, ya que no quería que ellas supieran que le conocía—Katherine debe sentirse como una madre con ellas, hace días que no las ve y ahora han

desaparecido, es terrible.

Katherine le miraba sorprendida sin dar crédito a lo que oía, Peter la estaba defendiendo de su padre, era tan extraño le miró con sospecha intentando saber lo que pasaba por su mente.

—Es lógico que se sienta incómoda aquí, mientras se desconoce el paradero de sus

cuñadas, por eso me ofrezco a acompañarla a Londres para que nos quedemos todos

tranquilos— se ofreció Peter amablemente, miró a Katherine con una sonrisa, aunque esta

sabía que no había nada de amable en su ofrecimiento, solo le quedaba saber ¿que estaba tramando?

William se paseaba por su despacho como un león enjaulado, no tenía noticias de Amelia y el tiempo iba en su contra, cada segundo que pasaba reducía las posibilidades de

encontrarlas, por primera vez en su vida se sentía un inútil, aunque sabía que dos personas no podían desaparecer así como así, el hecho era que había ocurrido, las chicas habían salido de la casa, la última en verlas había sido el ama de llaves.

Todos se movían inquietos sin saber que hacer o por donde comenzar a buscar, era como buscar una aguja en un pajar, era imposible, pero tampoco podían hablar con la policía, solo conseguirían que todo el mundo se enterara del chisme y comenzaran las invenciones, algo que mancharía aún más el buen nombre de Amelia y su hermana.

No podría dormir hasta que supiera que ellas estaban a salvo.

Lady Pamela Hays observaba por la ventana de su habitación a la calle como si su amiga fuera a aparecer por allí en cualquier momento, no era tan inocente como para imaginar que algo así pudiera ocurrir, sabía que el duque de Pendleton las buscaba, pero ni siquiera él con todo su poder sabía dónde estaban.

No tenía ganas de hacer nada, Amelia era más que su mejor amiga, era como una

hermana, ojalá le hubiera pedido ayuda a el a en vez de huir. Pamela se apartó una lágrima

que comenzaba a caer por su mejil a.

No podría moverse hasta que supiera que el as estaban a salvo.

Sophia Rutterford miraba incasablemente la gran puerta de Gracefields esperando que en

cualquier momento sus hermanas entraran por el a, deseaba haber sido más fuerte, haber

tenido la suficiente fuera para enfrentarse a su madre para ayudarlas, pero no lo había hecho, indirectamente las había abandonado y se odiaba por el o.

No podría vivir hasta que supiera que el as estaban a salvo.

Aquella noche...

Amelia miraba dormir plácidamente a su hermana, mientras no podía dejar de pensar en lo que le esperaba. La señora Andrews había enviado aquel a tarde a una partera que

certificara de verdad era virgen, nunca había pasa tanta vergüenza, esa mujer la había

examinado ante la mirada de aquel a cruel señora que había sonreído con placer cuando la mujer le había confirmado su virginidad.

Durante este duro trago, Amelia había intentado mantener la compostura, todo era por

Anne, prefería pasar el a por aquel infierno a que cualquier bastardo tocara un cabel o de su hermana, pero también deseaba no haber escapado, su madre y la

señora Andrews cada

vez se le antojaban más similares, sin embargo su madre no se había atrevido a tanto... Por el momento, porque sabiendo la forma en la que había vendido a Sophia... Eso había

parecido cruel y esto era infinitamente peor. Imaginaba hombres sin rostro se cernían sobre ella y solo podía suplicar que llegara William para rescatarlas, pero sabía que no lo haría, era imposible, ella no le importaba nada, pero solo le quedaba ese sueño imposible para que la tortura fuera algo más leve, no podía perder la esperanza de que llegara el día en que salieran de allí, aunque las posibilidades fueran nulas.

Escuchó unos golpes en la puerta y se levantó para abrir, con cuidado para no despertar a Anne, mientras se retiraba las lágrimas de los ojos.

Al otro lado de la puerta se encontraba la señora Andrews con otra de sus sonrisas

macabras, cada vez odiaba más a esa mujer, pese a haber estado agradecida por su ayuda solo unas horas antes.

—Tendrás esta noche y todo el día de mañana para hacerte a la idea, querida, he pensado que no puedo regalar una ricura como tú a cualquiera, además sería tu primer amante, he estado pensando cómo hacerlo y al fin se me ocurrió la manera perfecta... Voy a subastar tu virginidad— dijo la mujer, mientras Amelia se apoyaba, pálida, en la pared para evitar

caerse.

Miró a sus ojos y supo que cualquier cosa que ella dijera no quitaría esa idea de la cabeza de la mujer y eso le dio aún mucho más miedo.

Capítulo 12

Katherine dio la dirección de la casa de lady Pamela al cochero, le había sorprendido la defensa de Peter, pero no la engañaba sabía que quería algo, aun no sabía qué, pero no tardaría en enterarse. Su padre no la había dejado l

evase a Mark con el a, había dicho que estaría mucho mejor al í con el os, pero el a sabía que era la forma que tenía su padre de asegurarse su regreso, pero tenía razón, Mark aún era un bebé y estaría mucho mejor con su madre.

Había tenido que soportar la compañía de Peter durante todo el camino, aunque solo se había hecho un poco más soportable gracias a la presencia de Cora, no había dado pie a ninguna conversación, él lo había intentado dos o tres veces, pero se había percatado

rápido de su poca disposición, sabía que no era educado por su parte ya que él había conseguido que la dejaran ir a Londres, pero no estaba de ánimo para hablar con él.

Llegaron a la casa de lady Pamela y Katherine abrió la puerta del coche, estaba bastante

cansada después de tantas horas de camino, pero su preocupación era aún mayor que su cansancio.

Iba a salir pero Peter la agarró del brazo.

—Esta no es la casa de los Mawsdley, Kat— le dijo Peter frunciendo el ceño.

—Ya lo sé, pero aquí sabré mucho más, no hace falta que vengas puedes... Visitar a tu esposa, seguro que la extrañas— dijo Katherine tirando de su brazo para que la soltara, pero lejos de eso, Peter bajó tras el a.

—No voy a separarme de ti en ningún momento, mi... esposa podrá esperar— el tono en el que lo dijo la hizo saber que algo había ocurrido entre Onel a Fairfax y él, pero su orgullo pudo más que su curiosidad y aunque se moría por saber lo que pasaba decidió encogerse de hombros como si no le importara.

—Espera aquí entonces, no quiero que escuches solo nos incomodarías a ambas, Peter—

le espetó apartándose de él.

—Recuerda que estas aquí gracias a mí.

—Y que me pedirás el pago en cualquier momento, ya lo sé, eso no significa que deba rendirte pleitesía eternamente— Peter sonrió cínicamente, pero no insistió más y el a l amó a la puerta de la mansión de los Hays.

Unos minutos después se encontraban en la sala privada de lady Pamela y esta les ponía al corriente de lo poco que sabía, que en realidad no era nada nuevo.

—Wil iam Pendleton está buscando por toda la ciudad, pero no hay noticias— susurró

tristemente la pelirroja retirándose las lágrimas con el pañuelo— Y a lady Mawsdley no le importa nada, fui a hablar con el a y se negó a recibirme.

—Esa maldita mujer no tiene ningún sentimiento por nadie, apuesto a que ni siquiera la quita el sueño... ¿Y Sophia?— preguntó molesta por la actitud de Caroline.

—El a ni siquiera puede venir, no querría estar en su situación... l

Katherine asintió ya que estaba segura de que Sophia debía sentirse inútil sin poder hacer nada por encontrar a sus hermanas.

Amelia se obligó a cenar para que Anne no se preocupara por el a, pero no podía dejar de pensar en lo que ocurriría en unas horas, esa mujer había sido de lo más explícita al decirle lo que les ocurriría a ambas si el a no comenzaba a darle beneficios.

No podía ni siquiera imaginar lo que ocurriría esa noche, el a no sabía cómo era ese... acto, pero aun así sabía que sería espantoso y que no podría olvidarlo, ya se sentía sucia y aún no había ocurrido.

Miró a la cama y vio a Anne dormida plácidamente en su cama, todo era por el a, Annie era... lo único que tenía y prefería pasar el a por ese horror a que lo padeciera su pequeña hermana. Le había dicho que la mujer la había invitado a una fiesta, para que si se despertaba en la noche y el a aún no estaba al í, no se preocupara.

Escuchó los golpes en la puerta y sintió un nudo en el estómago. La señora Andrews entró en la habitación vestida con un llamativo vestido color amarillo.

—Ven querida, es la hora— dijo alargando la mano hacia ella.

Amelia cogió aire y siguió a la mujer que la guio hacia otra habitación, allí se encontraba una joven visiblemente embarazada.

—Amelia te presento a Judith, ella te ayudará a prepararte y te dejará algo de su vestuario, después te acompañará al salón donde te esperan todos tus... pretendientes— dijo con una sonrisa malévolamente que a Amelia le produjo náuseas.

Después la mujer abandonó la habitación dejándolas solas, Amelia no pudo evitarlo y

comenzó a llorar amargamente.

—Querida niña, no llores— dijo Judith pasándole las manos por el cabello— Hace algún

tiempo yo también estuve en tu situación, solo déjate hacer y no pongas resistencia,

terminará antes de lo que imaginas, te acostumbrarás.

—¿Cómo podría acostumbrarme? ¿Cómo has podido acostumbrarte tú?— preguntó Amelia

retirándose las lágrimas.

—El paso del tiempo... ¿Crees que me gusta llevar al hijo de un desgraciado dentro de mí y no saber ni siquiera de cuál de ellos es? Pero es la vida que nos ha tocado vivir, yo lo he aceptado y pronto lo harás tú también— dijo duramente Judith buscando entre sus cosas.

—Nunca lo haré, pronto me iré de aquí, cuando pague la deuda...— Amelia se vio

interrumpida por la risa seca de la otra chica.

—Cada vez que creas que has pagado la deuda esta habrá aumentado, el a no permitirá

que te vayas y usará a tu hermana como amenaza, acéptalo, porque así será— sacó un

corsé de encaje blanco y un pequeño camisón del mismo color— Póntelo. 2

Amelia agarró las prendas sintiendo como comenzaban a colorearse sus mejillas.

—¿Y el vestido?— preguntó inocentemente.

—Ese es el vestido, querida, te dará ese toque inocente que el a quiere que tengas.

Amelia miró las prendas sintiéndose avergonzada solo de mirarlas, pero se recordó que

aquel o era por Anne, así que comenzó a quitarse su estropeado vestido para ponerse

aquel a escandalosa prenda.

Judith la maquilló y la peinó escandalosamente, luego la guio hacia el salón de caballeros, aquel a zona llena de hombres viejos, borrachos y depravados... Solo podía pensar que uno de ellos sería el que... Tenía que echar mano de su dignidad para no ponerse a llorar y suplicar que no la hicieran pasar por aquello.

La señora Andrews la guio hacia una tarima que había en el medio de la sala, todos aquellos hombres la miraban con descaro y lascivia, y esto solo hacía que crecieran sus ganas de vomitar.

Una vez subida encima de la tarima la mujer la hizo arrodillarse y dijo:

—¿Quién quiere ser el primer amante de mi nueva chica?— gritó la mujer

sujetándola por la barbilla— El afortunado será el más dispuesto a pagar por el privilegio.

Las voces de los hombres no se hicieron esperar, comenzaron a decir cifras, una mayor que la anterior, al principio eran muchos, pero conforme las cantidades se hicieron más altas muchos de ellos abandonaron, Amelia deseó que se retiraran todos, pero no tuvo suerte.

—¿No hay ninguno que ofrezca más?—preguntó la señora Andrews cuando un hombre dijo

la cifra de diez mil libras y ninguno respondió— En ese caso...

—Cien mil libras— se escuchó decir, Amelia alzó la mirada sorprendida buscando al

hombre en cuestión, pero no logró localizarlo.

—Adjudicado al caballero del fondo por cien mil libras, Mel le esperara en la habitación mientras usted paga— dijo la señora y de inmediato Marcus, el criado de la señora Andrews la cogió en brazos y la obligó a entrar en una habitación.

¡Cien mil libras! Un hombre había pagado esa cantidad por estar con el a... ¿cómo podría convencerle de que no lo hiciera? Comenzó a pasearse por la habitación buscando una

salida, pero escuchó como la puerta comenzaba a abrirse, sin pensarlo cogió un jarrón y se escondió detrás de la puerta con la esperanza de conseguir aturdir al hombre.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, Amelia se dispuso a atacarlo, pero él fue más rápido y la agarró de los brazos, comenzaron a forcejear cayendo en la cama, Amelia comenzó a patear intentando quitárselo de encima.

—¡Amelia! ¡Amelia, soy yo, soy yo!— al escuchar la voz él se detuvo y le miró fijamente sin poder creer lo que veía, comenzó a llorar y se abrazó a él.

—Gracias a Dios que estas aquí...— musitó viendo al fin una cara conocida.

Capítulo 13

Robert Bradford seguía sin poder creer lo que estaba ocurriendo, había llegado a aquel

lugar acompañando a un conocido de negocios que había insistido, aquellos lugares no

eran para nada de su gusto y así se lo había hecho saber a su acompañante, sin embargo este se había reído y le había dicho que se limitara a beber alcohol, seguro de que cuando viera a las chicas acabaría sucumbiendo ante alguna de ellas, nada más lejos de la

realidad.

Nada más entrar se había sentido incomodo al ver tal depravación allí reunida, entorno a una joven que parecía estar siendo vendida, no sabía que le había permitido acercarse al lugar, pero se alegraba de haberlo hecho, ya que nada le habría preparado para

encontrarse allí a lady Amelia Phillips, ni siquiera había pensado en nada más que en salvarla de aquello y la manera era pujando también, se alegraba de haberlo hecho,

conocía a la joven y no merecía un castigo parecido a lo que podría haberle ocurrido de no haber permitido que él, no quería ni pensarlo.

Amelia no podía dejar de mirar a Robert que ahora se había separado cabalmente de ella, temía que al hacerlo, este se desapareciera dejándola sola y desamparada de nuevo.

—¿Qué sucede, Amelia? No entiendo nada, ayer fui a tu casa a visitarte y el ama de llaves me dijo que estabas con tu hermana— dijo Robert quitándose el grueso abrigo para cubrir a la chica.

Amelia se tapó mientras sentía que se ruborizaba, estaba tan nerviosa que había olvidado su escaso vestuario, le agradeció a Robert su gesto en silencio.

—Ese era mi plan, sin embargo se torció...— comenzó Amelia relatando la terrible vida que llevaban junto a su madre, su plan de huida y la horrible experiencia que su hermana y ella misma había sufrido desde que decidió huir de su casa— Y esa horrible mujer no nos deja marcharnos, hasta que pague la deuda... Así.

El duque no podía creer lo que estaba escuchando, semejante historia parecía sacada de

uno de los libros de misterio que tanto le gustaban leer a su padre, no podía imaginar como una joven bien educada como Amelia podía haber hecho semejante locura, eso solo

significaba que la vida en la casa de Paddington Street era realmente tan mala que

cualquier riesgo era menor con tal de escapar de allí.

—Nunca debiste escapar de esa forma y poner en peligro a Anne fue un error aún mayor, Amelia— la regañó con demasiada brusquedad.

—¡Ya lo sé! ¿Crees que no lo he pensado?— le gritó la chica enfadada levantándose de la cama de un salto.

Robert se giró bruscamente abriendo la puerta de la habitación, Amelia se asustó y salió tras él agarrándole del brazo.

—No te marches, por favor, Robert...— le suplicó arrepentida por haber pagado su

frustración con él.

—No voy a ninguna parte, al menos no sin vosotras, voy a solucionar este problema y mientras sube a cambiarte y a por tu hermana, esta misma noche os marcháis de aquí—

Robert salió de la habitación y Amelia le vio marcharse, mientras daba gracias porque

alguien por fin se dignara a ayudarla... Solo esperaba no tener que arrepentirse después.

Robert atravesó todo el salón donde prostitutas y borrachos se divertían ajenos a su

presencia y a su mal humor, incluso su nuevo socio se reía embotado con una mujer sobre su regazo, Robert sonrió cínicamente pensando en la esposa de éste, que dormía

plácidamente en su casa de Londres.

El joven llegó hacia una pequeña sala, donde antes había hecho el pago por Amelia, solo de pensar lo que había estado a punto de ocurrir lo enfurecía aún más, intento disimularlo bajo una falsa apariencia de calma, llegó a la puerta y enseguida la voz de una mujer lo invitó a pasar.

—¿Hay algún problema con la chica, excelencia?—preguntó Olga Andrews enarcando una

ceja, era demasiado pronto... Quizá debía hablar de nuevo con esa niña estúpida...

—En realidad tengo un problema con usted, señora, me debato entre agradecerle la ayuda

que le presto a mi prometida o el enfado que me provoca lo que planeaba hacer con el a—

le dijo Robert fríamente, mientras veía como la mujer palidecía.

—No puede ser su prometida, ella nunca dijo nada.

—No estaba en la obligación de hablar de su vida privada con usted, ¿no cree?

Olga comenzaba a temer que lo que decía aquel hombre fuera cierto, en ese

caso tenía un gran problema, gran parte de sus clientes eran gente perteneciente a la categoría social de aquel hombre, el a misma sabía quién era, había oído hablar de él... Tenerle como enemigo podía ser un grave problema...

—Claro que no... Esto ha sido un malentendido...

—Pretendo llevarme a mi prometida y su hermana de vuelta a su casa, espero que no tenga ningún inconveniente— continuó Robert sabiendo que la mujer sabía que era preferible

perder a Amelia a perder su negocio.

—Por supuesto, lo comprendo, pero... —Robert entendió perfectamente lo que quería la

mujer y dejó sobre la mesa una gran bolsa llena de dinero.

Olga sonrió felinamente mientras agarraba la abultada bolsa.

Amelia terminó de ponerse de nuevo su vestido mientras apremiaba a una somnolienta

Anne a hacer lo mismo, le ató el vestido a su hermana y le colocó la capa para que no tuviera frío, ya que era entrada la madrugada, la cogió de la mano y bajaron rápidamente las escaleras sin mirar atrás.

La joven aun esperaba que esa horrible mujer no las dejara marcharse, tenía miedo de que las esperara al pie de las escaleras prohibiéndole el paso, pero al llegar solo se encontraba Robert.

Este saludó amablemente a Anne y la cogió en brazos, los tres salieron del lugar sin toparse con nadie, Amelia preguntó sorprendida:

—¿Ha dejado que nos marchemos así de fácil?

—Lo hablaremos en otro momento— dijo Robert señalando con la cabeza a Anne.

Amelia asintió y siguió al joven hasta un carruaje que lo esperaba al final de la calle, cuando por fin estuvieron ambas dentro, Amelia fue verdaderamente consciente de que había

conseguido salir de allí... y gracias a Robert, por un momento le miró y deseó que fuera William el que las hubiera ayudado, pero eso habría significado que él se preocupaba por ellas y no era el caso.

Hicieron el camino en silencio, hasta que de pronto el coche se paró, Mel y se asomó por la ventana y vio que se encontraban ante una posada a las afueras de Londres, había estado tan ensimismada pensando en... otras cosas que no se había dado cuenta de lo que

ocurría, en un principio se asustó, pero después cayó en la cuenta de que quizá Robert iba a llevarlas a casa de Sophia.

—¿Porque paramos aquí?— preguntó la chica necesitando que Robert confirmara sus

deseos.

—Necesitáis descansar y comer bien, además tenemos que hablar.

—¿De qué? — preguntó la chica, con ansiedad.

—Mañana, Amelia, voy a ayudaros, lo prometo, no tienes nada de qué preocuparte,

mientras estéis conmigo estaréis a salvo, de verdad— dijo el duque seriamente.

Amelia le miró a los ojos y le creyó.

Al día siguiente las chicas se levantaron pasado el mediodía como nuevas, había sido la noche que mejor habían dormido desde hacía meses, Anne recordaba ligeramente el

traslado, pero estaba tan sumamente dormida que no podía recordar los detalles con

claridad.

Bajaron a unirse a Robert en la comida después de asearse, Amelia hubiera deseado tener otro vestido que no fuera el que se pusieron cuando escaparon de casa, pero no podían hacer nada más, estaba segura de que a Robert no le importaría.

Ambas jóvenes se sentaron a la mesa junto al duque y comenzaron a comer en silencio, era un guiso casero que no habían comido nunca y al que no estaban acostumbradas, pero las dos comieron con ganas, incluso tomaron tarta de manzana de postre.

—¿Te gusta?— le preguntó la posadera la niña que comía el pastel con evidente

satisfacción.

Anne se limitó a asentir con una sonrisa y la boca llena, tanto Robert como Amelia y la mujer sonrieron.

—¿Quieres ayudarme a preparar uno?— preguntó la mujer amablemente.

—No se moleste, no queremos aprovecharnos de su amabilidad— dijo educadamente la

mayor.

—Pero no es molestia, criatura, será un placer, venga vamos— insistió la mujer alargando la mano en dirección a Anne.

La niña miró a su hermana buscando su permiso, Amelia vio que se moría de ganas por ir, por lo que asintió y la vio marcharse junto a la mujer.

—Me gustaría aprovechar el momento, Amelia, tengo que hablar contigo—
dijo Robert en

un tono de voz más serio que el que había empleado mientras Anne estaba
presente—

Tenemos que solucionar esta situación de alguna manera.

—¿Qué situación?— preguntó la chica sin comprender.

—Amelia huir de tu casa fue algo muy grave y más aún cuando se sepa dónde
estuviste, como te encontré— dijo Robert.

—¿Lo dirías?— preguntó Amelia sintiéndose defraudada.

—Claro que no, nunca lo haría, pero teniendo en cuenta la situación tan
delicada en la que se encuentra tu familia esto solo aumentaría el chisme y se
enterarían, por mucho que lo ocultemos se enterarían y nadie podría ayudarte,
los comentarios serían aun peor, dirían

cosas terribles sobre tu hermana y tú.

—Pero tú sabes que nosotras no...— musitó Amelia asustada, ya que todo lo
que decía

Robert era cierto, no era solo el hecho de la huida, sin hubiera salido bien,
nadie se habría enterado y pasaría como que habían ido a visitar a su hermana,
sin embargo habían estado en un prostíbulo, al í había cabal eros de la
sociedad, podrían reconocerla y...

—Yo lo sé, pero sabes que esas víboras solo quieren algo de qué hablar.

—¿Y qué puedo hacer?

—Puedo ayudarte, Amelia, solo si tú quieres.

—¿Cómo?— preguntó la joven con algo de sospecha, pero era el único aliado
que le

quedaba y había demostrado ser un buen hombre, había sido más amable con el a que

William, al menos.

—No importa si se enteran de que huiste de tu casa si cambiamos el final, diremos que escapaste... para reunirte conmigo.

—¡No! Eso sería igual de malo, parecería que nosotros... No, no puedo hacerlo.

—Amelia, escúchame, seguro que tienes amigas que han huido de casa con el hombre que

aman para casarse a escondidas.

—Pero no nos amamos, además no estamos casados.

—Lo estaríamos esta tarde si dices que sí, Amelia, te llevaría lejos de aquí, a ti y a Anne, donde nadie pudiera haceros daños, lejos de Londres, de vuestra madre, de Olga Andrews, de tu hermano... de William Pendleton. Nunca pasaríais hambre y viviríais como merecéis,

había imaginado otra forma de hacerlo.

Amelia no quería dejarse convencer, pero era tentador, no solo hablaban de mejorar su

vida, sino la de Anne, era como si su plan principal volviera a estar disponible, el a se había

resignado a no poder escapar de su casa casada como todas las jóvenes de su edad, por eso había urdido ese plan disparatado que tantos problemas le estaba acarreando... Había

aceptado hacía tiempo que William jamás pronunciaría palabras parecidas a las que decía

Robert en esos momentos, estaba tan confundida, pero ¿y si se equivocaba de

nuevo?

—Hay miles de chicas desesperadas por un marido y sin tantos problemas, ¿porque yo...?

—Necesito una esposa, había decidido que tú eras la indicada en el momento que te vi...

Sin embargo otros asuntos me impidieron pedir tu mano de una forma más...

convencional— dijo Robert con una sonrisa.

—No sé qué decir... Yo... Es tan complicado, estoy tan asustada.

—No debes tener miedo, nunca te haría daño, quiero ayudarte, debemos solucionar el

problema que tenemos ahora, después nos encargaremos de lo que venga, confía en mí, sé que es difícil, pero te prometo que no te arrepentirás.

Robert tenía razón, ahora tenía un problema mayor entre manos y él estaba siendo tan

amable al ofrecerle una salida, él se había buscado lo que se le venía encima, ahora debía aceptarlo e intentar solucionarlo como pudiera... Y la solución de Robert era una salida decorosa, en parte, a lo que había ocurrido, pero no sabía qué hacer, Anne era lo suficientemente importante como para merecer ese sacrificio...

Si hubiera sido Wil iam...

Capítulo 14

Cuando su madre le avisó de que Peter estaba allí y la obligó a bajar a tomar el té con ellos, Katherine supo que no tardaría mucho en saber lo que ese hombre le pediría a cambio de haberla ayudado a ir a Londres, visita que por otro lado había resultado infructuosa ya que continuaba sin conocer el paradero de sus cuñadas. Pero de todas formas él la había

ayudado, aunque no hubiera averiguado nada él la había llevado hasta Londres y era la

excusa que le bastaba a ese hombre para importunarla con su desagradable presencia.

Katherine bajó al salón de mala gana y soportó la velada estoicamente junto a su madre, hasta que se percató de que esta se levantaba.

—Dios mío, como pasa el tiempo cuando estas en buena compañía, debería retirarme un

rato a descansar— dijo su madre con cara de agotamiento.

—Claro, madre, la acompaño— musitó Katherine poniéndose en pie.

—No, querida, por favor, ¿porque no sales con Peter a pasear? Estoy segura de que

cuidará bien de ti y que no debo preocuparme.

Katherine se estaba temiendo lo que pretendía su madre, pero antes de poder recriminarle nada su madre abandonó la habitación dejándolos solos.

—No me gustan los juegos y menos perpetrados por mi madre— dijo Katherine sintiéndose

atrapada.

—Tu madre no lo hace con mala intención, Kat, cree como yo, que tenemos que hablar—

dijo Peter con un suspiro de frustración.

—No tenemos nada de qué hablar, me molesta enormemente que mi propia madre me

coloque en una posición tan delicada, eres un hombre casado y yo también lo estoy— se excusó el a.

—Detal es sin importancia, Katherine— dijo en tono despectivo.

—No creo que nuestros matrimonios no tengan importancia, para mí la tiene—
dijo el a

molesta.

—Una rata y una fulana, créeme que he sido muy amable en mi descripción de
el os.

—No te permito hablar así de Richard— dijo el a aunque tenía razón, pero su
lealtad hacia él le impedía aceptarlo ante Peter.

—Te aseguro que es lo menos que pienso decirle cuando lo tenga frente a mí.

—Así que es eso... Todo está... insistencia en mi es para molestar a Richard,
por

involucrarse con esa mujer—comprendió Katherine sintiendo un pequeño
pinchazo en el

corazón— Discúlpame.

Katherine abandonó el salón comenzando a notar como las lágrimas
comenzaban a caer,

pero ¿qué importaba? Era obvio que Peter quería venganza por su esposa, esa
mujer le

importaba demasiado, más que el a... Al fin y al cabo, la abandonó en el altar
para casarse con el a.

El coche de Robert las l evaba de vuelta a su casa, Amelia aún no había dado
una

respuesta, pero sí sabía que prefería que no se supiera exactamente donde
había estado a que se dijera que había huido con un hombre.

Podía hacer las cosas de otra manera, una más honrosa y no sentirse más sucia de lo que ya se sentía por lo que había pasado en la casa de esa mujer. Pero ella era Amelia Philips, no iba a dejarse caer tan pronto, una experiencia como la que había vivido acabaría con la fortaleza de cualquier joven, pero no con ella, lo único que quedaba era olvidar aquel horror.

Volver a aquella casa representaba dar un paso atrás, aceptar que nunca saldrían de allí y que su vida se reduciría a vivir atrapadas entre esas cuatro paredes.

El coche al fin paró ante aquella casa y Amelia se dispuso a bajar, aunque antes Robert le agarró la mano y dijo:

—Mi propuesta sigue en pie, Amelia, la mantendré eternamente si es preciso.

Amelia asintió con un nudo en el estómago y cogiendo de la mano a Anne, entraron de nuevo en los dominios de Caroline Mawsdley.

Antes de llamar a la puerta, se agachó poniéndose al nivel de su hermana.

—Annie, nunca le diremos a nadie lo que ha pasado, siempre que pregunten decir que

estuvimos con Sophia, incluso a ella aunque sepa que no es cierto, pero nunca jamás

hablaremos de esa mujer y de ese lugar, ¿me lo prometes?

—Sí— asintió Annie, con la mirada puesta en la gran puerta de roble.

Amelia llamó a la puerta y esperaron a que Bertha abriera, cuando la mujer así lo hizo, comenzó a gritar feliz de que sus niñas estuvieran de nuevo allí sanas y salvas, comenzó a preguntar qué había sucedido, Anne dejó que su hermana hablara, escuchó como le

relataba a la vieja nana actividades que supuestamente habían hecho junto a Sophia,

además le habló de lo grande que estaba Melissa.

Bertha no sospechaba que aquel o era mentira, por lo que escuchó atentamente la historia ficticia interesándose por los detalles de la pequeña hija de Sophia, aceptó como excusa la relación de su madre y Sophia, para no avisarle del viaje, aunque la regañó por haberla preocupado tanto.

—Pero seguiremos mañana, ahora mismo estamos un poco cansadas del viaje, ¿verdad,

cielo?— musitó Amelia cansada.

Anne asintió, había encadenado una mentira con otra, seguramente al día siguiente sería

incapaz de recordarlas todas, pero ya se preocuparía, lo mejor en esos momentos era retirarse a descansar.

—Mañana deberías avisar a lady Pamela de tu regreso, como nadie sabía nada, estaba

muy preocupada.

Subieron a sus habitaciones aunque finalmente terminaron durmiendo juntas.

Amelia se despertó al escuchar unos gritos y golpes que provenía de la habitación de su madre, se aseguró de que Anne continuara dormida y se levantó hacia la habitación de su madre.

—Desaparece, maldita, ¡déjame tranquila!— gritaba su madre lanzando cosas hacia la

pared como si hubiera alguien.

Amelia observó asombrada que la mujer se encontraba sola, ni siquiera Bertha estaba por allí.

—¿Madre?— la llamó Amelia haciendo que la mujer la mirara.

—Tú quieres volverme loca, pero no lo vas a conseguir— dijo su madre en un tono apenas entendible a causa del alcohol— Acabé contigo una vez y lo haré otra vez.

—¿Qué?— Amelia comenzaba a sentir miedo, su madre la miraba como si no la

reconociera y se acercaba a él peligrosamente con un atizador en la mano.

—Deja de huir de mí, Rose... Te devolveré al infierno de donde no debiste salir nunca.

—¿De qué habla? ¿No ve que soy su hija?— le preguntó Amelia apartándose de él.

—Acabaré contigo como lo hice la primera vez y no volverás...

De pronto la mujer se lanzó a por él con el atizador dispuesta a darle con él, Amelia pudo apartarse en el último momento no sin antes recibir un corte en la mejilla.

La chica corrió en dirección a su habitación y se encerró allí, estaba segura de que su madre había perdido totalmente el juicio... La había confundido con alguien... Él dijo que acabaría con él... como la primera vez...

¿Su madre había matado a alguien? Quizá sufría de remordimientos y estaba perdiendo la

cabeza... La había amado Rose, pero no conocía a nadie amado así, bueno al menos él, Caroline debía conocerla quizá antes de que ellos nacieran...

Miró a Anne dormida plácidamente y supo que debía hacer.

Capítulo 15

Amelia no podía dejar de pensar en la escena que había vivido la pasada noche con su madre, el arañazo que tenía en su rostro era prueba de que aquello no había sido una pesadilla, sino todo lo contrario, los delirios de su madre habían aumentado de forma

alarmante desde que el as habían escapado, aunque estaba segura de que no había sido

por la preocupación por su desaparición. Si lo que comenzaba a sospechar era cierto, su madre podría haber cometido un delito contra esa mujer con la que la había confundido, se preguntaba quién sería aún cuando eso no era lo importante, su madre era peligrosa, la había atacado a el a, no quería pensar lo que podría hacerle a Annie, debía sacarla de al í con más urgencia que antes.

Escuchó el sonido de la puerta y a Bertha recibiendo a la visita, Amelia no tenía muchas ganas de ver nadie, rezó porque la criada espantara al inoportuno visitante, pero ocurrió lo contrario, la mujer entró en la sala donde se encontraba acompañada de su amiga Pamela.

—¡Mel y! Estaba tan preocupada por ti— exclamó la joven acercándose a el a rápidamente

dándole un gran abrazo.

Amelia lo aceptó gustosa, ya que había echado de menos a su mejor amiga.

—¿Por qué te marchaste así, sin decirme nada?— le reprochó Pamela— Me dejaste esa

nota, ¿puedes imaginar cómo me preocupe cuando tu hermana dijo que no l egasteis al í?

—¿Lo sabía Sophia?— preguntó Amelia sintiéndose culpable.

—Por supuesto que sí, incluso Katherine vino para saber de vosotras, estábamos todos como locos buscando y nadie sabía nada, incluso el duque de Pendleton...

—No quiero oír hablar de ese hombre, Pamela— le cortó la joven Phil ips.

—Pero Mel y, él...— insistió la joven, pero al ver la mirada de su amiga, decidió no continuar, aunque estaba segura de que a el a le encantaría saber que su amado duque la estuvo buscando sin descanso, insistiría más tarde.

La miró fijamente dándose cuenta del arañazo que tenía en la mejilla. Comenzó a

preocuparse, recordando que habían estado en paradero desconocido mucho tiempo y que

de pronto habían aparecido...

—Estas herida... ¿Cómo te has hecho eso? ¿Dónde habéis estado este tiempo, Amelia?—

preguntó la joven, obligando a su amiga a que la continuara mirando.

—Estuvimos a salvo, esto es... un altercado con mi madre... Créeme que estuvimos mejor

fuera de aquí— al menos lo estuvieron cuando Robert las salvó.

—¿Tu madre te hizo eso por escapar, Mel y? Aún no me has dicho donde estuviste, quiero saberlo— insistió la pelirroja.

—Sí, a mi madre no le gustó que nos marcháramos y estaba molesta— dijo Amelia ya que no quería decir lo que había ocurrido en realidad.

—Entiendo que se molestase, pero no que llegara a este extremo, pero ¿porque no me dices donde estuviste?

—No puedo decirlo, te lo contaré cuando llegue el momento, Pamela, por favor.

—Entre nosotras jamás han habido secretos, Mel y, sabes que puedes confiar en mi...

—Lo sé, pero no puedo contarlo por el momento, te prometo que lo haré pero ahora estoy aquí y bien... Por favor, no insistas más...

Pamela vio que su amiga estaba agotada, por lo que prefirió no preguntar más, aunque

seguía teniendo curiosidad... Solo esperaba que no fuera algo terrible.

—Necesito pedirte algo, Pamela... — la pelirroja asintió esperando a escuchar la petición de su amigo— ¿Podrías quedarte con Anne un rato? Necesito ir a hablar con alguien y no quiero dejarla sola...

Amelia terminó la frase señalando su herida, Pamela entendió que no quería que Anne

estuviera sola con su madre en casa.

Wil iam iba de camino a su casa pensando en un baño caliente, había pasado los últimos tres días visitando las ciudades más cercanas por si Amelia y su hermana habían decidido marcharse a un lugar a las afueras, había sido un tonto por no haberlo pensado antes, pero la búsqueda había sido tan infructuosa como las anteriores.

Suspiró, mientras caminaba se topó a Dorothy y no le dio tiempo a esquivarla, maldecía su suerte porque siempre hacía aparecer a esa mujer cuando menos quería verla. Habían

pasado muchos momentos juntos, no podía negar que se había divertido con ella, pero

estaba demasiado agobiado como para tener que soportar su charla estúpida.

—¡Wil iam! Parece que estamos destinados a encontrarnos...— musitó dulcemente Dorothy

que le evaba casi tres horas dando vueltas por los alrededores esperando a encontrárselo.

—Sí, eso parece... Si me disculpas acabo de regresar de viaje, hablaremos en otra ocasión.

—Sabes que mi casa está en esa dirección también... Te acompañaré y podemos hablar de los viejos tiempos...

William estaba tan cansado que no tenía ganas ni de ser grosero, así que asintió

simplemente, mientras la mujer le agarraba del brazo.

Amelia se sentía tan desesperada necesitaba ayuda y había una persona que podía

ofrecérsela, era un tanto contradictorio porque no había querido que Pamela le contara

como William se había estado divirtiendo sin apenas acordarse de ella o preocuparse...

Ella había querido hablar de él, pero no podía escucharlo y sin embargo allí estaba, frente a su casa esperando a que llegara de una de sus juergas, pero debía probar, quizá viendo el estado en el que se encontraba sentía un poco de pena por ella y tal vez aceptaría ayudarla.

Esperó pacientemente hasta que le vio llegar, sintió como su corazón comenzaba a latir

rapidamente, pero se congeló de pronto al ver a la mujer que llegaba colgada del brazo.

Al verlos juntos se sintió una estúpida, todo estaba igual que siempre, que ella hubiera pensado en él, no significaba que le importara, además era absurdo incluso haberlo

imaginado ya que él mismo le hizo ver lo poco que valía como esposa...

Sin embargo había un hombre que sí la quería como esposa...

Katherine observaba a su pequeño hijo jugar con uno de sus sonajeros y sonreía... Si las cosas hubieran sucedido como ella había ansiado desde niña

Mark hubiera sido hijo de

Peter y ella no habría pasado por toda la vergüenza que había aguantado siendo la esposa de Richard, ¿pero cómo saberlo?

Recordaba sus escasas semanas como prometida de Peter como si lo estuviera viendo

antes ella, lo tenía nítidamente grabado en su mente todo lo acontecido con él...

Peter era el hijo mayor del mejor amigo y socio de su padre, vivían en fincas colindantes, no había un recuerdo de su infancia en el que no apareciera Peter molestándola como un

hermano mayor un tanto arisco.

Ella le perseguía insistentemente, ya que desde siempre había sentido afecto hacia él, al pasar los años Peter, que era siete años mayor que ella, había pasado de ser enfadarse por su insistencia a ignorarla, recordaba como su joven corazón rechazado había sufrido sus

desplantes y sus duras palabras.

Sin embargo, cuando empezó a dejar de ser una niña, comenzó a ver a Peter ya no como un hermano mayor, sino como a un pretendiente, algo que seguro a Peter ni siquiera se le cruzó por la cabeza, ella soñaba con ser su esposa aunque racionalmente sabía que nunca sucedería, pues él siempre andaba en compañía de elegantes mujeres que nada tenían que

ver con ella.

Pero todo cambió cuando el padre de Peter falleció, él comenzó a visitarla más a menudo, le llevaba regalos de sus viajes y su enamoramiento llegó a su etapa más álgida cuando en su fiesta de dieciocho cumpleaños le pidió matrimonio.

Ella no podía caber en sí de felicidad, aunque duró poco ya que él le dijo que se marcharía al día siguiente a un viaje a Irlanda donde pasaría unas semanas, cuando él regresara se casarían.

Durante los días que siguieron su madre y en especial él comenzaron a hacer planes, que nunca llegarían a cumplirse.

Katherine recibió solo dos cartas en los meses que estuvo Peter de viaje, ese viaje que duraría unas semanas y terminó retrasándose en casi un año de espera.

Katherine temía por la seguridad de su prometido, nunca imaginó nada de lo que le

esperaba, cuando al fin Peter regresó no lo hizo solo, sino con una ardiente pelirroja del brazo con la que acababa de casarse.

Esa fue la primera vez que vio a Onel a Fairfax a la que miraba desde lo más alto de la escalera con espanto, recibiendo de él a una mirada altanera.

Su padre maldijo al que había sido como un hijo para él y lo echó de su casa por la burla a la que había hecho objeto a su hija. Peter no dijo nada mientras su padre le expulsaba de su casa y de sus vidas.

Su madre fue la encargada desesperada por el que dirán la llevó a Londres donde conoció a Richard, con el que se casó poco después tapando así su vergüenza.

¿Cómo no odiar a Peter si había sido el culpable de todos sus males?

Amelia llamó con fuerza a la gran puerta de madera de la casa de Robert Bradford, ni siquiera se presentó cuando le abrió la criada entró como un torbellino a la estancia mientras la sirvienta le pedía que esperara, vio una puerta entre abierta con la luz de la chimenea encendida y más entró en la estancia donde el joven heredero redactaba una

carta.

Robert al escuchar el alboroto alzó la cabeza y se encontró a Amelia sofocada por la carrera.

—Acepto ser tu esposa, Robert... Si aún lo deseas.

Capítulo 16

Lady Pamela miraba el papel que agarraba entre sus manos sin saber si debía enviar la nota, sabía que Amelia no quería oír hablar del duque, pero este tenía derecho a saber que el a se encontraba a salvo, al menos de momento, quizá él conseguiría que no cometiera el error de casarse con Robert Bradford, el a no le amaba y solo Wil iam conseguiría hacerla recapacitar... Solo esperaba que él fuera capaz de conseguirlo.

Al día siguiente una criada l evó la nota de lady Pamela a la casa de Wil iam, este al recibirla salió precipitadamente de al í en dirección a casa situada en la cal e de Paddington Street.

Amelia desayunaba junto a su hermana, aunque en realidad el a se limitaba a observar

como Anne comía mientras el a misma jugaba con su plato de comida.

—Annie, tengo que contarte una cosa, pero no puedes decírselo a nadie, aun no, ¿de

acuerdo?— dijo la mayor en un susurro.

La niña asintió mirando a su hermana.

—Vamos a marcharnos de aquí, pero esta vez no lo haremos solas— comenzó Amelia

viendo como la cara de su hermana se iluminaba.

—¿Sophia vendrá por nosotras?— preguntó la niña inocentemente.

—No, cielo, el a no puede ayudarnos por más que quiera... Nos iremos con Robert, él te agradó, ¿verdad?

—Sí, pero... ¿Pero por qué vamos con él?

—Porque voy a ser su... esposa— Amelia todavía sentía un nudo en el estómago al pensar o decirlo siquiera, pero era lo mejor, la única persona que podría protegerlas de todo y todos... Además era el único dispuesto a hacerlo.

—Pero... ¿tú le quieres?— preguntó Anne viendo como los ojos de su hermana mayor se

lucían tristes.

—Le aprecio mucho, porque es muy buen hombre.

—Pero apreciar no es amar— dijo la niña sabiamente— Serás infeliz, y yo no quiero eso, podemos quedarnos aquí, no tienes por qué hacer eso.

—No, cielo, es lo mejor, además es más seguro el cariño que el amor, Anne, lo descubrirás cuando seas mayor— dijo Amelia intentando convencer a la niña.

Pero en el fondo sabía que Anne tenía razón.

Katherine leía con una sonrisa la nota en la que la propia Amelia afirmaba estar bien, al igual que Anne, no contaba donde habían estado, pero en realidad se interesaría por eso después cuando las viera en persona, con saber que estaba en su casa, sanas y salvas era más que suficiente, aunque en realidad no terminarían de estar bien del todo hasta que consiguieran escapar de la influencia de su madre y Amelia debía entender que había

maneras de hacer las cosas y huir no era la más indicada.

—Parecen buenas noticias, ¿se pueden compartir?— Katherine alzó la vista con hastío,

pues se estaba comenzando a harta de que ese hombre se paseara por la casa de su padre como si fuera propia.

—Lo son, pero no me apetece hacerte participe de el as, ¿se puede saber qué haces aquí de nuevo? Creía que te había dejado lo suficientemente claro que tu presencia me hace sentir incómoda— dijo Katherine levantándose del banco para caminar de regreso a la casa.

—Esas palabras me apenan enormemente, Kat, sin embargo los negocios que tengo con tu

padre requieren mis periódicas visitas— le dijo el marqués caminando junto a el a— Por

cierto, debo felicitarte, acabo de ver a Mark y para suerte suya cada vez se parece menos a su padre y mucho más a su madre.

—Si ese halago encierra alguna doble intención, te aclaró que tendrás una respuesta

negativa por mi parte, Mark tendrá de su padre lo que legítimamente es suyo, el título de Conde de Mawsdley.

—Es lo único bueno que puede ofrecerle, un título manchado por el escándalo y las deudas.

Katherine apretó fuertemente los puños para reprimir las ganas de pegarle una bofetada, ya que ofenderse por la verdad es algo absurdo.

—¿Algo más?

—En realidad, sí, me gustaría invitarte a pasear a caballo, hace años que no lo hacemos, recuerdo que te encantaba...

—No lo hacemos desde que me plantaste, Peter y si ese es el motivo de tu visita puedes marcharte porque la respuesta es no—dijo Katherine tajantemente entrando en la casa.

El marqués se quedó allí mirando cómo se marchaba con una sonrisa, si Katherine la

hubiera visto le habría pegado esa bofetada...

Amelia escuchó los insistentes golpes en la puerta sentaba en el salón cosiendo unos

vestidos que Anne tenía rotos, también escuchó como Bertha se acercaba rápidamente a la puerta para recibir al escandaloso visitante. La joven escuchó un murmuló y decidió salir a ayudar a la nana, para comprobar que todo estuviera en orden. Sin embargo no puedo decir nada, se quedó al í en medio sin palabras y se maldijo por el a.

—Excelencia, no puedo permitir que...— estaba diciendo la mujer desesperadamente.

—No voy a marcharme hasta que hable con lady Amelia— insistió el duque, que miró por encima del hombro de la anciana y la vio al í, mirándole.

—Nana, no pasa nada, le recibiré— dijo Amelia sin darse cuenta.

—Pero Mel y ya sabe que la señora ha prohibido las visitas, si el a se entera...

—No se enterará si subes con el a, además estoy segura que lo que su excelencia desea

decir no ocupará más de unos minutos...

El ama de l aves asintió a regañadientes y dejó pasar al duque, sin decir una palabra más se marchó escaleras arriba hacia el cuarto de la condesa viuda.

Wil iam no esperó a que a anciana terminará de subir las escaleras cuando en dos pasos se colocó frente a Amelia, tenía unas inmensas ganas de tocarla, levantó la mano

inconscientemente para hacerlo, pero la joven se apartó de un salto.

—¿Y bien? ¿A qué debo el honor de su visita, excelencia?— comenzó la chica con voz fría, pues sabía que debía mantener la compostura y dar muestras de lo que sentía.

—Quería comprobar por mí mismo que estabas bien... Te he buscado por todas partes,

Amelia...

—¿Ah, sí? ¿Del brazo de Dorothy Leblanc o solo cuando ella abandonaba su cama?

—¿De qué hablas?— preguntó William, que sentía que esa conversación se le

yendo de las manos y acababan de comenzarla.

Habían notado rencor en las palabras de Amelia, no entendía nada, se sentía confundido

incluso por sus propias reacciones al estar en esos instantes junto a ella, pero no se sentía preparado para tener una conversación así con ella, aun no al menos.

—No importa, en realidad no sé qué hace aquí, no comprendo el motivo de su preocupación... ¡y no me tuteé!

—Deseaba ayudarla, al fin y al cabo su hermana es la esposa de mi mejor amigo...

—Lo ha sido siempre, incluso esos meses en los que usted sabía de nuestra situación y mientras iba de fiesta en fiesta, excelencia, el tiempo para ayudarme pasó, ahora no

necesité un caballo de brida ante armadura que me salve.

—¿Qué quiere decir con eso?

—He encontrado a alguien en su sano juicio que me ha pedido que sea su esposa— dijo Amelia con una sonrisa temblorosa— Y he aceptado.

Capítulo 17

Amelia no deseaba continuar esa conversación, había visto como él se quedaba sin

palabras, seguramente era incapaz de concebir que alguien la considerara lo suficientemente buena como para convertirla en su esposa, pues bien, se alegraba de

demostrarle que no era así, que él fuera incapaz de aceptar su situación no la hacía menos prometedora como futura esposa de un noble con título.

—Es mejor que se marche, excelencia, no me gustaría que se sintiera incómodo al pasar tanto tiempo en una compañía tan cuestionable como la mía— dijo Amelia intentando

mostrar más fortaleza de la que en realidad sentía.

—Mientes— dijo el duque negándose a aceptar lo que la joven le decía.

—¿Tendría algún sentido? ¿De verdad me cree tan indeseable como para que un cabal ero

me pida en matrimonio ?— dijo Amelia ofendida.

—No he dicho eso, no pongas palabras en mi boca que no he pronunciado— dijo él

acercándose a la joven.

—A usted le gustaría que fuera mentira, ya que parece tener un placer bastante extraño al verme abatida, sin embargo la realidad es que pronto todo Londres conocerá la noticia,

aunque usted permanecerá al margen del evento, ahora le repito: Márchese— le pidió

Amelia dándole la espalda y comenzando a avanzar en dirección al jardín, ya que quería esconderse durante unos segundos para rumiar su malogrado enamoramiento.

Wil iam tuvo apenas unos segundos para pensar en lo que hacer, aunque estaba claro,

necesitaba sacar de la cabeza de la joven esa idea tan disparatada aunque no sabía el

porqué, el simple pensamiento de Amelia Philips con otro hombre le hervía la sangre, ella no podía casarse, debía evitarlo como fuera.

Amelia sintió que la seguía nada más salir al jardín, pero continuó caminando deseando que él se arrepintiera de seguirla y decidiera regresar por donde había llegado, presumiblemente regresaría a los brazos de esa horrible mujer.

El a, al ver que continuaba persiguiéndola, se paró en seco junto a la casa del jardinero y se giró para enfrentarse de nuevo a él, era algo masoquista, pero parecía que esas

discusiones que tenían era el único intercambio sincero de palabras que ocurriría entre

ellos, ya que cuando ella fuera la esposa de Robert y se marchara de allí dejaría de verle para siempre.

—Creía haberle dicho que se marchara— le espetó la joven cruzándose de brazos en

actitud defensiva.

William sonrió con superioridad, Amelia quería poner distancia entre ellos porque lo

deseaba, lo comprendió en el momento en que observó como la joven cogía aire

entrecortadamente y era incapaz de aguantarle la vista más de unos segundos, como si

temiera que él pudiera darse cuenta. Podía lidiar con el deseo femenino, era algo con lo que estaba acostumbrado a tratar.

—Lo sé, pero no podía irme y permitir que cometas el peor error de tu vida— susurró el duque acercándose a ella.

Amelia no se esperaba ese cambio de registro, estaba acostumbrada a discutir con él, pero no a que se mostrara amable. Wil iam alargó la mano y le acarició la mejilla, la chica sintió un escalofrío y dio un paso hacia atrás.

—No es un error— musitó con la voz entrecortada.

—Sí, sí lo es porque tu no necesitas más ayuda que la que yo pueda proporcionarte—

Wil iam volvió a acercarse a ella, esta vez agarrándola por la cintura para que no pudiera apartarse de él.

¿Estaba insinuando que no quería que se casara con otro hombre porque quería desposarla él? No parecía muy lógico, después de todo lo que se habían dicho anteriormente.

—Está siendo un maleducado, excelencia, debería tener algo de decoro y soltarme...—

susurró ella sin dejar de mirar los gruesos labios del hombre.

—Necesito probar una cosa que dejé a medias hace unos meses... En mi despacho—

Wil iam acercó sus labios a los de la joven, que no puso más resistencia que la de dejarse besar por el hombre.

Al sentir sus labios sobre los de ella, recordó el momento al que él se refería, parecía tan lejano y a la vez tan cercano...

Anne vio por la ventana como Amelia salía precipitadamente al jardín, lo que la sorprendió fue ver al duque de Pendleton tras ella, parecía que se encaminaban hacia la casa del jardinero, ese lugar le traía buenos y malos recuerdos.

Solo esperaba que su hermana no se arrepintiera de nada, quizá era joven pero sabía que no estaba bien visto que una chica que acababa de prometerse se viera a escondidas y a solas con un hombre soltero.

A ella le caía muy bien Robert, era un caballero, al contrario que el William Pendleton que nunca se había preocupado por ella, Robert las había ayudado y les estaba ofreciendo una salida decorosa a su funesta situación, su ayuda las beneficiaría mucho más que la de Pendleton.

Además esa escapada le recordaba a sus pequeñas salidas infantiles para llevar comida

a... Era incapaz de recordar con exactitud el rostro de Jon, sus rasgos se difuminaban en el paso de los días, incluso el sonido de su voz le resultaba confuso en esos momentos. Él lo había querido así, se marchó sin darle la oportunidad de despedirse, desapareció en la

noche sin dejarle ni una sola palabra de despedida.

Pensar en él la hacía arrepentirse de haberle ayudado, sentía que se había aprovechado de ella de una manera cruel y miserable, le había ayudado a esconderse con el peligro de que su madre se enterara, incluso se perdió la boda de su hermana mayor por protegerlo y había llorado por su partida, aun cuando no lo merecía. En su anterior hogar había robado una joya de mucho valor, pero de allí se había llevado el corazón y la ingenuidad de una niña, algo de un precio mucho mayor.

Amelia sentía como el beso de William se hacía mucho más profundo, a ella no la había besado nadie más que él y no podía referirse a aquel a vez como un beso, ya que por inercia se apartó de su contacto, pero no deseaba hacerlo en aquellos instantes, sabía que estaba mal, que se estaba comportando como una descarada y en casa de su madre, pero no deseaba apartarse de él, si se podía deseaba estar aún más cerca, era como una

sensación más poderosa que ella misma la que la hacía sucumbir ante él, la necesidad de sentirlo, probablemente se arrepentiría después pero en esos

momentos todo parecía

carecer de sentido, mientras él la guiaba sin dejar de besarla al interior de aquel lugar, era como si su cuerpo supiera mucho mejor que el a misma lo que deseaba y lo buscaba.

Se sentía como alguien al que se le había prohibido beber agua o alimentarse y que

finalmente lo había conseguido, estaba haciendo algo reprochable... pero se sentía tan

bien...

Wil iam no podía parar, una vez había comenzado a besarla necesitaba más, Amelia era

una joven muy hermosa y no podía resistirse a el a, era lo que necesitaba después de tanto tiempo con una mujer como Dorothy, alguien con el que sentirse protector... Un hombre y aquel a joven representaba todo lo que él buscaba en esos momentos.

Comenzó a desabrochar los botones de aquel vestido mugriento, mientras pensaba en

comprarle cientos de vestidos que estuviera a su nivel, no aquel trapo que la cubría.

Esperaba en todo momento que el a le frenara, pero a cada segundo que pasaba se

sorprendía a sí mismo al darse cuenta de que el a también quería continuar.

Amelia apenas sintió dolor, Wil iam había sido algo brusco y poco cuidadoso con el a, sabía que después de aquel o él no dejaría que se casara con otro hombre que no fuera él, era como una pedida de matrimonio, un tanto burda, pero ¿cuándo se había regido Wil iam por el comportamiento que su título requería? 24

El duque la penetró duramente, sintiendo la satisfacción que no sentía desde hacía algunos meses, al fin y al cabo, la situación financiera de la familia Mawsdley no le obligaría a casarse con la joven, se encargaría de que viviera de acuerdo a su nueva posición y al recibir aquel a entrega Wil iam pensaba equivocadamente que Amelia había aceptado

convertirse en su amante.

Capítulo 18

Amelia mantenía los ojos cerrados, se sentía como en una pequeña burbuja de satisfacción, nunca se había sentido así, era como antes pero diferente. No quería abrir los ojos

enfrentarse a la realidad de lo que había hecho, entregarse a Wil iam había sido demasiado, pero nadie lo sabría. Al fin y al cabo el a lo amaba y él había demostrado que también la quería y se preocupaba por el a, lo sucedido había sido hasta cierto punto normal. No quería pensar en Robert, ni en cómo debería contarle lo ocurrido, bueno en realidad no entraría en detalles y Wil iam la ayudaría. Un mundo de felicidad se abría ante el a de la mano de su amado duque de Pendleton, para el a y para Annie, por eso en el fondo sentía que todo aquel o no podía ser malo, era inmoral, pero no malvado.

Cuando pasaron unos minutos más de silencio y la joven comenzó a sentir frío, se levantó para intentar recomponer un poco el vestido que Wil iam en su arranque de pasión casi había hecho jirones.

—¿Te encuentras bien?— preguntó el duque mirando como la joven se arreglaba.

—Sí, muy bien en realidad— musitó Amelia un tanto avergonzaba, pero sentía que debía

decirlo— Siento como si por fin mi vida fuera por el camino adecuado.

—Me satisface que digas eso, yo siento algo parecido— dijo Wil iam colocándose los

pantalones— Prometo que nos veremos muy seguido, entraré por la ventana si es preciso,

querida Amelia, no creo que soporte mucho tiempo no volver a tenerte entre mis brazos.

Amelia le miró confundida, sintiendo como una leve presión crecía en su pecho.

—¿Por qué dices eso? No comprendo... Vamos a casarnos, no tendrás que entrar por otro sitio que no sea la puerta... ¿no?— dijo la chica casi en tono de pregunta con la poca voz que salía de su garganta.

Wil iam sintió una sensación de fastidio, había creído que el a había comprendido la

situación.

—No vamos a casarnos, Amelia, nunca he dicho eso— confesó el duque de malhumor.

—Pero nosotros hemos... —musitó la joven, dándose cuenta del grave error que había

cometido— Bastardo.

—Mide tus palabras, Amelia, no consiento que me insultes por algo que solo estaba en tu cabeza.

—¿Pero tú lo sabías!—le gritó el a con un nudo en la garganta, le picaban los ojos pero no iba a l orar, ya habría tiempo para eso— Sabía lo que yo quería, si hubiera sabido que tu intención no era jamás habría...

—Tu sabías también mi postura frente al matrimonio, nunca he intentado que pareciera lo contrario, además nosotros podemos manejar este tipo de relación, no juzgues lo que aún no conoces, podría incluso gustarte.

—¿Ser tu amante? ¿Crees que soy como esa mujer con la que te revuelcas? Estas muy

equivocado, yo soy una dama y jamás seré tu amante.

—Amelia...—dijo Wil iam en tono más conciliador intentando acercarse a el a, debía haber

sido más diplomático con el a, pero no podía evitar alterarse y decir ese tipo de cosas en el momento de la discusión, en verdad quería tenerla en su vida, pero bajo sus condiciones.

Amelia le apartó bruscamente y él suspiró.

—Vete de aquí— dijo con voz vacía sin mirarle a la cara, de pronto todo aquel o le pareció sucio y asqueroso, como él, lo que había hecho y el a misma. 4

El a le instó a marcharse y decidió que era lo mejor, ya hablarían más calmadamente

cuando se sintiera más tranquila.

—Muy bien, pero tenemos esta conversación pendiente, mañana salgo en viaje de

negocios, estaré unas semanas fuera, cuando regrese podremos hablar calmadamente de

la situación, si lo piensas no es tan malo, querida, deseo que permanezcas conmigo.

La chica no contestó y él no quiso agobiarla más, pero sabía que Amelia era una chica lista, había conseguido sacarle de la cabeza esa absurda idea de matrimonio y finalmente

aquel a separación serviría para que el a comprendiera que esa relación entre el os podía ser de lo más placentera para ambos.

Amelia le vio marcharse y deseó matarle, coger una de aquel as vigas y golpearle

fuertemente en la cabeza y enterrar su cadáver en el jardín, aquel sería en el único lugar donde no le haría daño de nuevo. Había sido una estúpida, inocentemente estúpida, ¿cómo había llegado a pensar que se casaría con el a? No se lo había dicho en ningún momento, se había aprovechado de su situación, de su amor, de el a y ahora ¿qué hacía? Por su estúpido ataque impulsivo había condenado a Anne con el a, no podría casarse con Robert y nadie más las sacaría de allí, incluso añadiría el de mujerzuela a la larga lista de insultos con los que la calificaba aquella sociedad rancia y misógina.

No supo durante cuánto tiempo permaneció allí, mirando a la nada, ni siquiera sabía que había empezado a llorar, hasta que sintió un ligero cosquilleo en la mejilla a señal de las lágrimas que comenzaban a caer.

Con pesar comenzó a caminar en dirección a la casa, casi estaba anocheciendo,

posiblemente en otra época de su vida hubieran comenzado a buscarla preocupados, pero

ya no era el caso, nadie se preocuparía por el a.

Subió las escaleras y antes de entrar encontró a Anne que salía de su propia habitación, se sintió inmensamente peor.

—Bertha nos ha llamado para cenar...¿Te encuentras bien, Mel y?— le preguntó la niña en tono preocupado.

—Sí, cielo, solo tengo un poco de jaqueca, voy a acostarme— le contestó como si estuviera ausente y entró en su habitación sin decir nada más.

La niña se quedó allí mirando la puerta, recordando a William Pendleton persiguiendo a su hermana en el jardín, le había hecho algo, estaba segura, pero era demasiado pequeña

para imaginar el qué.

Durante los siguientes días Amelia apenas salió de su habitación, no podía l

orar porque ya no le quedaban lágrimas, simplemente permanecía allí sentada, mirando al horizonte,

mientras las demás vidas continuaban su curso, se sentía en medio de la nada.

Anne estaba muy preocupada por su hermana, tanto que agradeció a Dios cuando al tercer día llegó Pamela de visita, solo ella podría averiguar que ocurría, ya que Amelia no quería hablar de ello, ¿qué le habría hecho aquel hombre?

Lady Pamela subió con paso firme a la habitación de su amiga y allí se quedó, esperó unos

segundos a que le diera permiso para entrar pero al no recibirlo, decidió entrar.

—Amelia, ¿qué sucede?— preguntó la joven pelirroja acercándose a la cama junto a su

pálida amiga.

La joven miró a su mejor amiga y comenzó a llorar desconsoladamente, Pamela la abrazó fuertemente esperando a que pasara el llanto, sintiendo como sus propios ojos comenzaban

a lagrimear.

Cuando Amelia se hubo calmado, susurró:

—He hecho algo horrible.

—¿Qué?— preguntó Pamela asustada de verdad.

—Ya no soy... virgen— musitó avergonzada, sintiendo como que al decirlo, se quitaba algo de peso, en parte.

—¿Cómo? Pero... ¿quién?— preguntó la joven, aunque presentía cuál sería la respuesta.

—Wil iam Pendleton— confesó Amelia, relatándole grosso modo lo sucedido.

—Canal a— le maldijo la chica, levantándose furiosa de la cama, comenzando a caminar de un lado a otro de la habitación— ¿Y se fue dejándote así?

—Yo le pedí que se marchara, fue culpa mía... Él nunca me prometió nada y por mi culpa el futuro que había planeado para Anne se ha ido al garete.

—Es su culpa, Mel y, se aprovechó de ti y lo sabes, es un malnacido, el infierno es poco castigo para un hombre así... pero esto no cambia nada.

—¿No? Lo cambia todo, Pamela, no puedo casarme con Robert así, solo de pensar que

debo hablar con él y decirle...

—¡Cál ate! No vas a decirle nada, ni vas a anular nada... Amelia tú vas a casarte con Robert

Bradford— dijo la joven Hays con firmeza, obligando a su amiga a que la mirara a la cara.

—No puedo engañarle así, hablaré con él...

—Amelia, si hablas con él se acabó, ¿has olvidado lo que le ocurrió a Sophia? De el a abusaron y la encerraron en un convento, si alguien supiera que tu no opusiste resistencia, te harán algo peor.

—Pero él lo sabría, cuando...

—Saltaremos ese bache cuando ocurra, lo importante es que Anne y tu salgáis de aquí, lo hecho, hecho esta, si algo me enseñó mi madre es que debemos hacernos cargo de

nuestras acciones, has cometido un error muy grave, pero no puedes hacer que se

convierta en el peor de tu vida.

Estaba segura de que era ya pasada la medianoche, hacía un buen rato que había

escuchado a su madre gritar por otra botella de brandy y Anne yéndose a acostar y ella seguía allí, mirando al infinito, la luna estaba allí en aquella noche y ella se sentía horriblemente vacía. No podía dejar de pensar en las palabras de Pamela, estaba

demasiado confundida.

Había arruinado todo, la única oportunidad de Anne para llevar una vida decorosa se había ido por la borda por culpa suya, porque había sido lo suficientemente tonta como para dejarse embaucar por un mujeriego que solo quería para unos minutos de placer.

Colocó uno de los pies en la barandilla del balcón, seguido del otro, casi perdió el equilibrio, solo logró mantenerlo al sujetarse al marco de la ventana. El frío aire de la noche invernal londinense le azotó levemente en el rostro.

Podría hacerlo, daría un solo paso, el último y todo terminaría... Terminaría para ella.

Simplemente, lo demás continuaría igual, Anne se quedaría con aquella horrible mujer,

porque ni Sophia ni Katherine podrían ayudarla. Sería el final, su egoísta final y solo pondría la guinda para ser peor persona de lo que ya era.

El camino fácil, pero podía dar un paso hacia atrás, el primero de una vida llena de amargura, soportando los abusos de su madre en aquella casa, junto a Anne, protegerla de todo y redimir sus pecados. Solo habría algo que haría que aquella desdicha fuera más leve, Robert era un buen hombre, la había ayudado cuando nadie más lo había hecho y se había ofrecido a cargar con el peso, a unir su nombre al de una familia de... dudosa

reputación.

Era el camino más duro, pero si lo seguía no podía sentarse y marchitarse por el sufrimiento ante la canalada de Wil iam, ese paso era por su hermana, el de una luchadora, el dolor quedaría hundido en su corazón, pero debía seguir y lo haría.

Bajó de la barandil a aferrándose a la vida, una vida complicada y difícil, no sería un camino agradable, pero estaba dispuesta a enfrentarse a él.

Capítulo 19

Amelia comenzó a remover el agua con el hueso de pollo que era a lo que se resumía su comida del día, era vergonzoso que no tuvieran un plato decente que llevarse a la boca.

Hacía semanas que no comían nada de pescado, al ser muy caro, y ahora apenas podían permitirse comprar carne. Intentó echarle más sal al caldo, pero solo consiguió que supiera peor. La joven lanzó el cucharón con rabia al suelo, imaginando que podía aporrear con él la cabeza de Wil iam... Sacudió la cabeza para evitar pensar en nada que tuviera que ver con él.

No quería que nada relacionado con él acudiera a su mente, por que comenzaría a pensar en su error y su rechazo...

— ¿Porque estás molesta, querida?— le preguntó Bertha que traía una cesta con nabos

que la chica miró con asco, aunque Amelia se alegró de su interrupción.

—No podemos seguir viviendo así, nana. Anne va a enfermar si no come como Dios manda,

¿no lo comprendes?— dijo la joven sentándose en una de las desvencijadas sillas de la cocina.

—Claro que lo entiendo, pero no podemos hacer nada para solucionarlo. Enrabetarte solo

te agotará más— le aconsejó la mujer con resignación. Amelia no podía entender como

Bertha podía decir que las quería y pedirle que se acostumbrara a la idea de una vida así.

—Yo sí— Bertha la miró esperando a que prosiguiera— El duque de Bradford me ha pedido en matrimonio y le llevaré a Anne conmigo.

Bertha la miraba con una mezcla de asombro y temor, que confundió a la joven.

—No puede ser, querida, deberás retractarte, no podría casarse contigo un duque en tu

situación, además tu madre no lo permitirá y mucho menos que te lleves a Anne.

— ¿Y tú piensas permitir que nos haga eso?— le espetó Amelia enfurecida— ¿Cómo

puedes decir que nos quieres y consentir que muramos aquí de hambre? Es mi deber

buscar la felicidad de Anne y su bienestar, ya que nadie aquí lo hace.

— ¿Cómo puedes hablarme así, Amelia? Sabes que os adoro...

—Demuéstramelo... Ayúdame a que salgamos de aquí.

— ¿Yo? ¿Qué podría hacer una vieja ama de llaves para ayudarte?

—Llevas años al servicio de madre... Lo sabes todo de ella, la escucho gritar de noche y parece estar atormentada... Ambas sabemos que no es una buena persona, debe haber

algo...

Bertha tragó con dificultad y frunció el ceño.

—No voy a traicionar a mi señora— dijo firmemente dando por zanjada la

conversación.

— ¿Es tu última palabra?— preguntó Amelia viendo con espanto como la criada asentía—

Ojalá no tengas que arrepentirte nunca de esto, Bertha.

Amelia pasó el resto del día esquivando a Bertha, apenas la miraba y no le dirigía la palabra, no podría comprender como una mujer que las había criado desde que nacieron

podía guardarle lealtad a una señora que la trataba como a un perro y que maltrataba a sus propias hijas. Bertha la había decepcionado, había pensado que el a la ayudaría, que habría algo en su madre que el a pudiera usar en su favor, pero si lo había, la sirvienta no iba a ayudarla.

La joven entró en su habitación y cerró de un portazo, había recibido una nota de Robert avisándole de que al día siguiente visitaría a su madre para pedir su mano y el a no había solucionado nada.

Además del problema de mentir al duque sobre el a misma, algo en lo que francamente no quería pensar todavía, presentía que tendría mucho tiempo para pensar en ese problema,

por eso debía dejarlo un poco apartado en un rincón de mente, ya que el tema de Anne le preocupaba mucho más en esos momentos.

Se paseó por la habitación inquieta y fijó su mirada en un objeto sobre la cama. Se acercó a esta y vio más claramente que se trataba de unas cartas atadas con un lazo rojo, además había un pequeño retrato junto a estas.

Rápidamente desató el nudo y leyó la primera carta, conforme avanzaba la lectura sintió como el color inundaban sus mejillas, dejó de leer sintiéndose avergonzada ante las

palabras y descripciones tan... osadas que había en las cartas. Vio con pavor observando el retrato de una joven de poco más de veinte años en una

posición obscena, vestida con ropa l amativa parecida a la de las chicas del burdel de aquel a mujer que conocieron... Se fijó más atentamente y el cuadro se cayó de sus manos al reconocer a lady Mawsdley en él.

Sonrió levemente, al parecer Bertha había recapacitado.

Una vez Amelia había asumido el plan a seguir, que se había trazado mentalmente, decidió pasar al ataque, Bertha le había dado las armas, pero si el a carecía de la valentía necesaria, no servirían de nada. Estaba segura de que debían escapar de aquel a casa a la mayor brevedad posible, pero necesitaba que su madre aceptara darle su mano a Robert

Bradford y cederle la custodia de Anne, ya que no podría l evársela sin el permiso firmado de su madre. Por ese motivo se encontraba frente a la puerta de Caroline a la mañana siguiente, intentaría hacer razonar a su madre, primeramente lo intentaría por las buenas, aunque de ante mano sabía que iba a resultar imposible, por eso mismo mientras intentaba probar con la vía más fácil, pensaba como proceder cuando se encontrara la negativa, y entonces usaría sus armas.

Dio unos ligeros golpes en la puerta y esperó a que su madre le permitiera la entrada, espero unos segundos y volvió a l amar, sin que hubiera respuesta, así que decidió entrar sin permiso.

—Sabes que no me gusta ser molestada, Bertha, vieja inútil— espetó la mujer con voz

ronca. Se encontraba sentada en un sil ón junto a la chimenea apagada ya que no tenían dinero para comprar leña para encenderla.

Amelia había esperado que al ser temprano no hubiera empezado a beber, así que sintió algo de alivio a descubrir que estaba serena.

—Madre, me gustaría tener unas palabras con usted— dijo Amelia cerrando la puerta a sus espaldas.

—No deseo hablar contigo, márchate— dijo Caroline moviendo la mano de forma ruda

invitándola a salir.

—El duque de Bradford va a pedirme mi mano en matrimonio, voy a casarme con él— dijo Amelia sin acobardarse, mirando fijamente la reacción de su madre. Vio como Caroline de pronto le prestaba toda su atención.

—No harás tal cosa sin mi permiso, querida— la voz de su madre se había vuelto más fría si podía y se levantó como una leona a punto de cazar a su presa— ¿Cómo se ha atrevido ese hombre a cortejarte sin mi permiso? Eres como esa tonta de Sophia, unas mujerzuelas.

Caroline agarró el brazo de su hija con fuerza, pero Amelia no se amedrentó y mantuvo el tipo.

—No hable así de mi hermana, usted dará su permiso para mi matrimonio y permitirá que Anne venga conmigo— afirmó Amelia duramente enfrentándose a su madre, debía haberlo

hecho hacía años.

—Nunca sacarás a Anne de esta casa, si te atreves a llevártela como la otra vez haré que te encierren por secuestro— la amenazó lady Mawsdley acercándose peligrosamente a

ella— La niña se quedará aquí, para siempre, junto a mí... Tú puedes largarte y venderte como una prostituta si quieres— dijo mientras la soltaba con desprecio.

— ¿Cómo usted?— musitó la joven sin inmutarse, sacando las cartas que Bertha le había dejado en su cama la noche anterior— Puede que lo lleve en la sangre...

Caroline miró con espanto los papeles y alargó la mano para arrebatárselos de la mano de la joven, solo que el alcohol había mermado sus reflejos y su hija fue más rápida para apartarse.

—Devuélvelas, ingrata— le exigió roja de furia.

—Permitirá que Anne venga conmigo y firmará el permiso, ¿verdad, madre?
De otro modo

estas cartas podrían llegar a manos del señor Herbert Ingram el dueño del The Illustrated London News— continuó la chica ajena a los insultos que salían de la boca de su madre, citando el nombre de la conocida revista.

Sintió casi con alivio que no le resultaba doloroso, ni siquiera sentía tener amenazarla para conseguir sus propósitos, porque una vez decidido, nada la haría cambiar de opinión.

—Perra maldita, te arrepentirás de esto... Tú y la niña me las pagaréis, te lo juro, donde estéis lo haré, os encontraré— gritó histérica la mujer, Amelia dejó caer al suelo las cartas que su madre se lanzó a recoger de inmediato como si estuviera poseída.

Amelia la miró sintiendo rabia por esa mujer que las había traído al mundo y no las quería.

Pero antes de salir, armándose de valor y mirando a su madre como si fuera un insecto, dijo:

—Me quedaré el retrato para no olvidar su rostro, madre, qué tenga un buen día— cerró la puerta suavemente y rio fríamente cuando escuchó a su madre gritar maldiciéndola

lanzando cosas contra las paredes.

Capítulo 20

La joven Phillips se paseaba inquieta por la entrada, Robert estaba a punto de llegar para pedir su mano y aunque creía que había conseguido que su madre aceptara, hasta que no lo viera no terminaría de creerlo. Caroline estaba desquiciada, después de su charla, había estado horas destruyendo el mobiliario de la habitación, gritando y maldiciéndola, Bertha

había tenido que encerrarla en la habitación para que se calmara. Anne había

dormido con ella asustada y también habían cerrado su puerta atemorizadas. Estaba segura de que en el Hospital de Bethlem, habría menos ruido.

Aunque por la mañana lady Mawsdley se había levantado aparentemente más tranquila,

aguardaba la llegada del prometido en el salón y veía como su hija caminaba nerviosa por la entrada, estaba segura de que creía que se lanzaría a su cuello, pero ella sabía perfectamente cómo comportarse. Su nombre volvería a ser lo que había sido antaño

cuando se demostrara que todas las acusaciones contra Richard eran falsas, entonces

aquellos que ahora les daban la espalda, volverían arrastrándose ante ella, por eso mismo no le convenía que aquella información de vida pasada se aireara, además le convenía que Amelia y Anne se marcharan, serían dos bocas menos que alimentar y conseguiría sacarle

partido. Estaba segura de que Robert Bradford debía sentir algo por Amelia, sino no se casaría con ella en su situación social actual, al fin y al cabo era un duque, por eso sacaría el máximo jugo posible. 6

La joven escuchó el toque del amante de la puerta y sintió una presión en el pecho. Robert acababa de llegar y aunque se había encargado de que su madre no probara una gota de alcohol el miedo la paralizaba por otro problema al que aún no quería darle cabida en sus pensamientos pero finalmente tendría que dárselo.

Ella había hecho el amor con William y casarse con Robert la delataría tarde o temprano, se encontraba en una situación parecida a la de su hermana mayor, solo que ella había sido obligada y no había... disfrutado de aquello, como ella.

Cuando Robert se enterara la odiaría y con toda la razón porque estaba abusando de su confianza y de su bondad, pero tampoco podía decírselo abiertamente y poner en peligro el futuro de Anne, ante la posibilidad de que él lo anulara todo.

Era mejor esperar, cuando estuvieran a salvo encontraría el momento, recordaba sus

propias palabras dichas a su hermana cuando se encontraba en una situación similar y se rio cínicamente ante su inocencia:

<< -Stephen dice que viviremos en el campo y que me enseñará a montar a caballo, dice que me comprará uno si quiero...- comenzó Sophia de forma atropellada.

-¿Y eso es malo, cielo?- preguntó su hermana enarcando una ceja.

-No, pero me siento una... farsante... Mel y, como si estuviera vendiéndole a Stephen una imagen diferente a la real- musitó sentándose en uno de los sillones.

-No digas eso, Sophia... Esa verdad que le que ocultas te está matando... ¿Has pensado en decírselo?

-¿De-decírselo?- susurró Sophia mientras su hermana asentía. >>

La chica regresó al presente y caminó hacia la puerta para recibir a Robert con la mejor de sus sonrisas, seguiría los pasos de su hermana, no diría nada y esperaba no tener que arrepentirse de su decisión.

Robert Bradford sonrió cuando encontró a Amelia tras la puerta, venía dispuesto a cualquier cosa con tal de conseguir el permiso de su madre. Sabía que no era una mujer fácil, pero a él lo habían criado dos mujeres, estaba acostumbrado a sobrevivir a ellas y no creía que lady Mawsdley fuera diferente a su madre o su tía. Saludó a la chica dándole un casto beso en la mejilla y sintió como ella se ruborizaba, era absolutamente encantadora.

La primera vez que vio a Amelia iba buscando una joven casadera, cualquiera le valdría, él solo necesitaba casarse para recibir la herencia y la casa de su abuelo, que se negaba a legarle y que regalaría a la iglesia si no estaba casado antes de su treinta cumpleaños. No le importaba la chica que fuera, solo quería lo que le pertenecía por derecho y que un hombre mayor en su demencia pretendía quitarle.

Si bien en un principio vio en Amelia a una joven deseosa de matrimonio, que aceptaría cualquier cosa a cambio de este, pronto se equivocó. Es cierto que en un principio le llamó la atención su belleza, era una joven hermosa, pero dentro de su cabeza no había pájaros sino una mente racional con la que podía hablar y eso fue lo que le hizo darse cuenta de que

la quería como esposa, a ella y solo a ella.

Lo supo desde la primera vez que habló con ella, si su abuelo no hubiera enfermado y hubiera tenido que irse rápidamente, habría mucho tiempo que habría pedido su mano y

probablemente ya estarían casados.

Cuando regresó y se enteró de lo ocurrido con su familia, solo añadió más ímpetu a su necesidad de estar con ella. Amelia seguía siendo Amelia aunque no tuviera una fortuna y aunque su apellido fuera fuente de cotilleos entre la sociedad. Él cuidaría de ella y aunque era consciente de que no era correspondido, parecía que ella le tenía aprecio.

Había sido un duro revés darse cuenta de que Pendleton la conocía, hubiera preferido que no fuera así, él obviaba su existencia al igual que el otro hombre, Robert había mantenido las distancias con William, no habían muchas personas que conocieran los lazos que les

unían, pero eso no quitaba para que él pudiera protegerla de William, finalmente Amelia sería su esposa y él no podría hacer nada para separarlos.

—Pareces nerviosa, Amelia, ¿hay algún problema?— preguntó Robert intentando mirar los

ojos de su futura esposa, temiendo su arrepentimiento.

—No, me inquieta la conversación con mi madre— respondió ella mirando hacia el salón,

donde una señora vestida de negro esperaba sentada en uno de los sillones.

—Yo me encargaré de todo, espera aquí— dijo Robert caminando hacia ella

salón, cerró la puerta tras él.

Aquel a mujer desprendía más frialdad que un balde de agua helada, le miraba con

prepotencia, Robert sonrió con encanto.

—Lady Mawsdley es un placer conocerla, al fin, mi nombre es Robert Bradford III, futuro Duque de Sutton— se presentó besando la fría mano de la mujer.

—El placer es mío, excelencia, Amelia me ha hablado de usted y de su... proposición,

espero que comprenda que en nuestra situación... actual no pueda proveer a mi querida hija de la dote que merece— suspiró con pesar la mujer, Robert asintió con comprensión.

—Estoy al tanto de el o, señora, créame que lo lamento, son momentos duros que seguro finalmente encontraran solución— contestó el joven dulcemente— Le agradezco su

sinceridad de igual manera, pero mi decisión continua sigue siendo la misma, deseo

casarme con su hija y también estaría encantando de l evar a su hija menor con nosotros, estoy seguro de que no pondrá ningún problema y que su alegría será mayor al saber que ambas están a salvo y lejos de la maldad de cierto sector de la sociedad.

Caroline no pudo rebatir el argumento, aquel joven la había l evado por donde había

querido, suponiendo y poniendo palabras en su boca que no había pronunciado, pero que

eran lógicas y que no podía negar, ¿cómo podía negarse a que se l evaran a Anne con lo

que él acababa de decir?

—Por supuesto, estoy dispuesto a no dejarla desamparada a usted, señora, será un placer para mi enviarle una cantidad mensual, no me gustaría que la madre de mi esposa y mi pequeña cuñada pase fatalidades— continuó, dando el golpe de gracia a su argumentación

con una sonrisa.

—Es muy amable— musitó la mujer sin dar crédito, no podía haber imaginado que todo se resolvería así, incluso hablar con Stephen Rutterford fue más complicado cuando negocio

su matrimonio— No quisiera abusar de su bondad...

Robert Bradford había hecho su tarea, había venido aquí con una estrategia para conseguir lo que quería, solo por eso se ganó la simpatía de su futura suegra.

—Insisto.

—Aceptaré lo que me ofrece— dijo con aparente pesar, aunque interiormente se frotaba las manos— y me alegro de que Amelia y Anne vayan a estar protegidas con usted. ¿Cuándo piensa celebrarse la boda?

Robert sonrió y comenzó a relatarle sus planes.

Amelia miraba la puerta cerrada deseando que se abriera de una vez, ¿porque tardaban

tanto? No escuchaba a su madre gritar, parecía que cooperaba, aunque siempre podía

resultar todo lo contrario.

Se sentó en un tranco de la escalera y escuchó los pequeños pasos de Anne bajando la escalera, se sentó junto a el a.

—He visto a Robert llegar hace un rato, ¿esta con madre todavía?— preguntó mirando la puerta del salón también.

—Sí, llevan demasiado tiempo ahí— musitó Amelia para sí misma.

— ¿Crees que no quiere dejarme ir con vosotros?— preguntó Anne asustada, pero Amelia

no tuvo tiempo de responder ya que la puerta se abrió y salió el joven con una sonrisa.

Si sonreía no podía ser malo, ¿no?

— ¿Qué ha ocurrido?— preguntó Amelia desesperada.

—Lady Mawsdley ha aceptado todas las condiciones, Amelia y hemos puesto la fecha de la boda para dentro de una semana, es un poco precipitado pero necesario y después

viajaremos a Bath... Los tres.

Amelia sintió como las lágrimas inundaban sus ojos y abrazó a Robert con sincero

agradecimiento.

Capítulo 21

Se encontraban en el suelo del salón jugando con las muñecas de Anne, hacia bastante

que no habían jugado, pero ahora que aparentemente se había solucionado todo, aunque

por el momento, ya que llegaría la ocasión para pensar en lo otro. Robert le había dicho que iba a ocuparse de todo los preparativos de la ceremonia, que sería íntima, Amelia

imaginaba a Robert, Anne, Pamela y ella misma, pero tampoco quería una gran

celebración, él dijo que ya le tendrían a su legada a Bath, conocer a su suegra también la atemorizaba, pero no quería tampoco preocuparse por eso. La boda se celebraría en la

casa de Robert en Londres, las recogería un coche para llevarlas a allí y no tendrían que regresar nunca más, su madre se había negado a asistir y él se alegraba enormemente, se marcharía y ni siquiera se despediría de ella. El sonido insistente del timbre la estaba sacando de sus casillas, esperó unos segundos más, pero Bertha no se dignaba a abrir, así que decidió levantarse e ir ella misma a abrir.

Detrás de la puerta se encontraba una señora joven y bien vestida, con un traje color granate y tras ella tres muchachas que cargaban con un set completo de costura y

diferentes telas.

— ¿Usted es lady Amelia Phillips?— le preguntó mirándola escéptica, con un claro acento francés— Mon dieu! Alé, Alé, nous avons beaucoup du travail!

— ¿Disculpe, quién es usted?— preguntó Amelia simulando una carcajada, ante el parloteo de la mujer.

— Soy Madame Antoinette Jêrome, la mejor modista de toda Europa y vengo para renovar

su guardarropa... — la miró de arriba bajo de forma desdeñosa— Y a la vista está que necesita mi ayuda.

La mujer entró atropeladamente seguida de las jóvenes, que desplegaron todos los enseres que arrastraban convirtiendo el salón en una sala de modas.

La subieron a una plataforma que llevaban y comenzaron a tomar sus medidas y

posteriormente las de Annie, que disfrutaba y reía alegremente, hacía tiempo que no veía a su hermana tan feliz. Después de mucho preguntar consiguió que la mujer le contara que Robert la había contratado para diseñarle todo un

guardarropa nuevo a Anne y a ella misma.

Amelia se sintió demasiado mal, como para aceptar eso, Robert estaba haciendo

demasiado por ella como para abusar de esa forma de su generosidad. Por lo que solo aceptó que se le realizara la confección de su traje de novia, escogiendo para este la tela más sencilla y barata, de tono beige muy claro, pero que no terminaba de ser blanco, ya que no se sentía capaz de ser tan hipócrita, al igual que también pidió que se le confeccionara un vestido a Anne para la ceremonia, también en tela sencilla de color rosa claro.

—Pero, milady no son las órdenes que tengo— se quejó la francesa, que había intentado

incasablemente que la chica escogiera más prendas.

—Ha sido por un error, pero con eso que le he pedido estaremos bien servidas, madame—

dijo Amelia agarrando a Anne que casi se desmayaba ante aquellas telas.

Anne se sentía un poco enfurruñada, para una vez que alguien les hacía regalos y podían escoger tantos vestidos como quisieran y Amelia decidía que no, comprendía que no era

correcto, pero sintió que una parte de sí misma se iba cuando aquellas mujeres se llevaron las telas.

La mujer le prometió tener todo preparado para el día de la boda y Amelia sonrió en señal de agradecimiento, cuando la puerta se hubo cerrado miró a Anne que la miraba con un gracioso puchero.

—¿Sabes cuánto tiempo hace que no estreno unos calzones de seda?— le preguntó Anne

como si estuviera tratando un tema de vital importancia.

Amelia no pudo disimularlo y terminó riendo a carcajada limpia, Anne se sintió un poco menos apenada, ya que aquel o había servido para que su hermana riera sinceramente

como no lo hacía en meses, algo bueno tendría que tener.

Madame Jêrome no lo pensó si quiera, Robert Bradford había encargado un armario

completo para su prometida y su futura cuñada y quedaría horriblemente mal si en una

semana se presentaba en su casa con el vestido de novia barato, así que envió a sus chicas al tal er y el a se encaminó a casa del joven nada más salir de la casa de los Phil ips.

Robert la recibió unos minutos después, pues no la esperaba, tenía entendido que aquel a mujer era buena costurera, pero no que fuera tan rápida.

— ¿Ha habido algún problema, madame?— preguntó Robert una vez se les hubo servido

una taza de ardiente té.

—Lady Amelia no ha querido nada más que el vestido de novia y otro de fiesta para su hermana, por más que he insistido— se quejó la mujer frustrada, yendo directa al grano.

—Ya veo...— murmuró Robert para sí, frotándose la incipiente barba que teñía su barbil a.

Robert sabía que Amelia era testaruda pero no imaginaba que tanto como para aceptar su regalo, sonrió, eso solo le añadía más encanto del que él ya le veía, otra joven habría escogido hacerse un vestido con cada tela que existiera en el mundo si él se lo hubiera propuesto, sin embargo Amelia se negaba a el o.

—Usted tiene sus medidas y las de lady Anne, ¿verdad?— dijo

afirmativamente, mientras

tenía la respuesta a aquel o. La mujer asintió de acuerdo— De acuerdo olvide lo que el a le haya dicho sobre las telas, quiero que realice tantos vestidos como le sea posible hasta la fecha de la boda con las mejores telas que tenga a su disposición, aunque tenga que pedir las y luego aumente en diez más para cada una y envíelos cuando estén listos a mi casa de Bath, y sobre el tema del vestido de novia lo dejo a su elección, estoy seguro de que tiene una tela perfecta para la ocasión y para mi prometida.

Madame salió de allí sonriente, no solo había conseguido un buen negocio, sino que

convertiría a aquel a muchacha en toda una princesa para cada ocasión a la que asistiera.

Tendría que contratar mano de obra extra, pero todo era poco para la gran ganancia que obtendría.

Seguro que aquel a muchacha ni lo imaginaba.

Al fin había llegado el día.

Amelia se encontraba sentada en la que había sido su habitación durante toda su vida, vestida con un maltrecho vestido, que era el que mejor presencia tenía, quizá no volvería allí nunca más y se sintió repentinamente triste. Durante meses aquellos muros se habían convertido en una prisión y ahora salía de ellos para enfrentarse a una vida nueva, en otro

lugar, conocería a personas diferentes y estaba Robert también, que la hacía sentir incómoda en su presencia por temor a que descubriera aquello o que tanto la avergonzaba y de lo que se arrepentía también.

Durante unos minutos se permitió pensar en William, él dijo que se iba de viaje para dejar pensar y darse cuenta de lo buena que era su propuesta. Su parte más malvada la hacía desear poder estar presente cuando se enterara de

su matrimonio con Robert, como si a él pudiera importarle en algo...

También hubiera deseado la presencia de Sophia y Katherine junto a el a, Pamela estaba

enterada de su matrimonio y habría sido imposible evitar que fuera, así que ni siquiera había intentado evitarlo.

Pero aquel día por unas cosas o por otras, era importante en su vida y el as no estarían, no porque no quisieran, eso lo sabía, sin embargo... Suspiró.

— ¿Porque l oras?— preguntó Anne desde la puerta, también ataviada con su mejor

vestido, aunque bastante antiguo.

La joven se pasó un dedo por la mejil a dándose cuenta de que sí estaba l orando, había estado tan ensimismada que no se había percatado de el o.

—De felicidad, cielo— <<y de miedo>> pensó para sí misma sin querer preocupar a su hermana.

—Yo también estoy contenta pero no tengo ganas de l orar, solo de reír— dijo Anne con su lógica infantil.

—A veces también se l ora cuando eres muy feliz, pero tienes razón, hoy vamos a ser felices las dos— Amelia se limpió las lágrimas y sonrió.

—Acaba de l egar el coche— las avisó Bertha desde la puerta, el a sí que l oraba

desconsoladamente.

Amelia asintió y junto a su hermana bajaron las escaleras hasta la puerta.

—Cuidaos mucho las dos, ¿vale?— les pidió Bertha dándoles un abrazo.

— No te preocupes, Bertha, estaremos bien— dijo Anne, saltando de alegría.

Solo por eso Amelia aplacó su miedo a ser descubierta a lo más hondo de su ser, hasta que llegara el momento de tener que sentirlo de nuevo, disfrutaría de aquel día, porque Anne tenía razón, no era día de lágrimas.

Ayudó a Anne a subirse al coche propiedad de Robert y luego se subió también ella. Bertha las miraba desde la puerta llorando como una magdalena.

De pronto el coche comenzó a caminar y las alejó de aquella casa.

—Tenías razón, Mel y— musitó Anne, a lo que su hermana la miró desconcertada— El

próximo coche que se marchara nos llevaría a nosotras y así ha sido.

Sí, definitivamente aquel día debía ser uno de los mejores de su vida.

Capítulo 22

En la casa de Robert las recibió el servicio de forma amable, la señora Grace, el ama de llaves las guió a hacia una habitación de invitados que había sido acomodada para

convertirse en el lugar donde ella se prepararía para la boda, apenas quedaban unas horas para que comenzara y debía darse prisa, según le contó Robert había decidido hacer lo propio en su habitación que se encontraba en el lado opuesto de la casa, para que no hubiera posibilidad de cruzarse con ella y que no hubiera mala suerte en su matrimonio. Era mala suerte ver a la novia antes de la boda.

Aquella casa era tan diferente a la de su madre, todo estaba en orden y la decoración era exquisita, había una legión de criados que se encargaba de que todo estuviera en orden y bien dispuesto, había olvidado la época en la que su propia casa había brillado así, pensar que tener que comer no sería nunca más un problema le hizo reafirmarse en que aquella era la mejor solución para todo, independientemente de lo demás.

Grace se llevó a Anne a otra habitación para ayudarla a bañarse, ya que Amelia declinó la oferta, queriendo hacerlo ella misma.

Al entrar a la habitación se la encontró inundada de preciosos vestidos, confeccionados con telas finísimas y de varios colores y formas, había siete vestidos y en el centro, colocado sobre un pie para vestidos, había uno blanco hecho de exquisito encaje y seda blancos, no era para nada la tela que ella había escogido y sabía de donde habían salido los otros vestidos.

- ¡Amelia! En mi habitación hay muchos vestidos...- dijo Anne entrando a su habitación sin llamar y gritando, seguida de Grace que reía con indulgencia- Vaya, que bonito- susurró mirando el vestido blanco.

-Su excelencia se permitió el lujo de obsequiarles con los vestidos, milady- explicó Grace, ante la cara de sorpresa de Amelia.

Entonces lo comprendió, aquel modista debía ir corriendo para hablar con Robert y no

perder la oportunidad y este había accedido a comprarles los vestidos.

Se sentía como Anne, ya que hacía mucho tiempo que no estrenaban nada, se dijo y

también había guantes, zapatos, sombrillas, sombreros a juego con los vestidos, aquello

debió costar una fortuna.

Rechazarlos sería una descortesía y más aun viendo la ilusión de la niña, aunque tendría que hablar con Robert.

Grace y Anne abandonaron de nuevo la habitación y Amelia se sumergió en el agua

caliente que consiguió relajarla, mientras miraba el vestido blanco que parecía burlarse de ella. No merecía llamarlo, ella no era pura ahora, pero no hacerlo a lo mejor despertaba sospechas.

Dios sabría perdonarla, ella había intentado ser justa con su situación y se había escapado a su control la elección del vestido, sería de blanco entonces, aunque no se sintiera cómoda, lo cierto era que el vestido era precioso.

Cuando terminó de bañarse se puso un camisón limpio y esperó a que llegara una doncella para ayudarla a vestirse.

Se miró en el espejo viendo como sus pómulos se marcaban por la falta de alimento,

parecía un cadáver, necesitaría muchísimo colorete para parecer que estaba viva.

Llamaron a la puerta y dio permiso sin mirar, mientras continuaba viendo su rostro pálido.

-Mel y- al escuchar aquella voz, la voz de su hermana, Amelia se giró sin poder creerlo, viendo con pasmo ante ella a Pamela, a Katherine y... Sophia.

Se lanzó rápidamente a abrazar a su hermana y a su cuñada, mientras las tres lloraban emocionadas, Pamela se mantuvo en un segundo plano intentando retener las lágrimas de

forma imposible.

- ¿Pero cómo es posible?- preguntó Amelia una vez se hubieron calmado.

-El señor Bradford nos avisó hace unos días, no podía creerlo, Mel y cuando leí la nota, me sentí muy feliz por ti- le dijo su cuñada con una sonrisa- Y no podíamos dejarte sola en un día tan especial como hoy.

- ¿Habéis visto a Anne?- preguntó la joven sin poder comprender como no había escuchado el grito de su hermana menor.

-Sí, se puso como una loca y Grace está arreglándole el peinado- dijo Sophia con una sonrisa indulgente.

-Os hemos echado tanto de menos- musitó entrecortadamente la joven, aún emocionada.

-Hubiera dado cualquier cosa por estar contigo, cielo... No sabes lo impotente que nos

sentimos sin poder hacer nada- dijo Sophia con un claro deje de culpa en voz.

- Y cuando os escapasteis, casi nos vuelves a todos locos-la regañó Katherine, Amelia puso los ojos en blanco, si el as supieran.

-Pero ya basta de cosas tristes- terció Pamela hablando por primera vez- Tenemos que

convertirte en una novia hermosa, así que manos a la obra.

Todas se rieron y comenzaron con la tarea, mientras Amelia continuaba mirando a su

hermana, preguntándole detalles sobre su sobrina que ya estaría enorme, al igual que Mark.

Pamela comenzó a realizarle un recogido en el pelo y después le dio color a las mejillas de la joven, luego la ayudaron a ponerse el vestido y la miraron sonriendo ante la belleza de la joven.

-Estas preciosa, cielo- musitó Sophia abrazándola con cuidado para no estropear nada.

-Estoy muy nerviosa- confesó Amelia sintiendo como el corazón le latía apresuradamente.

-Todas estábamos así, se pasará cuando llegues al altar- dijo Katherine para tranquilizarla-Además, ya es la hora de bajar.

Salieron de la habitación y en lo alto de la escalera, Amelia esperó a Anne, ya que había decidido saltarse los convencionalismos y que fuera su pequeña hermana la que la

entregara al altar.

-Es lo correcto, Amelia, no te vas a arrepentir, ya lo veras- le susurró Pamela, que conocía la verdadera naturaleza de los miedos de su amiga, mientras las otras mujeres bajaban al salón donde se celebraría la boda.

Amelia asintió y Pamela siguió el mismo camino hacia el salón para esperar la llegada de la novia.

-Estás tan hermosa, Mel y, Robert nos ha traído a Sophia y a Katherine- dijo Anne con una sonrisa de aprobación, mientras bajaban las escaleras- Cada vez me cae mejor.

-Y a mí- musitó la joven, sintiéndose todavía más ruin.

- ¿Vamos?- preguntó la niña agarrando la mano de su hermana.

Amelia asintió y caminaron hacia el salón, donde se encontraban Sophia, Stephen,

Katherine, Pamela y un hombre cuya cara le sonaba, pero que no recordaba de dónde, que se encontraba junto a su cuñada. 7

Y junto al cura, se encontraba Robert ataviado con un elegante traje que la miraba con una sonrisa deslumbrante. Anne depositó su mano junto a la de Robert y se colocó junto a Sophia.

-Queridos hermanos, estamos aquí reunidos para celebrar...

Stephen vio por la ventana del salón que daba a la entrada de la casa a alguien conocido que intentaba entrar a la fuerza, mientras los criados intentaban disuadirle de hacerlo.

Decidió abandonar su lugar junto a Sophia y salir a ver qué ocurría, si alguien podía hacer algo era él.

Cerró la puerta del salón de la forma más silenciosa posible y salió a la calle.

-Yo me encargo cabaleros, gracias- dijo Stephen agarrando al otro hombre del brazo,

obligándolo a salir a la calle- ¿Qué demonios haces aquí, William?

-No te metas, Stephen, no voy a permitir que esa boda se celebre- le gruñó el duque fuera de sí.

Capítulo 23

William Pendleton había decidido regresar antes de su viaje, ya que se sentía en parte culpable por haber abandonado a Amelia de esa manera tan cruel y poco caballerosa. Si podía decir algo en su favor era que de verdad había pensado que ella necesitaba varios días para comprender que lo que le proponía sería satisfactorio para ambos. Además una

vez que había probado lo que era estar con ella, yacer con otra mujer se le antojaba demasiado tedioso, él la deseaba a ella y cuando lo comprendiera ambos serían felices.

Y la tendría para él siempre que quisiera, solo tenía que conseguir que lo entendiera. El matrimonio no era para él, no iba a casarse ni con ella ni con nadie. Estaba convencido de que parte de los reparos de la joven se debían a que imaginaba que terminaría casándose con otra y que tendría temor de ser relevada a un segundo plano. Nada más lejos de la realidad, tenía primos que podrían heredar su título cuando él falleciera, pero para eso faltaba aún mucho tiempo.

Sonrió esperando ansioso a que se abriera la puerta de la casa de los Phillips, cosa que ocurrió segundos después. Le recibió una ojerosa Bertha que continuaba gimoteando.

—Excelencia, ¿en qué puedo ayudarlo?— preguntó el ama de llaves educadamente.

—Deseo hablar con lady Amelia— pidió el duque con más rudeza de la pretendía.

—Lady Amelia ya no vive aquí, se marchó esta mañana— le informó la mujer, mientras

William imaginaba que estaría con Sophia y Stephen algo que ayudaría a que pudieran

verse más fácilmente.

— ¿Está con su hermana?— preguntó de nuevo, para conseguir la confirmación, aunque

estaba seguro de el o.

—No, el a y Anne se marcharon esta mañana a Mine Hal para la boda — le dijo la mujer, volviendo a l orar.

— ¿Cómo?— dijo fríamente el duque agarrando a la mujer y sacudiéndola para que dejara

de temblar— ¿A Mine Hal ?

Sabía a quién pertenecía aquel a maldita casa...

—Sí, Amelia a estas horas debe ser la esposa de Robert Bradford— dijo Bertha, asustada.

Wil iam soltó al ama de l aves y salió corriendo a Mine Hal para detener aquel despropósito.

—No puede entrar, excelencia— le decía uno de los cocheros, impidiéndole el paso,

mientras otro de los criados le sujetaba.

—Ya lo creo que sí, estoy emparentado con el novio. Pregúntele— dijo el duque instando al otro hombre a hacer lo que decía.

—Ya le digo que tenemos órdenes— sentenció el hombre, mientras Wil iam empezaba a

perder más los nervios si podía.

Wil iam vio como la puerta se abría y que de al í emergía Stephen Rutterford.

Vaya al fin una buena noticia, la primera desde que decidió regresar a Londres.

—Yo me encargo cabaleros. Gracias— dijo Stephen agarrando al duque del brazo,

obligándolo a salir a la calle— ¿Qué demonios haces aquí, William?

—No te metas, Stephen. No voy a permitir que esa boda se celebre— le gruñó el duque fuera de sí.

— ¿Y qué vas a hacer? ¿Secuestrar a la novia?— preguntó Stephen con un risa escéptica.

—Si no tengo otro remedio— musitó el hombre como si de verdad se lo estuviera

planteando.

—No te lo permitiré, no entiendo este interés tan repentino en Amelia, pero no voy a consentir que hagas lo que sea que planeas.

—El caso ya es mi mujer, Stephen, harías bien en no interponerte en mi camino.

— ¿Amelia y tú?— preguntó Stephen sin poder creerlo, pero se recompuso

inmediatamente— ¿Y piensas entrar y gritarlo frente a Robert? Te matará, eso lo sabes—

dijo de nuevo Rutterford mirando en dirección a la casa donde se celebraba la boda.

—Si es necesario, sí. No sería la primera vez que nos pegamos, tú lo sabes— contestó el duque confiado.

— ¿Tú le ofreciste esto en algún momento?

—Entre Amelia y yo no es necesario, aunque ella no lo comprende aún.

—Quizá no para ti, pero para la chica sí— Stephen suspiró, debía conseguir hacer desistir a su amigo de aquel a locura— No sé, ni quiero saber que ha ocurrido entre vosotros, pero estoy seguro de que ni por un momento pensaste en casarte con el a. Creo que es tiempo de que le cambie la suerte. Él puede hacerlo y tú no. Fin del tema.

—El a me desea a mí y me quiere a mí— afirmó Wil iam, seguro de sus propias palabras, aunque comenzaba a sentir que estaba actuando de una forma demasiado egoísta y sentía

que sus argumentos perdían fuerza ante la cruel realidad.

Él no quería casarse y Amelia sí, el a necesitaba hacerlo y se había agarrado a la última oportunidad que se le presentaba.

—Cosas sin importancia si hablamos de su seguridad y la de la niña.
Márchate, amigo,

puede que en otra ocasión, pero ahora no es el momento— insistió Stephen, viendo que su amigo al fin parecía cobrar algo de sentido común.

—Tú sabes que aunque me vaya seguiré intentándolo, sé dónde buscar.

—Estoy seguro de que lo harás, pero déjalo correr por hoy.

Stephen pidió a los criados que avisaran a su esposa de que había tenido que salir para una emergencia, mientras Wil iam golpeó fuertemente el muro de la entrada, pero

finalmente se marchó a su casa, junto a su amigo, ya que Stephen no sentía que debía dejarlo solo. Podía cometer alguna locura, él sabía bien lo que era beber después de un golpe amoroso, y lo desastroso que era hacerlo. No quería que su amigo se emborrachase solo.

Robert descubriría a Amelia por la noche, pensaba Wil iam, y probablemente al día

siguiente tuviera que lidiar con un marido ultrajado, se defendería con gusto.

Amelia había sido una tonta, debió esperarle. Aunque recordaba que el a ya amenazaba

con casarse, nunca pensó que se atreviera a meterse en la cama con un marido sin ser virgen. No imaginaba el problema que podría tener si era descubierta y saber que toda la culpa era suya no lo mejoraba.

Sí, bebería hasta olvidar, olvidar que el a se acostaría con otro aquel a noche.

Amelia oía al cura sin escucharle en realidad, Robert mantenía su mano agarrada dándole seguridad, mientras el a imaginaba el escenario de aquel a noche, seguro que Sophia debía sentirse de forma parecida. Se imaginaba preguntándole lo que sucedió, pero no podría

hacerlo sin descubrir ante el a que no era virgen.

Era el turno de Robert para aceptarla como esposa, el a mentalmente se decía que era

mejor que todo ocurriera cuanto antes, no podría soportar la espera de ver que ocurría, una vez casados no imaginaba a Robert devolviéndola a su casa. Aunque era un escenario que la asustaba, siempre podría arrodil arse y pedir clemencia, él no era malvado, pero claro, nunca había sido su esposa infiel.

—Lady Amelia Josephine Philips, ¿aceptas a Robert James Bradford III, futuro Duque de

Sutton como legítimo esposo, para amarlo, respetarlo y serle fiel, en la salud y en la enfermedad, en lo próspero y en lo adverso, todos los días de tu vida?

¿Serle fiel? Podría prometer que lo sería a partir de ahora, sin embargo era posible que esa promesa no le valiera a Robert cuando hablara con él, si hubiera sido William... Pero claro debía contestar, era una pregunta sencilla, ¿quería a Robert como legítimo esposo? Sí, no imaginaba a uno mejor.

—Sí, acepto— contestó con un atisbo de sonrisa respondiendo a la de Robert.

—Por el poder que me ha concedido la Santa Madre Iglesia, os declaro marido y mujer.

Todos acudieron a felicitarles por el enlace, aunque Amelia sentía un pequeño nudo en el estómago, la hora de la verdad se acercaba y se sentía preparada... En parte.

La cena había pasado como un suspiro para Amelia, ya que de pronto se encontró en la cama ataviada con unos de los camisones que Robert le había regalado. Mientras movía las manos nerviosamente por encima de las sábanas. Veía su reflejo en el espejo y parecía un cadáver, estaba demasiado pálida, casi era invisible entre las sabanas. <<Basta>>, se regañó a sí misma. No era el momento de pensar en frivolidades.

Escuchó la puerta abrirse y vio a su... marido, entrar en la habitación vestido con una bata y su pijama bajo el a. Nunca se había fijado en lo ancha que era la espalda de Robert y lo alto, o quizá parecía más porque el a se encontraba tumbada o porque estaba inquieta.

— ¿Ha sido todo de tu agrado?— le preguntó Robert con voz dulce, que provocó que a la joven se le saltaran las lágrimas— ¿Qué ocurre?

Robert se sentó en la cama junto a el a y limpió las lágrimas con la yema de los dedos.

—No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por nosotras— comenzó Amelia,

sintiéndose como un monstruo por haber abusado así de su confianza— Pero los vestidos

es demasiado.

—Con una sonrisa me doy por satisfecho y lo de los vestido es tema zanjado, no quiero oír

ni una queja.

Amelia sonrió y l oró de igual forma, mientras Robert sonreía, sin poder creer que ya estuviera al í y que fuera su esposa, aunque sabía que aún no tenía su corazón pondría todo de su parte para ganárselo.

—Necesito decirte algo importante— comenzó Amelia, dispuesta a sincerarse de una vez.

Capítulo 24

Robert la miraba dulcemente, mientras Amelia intentaba encontrar las palabras adecuadas,

aunque sabía que no había palabras para decir lo que debía decir. Solo quería encontrar las que menos impacto crearan, aunque sabía que nada podría evitar que él se sintiera burlado, él había sido tan bueno y no merecía aquel a noticia, pero debía dársela, si no cabía posibilidad de que perdiera el valor.

—No hace falta que digas nada— la interrumpió Robert, retirando un mechón de pelo que había caído sobre el rostro de la joven. — Sé lo que quieres contarme.

—¿De verdad?— Amelia le miró confusa, pues estaba segura de que hablaban de cosas

diferentes, era imposible que él lo supiera y que estuviera tan tranquilo, ¿no?

—Comprendo que todo ha ocurrido muy deprisa, necesitamos acostumbrarnos a estar

juntos y sobre todo tu, a mí no importa ser paciente— terminó Robert con tono tranquilizante—Solo te pido que me permitas dormir contigo.

Amelia supo enseguida a lo que él se refería y aunque lo que el a quería decirle iba en esa dirección, Robert no imaginaba lo equivocado que estaba en cuanto a el a. La joven sintió

un nudo en el estómago, mientras veía a Robert a los ojos que le sonreía.

—Pero Robert, yo...— intentó de nuevo.

—No tienes que sentirte mal, lo comprendo— la interrumpió de nuevo.

Había tenido mucha suerte, era la primera vez que la tenía en mucho tiempo, Robert era un caballero y un gran hombre. Ella no le merecía.

No, no merecía un marido como él, pero Dios había querido que terminaran allí, deseó no haber hecho aquello con William y que de verdad hubiera sido su primera vez con él.

Podía decirle lo que había hecho, pero en ese instante, al ver la forma en la que la miraba, perdió la valentía y sintiendo un súbito sentimiento de egoísmo, decidió que no diría nada.

Cuando finalmente tuviera que pasar aquello encontraría la manera de salir airoso. No iba a ventilar su vergüenza y pecado, quedaría eternamente guardado para ella, si podía

conseguirlo.

Solo lo sabían William, Pamela y ella misma, confiaba en su amiga y cuando se marcharan a Bath no volvería a ver al duque, su secreto estaría a salvo.

Amelia asintió agachando la mirada dejándose abrazar por él, sintiéndose por primera vez

en mucho tiempo protegida y a salvo. En sus brazos. Y no quería perder aquella seguridad.

Stephen se separó de su amigo cuando se aseguró de que estaba lo suficientemente

borracho como para no armar ningún alboroto y regresó a la casa de Robert Bradford,

donde él y Sophia iban a pasar la noche por invitación de su nuevo cuñado

hasta que al día siguiente regresaran a su casa.

Entró en la habitación donde les habían acomodado y encontró a su esposa tumbada en la cama leyendo un libro de poesía.

— ¿Dónde estabas? Estaba muy preocupada— le regañó Sophia levantándose de la cama,

para ayudar a su marido a desvestirse.

—Evitando que Wil iam destrozara la boda de tu hermana— le dijo Stephen con un suspiro, abrazando a su esposa por la cintura.

— ¿Porque iba a querer Wil iam hacer una cosa así? Rehúye a Mel y cada vez que puede—

preguntó la joven confusa arrugando el ceño.

—Las cosas parecen ser diferentes— musitó él en tono enigmático, ya que no iba a decir lo que su amigo le había contado aquel a tarde— No te preocupes, a partir de ahora Amelia y Anne estarán a salvo con Robert y puedo garantizarte que es un buen hombre.

—Eso pienso yo. Adoro ver a Anne y a Amelia, pero no puedo evitar sentir que les he fal ado, que me desentendí de el as.

—Intentamos ayudarlas, Sophia, que tu madre no lo permitiera se escapa a nuestro control, deja de pensar en eso, el as ya están bien— dijo Stephen besando los labios de su esposa, mientras esta asentía no muy convencida— Venga, vamos a dormir, mañana tenemos un

viaje largo.

Amelia abrazaba fuerte a su hermana que ya estaba lista para partir hacia la casa de campo de su marido que se había convertido en su residencia habitual. Annie agarraba también a su hermana mayor l orando a lágrima viva, mientras Katherine, agachada a su altura

intentaba calmarla.

—Ojalá tuviéramos más tiempo, prométeme que iréis a visitarme— pidió Sophia medio

llorosa también— Melissa está deseando volver a ver a sus tías.

—Por supuesto, señora Rutterford, estaremos encantados de aceptar su invitación—

contestó Robert junto a Amelia que sonreía tímidamente a su hermana.

—No os olvidéis de visitarme también a mí— intervino Katherine que también estaba a

punto de marcharse junto a Peter.

Parecía condenada a tener que ir a todas partes con ese perro guardián, algo que de verdad no quería, ya que eso significaba tener que pasar horas con él en un coche de dimensiones ridículas. Lo que incluía tener que hablar de temas insustanciales para pasar el rato, mientras él la miraba como si esperara algo por su parte.

Pero no le quedaba más remedio que aceptarlo, ya que era la condición que su padre le había puesto para poder acudir a la boda.

Robert, Amelia y Anne vieron marchar los coches de Sophia y Katherine, mientras la niña se hundía en un llanto inconsolable abrazada a su hermana que intentaba mantener la

entereza.

Sintió la mano de Robert en su espalda y sintió un leve escalofrío. Había sido extraño pasar la noche con él, en la misma cama, aunque ella había... con William, no había dormido con él. Robert era el primer hombre con quien compartía la cama, en el sentido estricto de la palabra y había sido una experiencia... Extraña, para nada desagradable. Había despertado

después que él, encontrando simplemente la huella de su cabeza en la

almohada junto a el a.

La misma decisión que había tomado aquel a noche de no contar nada, se mantenía aún en el a. Aunque todavía no sabía bien cómo, estaba dispuesta a no contar jamás su miserable acto con Wil iam, que había significado tanto para el a en su momento y que sin embargo

ahora la ahogaba como una losa sobre su cabeza, mientras que a él... Seguro que Wil iam disfrutaba en los brazos de cualquier mujer lo mismo que había tenido con el a, era un maldito.

Apretó los puños con rabia, ¿porque los hombres podían hacer lo que quisieran sin tener que sufrir las consecuencias de sus acciones? Mientras que las mujeres eran fustigadas sin descanso si cometían algo que se considerara indecoroso.

El os también partirían hacia Bath, pero en su caso lo harían después de comer, entraron a la casa para disponer los últimos arreglos antes de partir.

Pamela l egó para despedirse al mediodía, Amelia se alegró de poder verla antes de

marcharse ya que no quería decirle adiós por carta.

Nada más verla la abrazó y fueron a tomar el té en la terraza que había en la casa, Amelia se sentía demasiado perdida en esa mansión, ya que apenas conocía nada.

—No pasó nada— susurró Amelia una vez tuvieron el té servido cada una, respondiendo a la pregunta silenciosa de su amiga— Yo se lo iba a contar, pero él me interrumpió creyendo que mi vergüenza estaba provocada por él.

—Pero no vas a decirle nada, ¿verdad?— afirmó Pamela preocupada, se relajó un poco

cuando su amiga negó con la cabeza.

Parecía que Amelia no era capaz de imaginar lo que podría pasar y aunque el a misma la había animado a cal ar, no quería imaginar lo que podría ocurrir si

era descubierta, por eso había decidido buscar una solución.

—Robert no merece lo que le he hecho, pero no soy lo suficientemente valiente para

contarlo... Pero sé que llegará el momento y ¿cómo ocultarlo?

—Le pregunté a mi criada. Esas jóvenes siempre saben de estos temas más que

nosotras— opinó Pamela mientras su amiga asintió— Dijo que... nublados por la... pasión,

los hombres no se... percatan de nada— susurró Pamela ruborizada, mientras a Amelia le

ocurría lo mismo.

La joven recordó el comportamiento de William y realmente él parecía poseído, ahora

viendo desde la lejanía podía darse cuenta de que si se hubiera derrumbado la casa él no se hubiera dado cuenta.

—Ella dijo también, que podría usarse unas gotas de sangre de animal para manchar las sábanas... para simular la pérdida de la virginidad— continuó la joven pelirroja, provocando que su amiga casi se atragantara con la pasta que iba a comer.

— ¿Sangre... de... animal? Pero yo... ¿cómo voy...? —tartamudeó nerviosamente.

Pamela sacó una bolsita de su bolso y se la entregó a su amiga, Amelia la abrió y descubrió en su interior un pequeño frasco con sangre. Amelia miró a su amiga con espanto,

escondiendo el frasco bajo la servilleta que tenía sobre su falda. 4

—No te separes nunca de él y cuando la emplees deshazte del frasco. Es de la

galina que ha matado mi ama de las aves el asado de esta noche. Le pedí a mi doncella que lo consiguiera, ella nunca dirá nada, estamos juntas desde que somos niñas, además no sabe nada de ti, ella cree que me ayuda a mí— dijo Pamela sorbiendo un poco de té.

Su amiga de verdad era un ángel, acababa de darle solución a su gran problema, solo esperaba estar a la altura de aquella argucia.

—Su excelencia no está en condiciones de ver a nadie, señora Leblanc—dijo la criada,

intentando detener la entrada de aquella mujer en la casa del Duque de Pendleton.

—A mí sí querrá verme— afirmó la mujer apartando a la criada y subiendo rápidamente

hasta la habitación del duque, conocía aquella casa como si fuera propia.

Dorothy acababa de enterarse de la boda de Amelia Phillips, se estaba convirtiendo poco a poco en la noticia del año entre las señoras de Londres y ella tenía conocidas y conocidos en todas partes que la mantenían informada de todo lo que ocurría por allí. Por eso había decidido ir a buscar a William, seguro que estaba un poco abatido.

Entró en la habitación donde olía a alcohol y a sudor, vio al duque tumbado sobre las sábanas a medio vestir, eso solo consiguió excitarla aún más. Se acercó a la cama y se sentó junto al duque, acariciándole la cara.

— ¿Dorothy?— preguntó confuso William abriendo los ojos, que estaban rojos por la falta de sueño.

—Yo aliviaré tus penas, querido— comenzó a acariciarle, sabiendo donde tocar para

excitarlo también.

Lo besó subiéndose sobre él.

Capítulo 25

Wil iam apartó bruscamente a la mujer para quitársela de encima, levantándose de golpe de la cama. Debía haber sido más rotundo cuando rompió su relación, estaba muy harto de

que Dorothy entrara en su casa como si fuera propia y se colara por todas partes sin permiso como si tuviera derecho.

—Creo que he sido muy claro en cuanto a nuestra antigua relación, Dorothy— dijo el duque pasándose las manos por el pelo en señal de cansancio.

—Sé que no lo decías en serio y pretendo hacerte entrar en razón, querido. No me rechaces— susurró la mujer mirándole coquetamente.

—Lo decía muy en serio, además no tengo ni tiempo ni ganas de hablar contigo, márchate y no vuelvas a no ser que te invite— aclaró el duque, sabedor de que jamás haría tal cosa.

— ¿Por qué eres tan cruel conmigo? Yo he hecho lo que tú has querido siempre, no me merezco este trato— gritó Dorothy levantándose de la cama.

—No recibirías mi trato cruel si no me buscaras incansablemente y aceptaras que con quien deseo estar no es contigo— volvió a decir el duque dando una patada al armario.

Dorothy volvió a mirarle con los ojos abiertos sin poder creer lo que escuchaba y Wil iam comenzaba a impacientarse, se lo había repetido varias veces y siempre parecía que le

sorprendía su rechazo, esa mujer no tenía dignidad.

Él no la quería a ella, deseaba que frente a él se encontrara otra joven, esa que se entregó a él inocentemente creyendo que él era mejor hombre de lo que era y luego se marchó desilusionada a los brazos de otro que posiblemente la merecía más que él.

Olvidó por un momento que Dorothy continuaba al í, mientras divagaba en cómo actuar.

Había sido un idiota, había perdido y no era una sensación que le agradara. Podía comprender a la otra mujer, si su rechazo era parecido a lo que él sentía al imaginar a Amelia junto a Robert Bradford entonces podía apiadarse de ella.

La joven estaba casada, no había marcha atrás o quizá sí, ella se entregó a él, eso significaba que tenía sentimientos por él, probablemente lo odiara pero no podía rendirse, no sin luchar al menos. Y lo haría. Lucharía por conquistar de nuevo aquel corazón.

Amelia revisaba como los cocheros cargaban el equipaje, eran todos vestidos nuevos que

Robert había encargado para Anne y para ella, suspiró mientras miraba a lo lejos a su...

marido hablar con uno de los criados. No podía negar que era un hombre apuesto y fuerte, pero aunque no lo hubiera sido, su corazón lo hacía verdaderamente hermoso por dentro

también. Él era un caballero, interiormente deseaba no tener que usar aquel frasco para mentirle, pero no podía hacer otra cosa. Ser descubierta significaba regresar a casa con su madre y no podía ser. Sophia tenía su propia vida, era hora de que comenzara la suya.

Robert se giró y la vio mirarle, ella sintió calor en las mejillas y él sonrió. Amelia sintió un pelizco de ternura en el estómago. Había tenido una suerte inmerecida.

Unos minutos después, se encontraban en el interior del coche en dirección a Bath, allí viviría la mayor parte del tiempo.

Robert les contó por el camino, sobre todo a una interesadísima Anne que

quería conocer todos los detalles.

Meyworth era la finca del duque de Sutton en Bath, el actual duque, cuya salud era bastante delicada desde hacía unos meses, era un hombre un tanto arisco que residía en solitario en la gran casa de la propiedad, con la única compañía de un mayordomo y un cocinero,

porque al duque no le agradaban las mujeres. Por ese motivo, cuando su hijo se casó, construyó en la misma propiedad pero a unos kilómetros de distancia la casa de Mey, que era el lugar donde actualmente vivía la madre de Robert, lady Bradford, ahora viuda, junto a su hermana.

Ambas habían perdido a sus maridos con unos meses de diferencia en la Batalla de

Waterloo en 1815, por lo que, al tener las dos sus hijos pequeños, decidieron mudarse juntas a Mey y criarlos entre las dos.

Él les contó que su primo, que era cuatro años mayor que él, se marchó hacía muchos años y que apenas iba por ahí, Robert cambió el gesto al hablar de ese hombre y según dijo de forma incómoda fue que no se llevaban bien. A menudo peleaban de pequeños y de

mayores las rencillas no habían sido menores.

Amelia se sentía bastante nerviosa, no había sabido hasta ese momento que ellos vivirían

en la casa de Mey, junto a las dos mujeres, durante algún tiempo. Aunque Robert no lo dijo, ella presintió que lo que quería decir era que vivirían junto a ellas hasta que el viejo duque falleciera. Se veía que él quería mucho a ese hombre, aunque no hubiera sido del todo cariñoso con él. Sin embargo ella esperaba caerles bien a su madre y a su tía, lo deseaba de corazón, aunque estaba segura de que si se parecían en algo a Robert, seguro que eran encantadoras.

Llegaron cuando ya atardecía, poco antes de la hora de la cena. Un camino largo con césped bien cuidado guiaba hacia la gran casa de Mey. El musgo

tapaba los ladrillos de la fachada en su totalidad.

Al bajarse del coche, Amelia miró a su alrededor y se percató de la gran vegetación del lugar, se notaba que estaba bien cuidado, al igual que el huerto que apenas podía verse desde su posición, también había un pequeño jardín de rosas rojas.

La joven miró hacia la puerta y tragó abruptamente, aquel era un gran cambio y quiso imaginar que con toda la belleza y vida que había a su alrededor, nada podría salir mal.

De pronto la puerta se abrió y dos mujeres ataviadas con elegantes vestidos salieron de la casa, ambas se acercaron a Robert, pero solo una de ellas le abrazó efusivamente, la joven supuso que era su madre, que en ese momento le besaba las mejillas.

Amelia tuvo tiempo de observarlas antes de que notaran su presencia, mientras Anne la

agarraba de la mano, escondiéndose tras ella. Ambas eran muy hermosas y rubias, aunque

la madre de Robert parecía más baja que su hermana, las dos llevaban el pelo exquisitamente arreglado, la primera con un recogido y la otra lo llevaba suelto.

La joven vio como la tía esperaba a que su hermana dejara a Robert con una sonrisa indulgente y algo de pena, inmediatamente la chica imaginó que la mujer estaría pensando en su hijo y sintió pesar por ella.

Cuando el joven consiguió deshacerse de la bienvenida de su madre y besó la mejilla de su tía, les dijo algo, que las hizo mirar hacia donde se encontraban ellas y Amelia comenzó a temblar de nervios.

Katherine hacía un rato que había llegado a su casa y Mark dormía plácidamente en su cuna. Estaba muy feliz por Amelia y Anne, verlas de nuevo después de tanto tiempo había sido una alegría para ella, lo único que lo había empañado había sido la presencia de Peter junto a ella. Parecía que su padre solo confiaba en él para permitirle salir y ojalá no fuera así porque ella prefería que la vieran en compañía de un tabernero antes que junto a él.

Estaba condenada a soportar su continua compañía, nadie comprendía que no quería

tenerle cerca, que por mucho que quisiera aparentar que no le importaba su traición le dolía aún más que todo lo que Richard le había hecho. Comprendía que no podía continuar

negándose que continuaba enamorada de Peter, ella quería odiarlo pero no podía y le

molestaba este hecho.

Salió de la casa en dirección a las caballerizas y pidió que le ensilasen un caballo, no dejó que la acompañaran porque al lugar donde iba sabía ir muy bien, conocía aquel camino, lo había recorrido miles de veces en su niñez. Comenzó a correr con fuerza y sintió como su pelo comenzaba a gotear agua por su espalda.

Pero la lluvia no supuso ningún problema. La casa de Peter se erigía frente a ella y desmontó rápidamente corriendo hacia la puerta, pues aunque no sabía muy bien a que

había ido, necesitaba ir.

Golpeó con fuerza la puerta y una de las viejas criadas le abrió.

—Lady Katherine, pase, está empapada— dijo la mujer instándola a pasar.

Iba a pedirle que le amara a Peter pero no hizo falta, ya que este, alertado por

la amada de la puerta salió de su despacho inmediatamente.

— ¿Kat? ¿Qué haces aquí?— preguntó acercándose, luego se giró a la criada y le dijo—

Traiga unas mantas.

La mujer asintió y se marchó corriendo.

— ¿A ocurrido algo? ¿Mark...?

— ¿Porque me abandonaste y te casaste con esa mujer?— preguntó con la voz rota,

soltando por fin la cuestión que rondaba en su cabeza desde hacía más de tres años.

Capítulo 26

Se acercaron con curiosidad, aunque no con aparente rechazo. La chica se sintió un poco más tranquila al percatarse de este hecho, después de todo, no quería tener una mala

relación con aquel as mujeres.

—Madre, tía, os presento a Amelia, mi esposa— la chica sintió un pequeño salto en el corazón al escuchar aquel as palabras. Su esposa— El a es mi madre, Eleanor Bradford y

mi tía, Louise Ramsey.

—Encantada, señoras— musitó Amelia con voz temblorosa, mientras hacia una pequeña

reverencia.

—En realidad es un placer para nosotras. Robert nos ha hablado mucho de ti — Robert tosió incómodo— Además eso de señora es un tanto anticuado, ¿no?, mejor l ámame Eleanor,

querida— dijo la madre de Robert con una gran sonrisa, dándole dos besos a la chica.

—Un placer Amelia, por favor acompañadnos en el té— dijo la otra mujer tomándola de la mano dulcemente con una sonrisa, no menos sincera, pero no era tan efusiva como

Eleanor, y comenzó a caminar hacia la casa.

Lady Bradford miró hacia la casa por donde su hermana acababa de desaparecer y suspiró, pero cambió su semblante para no empañar aquel momento. Su hijo acababa de casarse y

al í estaba su esposa, una joven muy hermosa que había conseguido encantar a su hijo, recordaba como él les había hablado de el a con una sonrisa en los labios, además él parecía feliz y eso la hacía feliz a el a, nada más que por ese motivo Amelia se había ganado su corazón a la vez que el de su hijo, aunque según había dicho él, el a no lo supiera.

Miró a su nuera y vio como hubo un leve movimiento tras el a, la mujer se fijó y vio con asombro a una niña que se escondía detrás de Amelia.

Amelia se apartó un poco para que se viera a Anne, ya que sería desconsiderado por su parte no presentarla.

— ¿¡Pero qué tenemos aquí!?!— preguntó la mujer sonriendo, mirando a la niña— ¿Quién

es este angelito?

Amelia se sintió un tanto incómoda, ya que parecía que la mujer desconocía que la niña viviría con el os y miró a Robert en busca de ayuda.

—Madre, Anne es la hermana de Amelia, también vivirá en Mey con nosotros— explicó

Robert colocando una mano sobre el hombro de su madre.

—Maravil oso, hace tanto tiempo que tu tía y yo estamos aquí solas, no

imagináis lo feliz que me hace esto— dijo Eleanor emocionada— Vamos, cielo, ¿te gustan las rosas?— le

preguntó a Anne alargando la mano hacia el a.

Anne miró a la madre de Robert, la miraba amablemente como si sintiera cariño por el a, aunque aún no la conocía, ojalá su madre la hubiera mirado alguna vez así. Se soltó de la mano de su hermana y agarró la que le ofrecía la mujer.

—Sí, me gustan mucho— contestó asintiendo.

—Te enseñaré a cuidarlas y me ayudarás en el jardín, ya verás...— le iba diciendo la mujer mientras juntas caminaban hacia la casa.

Amelia miró a Anne y se sintió más tranquila, al menos parecía que la primera impresión había ido bien.

—No te preocupes, el a te adoraran— <<Como yo>>, pensó él, pasándole una mano por la espalda para instarla a caminar para entrar en la casa, notando que el a estaba nerviosa.

La chica asintió, ojalá todo fuera tan sencillo, la familia de Robert era como él y el a estaba al í mintiéndoles a todos, mientras continuaba pensando en cómo hubiera sido todo si fuera William el que estuviera a su lado, era una estúpida y una masoquista.

La hora del té fue bastante esclarecedora, Anne y Eleanor parecían haber hecho muy

buenas migas en nada de tiempo, la mujer confesó que le hubiera encantado tener una

niña, cosa que provocó una carcajada en Robert. Amelia se sintió un poco más integrada, aunque debía admitir que la presencia tranquilizadora de Robert junto a el a era de mucha ayuda. Ver a Anne tan contenta aunque solo levaran unas horas fuera de su casa la hacía aceptar que la decisión que había tomado era la correcta, solo por esa risa libre de miedos y alegre cualquier cosa valía

la pena y la hacía feliz también, algo bueno tenía que haber después de tanta desgracia y todo era gracias a Robert.

Amelia lo observaba reír mientras su madre contaba una anécdota botánica, tenía una risa franca y fuerte, además le miraba y le veía un atractivo que nunca había captado en él, no era solo que fuera guapo, era bueno, demasiado para el a.

Sin embargo no era William, él era todo lo contrario, tenía ese atractivo que atrae a las inocentes, ese cartel junto a él que decía ¡peligro!, pero que hacía que cayeras a sus pies si él se lo proponía y con el a ni siquiera se lo había propuesto... ¿Entonces porque se había enamorado de él?.

Katherine esperaba expectante la respuesta de Peter, necesitaba saberlo, l
evaba

demasiado tiempo preguntándose, aunque se lo negara, lo hacía, era algo que la seguía carcomiendo, porque no lo había superado y nunca lo haría. El a continuaba queriendo a

aquel idiota como hacía tres años, como cuando era niña. Un sentimiento patético y estúpido pero era así. Richard jamás había conseguido hacerla sentir nada, él había usado su cuerpo para tener un heredero y una vez hecho el trabajo se había olvidado de el a, porque para divertirse tenía a su amantes y nunca le había importado, casi lo había

agradecido, porque le parecía deshonroso, ya que para poder estar con su marido había

tenido que imaginar que era el propio Peter el que estaba con el a y esa era una forma más de infidelidad. La traición de Richard con Onel a Fairfax no le había importado, era solo que la hacía recordar lo sucedido en la ocasión en la que Peter la había elegido a en lugar de el a.

—Por favor, necesito saberlo, porque es algo que me atormenta aunque intento negarlo—

continuó diciendo al ver que el hombre no hablaba,

—Pasemos a la sala, con el fuego entraras en calor, Katherine— dijo seriamente Peter, sin un atisbo de sonrisa, además la había l amado por su nombre completo, era la señal de que al menos no se la estaba tomando a broma.

Ambos pasaron al salón, Katherine tomó asiento en el sofá, pero Peter no lo hizo, parecía estar sumergido en sus propios pensamientos.

—Casarme contigo nunca había pasado por mi cabeza, fue algo que planteó tu padre y que acepté... por respeto a él— comenzó Peter, haciendo que el corazón de la chica se

rompiera un poco más— Aun así no podía dejar de verte como a una hermana y en otras ocasiones me imaginaba contigo... de una forma muy poco fraternal, por eso decidí

marcharme después de celebrar nuestro compromiso porque creí que viéndolo todo desde

una perspectiva más lejana, me daría una respuesta más clara sobre mis sentimientos por ti, pero el a se atravesó en mi camino.

Katherine sabía que el a era aquel a maldita pelirroja, pero aun así guardó silencio, el a había acudido en busca de respuesta y no podía quejarse si las que obtenía no eran de su agrado.

—Sus padres eran socios comerciales de mi padre y míos también tras su muerte, el os me permitieron quedarme en su casa aquel as semanas y Onel a es una mujer muy atractiva e insistente, decidió que me quería y comenzó la cacería, suena patético decir esto por mi parte pero fue así... No voy a entrar en más detal es, soy un hombre no un santo, también me gustaba así que me acosté con el a.

Katherine dio un pequeño sol ozo, comprendiendo que nunca hubiera tenido ninguna

oportunidad contra el a.

—Kat—Peter se acercó a el a, pero la chica levantó la mano en señal de protesta.

—Continúa, he venido para saber la verdad, no importa... lo dura que sea escucharla.

—El a decía que estaba enamorada de mí y yo... no lo estaba en absoluto, por un lado

estabas tú y luego el a...

—No había comparación, el a es mucho más hermosa que yo, no hace falta que intentes

ser diplomático, Peter— le interrumpió con pesar.

—En eso te equivocas, puede que el a me engañara, pero no fue durante mucho tiempo,

aquel o solo fue una jugada suya para escapar de aquel lugar, ya que para el a era un absoluto aburrimiento, por eso le interesé yo, casarse conmigo era la oportunidad perfecta para salir de al í y lo consiguió, pero no porque quisiera casarme con el a, Kat, en eso te equivocas, yo estaba más decidido que nunca a casarme contigo y así se lo hice saber a el a.

Katherine le miró sorprendida sin poder creer aquel o.

— ¿Entonces...?

—Ahí l egó su jugada, no sé como pero consiguió que sus padres nos encontraran en una situación comprometida y con un l oro mal fingido dijo que estaba esperando un hijo mío, que oportunamente perdió a los pocos días de nuestra boda.

— ¿Y no se te ocurrió enviarme una carta? Me dejaste esperando y apareciste con el a,

¿sabes cómo me sentí?— le gritó dolida sacando por fin aquel a rabia que le evaba tanto tiempo dormida.

—No podía, decírtelo hubiera significado perderte, Kat y yo no quería eso.

—Pero estabas casado...

—Quería arreglar la situación antes de regresar y tú nunca lo hubieras sabido, pero sus padres murieron en un incendio que destruyó la propiedad y no pude abandonarla. Quería

explicártelo, pero al ver la forma en la que me miraste supe que no habría nada que pudiera decir para que me perdonaras, si llegabas a querer escucharme. Ni siquiera intenté que

nuestro matrimonio funcionara, yo pasaba todo el tiempo aquí y el a en Londres.

—Tu matrimonio me destrozó...

—Y el tuyo a mí, al igual que tu embarazo, Katherine, sobre todo cuando me maldecía porque todo era mi culpa... Odio a Richard, tienes razón, pero no por Onel a porque a mi el a no me importa, le odio y deseó matarlo, como te dije, pero por ti, siempre por ti y su relación solo me dio la excusa que necesitaba.

Capítulo 27

Esa misma noche, en la habitación que le habían asignado a Anne, Amelia la estaba

ayudando para prepararse e irse a la cama, la joven peinaba el cabello de su hermana después del baño para lograr desenredarlo del viaje.

—Me gustan, sobre todo lady Bradford es muy buena— dijo la niña con una sonrisa,

mientras balanceaba las piernas hacia adelante y hacia atrás con entusiasmo—
Y Robert

también, ¿a ti te gusta?

Anne la miraba con picardía a través del espejo y Amelia frunció el ceño.

—Sí, es muy amable y bueno, todo un caballero— dijo Amelia escuetamente, sin entrar en más detalles.

—Parece que hablas de un señor mayor— dijo Anne que no parecía entusiasmada con la

respuesta de su hermana— Además es muy guapo, ¿verdad? Mucho más que...

— ¡Anne es hora de irse a dormir!— la regañó Amelia comenzando a ruborizarse.

Annie asintió con una sonrisa pílica, sí, a Amelia le parecía más guapo que el idiotamente tonto de Pendleton.

—Estoy muy contenta de estar aquí, parece como un sueño— musitó Anne bostezando

mientras su hermana la arropaba en su cama nueva.

—Buenas noches, cielo— le dijo Amelia dándole un beso en la frente.

Salió de la habitación de su hermana, que estaba continua a la suya con una sonrisa, solo a Anne se le ocurriría preguntarle si le parecía guapo Robert. Suspiró antes de entrar en la habitación, con una mano en la manivela de la puerta. Aunque había descubierto que dormir con Robert era incluso agradable, no se sentía cómoda, pero no habría sido decoroso por su parte negarse, además, él apenas se había acercado a ella la otra noche, aunque había procurado dormir de espaldas a él.

Sentía tensión en el cuello del viaje y de la noche anterior, esperaba acostumbrarse cuanto

antes a dormir con él.

Entró en el cuarto y suspiró un poco más aliviada cuando lo encontró vacío,

quizá Robert le quería dar un espacio para que se adaptara mejor o simplemente estaba ocupado y era una coincidencia, fuera como fuera lo importante era que podía disfrutar de aquellos minutos a solas y cambiarse para ir a la cama y también, el viaje y todo lo demás había sido realmente agotador, además esto le permitió tiempo para relajarse un poco también. Estaba tan cansada que terminó durmiéndose nada más colocar la cabeza sobre la almohada.

Durante los siguientes días, descubrió varias cosas que la hicieron conocer un poco más a la familia de su marido, lo primero que la madre y la tía de Robert no habían resultado para nada como las esperaba, eran dos señoras amables de edad parecida a su madre, vivían

alejadas de la ciudad con la compañía de la otra y sus criados.

Además, se había enterado de que Louise, la mayor de las dos, le gustaba cocinar y se encargaba de realizar las comidas y las cenas de la casa, era una mujer más seria que su hermana, de apariencia más severa pero no desagradable, era callada y sus ojos parecían esconder mucha pena. Amelia supuso que debía ser por las escasas visitas que le concedía su único hijo, al que nunca se mencionaba y por lo tanto no preguntó y prohibió a Anne que lo hiciera también.

Mientras que Eleanor hablaba por las dos, se dedicaba al cuidado de sus rosas, del huerto y de los caballos, siempre andaba de un lado para otro dando paseos y Anne se convirtió en su acompañante. Pero si algo no podía negarse era que Robert era su devoción, no podía evitar tratarle como un niño, por eso de vez en cuando terminaban discutiendo, además la mujer también era un poco bocazas y siempre terminaba yéndose de la lengua.

Y lo segundo que descubrió fue que Anne era feliz, lo era de verdad no paraba de reír, no hablaba de su madre, ni de aquel ladrón del que se encariñó, parecía haber pasado página y apenas habían pasado unos días, aquel cambio había sido bueno para ella.

¿Porque ella no podía avanzar también? Parecía que a su cabeza le gustaba regodearse en la imagen de William, recordándole su acto, como una losa que pendía sobre su cabeza.

Todos parecían felices, sin embargo Amelia se sentía incapaz de compartir aquel a felicidad plena. Porque mientras se sintiera un fraude no podría avanzar.

Estaban terminado de comer, era el tercer día desde que habían llegado a Mey, la

conversación de Eleonor y Anne inundaba la mesa, ella sentía la mirada de Robert sobre ella y eso la ponía aún más nerviosa.

—Me gustaría mostrarte algo, Amelia, ¿me acompañas?— le preguntó Robert levantándose

de la mesa y alargando la mano en su dirección para que se la tomara.

—Sí, claro— asintió Amelia mientras su suegra y Anne les miraban con una sonrisa

conspiradora.

Salieron de la casa y comenzaron a caminar con paso lento, Robert la agarró de la mano y sintió un ligero cosquilleo en la palma, pero ella no retiró la suya.

— ¿Eres feliz aquí, Amelia?— le preguntó él de improviso mirando al frente.

<<No lo sé>> contestó mentalmente Amelia, pero sabía que esa respuesta solo conseguiría que él se sintiera mal y no quería eso, no podía decirle que en su cabeza estaba aún el recuerdo de un idiota que se aprovechó de ella.

—Sí, claro que sí, ¿porque lo dices?— dijo sin embargo Amelia, quizá era él el que no estaba contento, a lo mejor estaba arrepentido de haberse casado con ella— ¿Y tú?

—Por supuesto que sí, adoro tenerte aquí— replicó él de inmediato como si le ofendiera la dura— Pero también creo que necesitamos pasar tiempo a solas... Conocernos mejor—

prosiguió enarcando una ceja.

—Creo que tienes razón— musitó la chica confusa, ya que desconocía a donde quería ir a parar.

—Podríamos viajar unos días los dos juntos a Saint-Pol-de-León, en la costa de Bretaña, como un pequeño viaje de novios— le propuso él sonriendo, aunque aún no la había mirado directamente.

Por lo que no pudo ver la cara de perplejidad de su esposa, que Amelia forzó a cambiar.

Después de todo no era algo descabellado lo que le planteaba, era una buena idea, quizá también le vendría bien a él para conocerle, pero ¿qué pasaría con Annie?

—Anne se quedaría con mi madre aquí, él se la ha preguntado incluso, no quería que te sintieras mal por dejarla aquí— continuó él como si estuviera leyéndole la mente, ya que interpretó que el silencio de la joven se debía a que no quería separarse de su hermana.

—Habéis pensado en todo— dijo Amelia riendo, y vio como los hombros de Robert caían

más relajados— Estaré encantada de viajar contigo.

—También me gustaría que aceptaras esto— le pidió Robert sosteniendo un pequeño

colgante con una esmeralda en el centro— No acepto un no por respuesta, es un regalo de bodas.

Amelia asintió y permitió que se lo colocara en el cuello, ya que no quería parecer una desagradecida, aunque tampoco quería parecer aprovechada.

Robert cogió su mano y la besó dulcemente, mientras no dejaba de mirarla a los ojos.

William bajó de su caballo y llegó corriendo a la entrada de la casa de su

amigo, ya que no quería mojarse demasiado con la lluvia. Golpeó la puerta esperando a que le abrieran.

Una vez había decidido que quería conseguir que Amelia le perdonara y que regresara con él, decidió ir a hablar con Stephen, sabía que su amigo estaba entre la espada y la pared, pero no era necesario que Sophia supiera de sus planes, además él podría cuidar de

Amelia igual o mejor que Bradford, aunque no lo hubiera hecho muy bien en el pasado, estaba decidido a rectificar.

La criada le permitió la entrada hacia el salón donde Stephen jugaba con su hija mientras Sophia tejía algún tipo de prenda.

—Wil iam, ¡qué sorpresa!— dijo Sophia apartando su labor de costura

—Sí, no te esperaba por aquí tan pronto— dijo Stephen con un tono irónico que provocó que su amiga riera.

—Diré a Marie que preparé otro puesto para la cena— la joven cogió a su hija de los brazos de Stephen, ya que supuso que querían tratar algún tema de negocios.

—Gracias— asintió el duque sonriendo, hasta que Sophia se marchó.

—Sea lo que sea que planeas te avisó desde este momento, no quiero saber nada— aclaró Stephen sirviéndose un poco de agua.

— ¡Vamos, hombre! No seas así, yo te ayudé cuando decidiste casarte con Sophia— le

replicó el duque, cogiendo la licorera llena de agua y haciendo un gesto de asco.

—Creo que lo recordamos de forma diferente. Solo intentaste hacerme desistir de la idea, gran amigo— contestó el otro hombre mirándole sarcásticamente.

—Recuerdo haber dicho algo así, pero muy puntualmente— agregó Wil iam, sabiendo que

era mentira, ya que desde el principio intentó que Stephen dejara de sentirse culpable con lo sucedido y así evitar que su amigo se casara.

—Sea como sea, mi respuesta es no— prosiguió Stephen como si su amigo no hubiera

hablado— Creí que habías comprendido que lo correcto era apartarse y dejar que la señora Bradford sea feliz junto a su marido.

—No la lames así— replicó serio William dejando de lado el tono bromista
— En aquel

momento acepté retirarme elegantemente porque tú me obligaste y durante un rato creí que era lo mejor, pero no lo siento así.

—Prefieres ser un canal a y destrozar su vida.

—Con Bradford no va a ser feliz, yo soy el único que puede hacerla feliz, Stephen, me ha

costado demasiado tiempo aceptarlo, pero no voy a rendirme, para mi ese matrimonio no es ningún obstáculo.

— ¿Porque? Hay cientos de jóvenes como el a e incluso con dinero, ¿porque arruinar su reputación y la tuya?

—No lo sé, pero siento un especie de nudo en el estómago desde que me separé de el a la última vez que nos vimos y siento que no estaré bien hasta que no volvamos a estar juntos de nuevo.

Capítulo 28

A la mañana siguiente, bien temprano, Amelia y Robert se marcharon en dirección al puerto de Bristol, donde tomarían un barco a medio día que les llevaría a Saint-Pol-de-Léon en Francia, en el cual pasarían unos días a solas, como había planeado Robert.

Amelia no había dormido muy bien aquella noche, sabía que era una buena idea por parte de su marido que se marcharan, pero también la ponía algo

nerviosa estar a solas con él.

Desde que se habían conocido nunca habían estado solos y ella no había pensado en eso hasta que él le propuso aquel viaje.

Ella estaba decidida a poner todo de su parte para que saliera bien, era lo menos que podía hacer. Sin embargo, el cansancio de haber pasado la noche en vela, no la hizo una buena compañera de viaje, ya que se quedó dormida sobre el hombro de su marido.

Robert notó como Amelia se dejaba caer sobre él y sonrió, había estado pensando en la forma de pasar tiempo a solas con ella sin que se notara demasiado. No había mentido cuando le había dicho que aquellos días que les evaban casados eran los más felices de su vida, sin embargo no había pasado inadvertido que algo parecía preocuparla y si era

sincero consigo mismo debía admitir que el que no se lo contara le entristecía un poco, pero también comprendía que era pronto. Ellos necesitaban adaptarse a su nueva vida en común

y aunque se había prometido que no la agobiaría, no podía esperar sentado a que llegara la complicidad entre ellos, debía ayudar. Por ese motivo había decidido hacer ese viaje, unos días en los que estuvieran solos y pudieran hablar, ser sinceros el uno con el otro, sin su madre, su tía, Anne o su abuelo.

Robert suspiró al recordar a su abuelo, al día siguiente de llegar a Mey fue a visitarle y le había preguntado qué cuando pretendía tener su primer hijo. Era consciente que la

mentalidad de su abuelo era la normal en la época, pero él, al haber sido criado únicamente por mujeres, era incapaz de tratarlas como si fueran amas de cría y así se lo había dicho a su abuelo, lo que le había costado que le echara de la casa. Pero estaba dispuesto a seguir en su línea, ya hacía tiempo que había sabido que la amenaza de su abuelo de quitarle el título siempre que no hacía lo que él quería, era vana. La única orden que había cumplido sin quejarse había sido la de casarse, ya que, a la vista estaba, que lo tenía decidido con anterioridad.

Katherine le había pedido a Peter que le diera un poco de espacio para pensar en todo lo que le había dicho, estaba sorprendida de que él hubiera aceptado su petición sin intentar hacerla cambiar de opinión.

Le había pedido sinceridad y la había tenido. Había sido duro escuchar como él le decía todo aquel o, sin embargo no se sentía tan mal como había esperado. Y la diferencia estaba en que el a siempre había creído que Peter se casó con Onel a porque la amaba y su corazón no había podido asimilar que queriéndolo el a como lo hacía, él amara a otra mujer.

Nunca hubiera imaginado que se hubiera valido de esas artimañas para conseguir escapar

de su casa. Recordaba como la miró aquel día cuando l egó con él del brazo y luego cuando fue a visitarla, siempre la había mirado como si fuera un ser superior y ahora podía ver que no era nada.

Le había dolido tanto pensar que Peter no la quería y sin embargo había descubierto que no era así, era Onel a la que sobraba al í, no el a. Ahora entendía porque sus padres habían aceptado a Peter devuelta en sus vidas y el a también quería. Y aunque Peter también fuera culpable de la situación, sus sentimientos le impedían continuar separada de él. Era una tonta, pero era así.

Estaba sentada en el banco del jardín, que casi se había convertido en su refugio y le vio venir desde la casa, sonrió, se había equivocado al pensar que él esperaría, demasiado que habían pasado unos días y le había dejado un poco de aire.

Él se sentó a su lado y se dio cuenta de que no le acompañaba ese aire de prepotencia que siempre había tenido en sus conversaciones anteriores, comprendió que Peter lo había

usado como una especie de escudo para protegerse... Protegerse de el a, Katherine no

podía creer que eso fuera posible, pero al parecer lo era.

—Te he dejado tiempo, pero no podía seguir esperando— comenzó Peter con voz ronca,

tosió para aclararse la voz— No soy un hombre paciente.

—Me sorprende que no vinieras antes— susurró él a sonriendo, pero dejó de hacerlo al ver que él no sonreía— Me siento liberada ahora que puedo comprender un poco mejor lo que ocurrió, ya sabes, siempre creí que huiste de mí.

—Y tú me te has vengado haciendo lo mismo estos meses conmigo.

—No parecías darte por aludido— se quejó sarcásticamente la joven— Dolía demasiado

tenerte cerca.

—No podía rendirme y no lo haré, así que piensa bien lo que vas a decirme.

—Sin embargo, a mí me duele más mantenerme apartada de ti, Peter, yo no sé cómo es posible, pero yo... te quiero.

Peter no la dejó continuar, la besó con emoción como si fuera una fuente de agua para un hombre sediento, había esperado mucho tiempo para poder hacerlo. La acercó más a él,

mientras Katherine continuaba su beso, sin pensar en que sus padres podrían verla ni nada más que Peter la besaba. Había soñado desde niña con aquel momento y no podía

imaginarlo mejor.

—Es todo tan complicado. Richard y Onel a. Aún continuamos casados con el os y...—

susurró Katherine con los labios cerca de los del marqués.

—El os no son nada, yo me ocuparé de mi divorcio con Onel a tengo pruebas suficientes para que se disuelva nuestro matrimonio— la interrumpió Peter.

Sí, los hombres lo tenían tan fácil, con presentar unas cuantas pruebas sobre una

infidelidad, locura o infertilidad, podían conseguir un divorcio en unos meses, sin embargo para una mujer la única salida era la viudez.

Amelia sintió un leve toque en su hombro y como una mano acariciaba su rostro con

suavidad, abrió levemente los ojos, encontrándose los de Robert que la miraba sonrientes.

—Acabamos de llegar a Bristol— le susurró mientras ella asentía, levantándose.

Robert la ayudó a salir del coche y la joven se vio ligeramente cegada de pronto por la luz del sol. Se escuchaban las gaviotas y el suave choque de las olas sobre el casco de los barcos.

Amelia tomó aire suavemente, notando en su cara la humedad del ambiente, olvidó

enseguida que hasta hacía unos momentos había estado medio dormida. Miró a su

alrededor y vio distintos puestos de venta, donde la gente vendía fruta, verdura e incluso

algunos adornos y piezas de bisutería, Amelia suspiró deseando dar un paseo y ver el mercado. Robert la miraba complacido.

—Iré a la ver el horario del barco, si quieres puedes pasear por el puerto, pero no te alejes demasiado, ¿de acuerdo?— le dijo su marido con un tono un tanto preocupado.

Amelia miró a la gente que había en aquel puerto y no se parecían en nada a los que habitaban el puerto de Londres, aquellas personas eran pobres y se

ganaban la vida

vendiendo sus cosechas, pero para nada se parecían a aquellos truhanes que las atacaron la otra vez.

La joven asintió y se despidió de Robert caminando hacia el mercadillo. Comenzó a recorrer los puestos del lugar. Todos los vendedores parecían emocionados al verla, ella supo

enseguida porque, habían visto que sus ropas y sus joyas eran valiosas, lo que la convertía en un cliente más interesante que la gente que solía comprar por allí. Amelia sentía

negarse, pero no iba a comprar nada, no iba a pedirle dinero a Robert para un capricho tonto.

—Niña, ¿quieres saber tu futuro?— le preguntó una joven gitana que tenía un diente

plateado, mientras le agarraba la mano.

—No, gracias no es...— pero la mujer acercó su mano a su cara y la interrumpió.

— Veo un hombre muy guapo y rico— comenzó la mujer— Además, la línea del amor está muy marcada, pero tus sentimientos son confusos, ¿ves? Míralo...

Amelia enarcó una ceja con suspicacia sin creer lo que decía la mujer, pero acercó la cabeza hacia su propia mano, para ver lo que decía la mujer. De pronto sintió un tirón en el cuello, que la hizo caer al suelo, mientras veía como la mujer corría con su collar en la mano. Varias personas que pasaban junto a ella se detuvieron para ayudarla a levantarse.

— ¡Atrapad a esa mujer!— gritó uno de los tenderos.

Entonces un joven comenzó a correr tras la mujer rápidamente, mientras Amelia intentaba

quitarse de encima a la gente que se congregaba a su alrededor, lo que resultaba

imposible. La obligaron a sentarse para recuperarse del susto, cuando lo que en realidad necesitaba era recuperar aquel colgante, había sido un regalo de Robert, no podía perderlo.

Era importante para él recuperarlo.

Robert vio todo aquel jaleo de gente y casi supo instintivamente que se trataba de su esposa, no debió dejar que paseara sola. Se acercó rápidamente al lugar y vio que sí se trataba de Amelia.

Cuando la joven le vio se levantó y se abrazó a él. Se sentía francamente mal por haber perdido aquel colgante.

—Necesito alcanzar a esa mujer, me ha arrancado el colgante, Robert—
murmuró Amelia

enfadada, debía haber tenido más cuidado.

Robert la miró en busca de algún daño mayor, pero si un colgante robado había conseguido que le abrazara como lo había hecho, bendito robo.

—No importa, ¿te encuentras bien? Te compraré todos los que quieras...

— ¡Bien hecho, muchacho!— gritó otro hombre, haciendo que la pareja mirara en dirección a la que lo hacía el tendero.

De allí llegaba el joven que había visto correr tras la mujer con su colgante en la mano.

Amelia sonrió agradecida.

—Esto es suyo, ¿verdad, milady?— dijo el chico dándole el collar.

—Muchas gracias, estamos muy agradecidos— musitó la chica sonriente.

Robert tocó sus bolsillos, después sacó una bolsa de dinero y se la ofreció al

joven que se negó a aceptarla inmediatamente.

—Insisto. Las buenas obras deben ser recompensadas— dijo Robert colocando la bolsa

sobre la mano del chico.

Él asintió no muy convencido, pero ya pensaba lo que iba a hacer con ese dinero, sin saberlo aquellas personas le habían ayudado mucho más a él.

— ¿Cómo te llamas?— preguntó Amelia— Me gustaría conocer el nombre de un joven tan

veloz y desinteresado.

—Jon, milady— contestó el joven con un asentimiento de cabeza y se alejó hacia el puesto donde le estaba trabajando desde que llegó de Londres hacía unos meses. Después de

escapar por poco sin despedirse de cierta pequeña señorita.

Capítulo 29

Amelia vio agradecida como el muchacho se marchaba y miró el colgante que había

recuperado para él a aquel chico, viendo como el enganche había terminado totalmente roto después del tirón.

Robert pasó un dedo por la marca que había quedado en cuello de su esposa tras el robo del collar, que comenzaba a teñir la zona de un tono rojo brillante. La chica sintió un escalofrío cuando sintió el roce.

—Hay que poner un paño de agua fría sobre esto— dijo el joven pensando en las ganas enormes que tenía de coger del cuello a la mujer que había hecho aquello— Podemos

regresar a casa si lo deseas.

— ¡No!, no vamos a permitir que esto nos amargue el viaje, podríamos tomar un té en aquel lugar— dijo Amelia señalando una pequeña tetería que se encontraba no muy lejos de allí—

Hasta que llegue la hora de tomar el barco.

Amelia comenzó a tirar de Robert en aquella dirección, aunque no tuvo que esforzarse

demasiado para conseguir que su marido la siguiera. Él aún no era consciente del poder que tenía sobre él.

Cuando llegó la hora del embarque, ya todas sus cosas estaban en el camarote que les habían asignado, no sería una travesía muy larga, llegarían a su destino al mediodía del siguiente día. Al parecer el padre de Robert le había heredado una casa en la costa de Saint-Pol-de-Léon, donde viajaba de vez en cuando, siempre fue de niño, al parecer desde que creció y su abuelo comenzó a cargarle con las responsabilidades del título, las visitas a aquel lugar se convirtieron cada vez en más esporádicas.

La joven nunca había viajado en barco, así que aquello también fue una novedad para ella, aunque no muy buena, ya que su estómago no asimiló muy bien el oleaje y el movimiento del barco, además también se percató de que su cita menstrual femenina, había terminado.

Recordaba la sensación de júbilo que sintió al ver sus calzones manchados, solo en ese momento se dio cuenta de un hecho del que no se había percatado hasta ese momento:

haber hecho el amor con William podría haberle generado mayores consecuencias de las

que ella había imaginado y ni siquiera había parado a sospecharlo.

Se sentó en la pequeña cama de su camarote, llegaba un rato sola ya que al darse cuenta de lo que ocurría Robert salió a por un poco de agua. Tomó aire y guardó la toalla entre sus cosas, suspirando ya que aunque no había pensado en la posibilidad de haber quedado

embarazada, no estarlo había supuesto un alivio.

Una vez hubo terminado, se puso el camisón y se tumbó en la cama, parecía que Robert había estado escuchando en la puerta, ya que entró poco después y se sentó junto a ella, traía en sus manos una bandeja con un vaso de agua.

—Bebe despacio— le dijo ofreciéndole el vaso.

Robert comenzaba a creer de verdad que no había sido buena idea realizar aquel viaje.

—Siento que estoy estropeando este viaje— suspiró tristemente la joven.

—Son cosas que pasan, cuando seamos viejos lo recordaremos y moriremos de la risa—

contestó el joven riendo, pasando la mano por la frente de Amelia.

La chica estaba comenzando a notar que las caricias de él cada vez eran más seguidas, si bien siempre se sorprendía al recibirlas no le resultaban repulsivas, era un sentimiento

extraño.

—Deberías dormir, no sentirás mareo dormida— Amelia asintió y terminó de beberse el

agua.

Se tumbó en la cama y cerró los ojos, los hechos que habían ocurrido durante el día y el no haber dormido bien aquella noche consiguieron que se quedara dormida de inmediato.

Robert había tenido razón, cuando se despertó al día siguiente el mar estaba más calmado y pudo levantarse de la cama sin problemas, apenas tenía sensación de mareo, pero

mentiría si no dijera que se alegraba enormemente de pisar por fin tierra firme.

Saint-Pol-de-Léon era un lugar idílico, la gente que paseaba en el puerto eran jóvenes como el os, algunos en pareja otros en familia, pero no había ni rastro de marineros borrachos como en Londres. Era un pequeño pueblo donde no había muchas casas, su marido le

contó que era un lugar de verano, más un pueblo pesquero que otra cosa. Las grandes casas estaban apartadas del pueblo, donde vivían las personas que eran de al í.

Uno de los criados de Robert al í fue a recogerlos en un coche descubierto para llevarles a casa, durante el camino Amelia observaba los puestos de flores y perfumes, además de los de pan y postres recién hechos.

El coche comenzó a subir una cuesta y sobre esta se encontraban las casas dispersas, no eran muchas y tampoco muy grandes, pero eran hermosas desde fuera. La de Robert

estaba en lo alto de la colina y daba al mar, incluso había una escalera de piedra privada que llegaba directamente a la arena de la playa.

La entrada estaba rodeada por un muro de piedra y fuera de ella una mesa blanca y sillones a juego, junto a una enredadera. Todo rodeado de plantas y flores, seguramente obra de la madre de Robert.

— ¿Te gusta?— le preguntó su marido una vez llegaron.

—Es preciosa— musitó la joven, aquel día sí fue amor a primera vista, le gustaba más que la casa de Mey o la de Londres, aquel era un pequeño paraíso agradable y... romántico, en ese momento entendió porque la había llevado al í.

Entraron hacia el interior y todo estaba decorado con un estilo muy francés y claro, había mucha luz en la casa. La entrada daba directamente a un pequeño salón, donde también

estaba la mesa del comedor, además había una puerta que daba a la cocina, y

una gran puerta que daba al jardín donde estaban las escaleras hacia la playa. Las otras escaleras llevaban hasta la parte de arriba donde se encontraba los cinco dormitorios que

completaban la casa.

El lugar era cuidado por una pareja de ancianos, Fred y Annette Deveraux, que se

encargaban de que todo estuviera limpio y en orden, el hombre se encargaba del jardín y la mujer de la cocina y la limpieza.

Annette acompañó a Amelia hasta la habitación, mientras cargaba una jarra de agua para

ayudar a la chica a asearse un poco el polvo del viaje antes de la comida.

Cuando la chica se quedó sola, aprovecho el agua para limpiarse, pero también para lavar la toalla que había estado usando hasta el día anterior. Siempre la había avergonzado que Bertha limpiara esas cosas y no iba a dejar que alguien que no conociera se hiciera cargo.

Cuando terminó de limpiarse bajó a la parte de abajo para encontrarse con su marido, él la esperaba mirando por la ventana el mar concentrado. Lo que le dio tiempo a observarlo un poco, dándose cuenta de cómo había cambiado su vida en unos días, ¿quién le iba a decir hacía unos meses que estaría en Francia con Robert?

Cuando le conoció seguro que no se le hubiera pasado por la cabeza, recordaba haber

pensado que siempre aparecía cuando menos ganas tenía de sonreír y así había sido también después, recordar cómo fue su reencuentro, cuando tuvo que aparecer William a

decirle aquellas cosas tan horribles y luego cuando estuvo a punto de... seguir los pasos de su madre en aquel lugar, Robert era su ángel de la guarda, pero su cabeza seguía

invocando a Wil iam, no verle era el mejor remedio para no pensar más en él.

— ¿Comemos? Tengo un hambre voraz— dijo Amelia, haciendo que el joven girara para

mirarla. 2

—Sí, te estaba esperando, después podemos pasear por el pueblo, si te sientes con

ganas— le ofreció un poco dubitativo, recordando el viaje que había pasado.

—Sería fantástico— asintió siguiéndole hasta el salón.

Wil iam comenzó a impacientarse cuando comenzó a ver la casa donde vivía su madre,

tenía ganas de llegar de una vez, los viajes en coche le aburrían demasiado, pero para un hombre de su estatus era mejor que realizarlos a caballo, como siempre había cada vez que viajaba a lugares más cercanos. Aunque en realidad no estaba muy lejos de Londres, sí lo estaba de la casa de Stephen, por eso había pedido prestado su coche, en algo tendría que ayudarle aquel desalmado que se hacía el amar amigo, cuando se había negado a darle

consejo en lo referente a Amelia.

Cuando al fin el coche paró frente a la casa de su madre, bajó con un humor de perros, pero aun así había tenido ganas de llegar, porque hacía mucho tiempo que no estaba con su madre y por otra razón, que era la que de verdad le había impulsado a dejar Londres y pasar una extensa temporada al í.

Llamó a la puerta dando golpes fuertes y esperó paciente a que le abrieran, fue una sorpresa que lo hiciera su madre, la duquesa viuda de Pendleton le miró sin poder creerlo y se le saltaron las lágrimas de la felicidad, le abrazó dando un grito.

— ¡Wil iam, querido! Hacia tanto tiempo que no venías, ¿porque no has

avisado? No

tenemos tu habitación preparada ¡qué desastre!— se quejó la duquesa viuda sin soltar a su hijo.

—Quería sorprenderte, madre, siempre leo las quejas de tus cartas, y ahora que vengo te quejas también porque no aviso. No sé cómo acertar, ¿deseas que me marche y avise?—

le dijo Wil iam en tono de sorna, enarcando una ceja.

Su madre le dio un manotazo, a modo de regaño, pero con una sonrisa, ya que el a nunca había podido reñir con su hijo. 4

—Eres demasiado cruel con tu vieja madre, querido Wil iam, no te dejaré dormir en toda la

noche mientras me cuentas todo lo que has hecho, ¿cuándo me harás abuela?

<<Pronto, espero>> pensó el duque, aunque no podía decirlo en voz alta y menos a su madre, por lo que se limitó a encogerse de hombros.

No se percató de que aquel recibimiento era observado desde lo alto de la escalera y el observador en cuestión no cabía en sí de asombro.

Capítulo 30

Amelia l evó la taza de té del desayuno a sus labios, mientras observaba disimuladamente a Robert tomando un trozo de fruta de su plato. El día anterior le había mostrado el pueblo de Saint-Pol-de-Léon y Amelia aun había quedado más prendada del lugar. Se imaginaba a

Anne paseando por al í también, estaba segura de que también le encantaría. Robert había comprado un pequeño frasco de perfume para la niña que seguro adoraría. Pero a Anne le encantaba cualquier cosa que Robert le diera, con el a no había ningún problema, se había ganado mucho mejor a la niña que Wil iam, pero es que este ni siquiera lo había intentado.

A parte de un gran cabal ero, Amelia descubrió que su marido tenía una

conversación ligera y locuaz, el a había temido que al pasar mucho tiempo junto a él, no tuvieran nada de lo que hablar, sin embargo él conseguía rel enar los silencios con conversaciones interesantes que eran una delicia y sin darse cuenta se había recorrido el pueblo y casi anocheía y el a no había pensado en nada más que lo que le contaba su marido.

Además él no había intentado nada con el a desde la primera noche que le dijo que solo quería dormir con el a, no había pasado de ahí, aunque por el momento debido a su

menstruación no podía hacer nada, se encontró pensando que hacer el amor con Robert no

se le antojaría ningún pesar...

Sus manos agarraban el tenedor en esos momentos, tenía los dedos largos y las manos

suaves, muy masculinas, fuertes, ¿qué la harían sentir aquel as manos?

Al descubrir el rumbo que l evaban sus pensamientos, comenzó a toser al sentir como el té tomaba el camino que no le correspondía. ¿Wil iam la había convertido en una alocada?, se preguntó preocupada. Ya no sabía ni que pensar, ni que sentir, era todo demasiado

confuso.

— ¿Te encuentras bien?— le preguntó Robert dándole pequeños golpes en la espalda.

—Sí, el té se fue para otro lado— contestó la chica, tomando un poco de zumo.

—De acuerdo— contestó Robert escondiendo una sonrisa.

— ¿Te ríes de mí?— le preguntó Amelia enarcando una ceja, aunque sonriendo, era cierto que desde que habían salido de Bath, él no había sido testigo de sus mejores facetas.

Bueno nunca la había visto en ninguna faceta buena, parecía que siempre que Robert

estaba su alrededor se desencadenaba el desastre.

—No, claro que no, simplemente pareces propensa a la catástrofe— continuó el joven

soltando una carcajada, Amelia no podía negarlo, así que se unió a la risa— He pensado que podríamos hacer una excursión al faro, ¿te apetece?— propuso cuando se calmaron

las risas.

Era la primera vez que la veía sonreír así, además parecía que Amelia no entendía que le encantaba ser su salvador.

—Le pediré a Annette que prepare algo para almorzar, como un pique-nique— dijo Amelia a su vez, con tono francés.

Robert asintió, en verdad Amelia parecía mucho más tranquila desde que llegaron al í.

Robert asintió para sí mismo, aquel o había sido una buena idea y su relación con Amelia parecía afianzarse a pasos agigantados.

Caminaron los dos juntos agarrados de la mano, desde que él lo había hecho en el jardín de su casa, lo había continuado haciendo siempre que paseaban juntos, había habido incluso

alguna ocasión en la que el a había buscado su mano.

El faro se vislumbraba a lo lejos, Robert llevaba la cesta de la comida, sentían la arena caliente bajos sus pies. El clima era tan diferente a la lluviosa Inglaterra, que Amelia se encontró a si misma deseando no regresar jamás. Al í lejos de todo no existían su madre, Richard o William para perturbarla, simplemente estaba el a, la playa, el sol y... él. Si Anne estuviera al í sería su completa felicidad.

Llegaron al faro, al cual no se podía subir, se colocaron a bajo la sombra de un árbol y extendieron el mantel, para comenzar a tomar los aperitivos que había preparado Annette.

Amelia miró a lo lejos, no se veía el final del mar, era una sensación preciosa y a la vez inquietante, suspiró.

—Es precioso, me encanta— dijo Amelia cuando terminaron de comer— Te agradezco

mucho que me hayas traído aquí.

—No hace falta que me lo agradezcas— musitó Robert con voz ronca— Yo quiero que seas feliz, Amelia, que estés contenta.

—Lo estoy, de verdad— afirmó dándose cuenta de que era cierto— ¿Tu no? Puedes

decírmelo, si hay algo que no te agrada...

—A mí me agrada todo de ti, Amelia, quizá más de lo que imaginas— contestó él con seriedad, cerca de él.

—No entiendo— contestó confusa la joven.

—No quiero agobiarte con mis sentimientos, pero no puedo calarlos más, yo te amo,

Amelia— susurró Robert acercando su rostro más al de la joven.

A la chica se le quedó la respiración en la garganta, no sabía que decir, no podía negar que él sentía algo por él, pero no sabía que era, porque también sentía algo por William, aunque en ese sentimiento también había cierto odio por lo ocurrido entre ellos, pero

tampoco podía engañar a Robert diciendo algo que no era cierto.

—Robert yo...— comenzó a decir, pero se vio interrumpida cuando el joven colocó su dedo sobre los labios de la chica.

—No hace falta que digas nada, ¿me permitirás besarte, Amelia?— le pidió dulcemente,

acariciando sus labios con la yema del dedo que había colocado sobre el os anteriormente.

La chica asintió, ya que el a misma comenzaba a desear ese beso y suspiró de placer cuando por fin Robert acercó sus labios a los suyos y se fundieron en un tierno beso.

No era como Wil iam, fue lo primero que pensó la chica cuando comenzó a besarla, Robert la acercaba a él con delicadeza y con cuidado, moviendo su boca sobre la de el a con un cuidado exquisito, como si temiera que se fuera a romper. Cuando la chica comenzó a

corresponderle, el beso comenzó a hacerse mucho más pasional, los labios de Robert ya no eran dulces, ahora exigían una mayor respuesta y Amelia respondía a la pasión de Robert con la suya. 10

Sin darse cuenta, se encontró tumbada con la espalda apoyada en el mantel, una de sus manos se encontraban bajo su cabeza y la otra comenzaba a subir la falda de su vestido veraniego, mientras las manos de la joven acariciaban la espalda de su marido.

De pronto, Robert se separó abruptamente de el a, mientras la respiración de ambos se

encontraba agitada.

—Necesito... tranquilizarme— dijo súbitamente el joven con la voz ronca, se levantó y fue rápidamente a la oril a.

Amelia se sentó, intentando recuperar la compostura, quizá él había descubierto que no era virgen y por eso se había marchado. No entendía cómo podía haber respondido de ese

modo ante Robert. Esto confirmaba que Wil iam la había convertido en una perversa, por eso él se había marchado corriendo.

Regresaron en silencio, ambos sumidos en sus propios pensamientos. Amelia temía que se

hubiera descubierto lo que había hecho y que Robert ya no la siguiera viendo igual, pero tampoco sabía cómo abordar el tema ya que Robert estaba insólitamente calado, quizá era por eso, estaba pensando cómo proceder.

Sin embargo, a Robert ni siquiera se le había pasado por la cabeza que ella no fuera virgen, en realidad le preocupaba haberla asustado, sabía que su respuesta hacia ella era muy

fuerte, pero no había planeado que un simple beso se le fuera de las manos de esa forma, habían avanzado mucho y no quería estropearlo, debía darle más espacio.

Pasaron el resto del día con la misma actitud, incluso tomaron la cena en silencio, Amelia ya no podía aguantar más calada y se decidió a hablar, debía haberlo hecho antes, cuando fue a preguntar que ocurría y enfrentarse a lo que fuera que ocurría, y decidió hacerlo cuando él llegara a la cama, pero pasaban los minutos y las horas, y Robert no subía a su habitación.

Amelia decidió ir en su busca, se puso en la bata y bajó a la parte baja de la casa, encontró a Annette recogiendo algunas cosas en la cocina, pero ni rastro de Robert.

—Annette, ¿dónde está el señor?— le preguntó a la mujer.

—En la habitación del fondo, señora, me pidió que la arreglara y trasladara su ropa— le dijo la mujer confusa.

Amelia sintió como una losa cayera sobre su cabeza, asintió a la mujer y subió hacia su habitación, Robert estaba huyendo de ella, pero ¿porque? ¿Estaba enfadado porque se

había comportado con demasiado descaro? ¿Sabía que no era virgen?

Fue a entrar en la habitación, pero siguiendo un impulso, fue a la habitación del fondo y entró sin llamar, Robert estaba tumbado en la cama con un libro en

la mano, aunque decir que leía era un eufemismo, él se había acostumbrado a dormir junto a ella y no tenerla era

un auténtico suplicio, pero se había portado demasiado rudo con ella y quería darle su espacio, no quería que se sintiera en la obligación de aceptar algo que ella no quisiera hacer. Al escucharla entrar alzó la cabeza y se sorprendió al verla allí.

Amelia sin decir nada, se quitó la bata y se tumbó junto a él en la cama.

— ¿Porque no quieres dormir conmigo? ¿Te ha molestado... algo?— preguntó Amelia en

voz baja, mirando sus manos, no quería decir nada de lo que pudiera arrepentirse después.

— ¿Molestar? ¿A mí?— preguntó él enarcando una ceja y dejando el libro de lado— Creo que esa pregunta debía hacértela a ti, he sido demasiado rudo en la playa, no quería que te sintieras obligada a nada... Te lo dije el día que nos casamos.

¿Él creía que se había asustado? Escucharle decir eso la hizo sentirse francamente mal, porque no hay sentido miedo de él, hubiera sido algo normal en una joven doncella, pero ella no había sentido miedo en ningún momento, en realidad...

—No me siento obligada a nada, yo lo quería igual que tú— musitó mirándole mientras se pasaba la lengua por los labios secos.

—El problema es que no me conformo con un beso por obligación o compromiso, Amelia,

ahora lo sé, por eso me he marchado.

—Bésame, por favor— susurró la chica, no sabía porque, pero si sabía que desde aquel día tarde en la playa, no podía dejar de pensar en ese beso y también quería repetirlo.

Capítulo 31

Robert no necesitó nada más y la besó, mientras la tumbaba sobre la cama. Y una vez comenzó de nuevo no pudo parar, comenzó a estorbar el camisón de su esposa y sus

propios pantalones. Comenzó a dejar un camino de pequeños besos por el cuello de Amelia y la marca que aún quedaba del robo del colgante, mientras acariciaba dulcemente la piel de la joven.

El a pasaba las manos por su ancha espalda y se agarraba a sus hombros, sin sentir pudor alguno por lo que al í sucedía. Solo se escuchaban sus respiraciones aceleradas y fuertes, después de besar dulcemente los senos de la chica, regresó a sus labios, mientras el a paseaba los dedos enredándolos en el pelo de su marido.

Amelia comenzó a sentir el placer en su parte más íntima y la dureza del miembro de Robert junto a la de el a, aunque lejos de sentir miedo, sentía excitación, queriendo sentirse unida lo más íntimamente posible a él.

Él colocó su miembro en la entrada de su feminidad, sin embargo se detuvo y dijo con voz ronca, junto a su oído:

—No quiero hacerte daño, avísame, por favor— a lo que Amelia solo pudo asentir.

El a no recordaba nada anterior a ese momento, sentía como si estuviera viviendo todo

aquel o por primera vez, en realidad sentía que era su primera vez.

Robert comenzó a penetrarla muy lentamente, mientras le susurraba palabras que solo se

decían los amantes, hasta que finalmente se hundió totalmente en el a y juntos comenzaron un lento baile amoroso y sensual, que Amelia sabía no podría olvidar jamás.

A la mañana siguiente, Amelia abrió los ojos y sintió una paz dentro de ella que no sintió la otra vez con Wil iam..

Al recordarle se sentó en la cama asustada y miró a su alrededor, Robert parecía haberse despertado ya. Sintió un nudo en el estómago al pensar que quizá él si la hubiera

descubierto, había sido demasiado imprudente, pero ni siquiera pensó en su problema, solo que quería a Robert con ella, ni siquiera se le había cruzado por la cabeza otra cosa.

Ahora a la luz de la mañana se fustigó por su imprudencia, aunque si era sincera consigo misma no se arrepentía de haber hecho el amor con su marido, había sido tan diferente a Wil iam, tan suave, tan amable... Un caballero. Amelia suspiró, pero levantó las sábanas y casi deseó ver la famosa mancha sobre ellas, algo imposible, claro.

Rápidamente se bajó de la cama y fue a su habitación, cogió la bolsa donde estaba el frasco y lo agarró como si su vida dependiera de ello y regresó a la otra habitación.

Miró las sábanas blancas y el frasco que le había dado Pamela, ella había dicho que los

hombres inundados por la pasión no se enteraban de nada, pero ¿sería capaz de hacer eso? Abrió el frasco y se acercó a la cama, pero no pudo hacerlo, eso sería demasiado para ella. Agradecía la ayuda de Pamela, pero no podía cometer un acto tan ruin y lo guardó de nuevo entre sus cosas.

Aunque había algo perturbador en todo aquello, si ella estaba enamorada de Wil iam,

¿cómo podía haber sentido tan bien estar con Robert?

Amelia escondió de nuevo el frasco, con cuidado de no ser vista por nadie y se vistió con celeridad, quería reunirse con su marido cuando antes, ya que ansiaba saber, por una vez no temía que pudiera pasar, si él se había dado cuenta se lo contaría todo y si no, lo sepultaría en lo más hondo de su mente y

continuaría con su vida junto a él.

Bajó las escaleras corriendo hasta el salón y allí estaba él leyendo el periódico, al escucharla alzó la mirada y sonrió con calidez, entonces comprendió que él no lo sabía y sintiéndose despreciablemente afortunada, correspondió a su sonrisa y tomó asiento junto a

él.

Los siguientes días que pasaron allí fueron aún más maravillosos que los primeros,

continuaban conversando y acercándose, pero ahora tenían la complicidad de los amantes,

que se besaban continuamente, Amelia no podía ni sabía dar nombre a lo que sentía, pero no era nada remotamente parecido a lo que William había despertado en ella, Robert era su amigo también, podía hablar con él de todo y era amable y bueno, ansiaba sus besos

también, ella misma los buscaba y se sentía vacía cuando le faltaban.

Regresar a Bath era como escapar de un sueño, habían pasado muy buenos días los dos juntos allí, parecía que era como regresar a la cruel realidad, aunque continuarían juntos, debía compartirse, pero las noches serían suyas y a Robert le encantaba pensar eso,

aunque también era consciente de que Amelia añoraba a su hermana, pero también le

complacía saber que ella tampoco le entusiasmaba la idea de regresar. Había sido una gran idea viajar allí y regresarían, pero esa vez con Anne para que también conociera aquel lugar. Nunca había tenido una idea mejor que la de viajar a aquel lugar.

Katherine veía a Peter jugar con Mark y ocultó el sentimiento de dicha y tristeza que sentía ante la escena. Dicha porque el marqués era un gran padre,

pensar que si hubiera ocurrido de otra forma, Mark podría haber sido su hijo, la hacía entristecerse, porque Richard nunca se había dignado a mirar a su hijo siquiera, los únicos lazos que él tenía con miembros del sexo masculino se reducían a su padre y a Peter, imaginó que llegara el momento en el que pudieran ser una familia los tres.

— ¿Nunca te has planteado tener hijos, Peter?— preguntó Katherine mirándole con una

sonrisa melancólica.

—Aún me lo planteo, pero debes ayudarme, claro— contestó con picardía guiñándole un ojo mientras veía como Katherine se ruborizaba— Hemos hecho enrojecer a mamá, Mark.

—Porque eres un descarado— le regañó ella, cogiendo al niño, para usarlo de escudo.

—Cuando supe que tendrías un hijo le odie a él, a ti y al canal a de su padre— dijo Peter con voz atormentada.

Katherine le miró en silencio, ya que al parecer una vez abierto el baúl de los secretos, no había forma de que pararan de salir, pero era necesario para los dos.

—Aunque en realidad era envidia, envidaba que él os tuviera, pero ahora estáis conmigo y no voy a permitir que os lleve de mi lado, Kat, le mataré si se le ocurre aparecer— terminó en tono amenazante, aunque sin alzar la voz para no asustar a Mark. 6

—No me gusta que hables así, me asusta, porque de verdad te veo capaz de cumplir tu amenaza y eso me aterra.

— ¿Por él?— preguntó Peter con voz dura por los celos.

—Claro que no— respondió ofendida— No quiero que te manches la manos con la sangre

de esa persona.

Katherine se acercó a él y le acarició la mejilla, mientras Peter agarraba su mano y la besaba dulcemente, pero su amenaza seguía en pie y si en algo apreciaba su vida Richard Mawsdley, debería quedarse en el infierno que estuviera.

Conforme el coche se iba acercando a la casa, Amelia comenzó a sentir una mala

sensación en el estómago, como si de verdad fuera a toparse con la cruel realidad.

Bajaron del coche y caminaron hacia la puerta, aunque escuchó a su hermana llamarla, al mirar a la dirección de la provenían las llamadas, vio a Anne acercarse corriendo a ella.

— ¡Mel y, tengo que contarte una cosa!— le dijo cuando llegó a su altura— Antes de que entres, él...

—Cariño, vamos dentro, tengo unos regalos para ti— la interrumpió Amelia.

—Pero, Mel y...

—Vaya, primo, que placer más inesperado, no esperaba encontrarte aquí a mi regreso, te

presentaré a mi esposa...— decía Robert, Amelia dejó de mirar a su hermana y su corazón se paró al ver junto a su marido ni más ni menos que al mismísimo William Ramsey, Duque de Pendleton.

Sí, la realidad había chocado de forma cruel contra ella.

Capítulo 32

Anne recogió los vestidos que estaban desperdigados por la habitación, ese mismo día

habían llevado más prendas desde Londres que Robert había encargado para ellas. Estaba

deseando que su hermana llegara para ver los suyos. Aunque si era sincera no había

podido aguantar la curiosidad de mirar y había dado un pequeño vistazo a los de su

hermana también, mientras la criada guardaba los suyos. Trabajo que ella había deshecho

cuando había regresado a su habitación, ya que se había pasado toda la tarde probándose unos y otros, no podía olvidar agradecerse a Robert cuando regresara también.

Salió de su habitación, pues ya era cerca de la hora de la cena, al acercarse a la escalera escuchó alboroto en la puerta, bajó los primeros escalones, viendo a dos personas en la puerta, solo podía escucharles y les veía de cintura para abajo. Reconoció el vestido de Louise, ya que lo había llevado durante todo el día, la otra persona era un hombre, prestó atención a las palabras que se decían, aunque con cuidado de no ser vista, ya que no pretendía ser indiscreta.

—... ¿porque no has avisado? No tenemos tu habitación preparada que desastre— se quejó

la dama con la voz quebrada, aparentemente emocionada por la visita.

—Quería sorprenderte, madre, siempre leo las quejas de tus cartas, y ahora que vengo te quejas también porque no avisó, no sé cómo acertar, ¿deseas que me marche y avise?—

escuchó decir al visitante.

<< ¡¡Madre!?!>> Se preguntó la niña, agachándose en la escalera, para ver la cara de aquel hombre, solo esperaba que su memoria la estuviera confundiendo y que no se tratara de quién ella imaginaba.

Dio un manotazo de rabia en el escalón, cuando consiguió ver la cara del

duque de

Pendleton, no podía ser, ¿qué hacía ese individuo al í? ¿Era el hijo de Louise Ramsey?

¿Robert era primo de ese canal a?

—Anne, ¿qué haces en el suelo?— le preguntó Eleanor. La niña miró hacia arriba y veía a la mujer con ambas manos en su cintura, mirándola con una ceja enarcada.

—Creí que se me había caído... algo— improvisó la niña, poniéndose en pie.

—Anda, vamos, la comida se enfriará— dijo la mujer agarrándola de la mano y bajando las escaleras con el a.

Al llegar al pie, la otra mujer aún continuaba abrazada a su hijo, como si soltarlo significara que volvería a marcharse, cosa que agradaría bastante a la niña.

—¡Wil iam, querido!— gritó Eleanor abrazando también a su sobrino— Qué feliz nos hace

tenerte de nuevo aquí, primero Robert y su esposa, ahora tú. Por fin esta casa vuelve a llenarse de vida.

—Por cierto, ¿dónde están Brad... Robert y su esposa?— preguntó Wil iam en tono de

aparente despreocupación— Me gustaría saludarlos.

—De viaje. Juntos— respondió Anne con satisfacción— Un placer volver a verle,

excelencia— continuó la niña dejando claro que no era tal.

Wil iam enarcó una ceja con fastidio, no había contado con que Amelia no estuviera al í y mucho menos que tendría que esperarla junto a la desagradable compañía de su hermana

pequeña, que le odiaba.

—Sí, pero volverán pronto. ¿Se conocen?— preguntó Eleanor sonriendo, parecía que

ninguna de las mujeres se percataban de la hostilidad que reinaba entre el os.

—En parte, la esposa de Stephen es hermana de lady Anne y lady Amelia. Pero nosotros solo nos hemos visto una vez— contestó Wil iam diciendo la verdad, solo le faltó añadir que aquel a vez Anne le había cerrado la puerta en la cara.

—Qué bien, seguro que a Anne le agrada tener a alguien cercano a su hermana mayor, además podrías enseñarle a montar, nosotras no hemos podido hacerlo— musitó Louise en

una nube, desde que su hijo había regresado.

La mujer pensaba que si obligaba a Wil iam a pasar tiempo con la niña, conseguiría que naciera en él querer tener una familia y Anne podría ayudar, quizá así su hijo abandonaría su vida de mujeriego y formaría su propia familia, como Robert.

<<Prefiero tumbarme en el suelo y esperar a que un caballo me pase por encima>> pensó Anne, siguiendo a los adultos hasta el salón para cenar.

Durante todo tiempo que estuvieron en la mesa, Anne no podía dejar de observar a Wil iam

Pendleton, él estaba allí y cuando Amelia llegara se lo encontraría y ella no podría avisarle para que estuviera preparada. Solo quedaba intentar conseguir que él se marchara, le

apenas que Louise se entristeciera por su partida, pero era necesaria.

Le daba la sensación de que Wil iam solo traería problemas allí y aunque su hermana no había parecido especialmente feliz antes de su viaje, si al fin regresaba contenta, ¿cuánto duraría con aquel burro allí?

¿Pero que podía hacer el a? ¡Solo tenía diez años!

Al día siguiente, Anne se encontraba practicando su costura sentada en las escaleras de la casa, ambas mujeres parecían empeñadas en enseñarle esas cosas. Louise había

querido que aprendiera a hacer una sopa y Eleanor a que cuidara de sus rosas, pero

aparte, cuando el a había dicho que no sabía coser, las dos mujeres comenzaron a

enseñarle. Era impensable que una señorita de familia no supiera, pero lo cierto era que a Anne no se le daba bien.

Cuando se pinchó el dedo por cuarta vez, abandonó la tarea lanzando el pequeño telar

escaleras abajo con rabia.

—Eso modales no son dignos de una señorita— la regañó William, cogiendo el telar.

Los niños lo ponían todo por el medio, además eran ruidosos y él no tenía paciencia para tratar con ellos y en especial si le odiaban. Pero su madre y su tía le habían pedido que pasara un poco de tiempo con Anne, ya que las dos mujeres, aunque todavía estaban

ágiles, no podían seguir el ritmo de la niña.

Además si su plan salía como él quería, debería pasar mucho tiempo con aquella niña y llevarse bien para cuando Amelia regresara le sumaría varios puntos. Debía ganársela, así que puso su mejor sonrisa de conquistador, solo que olvidó que solía funcionar, pero con chicas un poco más mayores.

— ¿Porque me mira así? Parece que le están pisando un pie— dijo Anne aguantando la

risa— ¿Cuándo se marcha?

Wil iam dejó de sonreír, vaya monstruito, su hermana debía enseñarla a tratar con respeto a los adultos, aunque con aquel a madre, demasiado bien había salido.

—Cuando hable con tu hermana— contestó Wil iam sentándose en un escalón por debajo al

que estaba el a.

—Imposible, debe ser antes de que el a vuelva— contestó la niña poniéndose en pie—

Amelia solo sufre cuando usted aparece, ¿porque no la deja en paz?

<<Porque la deseo. La necesito, quiero saciarme de el a. No quiero que esté con otro nada más que conmigo>> contestó el duque, sin poder decirlo abiertamente.

—Porque quiero aclarar algunas cosas con el a— dijo sin embargo.

—Hágalo por carta— finalizó Anne bajando la escaleras y caminando en dirección al

establo, seguida por el duque.

—Mira, a mí tampoco me agradas, pero podemos llegar a un acuerdo—la interceptó

Wil iam, agachándose para mirarla a los ojos.

—No me interesa.

Wil iam estaba harto, aquel a niña era imposible y él comenzaba a sentirse hastiado y

simplemente había intercambiado un par de frases con el a, no tenía la paciencia suficiente para ganársela. Los niños son interesados por naturaleza,

podría comprarla.

—Te daré lo que quieras, pequeño monstruo— dijo Wil iam sonando un poco desesperado y

enfadado— A cambio le dirás a tu hermana lo divertido que ha sido pasar el tiempo

conmigo.

— ¿Lo que quiera?— preguntó la niña mirándole con cara de pocos amigos. El duque

asintió, imaginando que le pediría algún juguete, un caballo o algo por el estilo.

Anne se rascó la barbilla pensando, podría pedirle algo imposible de conseguir, así le

quedaría bastante claro que no le interesaban sus tratos y no podría decirse que no había puesto de su parte, bien... Abrió los ojos desmesuradamente cuando se le ocurrió lo que pedir.

—De acuerdo, si me lo das, te ayudaré a hablar con Mel y. Pero solo si me lo traes—

comenzó la niña— Buscaras a Jon y me lo traerás, esa es mi oferta.

— ¿Jon? ¿Qué Jon? ¿Cuál es su nombre completo?— la niña se encogió de hombros, ya

que no lo sabía realmente.

—Eres tú el que debe encontrarlo, no yo, ¿lo tomas o lo dejas?— insistió Anne, sabiendo que sería imposible para el duque traerle a Jon.

Wil iam la miró furioso. ¡Demonio de niña! ¡Se estaba riendo de él!

Anne regresaba del jardín trasero cuando vio a Amelia y Robert bajar del coche, comenzó a correr y a lamarla para llegar hasta su hermana, debía avisarla.

Durante los días que William le evaba al í había tenido que pasar más tiempo del que le

gustaba con él y por mucho que había insistido, no había conseguido que se marchara, además el a no era nadie para echarle, el a misma era una invitada.

— ¡Mel y, tengo que contarte una cosa!— le dijo cuando llegó a su altura— Antes de que entres, él...

—Cariño, vamos dentro, tengo unos regalos para ti— la interrumpió Amelia.

—Pero, Mel y...

En ese momento la puerta se abrió y Robert era recibido por William, ante la mirada de su hermana cuyo rostro palideció.

Capítulo 33

Amelia se acercó hasta la puerta de la entrada. No podía ser, no podía estar al í, debía ser su cabeza que le estaba jugando una mala broma. Le miraba con autentico terror, ¿iba a contarle a Robert que el a...?

El primer pensamiento que cruzó por su cabeza fue que debía evitarlo como fuera, no podía permitir que Robert se enterara, si él lo hacía la odiaría para siempre. Y no podía permitir que eso ocurriera.

—Aunque ya os conocéis— terminó de decir su marido. No había pasado inadvertido para

el a que el tono de él había sido defensivo.

Recordaba que Robert le había dicho que no se le evaba muy bien con su primo, que apenas

se hablaban, ya que no frecuentaban las mismas amistades. Le acababa de

presentar a William lamándolo así, eso debía ser una broma de muy mal gusto. El ambiente podía

cortarse con un cuchillo.

El pensamiento que cruzó por su cabeza fue que William debía marcharse de allí, no iba a permitir que estropeará su matrimonio, ya le había quitado suficiente.

—Sí, bastante en realidad— dijo William, aunque gracias a Dios Robert no captó el matiz de sus palabras, Amelia le miró entornando los ojos.

—No tanto, apenas hemos cruzado unas frases— replicó Amelia, dándose cuenta de que

era cierto, apenas había pasado tiempo con William desde que lo conocía.

— ¿¡Has visto qué sorpresa, Robert!— Exclamó su madre, besando la mejilla de su hijo y de su nuera— William ha venido a visitar a su madre. Si hubiera tardado un poco más hubiera ido yo misma por él.

—Menos mal que no ha ocurrido tal cosa— refunfuñó William, mientras todos entraban a la sala.

Anne agarró a su hermana de la mano, pues sentía que necesitaba su apoyo. Amelia se sentó en el sofá, lo más cerca de Robert, no iba a dejar que aquellos hombres estuvieran solos hasta que hablara con William.

No sabía que intenciones tenía y eso la preocupaba bastante, ¿sería capaz de contar lo que había ocurrido entre ellos? Se suponía que era un caballero, pero él nunca se había portado como tal con ella.

— ¿Y cuánto tiempo estarás de visita?— preguntó Robert a su primo cuya presencia no le era agradable y resultaba bastante obvio.

Como bien había dicho, ellos nunca se habían soportado. Tener que criarse juntos,

compartiendo a sus madres y teniendo caracteres tan diferentes les había hecho

pelear en muchas ocasiones. La herencia de su abuelo materno solo había conseguido que llegaran

hasta el punto de llegar a las manos. Por eso en Londres siempre hacían que no se conocían si coincidían o simplemente se evitaban.

—No lo sé, tengo que solucionar unos asuntos por aquí antes, pero prometo que no tardaré mucho, primo— contestó William, ambos se miraban con hostilidad mal disimulada.

Mientras miraba como la mano de Amelia, apretaba las de su primo. Tenía unas ganas

inmensas de levantarse y apartar aquellas manos. ¿Porque Amelia le miraba con ese

temor? Había ido a rescatarla, creía que se había casado obligada por las circunstancias y se había marchado, permitiéndolo, porque no quería avergonzarla contando algo que solo

les incumbía a los dos. Él siempre había clamado su amor por ella a los cuatro vientos y ahora que iba por ella, ¿se agarraba a Bradford como si no quisiera soltarle?

Amelia no entendía como aquellas mujeres podían hacerse las locas y fingir que aquel conflicto no existía, era tan obvio, ambos parecían deseosos de una excusa para pelear y presentía que podrían hacerlo por su culpa.

La cena pasó con un ambiente similar, aunque Amelia intentaba hablar del viaje, no le pasaba inadvertido que a Robert le molestaba la presencia de su primo en su casa. Y ni siquiera intentaba disimular que no era así.

Robert conocía la popularidad de su primo. Su fama de conquistador le precedía y había sido testigo, en la fiesta de Pamela Hays de como se había llevado a Amelia con él, apartándola de su lado. En aquella ocasión no hizo nada para no montar ningún escándalo, pero no iba a permitir que su esposa se quedara a solas con él. Sentía que su tía pasara el tiempo triste por la ausencia de su hijo, pero él no lo quería allí y punto. Aquella casa era propiedad del

ducado de Sutton, era suyo por derecho y si tenía que echarlo de allí a patadas lo haría con gusto. Solo necesitaba una excusa y estaba deseoso de que

Pendleton se la diera.

Cuando terminaron de cenar, Amelia se retiró antes junto a su hermana para acostarla,

había olvidado incluso darle los regalos. Lo haría al día siguiente.

Entraron rápidamente en la habitación y cerró con llave.

— ¿Cuánto tiempo hace que lo dejó?— le preguntó a Anne mientras la ayudaba a desvestirse.

—El mismo día que os fuisteis. Le pregunté cuando se marcharía y dijo que cuando hablara contigo, además quería que yo le ayudara— dijo Anne en tono de asombro como si la

simple idea de hablar con el duque la molestara— He intentado que se marchara, solo me ha faltado meterle hormigas en los calzones.

—Puedo hacerlo— musitó Amelia sin escuchar lo que había dicho su hermana después de

que dijera que Wiliam pretendía hablar con ella.

Quizá si ella le convencía y le suplicaba que se marchara la dejaría en paz. Amelia se apoyó en la cama de su hermana.

— ¿Le vamos a meter hormigas en los calzones?— preguntó Anne sonriendo, mientras

imaginaba al duque saltando por allí muerto de picor.

— ¡No! Claro que no, Annie, hablaré con él, si es lo que quiere y le pediré que se marche.

Anne asintió no muy convencida, su idea era mucho mejor y más divertida.

Amelia se encontraba acostada en la cama junto a su marido. Sentía la respiración de

Robert en su cuello y recordaba lo que había sucedido entre ellos apenas unas horas antes.

Todo parecía mucho más sencillo en Francia, ellos dos solos. Sentía una presión en el pecho, había conseguido tanto en tan poco tiempo y ahora todo podría derrumbarse de un momento a otro.

¿Y si William hablaba? Ella podría negarlo, pero ¿Robert la creería? Era posible, pero

tendría la duda y él no la miraría igual.

Él le había confesado su amor sin exigirle nada a cambio. Había sido bueno y paciente con ella. No merecía esa traición, ella había sido una idiota, nunca debió entregarse a William, él nunca cambiaría, lo había demostrado cuando lo único que le ofreció fue ser su amante.

Se giró y miró a Robert dormir tranquilamente, ajeno a lo que ella sentía, estaba muy confusa, no sabía que creer, ni que pensar, pero una cosa era segura, debía hablar con William y saber qué era lo que tramaba. De esa forma ella podría actuar en consecuencia, porque si él planeaba contar la verdad, ella debía adelantarse y hablar primero, aunque eso supusiera el fin de su matrimonio.

A la mañana siguiente, Amelia se despertó sola en la cama. Tenía un ligero dolor de cabeza debido a la falta de sueño. Pero era imposible para ella dormir, no podría hacerlo hasta que se viera libre de aquel problema. Ella lo había provocado por ser tan tonta e impulsiva, debía pagar las consecuencias de sus actos pero no Robert, él no. No lo merecía.

Se vistió pensando en la mejor forma de hablar con Wil iam, debía conseguir encontrarle a solas, desobedeciendo la petición que Robert le había hecho en la noche de evitar estar a solas con su primo. La fama precedía al duque de Pendleton al parecer y el a se

avergonzaba de haber sumado su nombre a la larga lista de conquistas.

Entró en el salón, donde se encontraban Robert, Wil iam y Eleanor. Amelia cogió aire y se sentó junto a su marido, evitando la mirada del duque.

Wil iam quería hablar con el a. No entendía a que se debía ese afán tan repentino de estar con Bradford. Sobre todo cuando el día después de comprometerse el a había gemido entre sus brazos.

Había visto como entraban ambos a la misma habitación y no había podido dormir de

imaginarla con su primo. Él siempre había sabido que el destino de Amelia era casarse y dado que él no estaba preparado para el matrimonio, lo haría con otro. Pero al entregarse a él creyó que el a apartaría esa idea de su cabeza, ellos podían ser felices juntos sin necesidad de matrimonio. Además podía darle una vida igual o mejor que la que le ofrecía Robert. Dado que para él el matrimonio no era importante, no le afectaría que el a estuviera casada. Mientras durmiera en su cama.

Capítulo 34

Solo se escuchaba el sonido de los cubiertos. Anne veía a Wil iam Pendleton incómodo,

mientras miraba de vez en cuando en dirección a Robert y Amelia y sonreía encantada,

parecía que era la única que disfrutaba del desayuno. No quería que su hermana se metiera en problemas por hablar con ese hombre. Maldito inepto, ¿no podía haberse quedado en

Londres?

—Me gustaría presentaros, a Anne y a ti, hoy a mi abuelo— dijo Robert, cuya voz retumbó en todo el salón debido al cortante silencio— Si no es capaz de presentarse aquí.

— ¡Dios nos libre!— murmuró Eleanor santiguándose— Si ese viejo gruñón entra por esa

puerta, yo escaparé por la ventana.

—Será un placer para nosotras conocerle— dijo Amelia asintiendo con una sonrisa. Sentía

la mirada de Wil iam clavada en el a. Estaba decidida a mantener a Robert apartado de Wil iam, hasta que supiera porque estaba al í. Quería creer que había sido una mala

coincidencia, pero su mirada clavada fijamente en el a le decía que no era el caso.

—Eso es porque todavía no le conoces, no será un placer a tu regreso— comentó Louise tomando un sorbo de té. Si en algo bueno había contribuido la l egada de Wil iam era para que aquel a mujer estuviera más contenta.

Amelia miró a Robert enarcando una ceja y él negó con la cabeza, parecía que aquel

hombre de verdad era muy difícil. La joven comenzaba a sentir un poco de aprensión,

aunque era absurdo. Solo era conocer al abuelo de su marido, ¿qué podría hacerle aquel hombre?

Después del desayuno, mientras Robert hablaba con el cochero para que les l evara a

Meyworth, Wil iam aprovechó para acercarse a Amelia en el momento en el que terminaba

de colocar el pequeño sombrero en la cabeza de su hermana.

—Espero que se divierta, milady— dijo él cogiendo su mano y besándola, dejando en el a un trozo de papel.

Amelia le miró con pavor, pero apretó el papel, ya que en ese momento Robert miraba en su dirección. El duque una vez conseguido efectuar con éxito su plan, se marchó hacia los establos.

La joven Phil ips abrió el papel y leyó:

"Tenemos que hablar. Ven después de la cena, junto a los establos. No faltes"

—Qué tipo tan pesado— gruñó la niña, caminando junto a su hermana hacia el coche.

Si no estaba lo suficientemente nerviosa antes con la visita al duque de Sutton, ahora lo estaba aún más. Tenía acudir a aquel a cita, debía hablar con él, ¿pero cómo escaparía de Robert después de la cena?

Amelia miraba a Anne que observaba el paisaje por la ventana del coche y supo que la única que podía ayudarla para encontrarse con Wil iam era el a. Esa sería la única vez que lo haría, hablaría con él y le suplicaría que se marchara. Amelia intentó no pensar mucho en su reunión clandestina con Wil iam Pendleton, ahora debía pensar en otras cosas, como en caerle bien al abuelo de Robert. Sentía que debía agradecerle, aunque Eleanor y Louise ya habían dejado claro que era algo imposible.

—Ya hemos l egado— dijo Robert, sacándola de sus pensamientos.

El joven abrió la puerta y bajó, posteriormente ayudó a su esposa y su pequeña cuñada.

Ambas miraron la gran casa y sintieron un sentimiento inquietud. El césped estaba mal

cuidado, la pintura de la puerta estaba levantada y la maleza casi había

cubierto la totalidad de la fachada.

—Mi abuelo es un hombre bastante hosco— dijo Robert, intentando explicar el porqué del

deterioro de la propiedad.

Amelia miraba aquel lugar y parecía que al entrar jamás volverían a salir. Cada vez estaba más segura de que lady Louise y lady Eleanor estaban en lo cierto. No quería entrar, pero tuvo que hacerlo ya que su hermana, con la curiosidad que solo podía tener un niño, tiró de él a hacia delante.

El mayordomo les abrió la puerta y le siguieron, mientras Robert y él hablaban de

trivialidades. Todo estaba lleno de polvo y las gruesas cortinas impedían que entrara la luz del sol.

El hombre les llevó hacia una estancia que estaba igual de oscura que las demás, pero al menos había velas que alumbraban el lugar bastante bien y podía vislumbrarse la figura de un hombre entrado en años sentado en un sillón, fumando de una pipa.

—Abuelo, te presento a mi esposa, Amelia Bradford.

—Encantada, excelencia— musitó Amelia inclinando la cabeza, pero el hombre hizo como

si no la hubiera escuchado. Amelia se sintió un poco disgustada por el desplante.

—Hasta que por fin te decides a presentarme a tu esposa, Robert— gruñó el viejo, sin saludar siquiera— Te has casado porque ansías mi herencia y soy el último en conocerla.

Amelia sintió una rigidez extraña, ya que no se esperaba esas palabras. Recordaba que

Robert en alguna ocasión le había dicho que necesitaba una esposa, pero el a

había

olvidado aquellas palabras hasta ese momento. Robert se había casado con ella por

exigencia de su abuelo, pero ¿quién era ella para sentirse ofendida?

—Hemos estado ocupados, excelencia, pero hemos venido en cuanto ha sido posible— dijo

Robert inmediatamente.

Maldijo a su abuelo por ser tan irrespetuoso, pero hizo caso omiso de las últimas palabras de su abuelo, ya que independientemente de la herencia, él se hubiera casado con Amelia igualmente. La miró y vio cómo se formaba una pequeña arruga en su frente, debía

explicarle todo eso.

—Bobadas, bobadas. Además puestos a escoger a una esposa, al menos podrías haber

cogido una menos demacrada, no creo que pueda darte el heredero que necesitas— se

quejó el duque haciéndola de menos. 14

—No me parecen palabras adecuadas para referirse a mi esposa y me gustaría que se

disculpara— dijo Robert, acercándose más a Amelia.

La joven no podía de salir de su asombro al escuchar aquellos ataques de los que estaba siendo objeto de parte de aquel duque gruñón.

—¿Es que acaso faltó a la verdad?— gruñó el hombre, dando un golpe con su bastón en el suelo— Dime, niña, ¿tú crees que tendrás niños sanos?

—Nos vamos, no debimos venir aquí, no sin antes asegurarme de que mi

abuelo conocía

aún lo que era mostrarse educado— terció Robert, lamentando aquel espectáculo que daba

el anciano, aunque no era algo que sorprendiera, ese hombre siempre había sido así.

—Sí— dijo Amelia mirando al hombre— Estoy segura de que podría.

—¡Tonterías! Pareces una espiga— volvió a decir.

Robert quiso salir de nuevo en defensa de su esposa, pero se vio interrumpido:

—Anciano majadero...— susurró la niña, pero el hábil oído del duque captó las palabras.

—Vaya, vaya, ¿quién es la pequeña de lengua afilada?— preguntó el duque mirando a

Anne, mientras se recostaba sobre su sillón y chupaba de su pipa—Qué lo diga el a— gruñó cuando Robert iba a volver a hablar.

—Lady Anne Philips, excelencia— dijo Anne presentándose y haciendo una pequeña

reverencia, como le había enseñado Bertha.

—Bien, lady Anne repite lo que has dicho.

Amelia comenzó a removerse inquieta, ya que no quería que aquel hombre asustara a su

hermana pequeña.

—El a lo ha dicho sin querer y se disculpara, ¿verdad, Annie?— dijo Amelia, aunque

mentalmente aplaudía a su hermana, no podía haberlo definido mejor.

—No quiero que se disculpe, quiero que lo repita—insistió el hombre.

—Le he llamado amado anciano majadero. Bertha siempre me dijo que se critica a una persona

cuando no la escucha, hacerlo en su presencia es desconsiderado. Yo podría llamarle viejo antipático y no lo he hecho— finalizó Anne enfrentándose al viejo duque.

Robert simuló una risa con una tos, era la primera vez que alguien atacaba directamente al viejo duque. Ya que ni él mismo podía con su mal carácter.

El viejo duque la miró seriamente unos segundos y luego comenzó a reír a carcajadas, los tres jóvenes miraron la escena entre sorprendidos e impactados. 1

—Eres una pequeña fiera y dime, niña, aunque casi hablas como si fueras varón— dijo el hombre como si fuera un halago— ¿En qué emplea su tiempo, señorita?

—Intento aprender a bordar y a cocinar— contestó Anne en tono monótono, ya que al no dársele bien, eran tareas muy aburridas para ella.

El duque se levantó de su sillón con ayuda de un bastón y se acercó a la niña.

—Tonterías, te enseñaré a cazar, ya verás. Te quedaras a comer conmigo, vosotros podéis marcharos— dijo el duque hablando para sí mismo, se acercó a la puerta y al notar que Anne no le seguía se giró y dijo— Vamos, tengo hambre.

Anne miró a su hermana que negaba con la cabeza, pero en realidad ese hombre le iba a enseñar a cazar, quizá incluso era divertido.

Así que siguió al duque por el pasillo.

Amelia miró aquello boquiabierta, no podía creer que aquel hombre que odiaba a las

mujeres, fuera a enseñar a cazar a su hermana.

—¿Le va a dar un arma a Anne?

Capítulo 35

Amelia y Robert abandonaron Meyworth ya que el os no habían sido invitados a la comida.

Robert aún no podía creer que su abuelo hubiera permitido a Anne quedarse y que incluso pretendiera pasar tiempo con el a. Si no lo hubiera visto no lo hubiera creído.

Al parecer a su abuelo le habían hecho gracia las respuestas de la niña. Era sorprendente la facilidad con la que Anne se ganaba el afecto de las personas que la conocían. Había encandilado a su madre y a su tía, luego su abuelo había sido su siguiente víctima.

Increíble.

Amelia miraba a sus espaldas como si esperara que Anne fuera a salir huyendo de aquel a casa asustada. El a no se sentía muy tranquila dejando a su hermana al í con aquel hombre desconsiderado. Se había sentido verdaderamente atacada por él y no había sabido cómo

responderle. Además enterarse de que Robert dependía de un matrimonio para obtener su

herencia había sido un poco perturbador también, además debía prepararse para su charla

con Wil iam. Deseaba que llegara el final de ese día.

Suspiró.

—No sucedió como él ha dicho— dijo Robert como si hubiera leído el pensamiento de la chica. Amelia le miró sin comprender— Él ha empleado la amenaza de la herencia para que hiciera lo que él decía. Yo acepté casarme cuando te conocí, es cierto que pretendía que fuera de otra forma en vez de que fueran las circunstancias las que te obligaran en parte, a aceptarme, pero igualmente yo deseaba estar contigo y quiero creer que aunque no

comenzamos de forma convencional, también te agrado.

Amelia sintió como le daba un vuelco al corazón, aquel o no era nada comparado con lo que había hecho el a. El a era la que había salido beneficiada de que todo eso, había conseguido un marido bueno, una nueva familia y él decía que solo le agradaba. No era nadie para criticar lo que le llevó a él a pedirle matrimonio.

Lo que sentía por él era mucho más que agrado, también deseaba estar al í con él. Robert despertaba muchos sentimientos en el a, además de agrado.

—Solo sé que me gusta estar contigo, estoy tan confusa, toda esta situación me produce desconcierto, pero si hay algo que tengo claro, es que no pude tener un marido mejor— dijo Amelia, recibiendo un casto beso en los labios por parte de su marido que hizo que su corazón aumentara la velocidad.

—Me conformo con eso— terminó él dirigiéndose al coche. <<Por ahora...>>

—No, demos un paseo— le pidió Amelia deteniéndose, no deseaba regresar tan pronto a

aquel a casa, con William Pendleton.

Robert asintió le dijo al cochero que esperara al í a que saliera lady Anne para llevarla a la casa. Mientras ellos emprendieron el camino hacia Mey.

— ¿Sabes cuándo se marchará el duque de Pendleton?— preguntó Amelia de forma

despreocupada, pero en su interior necesitaba saber que se marcharía pronto.

—No, él dice que pronto, pero me apena que mi tía sufra por su culpa. Sin embargo no deseo su presencia aquí— contestó Robert con evidente desagrado.

— ¿Porque os lleváis tan mal? Deberíais ser como hermanos, sin embargo parece que os

odiáis— continuo preguntando Amelia, que quería conocer todo lo que pudiera de aquel a

relación tan extraña.

—Wil iam y yo nunca hemos congeniado, puede que en parte sea culpa de nuestras

madres. Cuando nuestros padres murieron, mi tía se vino a Mey porque yo no podía

abandonar la propiedad por orden de mi abuelo. Las propiedades de los Pendleton se

encuentran cerca de la frontera con Escocia y el las querían estar juntas— comenzó

relatando el joven, ante la atenta mirada de su esposa— Él se sentía un invitado,

comprendo su resentimiento hasta ese punto, pero ese carácter que tiene, ha sido un

rebelde desde siempre. Mi tía ha sufrido mucho con él, además siempre estaban

comparándonos.

Amelia pensó en lo que conocía de Wil iam, era un hombre orgulloso y criarse en un lugar que no era suyo debió ser muy duro para él.

— ¿En qué aspecto?— preguntó de nuevo la chica.

—En todos, Wil iam siempre me veía como el rival a batir y con el tiempo yo también a él.

Yo odiaba esas comparaciones porque aunque lo hacían de forma inocente, siempre

valoraban más mis esfuerzos que los de él— suspiró— Él era el libertino y yo el sensato, pero tampoco hizo mucho para quitarse el sobrenombre. Nuestra mayor pelea fue cuando el padre de nuestras madres falleció, aunque él era mayor, decidió que yo era el más indicado para encargarme del aserradero de su propiedad. Le ofrecí una sociedad y él se negó

porque no quería ser mi empleado ni recibir mis sobras, como había hecho toda la vida.

Discutimos, nos echamos en cara cosas que no venían a cuento y terminamos a golpes. Él se marchó y no ha regresado hasta ahora...Me pregunto porque.

Amelia se removió inquieta ya que ella sí sabía porque había regresado William, pero

asintió, ya que lo contado por su marido encajaba bastante con lo poco que ella misma conocía del carácter de William. Probablemente su orgullo había hecho que se negara a

visitar a su madre durante tanto tiempo. Debió ser muy duro para ambos, aunque William se había llevado la fama de rebelde, ser el perfecto tampoco tuvo que ser fácil para Robert.

Ambos a su manera habían sido educados para ser mejor que el otro y eso había hecho inviable su relación.

—No hay un bueno o un malvado en esta historia, ni mejores o peores... Solo somos dos personas diferentes que no se llevan bien— terminó encogiéndose de hombros.

Continuaron caminando conversando de temas mucho menos delicados, Amelia agradecía

la sinceridad de Robert al tratar con ella aquel tema delicado, que se notaba que aún le molestaba, debía ser difícil ser el rebelde de la familia, pero la posición del chico perfecto tampoco era fácil de asumir.

Anne le quedó contentísima a Mey, con su vestido un poco manchado con tierra, pero diciendo a quien quisiera oír que de mayor quería ser cazadora. Amelia la miraba con una sonrisa indulgente, ¿cómo iba ese hombre a darle un rifle a su hermana pequeña? Al menos el entusiasmo de Anne sirvió para despejar su mente un poco de su siguiente asalto: la

conversación pendiente con William.

Le había pedido a su hermana, en un rato a solas, que entretuviera a Robert en su habitación para que le contara una historia para dormir, mientras él hablaba con el duque.

Anne sabía que debería dejar ir a Robert cuando su hermana regresara a la habitación.

—Robert, hoy quiero que tú me cuentes un cuento para dormir, si no te importa, podrías hablarme de tu abuelo— musitó Anne cogiendo a su cuñado de la mano.

—De acuerdo, aunque no soy muy bueno contando historias, espero no decepcionarte—

asintió el joven mirando a Amelia.

—Yo subiré en seguida, tomaré un té y me reuniré con vosotros— se excusó Amelia.

A Robert no le dio tiempo a responder, Anne ya le arrastraba en dirección a la escalera.

Cuando escuchó que la conversación de su hermana se apagaba y ya que las otras

mujeres se habían retirado a dormir, salió de la casa en dirección a los establos.

La zona estaba oscura y hacía un poco de frío, debido a la bajada de temperatura de la noche. Miró a su alrededor junto a establo y sintió que alguien la agarraba y la metía en el establo. Hubiera gritado si una mano no le

hubiera tapado la boca.

Ante el a se encontraba Wil iam apenas alumbrado por una lámpara.

— Me has asustado— se quejó Amelia apartándose de él, sintiéndose inesperadamente

incomoda al estar a solas con él.

—Creí que ibas a dejarme plantado— dijo Wil iam con la voz ronca.

— ¿Porque estás aquí, Wil iam?— le preguntó Amelia, yendo directamente al grano.

—Porque te pedí que pensaras en la relación que te proponía, pero te casaste con él—

contestó él, paseándose de un lado a otro del establo.

—No había nada que pensar, tú me ofrecías algo que no podía aceptar— musitó la joven—

Necesito que me prometas que no dirás nada.

— ¿Porque? ¿Tienes miedo de que Bradford te retire su ayuda?— preguntó Wil iam en tono sarcástico—Porque yo puedo darte una vida igual o mejor a la que te ofrece él.

Amelia le miraba sin comprender a donde quería llegar, no sabía que pensar, le tenía ante el a y no sabía de lo que era capaz. Pero claro, ¿cuánto tiempo había pasado junto a él?

Nunca le había llegado a conocer de verdad, lo veía tan claro en ese momento, tenía ante el a prácticamente a un desconocido con el que...

—Nos iremos juntos a algún lugar donde nadie nos conozca y empezaremos nuestra vida

como debimos hacer aquel día, no habrá otras mujeres, Amelia, solo

nosotros... Y Anne,

claro— dijo él alargando su mano hacia el a.

Amelia la miró y desvió la mirada en dirección hacia la casa, para luego volver a mirar aquel a mano.

Capítulo 36

La imagen de Robert junto a el a durmiendo, besándola, abrazándola por las noches acudió a su mente. Robert haciéndola reír en una fiesta donde nadie le hablaba, paseando con el a y Anne, salvándola de la señora Andrews, de su madre. Dándole su amor desinteresado,

cuidando de el a en el barco, besándola dulcemente y acariciándola con adoración. Y el a le había respondido. Sí, lo había hecho y no porque se sintiera en la obligación de hacerlo, sino porque quería. ¿Cómo no podía haberse dado cuenta?

Ante el a estaba aquel hombre por el que había suspirado como una jovencita encaprichada y ahora tenía ante el a la oportunidad que había esperado en meses y no sentía nada.

Ni ilusión, ni alegría, ni amor. Nada. Desde que le había visto al í había deseado que se marchara, pero nunca había contemplado la posibilidad de marcharse con él. Solo de pensar que dejaría de ver a Robert sentía como si perdiera todo el aire de golpe. La simple idea de dejarle era desoladora para el a. Wil iam la había desilusionado, el a había sido una tonta impulsiva al entregarse a él, pero había sido tan diferente a lo que sentía cuando estaba con su marido. No podía recordar exactamente lo que ocurrió entre el os en la casa de su madre y sin embargo, no podía olvidar lo que sentía noche tras noche en los brazos de su marido.

Por fin podía ver claramente lo que sentía, amaba a Robert, no sabía cuándo ni cómo, pero se había enamorado de él. Los sentimientos que despertaba en el a eran tan intensos y no era nada parecido a lo que el duque despertaba en el a. Cuando ocurrió todo lo de su familia, el a se aferró a la idea de que Wil iam la salvaría, pero nunca espero que lo hiciera realmente. Su subconsciente

buscaba una salida, pero nunca incluía al duque.

Porque Wil iam había aparecido cuando Sophia iba a casarse y había sido el primer hombre al que se había acercado, porque era distante y no había sonreído como un bobo cuando el a mostró su entusiasmo por él. El a había cambiado mucho desde aquellos días en los que simplemente deseaba la atención de un joven apuesto. Ahora podía comprender que

los sentimientos que creyó tener, fueron provocados en su propia imaginación, concediéndole a él la imagen de héroe romántico que no era y que nunca había querido ser.

Amelia dio un paso hacia atrás apartándose de aquel a mano.

—Si hubieras dicho esas palabras hace unos meses todo hubiera sido tan diferente—

comenzó la joven, aun conmovida por lo que acababa de descubrir—
Debes marcharte,

Wil iam, pero yo no voy a ir contigo.

—Ya te he dicho...

—No me importa lo que puedas ofrecerme, deseo quedarme aquí, porque quiero estar aquí,

la simple idea de marcharme...— susurró Amelia sin terminar la frase, moviendo la cabeza como queriendo apartar aquella imagen— Y tú deberás aceptar mis palabras y portarte

como un caballero conmigo, aunque sea por una vez.

—No puedo marcharme, no puedes pedírmelo en serio— dijo Wil iam momentáneamente

noqueado.

El a le había rechazado, no podía aceptarlo sin más. El a le quería, se dijo convenciéndose.

No podía decir ahora que prefería a Robert. Su primo era un aburrido, ¿cómo podía el a preferirlo? No podía ser, el a mentía. No iba a irse de al í, hablarían de nuevo. Aquel a conversación aun no había terminado.

Amelia salió del establo sin responder, sintiéndose liberada, era una sensación extraña, había pasado meses anhelando una palabra por parte de Wil iam y ahora se sentía bien al rechazarle, ¿quién lo iba a decir? Desde que se había casado lo único que le había

preocupado era que Robert no se enterara de lo que había hecho, pero en ningún momento extrañó a Wil iam, el a había idealizado al duque y luego se sintió herida en su orgul o cuando no la aceptó como esposa. En aquel os momentos no imaginó que eso fue lo mejor que el duque pudo hacer por el a.

Amelia subió corriendo las escaleras en dirección a la habitación de Anne, parecía que

hacía siglos que no veía a Robert, darse cuenta de lo que sentía por él había sido impactante. Y en parte debía dar gracias a la presencia de Wil iam al í, quizá no se hubiera dado cuenta de sus sentimientos si él no hubiera l egado. Pero aun así no podía estar tranquila, Wil iam seguía al í, pero eso lo pensaría al día siguiente.

Entró en la habitación, interrumpiendo con su l egada la historia que su marido le contaba a Anne en esos momentos.

— ¿Estas bien? Pareces sofocada— dijo Robert levantándose.

—Sí, muy bien, mejor que nunca— contestó Amelia, ya que de verdad se sentía bien.

Regresaron a su habitación cuando Anne se quedó dormida. Al entrar Amelia le pasó los brazos por el cuel o y le dio un pequeño beso en los labios. Estaba

deseando decirle lo que sentía, pero esperaría el momento perfecto. Quería que fuera perfecto.

Robert correspondió a su beso, cogiéndola por la cintura, sintiéndose el hombre más feliz del mundo.

OO

Los siguientes días, Amelia cada vez pasaba más tiempo con Robert, Wil iam no se había marchado de la casa. No entendía lo que se proponía, el a le había dejado claro que no iba a aceptar su proposición y sin embargo aún estaba al í. Él había intentado volver a hablar con el a, pero conseguía eludirle. Ya le había dejado clara su postura, no entendía porque insistía tanto.

El duque no podía aceptar simplemente ver como Amelia se apartaba de su lado sin más, no comprendía que primero la había apartado él de sí mismo. No iba a regresar a Londres hasta que estuviera seguro de todo aquello. El a decía que no era por el dinero, pero quizá mentía, porque se sentía en la obligación de hacerlo. Al fin y al cabo, era una joven de sociedad, era muy probable que el a sintiera que estaba en la obligación de resignarse a

una vida junto a Bradford. Pero él le mostraría que se equivocaba.

Amelia tomaba el té junto a su suegra y a lady Louise, mientras Anne jugaba con un cachorro de pastor alemán que el duque de Sutton le había regalado. Había l egado aquello a misma mañana. Lo había traído el mayordomo del duque.

—No puedo creer que su excelencia haya perdido la cabeza por Anne— dijo Eleanor

mirando a Amelia.

—Sí, yo tampoco, lo cierto es que yo no le agradé mucho, pero me alegra que Annie sí—

dijo Amelia— Es posible que conozca la situación familiar en la que se

encuentra mi familia.

—No, no, querida, ese hombre es así siempre. Además hasta aquí no llegamos ese tipo de chismes, nosotras nunca nos enteramos de nada, ¿verdad?— dijo Eleanor quitando hierro

al asunto, pero estaba claro que sí conocía el escándalo de su familia.

Amelia agradeció la amabilidad de su suegra al no entrar en más detalles.

—No reconozco ese coche, ¿quién será?— dijo Louise mirando hacia el camino de la

entrada.

Las tres mujeres se levantaron y se acercaron a la entrada, donde en esos momentos

paraba el coche. Cuando este se paró, Amelia vio con una sonrisa, que se trataba de Stephen Rutterford y Sophia.

Anne salió corriendo enseguida y se abrazó a su hermana mayor que hacía lo propio con Amelia.

—Esperamos no molestar, regresamos desde Bristol— musitó Sophia tímidamente—Y

como recibimos la invitación por parte del señor Bradford, no pude resistirme.

Robert había invitado a sus cuñados a pasar unos días en Mey, porque sabía que a Amelia le agradaría tener al í a su hermana, después de haber pasado tanto tiempo separadas.

Mientras que Stephen, se había aprovechado en parte de esta invitación para evitar que

William llevara a cabo lo que se traía entre manos. Había contado a Sophia lo que ocurría, sin entrar en muchos detalles, por lo que ella también se había

animado a acudir hasta Bath. Si era sincera consigo misma, debía admitir que se había sentido más tranquila

cuando la vio al í, porque no entendía nada. Si Wil iam había dejado su postura clara frente al matrimonio, ¿por qué perseguía a su hermana ahora que estaba casada?

—Claro que no, cuanta más gente esté en la mesa mucho mejor, es un placer volver a verte, ha pasado mucho tiempo, Stephen— comentó Louise sonriendo.

—Es un placer para mí también, lady Ramsey, le presentó a mi esposa Sophia Rutterford.

—La hermana de Amelia y Anne, es un gusto también— dijo Eleanor— Lady Bradford, la

madre de Robert.

Robert que parecía que había oído su nombre salió de la casa, donde había estado mirando unos papeles y saludó a los invitados también.

Capítulo 37

Durante el resto del día, Stephen observaba a Amelia, el a sonreía junto a Robert Bradford y parecía feliz. No se sentía cómodo al tener que inmescuirse en un tema que no era de su incumbencia, pero era lo que debía hacer. Alguien con un poco sentido común debía frenar a Wil iam. El estado de ánimo de su amigo era todo lo contrario este parecía querer matar a alguien, a Robert Bradford aparentemente. No había tenido tiempo de hablar con él a solas.

No pudo hacerlo hasta el día siguiente, cuando salió con él a montar.

—No tienes negocios en Bristol, Stephen— dijo Wil iam enarcando una ceja
— Ha sido una

excusa convincente, para quien no te conozca bien.

—Y tú parece que desees cometer un asesinato y terminar en la Torre de Londres. Te dije que dejaras el tema pasar. Amelia y Robert Bradford por su

lado y tú por el tuyo— repitió su amigo, diciéndole lo que le había repetido tantas veces cuando fue a pedirle ayuda.

—El a dice que no puede irse conmigo, quiere hacerme creer que le quiere, pero no puede ser, me niego a aceptarlo— gruñó el duque, haciendo caso omiso de lo que le decía su amigo. De nuevo.

— ¿Porque no?

—No puedo negar que siento algo por el a, la deseo, Stephen. Más que a cualquier mujer

en toda mi vida. Por eso necesito que regrese conmigo.

—Dime acaso que motivos le has dado para que desee estar contigo. Si esto es una

especie de venganza contra tu primo, debo decirte que defenderé a la hermana de Sophia, de cualquiera, incluso de ti, amigo.

Stephen vio cómo su amigo se marchaba de allí al galope, furioso. Tenía que reaccionar de una vez. ¿Dónde estaba Dorothy Leblanc cuando se la necesitaba?

Amelia vio regresar a Stephen solo de su paseo con William, tenía la sensación de que él sabía algo. Lo había notado porque desde que había llegado no se había apartado de su amigo. Recordó cómo fue enterarse de que él... hizo daño a su hermana. Y el a se sintió bien al descubrir que él sufría por ello. El a no había tenido mucha relación con su cuñado, no había querido. Comprendía que Sophia le quería y por eso le había perdonado.

Pero también recordaba que él estaba atormentado por el miedo a que el a se enterara y debió ser horrible cuando finalmente lo hizo.

Parecía de risa que el a se encontrara en una situación similar a la de él hacía casi un año.

Él había tenido que enfrentarse a sus actos, pero había intentado evitarlo a toda costa. El a estaba haciendo lo mismo.

Quizá podría ser hora de darle una oportunidad a Stephen, aunque lo que él hizo fue infinitamente peor y el a jamás pudiera aceptarlo, Sophia lo había hecho inexplicablemente.

Al día siguiente, desde la terraza Amelia veía a Robert y Stephen practicando esgrima en una pelea amistosa. Era un deporte común entre hombres de la época, no entendía cómo

podían divertirse con juegos tan violentos. Al fin y al cabo practicaban por si l egado el caso debían usar lo aprendido en una pelea en la que si peligrara su vida.

Mientras el as se entretenían también, Amelia leía un libro religioso mientras Sophia

bordaba. Louise se encontraba planificando el menú del día, extasiada de felicidad al tener la casa tan concurrida de gente. Ya que amaba cocinar para varias personas y Eleanor

intentaba arreglar el huerto con la ayuda de Anne, que el perro de la niña había destrozado aquel a noche.

Aunque en realidad Amelia no estaba para nada pendiente, cada segundo alzaba la vista

para mirar a Robert.

— ¿Eres feliz?— le preguntó Sophia, que había observado cómo le brillaba la mirada a su hermana.

—Sí, muy feliz— asintió Amelia, un poco emocionada. Ya que hacía mucho tiempo que no

podía decir aquel as palabras siendo reales.

—Me siento tan orgullosa de ti, Amelia. Has sido valiente y has protegido a Anne de una forma que no pude hacerlo yo. Tú siempre has sido la fuerte entre nosotras. Todo lo que has hecho, merece su recompensa— le dijo su hermana con un nudo en la garganta,

agarrando su mano.

—Eres mucho más valiente que yo, Sophie, no soy para nada un ejemplo a seguir, también he hecho cosas de las que me arrepiento en el camino, yo tengo que confesarte algo...—

comenzó Amelia a decir, aunque temía que la imagen que tenía su hermana de ella de

hiciera añicos, pero debía contárselo.

—No hace falta que digas nada— dijo Sophia interrumpiéndola, mirándola como si supiera

lo que quería decirle— No es necesario, no necesitas justificarte ante mí, Amelia.

—Pero podría perderle— musitó mirando hacia donde se encontraba Robert— Es una

sensación espantosa.

—Stephen le hará recapacitar y no pasará nada, ya verás— afirmó Sophia, apretando la

mano de su hermana, mientras con la otra le daba su pañuelo.

Amelia asintió aceptando el pañuelo de su hermana, para secar las lágrimas que habían

comenzado a caer sin que ella misma se diera cuenta.

—Gracias por venir, necesitaba una hablar contigo, Sophie— susurró con una tenue

sonrisa.

Amelia alzó la cabeza y se levantó de la silla, acercándose corriendo hacia donde Robert y Stephen habían estado practicando. Hacia unos minutos que estaban solo Stephen y él, y

de pronto aparecía William, que ocupaba el lugar de Stephen en la lucha.

Amelia llegó hasta Robert que se frenó al verla, recibiendo un corte en el hombro por parte de su primo, porque no pudo defenderse, mientras William, que no había visto llegar a la joven, al encontrarse de espaldas a ella, no le había dado tiempo a frenar la estocada.

— ¡Robert!— gritó la chica preocupada acercándose a él, viendo como la camisa

comenzaba a teñirse de rojo a la altura del hombro, se giró hacia William—
¿Porque has hecho eso?

—Practicábamos, Amelia, fue un accidente— dijo Robert rompiendo la camisa, para ver el

corte.

—Si no le hubieras entretenido, no hubiera ocurrido nada— le gruñó William, dando a

entender que era su culpa, clavando la espada en el suelo.

Amelia miró la herida de Robert y suspiró aliviada, se había preocupado por una tontería, no debió reaccionar así, pero no había podido evitarlo.

—Te limpiaré la herida, podría infectarse— dijo la chica, comprobando que efectivamente, la herida no era ni profunda ni grave.

Robert enternecido por la reacción de su esposa aceptó y se marchó con ella en dirección a la casa, ante la mirada enfurecida del duque de Pendleton.

— ¿No te parece suficiente prueba, William?— dijo Stephen observando la

escena,

colocando su mano en el hombro de su amigo.

—No— contestó el duque marchándose también siguiendo los pasos de la pareja.

Stephen captó la mirada de Sophia sobre él con aire interrogante y él negó con fastidio, Wil iam era más cabezota de lo que parecía. Era como un joven enloquecido por las

primeras faldas que veía.

Aquel a misma noche en Londres...

Debía aprovechar la oscuridad para no ser descubierto, de otro modo estaría en graves

problemas. Hacía mucho tiempo que se había marchado, pero sabía que continuaban

buscándole, por lo que debía ser precavido.

Atravesó el agujero por el que escapó la otra vez, que había en el muro de la casa donde había vivido meses atrás y caminó sigilosamente por los aquel os jardines que conocía bien.

No necesitaba luz, podría andar por al í sin necesidad de el a.

Con un pequeño empujón abrió la desgastada puerta de madera que conducía a la cocina

de la casa y la entró a través de el a.

Llegó hasta las escaleras y las subió con celeridad de dos en dos, intentando no hacer mucho ruido. Caminó por el pasil o hasta que l egó a la habitación que deseaba entrar.

Se introdujo en ella con sigilo y se acercó a la cama.

— ¿Quién hay ahí?— preguntó en voz alta Caroline, con la voz pastosa por el alcohol.

—Silencio, madre, soy yo— contestó el hombre.

—Richard— musitó la mujer temblorosa, abrazándole contra su pecho.

Capítulo 38

—Los hombres sois unos desconsiderados y luego nosotras debemos pagar vuestras

irresponsabilidades— se quejaba Eleanor mientras Amelia limpiaba el corte que Robert

tenía en el brazo.

Robert resopló molesto, no era un niño, tampoco había sido para tanto. Su madre se

comportaba como si fuera a perder el brazo cuando solo era un pequeño rasguño. Si en algo se alegraba, era porque Amelia estaba encantadora en su faceta de enfermera. Le

había obligado a sentarse en el sillón del salón mientras, sentada en la mesa de té, le limpiaba aquel corte minúsculo con un paño templado. Podía sentir como temblaba su mano mientras. Pero estaría mucho más cómodo si su madre regresara con sus plantas y dejara de sermonearle.

La joven intentaba detener el temblor de mano, de verdad había creído que los os peleaban y que William podría hacerle daño a Robert, eso había sido lo que la había impulsado a acudir hacia él, si se hubiera estado quieta quizá él no estaría herido. Aunque era cierto que no era nada grave. Además luego estaba lo otro... Se sentía ligeramente sofocada, siempre le había acariciado en la intimidad de su habitación y siempre le causaba la misma sensación.

Que se sintiera así frente a su suegra, era una falta de respeto considerable y prueba de que se había convertido en una descocada.

—Ya basta madre. Estoy bien— dijo Robert cortando el discurso de su madre sobre la

temeridad masculina— Deberías regresar con Anne, porque podrías encontrar de nuevo un

estropicio en tu jardín.

Eleanor le miró frunciendo el ceño.

— ¿Ves que desagradecidos son los hijos, Amelia? Me apiado de ti si heredan el carácter del padre— iba diciendo la mujer— Te desvives por ellos y nunca te lo agradecen.

Continuaron escuchándola hasta que su voz se perdió entre las paredes de la casa. Amelia no se había parado a pensar en los hijos. Pero llegarían con el tiempo, era la

ley natural de la vida.

Comenzó imaginar unos niños rebeldes de pelo rubio oscuro o niñas de pelo castaño como el a y suspiró', terminando de atar la venda que sobre la herida.

—Es pronto para pensar en esas cosas— le dijo Robert con tono tranquilizador, ya que

había malinterpretado el suspiró de la joven— Me gustaría tenerte para mi unos meses

más.

Amelia le miró y le acarició la mejil a.

—En realidad no me molesta la idea— musitó la chica, mientras él sonreía, colocándole un mechón de su pelo detrás de la oreja— No se me ocurre un plan mejor.

Robert no pudo resistirlo más y acercó sus labios a los de el a, comenzando a besarla con suavidad, mientras sujetaba su cara con ambas manos.

—Te quiero— le susurró él entre besos.

—Yo también— musitó el a, que sintió como los labios de su marido se paralizaban sobre los suyos.

—No quiero que te sientas obligada a decirlo, Amelia— suspiró Robert alejándose de el a, sintiéndose francamente mal ya que sentía que la había incitado a responderle.

Amelia se sintió repentinamente desolada, pero hizo que Robert girara la cabeza para

mirarla de nuevo.

—No me siento obligada a nada, yo lo siento así, Robert. Te quiero— repitió la joven pasando sus brazos por el cuel o del joven.

Robert colocó las manos sobre su cintura y la sentó en su regazo. Él no podía creerlo, quería hacerlo, pero le parecían unas palabras tan maravillosas que no podía asimilar que hubieran salido de sus labios. Había esperado tanto tiempo para escuchárselas decir, que

no podía aceptar que ella las estaba pronunciando en esos momentos.

—Repítelo— le pidió mirándola a los ojos.

—Te quiero, Robert Bradford. Te amo— declaró la chica con una sonrisa.

Robert colocó su mano en la parte trasera de la cabeza de Amelia y con un rápido movimiento la acercó de nuevo. Aquel beso fue mucho más excitante. Y Amelia

correspondió a su beso con el mismo fervor y la misma pasión.

Y dejó un reguero de besos por el rostro de Amelia, comenzaba a estorbarle todo. La cogió en brazos y subió rápidamente a su habitación de donde no salieron hasta el día siguiente.

A la mañana siguiente ajenos a la visita que había recibido su madre en Londres, Amelia abrió los ojos y se encontró con los de su marido que la miraban arrebolado. Sonrió tomando la iniciativa y le besó dulcemente en los labios.

—Me gustan estos buenos días— musitó Robert sobre los labios de esposa.

—A mí también— rio la joven a la que el corazón le rebosaba de felicidad. No había espacio en su mente para nada ni nadie más que para Robert.

En sus brazos podía pensar que no había problemas, ni William podría estropear aquello.

—Vámonos al campo, los dos solos. Como cuando hicimos nuestro piquenique en

Saint-Pol-de-Léon— le pidió Amelia ansiosa ya que quería pasar todo el tiempo a solas con él, necesitaba que nadie les interrumpiera ya que había decidido que aquel día le contaría la verdad. No habría más mentiras entre ellos, ya no.

—Sus deseos, son órdenes— dijo Robert ajeno a lo que su esposa quería contarle—

¿Ocurre algo? Te has puesto seria de repente...

Amelia negó con la cara escondida en su cuello, iba a ser lo más difícil que haría en su vida.

Amelia se vistió bajó a desayunar con Robert, sintió un repentino rubor a pensar que

desaparecieron por la tarde el día anterior y no había salido hasta el día siguiente. Seguro que sabrían lo que habían estado haciendo, no había que ser demasiado avisado para

adivinarlo.

En la mesa todos les miraban con una sonrisa escondida, ya que los pensamientos de la chica eran acertados, todos lo sabían. Obviaron la desaparición de la pareja educadamente, aunque la ausencia de William en la mesa era notable. Aunque había bajado con hambre, nada más sentarse en la mesa y ver la comida de Louise se le revolvió el estómago. Apartó su plato y se limitó a tomar un poco de zumo.

—Se ha vuelto a marchar a cabalgar muy temprano— se quejó Louise— Desde que llego

está malhumorado de un lado a otro y la única relación que tiene es con los caballos.

—Louise deja de refunfuñar, ya sabes que William es muy solitario, acompáñame al Bristol a visitar a lady Valerie, ¿recuerdas que te dije que enfermó?— le ofreció Eleanor— ¿Te

vendrás con nosotras, Annie?

—No, gracias, prefiero quedarme con Mac— dijo Anne, que parecía temer separarse del

perro.

—De acuerdo, querida— aceptó Eleanor.

—Nosotros también saldremos, pasaremos el día en el campo— dijo Robert
— ¿Os importa

quedaros solos?— le preguntó a Stephen y Sophia, ya que al fin y al cabo eran sus invitados.

—Claro que no, nosotros pasaremos también, además nos quedaremos con Anne— dijo

Sophia sonriendo.

Un rato después, cuando las señoras ya se hubieron marchado al pueblo a comprar. Amelia fue a la cocina a recoger la comida que les había preparado para su salida al campo.

Robert había sido llamado por uno de los encargados de la propiedad para solucionar unos temas de la propiedad y le pidió a Amelia que le esperara en la entrada de la casa.

Unos minutos después, la joven vio acercarse a William al galope sobre su caballo, seguía vistiendo la ropa del día anterior. Al llegar a su altura se bajó del animal y caminó hacia ella.

Amelia sintió un nudo en el estómago, andaba de una forma agresiva, parecía que quería problemas.

Estaba furioso. No había otras palabras que describiera mejor su estado de ánimo. Había estado con él. Era suya, lo fue antes que de Bradford y ya no le

quería cerca de el a. Eso debía pensarlo antes.

—Quiero hablar contigo— le impelió cuando l egó hacia el a.

Amelia miró a ambos lados asegurándose de que nadie les escuchaba.

—No tenemos nada de qué hablar, ya nos lo hemos dicho todo— dijo la chica dando un paso hacia atrás.

—Puede que por tu parte este todo dicho, pero no por la mía, ¿debo recordarte lo que sucedió hace unas semanas entre nosotros?— susurró Wil iam en tono amenazante.

—No, lamentablemente no, pero eso no evita que me arrepienta hasta el día de mi

muerte— le dijo Amelia— ¿Porque no puedes marcharte y dejarme en paz?

—No me iré si no es contigo, ya te lo dije— dijo el duque con voz cansina, como si la

conversación se aburriera.

—Y yo te dije que no, jamás me iré contigo, ¿porque no lo aceptas, Wil iam? Yo le quiero—

dijo con dureza, queriendo que por fin entraran las palabras en su cabeza dura.

—Mientes— gruñó el duque agarrando a la chica fuertemente del brazo.

Pero de pronto se vio libre de él, Wil iam fue apartado de el a haciendo que perdiera momentáneamente el equilibrio.

—¡Quiero que recojas tus cosas y te vayas de mi casa!— le gritó Robert, que había l egado justo en el momento en que Wil iam cogía a Amelia del brazo.

Una fuerza se apoderó de él y le apartó con rabia de el a.

— ¿Qué harás si no lo hago, Bradford?— le provocó Wil iam que tenía ganas

de pelear con Robert desde hacía mucho tiempo.

—Por favor, Robert, vámonos— le suplicó Amelia aterrada, colocando una mano sobre el

pecho de su marido, mientras veía como sus peores pesadillas se hacían realidad.

Robert no la escuchó, la apartó dejándola tras él.

—Te echaré yo mismo a patadas y será un verdadero gusto— dijo su marido acercándose a William, que sin previo aviso propinó un puñetazo en el mentón de su primo.

Robert respondió a su golpe con otro y comenzaron a pelear como si quisieran matarse.

Amelia comenzó a escuchar unos gritos y unos segundos después se dio cuenta de que era ella. No supo de donde salieron Stephen y otros hombres de la finca para separarles, pero hicieron falta varios intentos para conseguir apartar a uno del otro.

—Aparta las manos de mi esposa, Pendleton y lárgate de aquí— le gritó Robert con la respiración entrecortada mientras le caía sangre del labio y la ceja.

— ¡Ahora será tu esposa, pero también fue mi mujer!— le gritó William fuera de sí, con la nariz rota.

— ¿Qué?— preguntó Robert, clavando su mirada en Amelia.

Amelia sintió que el corazón se le helaba y comenzó a temblar, de pronto los ojos

comenzaron a aguársele con culpabilidad, dando la respuesta sin necesidad de decirlo en

voz alta.

Capítulo 39

Nunca la había mirado así.

Robert la miraba como si no la conociera, se liberó del hombre que le tenía agarrado. Una mirada sobre él le había bastado para saber que era cierto. Estaba segura de que podía verlo en su cara.

Amelia era incapaz de decir nada, se sentía paralizada en el sitio y se sintió repentinamente helada, no podía asumir que él lo supiera, que Wil iam hubiera dicho aquello. Había

imaginado múltiples escenarios por si llegaba el momento en el que se atreviera a decírselo, pero jamás imaginó que sería así. 5

—Os quiero a todos fuera de mi casa. Ahora— dijo Robert con tono helado que Amelia

jamás le había escuchado.

Él se giró de camino a la casa y de pronto sintió que debía hacer algo, caminó tras él, tenía que hablar con él, no podía terminarse así. Su relación ni siquiera había comenzado. Había dado apenas unos pasos cuando alguien la agarró impidiéndole seguir. Se giró y sin pensar en las heridas que tenía en la cara, con la mano que le quedaba libre le dio un bofetón en el desagradable rostro de Wil iam Pendleton.

—No vuelvas a tocarme— le dijo con tono afilado— Ya has conseguido lo que querías,

¿no?

—Amelia...— comenzó a decir el duque, no había querido que las cosas ocurrieran así,

simplemente no pudo evitar decirlo. Su primo le había robado a... La mujer que quería para él y eran felices juntos, él no midió sus palabras. Quería que Robert se sintiera como él.

—¡No quiero volver a verte en mi vida!— continuó la joven como si él no hubiera hablado—

¡Espero que te marches feliz!

Wil iam no se sentía para nada dichoso, soltó el brazo de Amelia y el a salió corriendo tras los pasos de Robert.

Se había comportado como un ser despreciable con el a, tuvo su oportunidad pero no la supo aprovechar y después de eso, solo había cometido un error tras otro, que incluso había puesto a Amelia en una situación delicada. Era alguien despreciable. 9

—Me siento como un miserable— dijo el duque con voz ronca.

—Porque lo eres, Wil iam— replicó Stephen junto a él— Por eso somos amigos.

Amelia llegó a justo para ver como Robert entraba en su despacho y cerraba de un portazo.

Cuando fue a abrir escuchó cómo echaba la llave desde dentro.

Las lágrimas caían por sus mejillas mientras golpeaba la puerta insistentemente.

—Robert, por favor, ábreme. Por favor— le suplicó Amelia apoyando la cabeza contra la

puerta— No me apartes de tu lado, te lo pido. Robert.

La chica continuó golpeando la puerta suplicándole a su marido que le permitiera la entrada, pero Robert no hizo ningún movimiento desde dentro.

Amelia se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta.

—No voy a marcharme de aquí. No hasta que no hables conmigo— le gritó

con la voz rota a través de la puerta.

Robert escuchaba todo aquello desde dentro sin intención de salir. Se cansaría y se

marcharía. No quería verla, no quería escuchar sus explicaciones, no quería que le

convenciera de nada. Se habían burlado de él en su propia casa, desde el principio.

Y él se había sentido mal cuando pensó que la estaba agobiando con sus sentimientos. Rio amargamente sirviéndose un generoso vaso de whisky.

Pero era culpa suya, él sabía a lo que se enfrentaba cuando se casó con ella. No lo quería y venía de una familia caída en desgracia. Su madre se había relamido de gusto cuando le dio el dinero, creía que la estaba salvando y se estaba llevando a la joya de la familia.

Pero le dolía, porque él la amaba, la adoraba. Había visto por sus ojos y seguía queriéndola en esos momentos.

Tiró todas las cosas que había sobre el escritorio cuando la escuchó llorar a través de la puerta. Todavía tenía el descaro de llorar como si en verdad le doliera todo aquello.

Se habían estado riendo de él, todo el tiempo bajo su mismo techo. Y William había tenido el descaro de presentarse en su casa. Mientras ella fingía timidez y le susurraba palabras cándidas mientras él se perdía en ella. Eran tal para cual.

Amelia no prestó atención cuando Anne se sentó junto a ella, apoyó el hombro sobre el de su hermana mayor y Sophia se arrodilló a su lado.

—Mel y vas a enfermar, cielo— le susurró Sophia, que estaba al tanto de lo que había ocurrido.

—No— negó rotundamente— Si él no sale, no me moveré de aquí— dijo Amelia con la voz quebrada.

—Pero estás helada— musitó Sophia cogiendo las manos de hermana.

—No importa.

Anne escuchaba la voz vacía de su hermana, no sabía que había ocurrido, pero intuía que era culpa de William Pendleton.

De pronto la puerta se abrió y Robert pasó de largo junto a ellas, llamando a gritos a las criadas, parecía poseído por el demonio.

Amelia se acercó a él y se abrazó sus piernas, apoyando la cabeza sobre sus rodillas, mientras continuaba en el suelo. 5

—Por favor, Robert, déjame explicártelo, no es como tú piensas— comenzó a decir la chica.

Pero Robert hizo caso omiso a sus palabras, se limitó a cogerla del brazo para ponerla en pie, mientras acudía una criada.

—Preparé las cosas de lady Amelia y lady Anne, regresan a Londres esta noche— ordenó

Robert, apartando de sí a su esposa y entrando de nuevo en el despacho.

Sophia abrazó a su hermana que se derrumbaba de nuevo, al igual que Anne, mientras la criada subía rápidamente las escaleras para obedecer las órdenes de Robert.

—Me odia— susurró Amelia entrecortadamente— Y lo merezco.

—Necesita tiempo, cielo. Stephen ha ordenado a nuestro cochero que prepare todo.

Vendréis a Gracefields con nosotros— dijo Sophia con una sonrisa triste guiando a su

hermana hacia las escaleras, seguidas por la pequeña.

—No— negó rotundamente Amelia— Iré a Londres, Sophia. Pero necesito que te laves a

Anne unos días contigo— le pidió mientras su hermana menor negaba con la cabeza.

—No, Mel y, yo me voy donde vayas tu— dijo Anne agarrando la mano de su hermana

fuertemente.

Amelia se agachó colocándose a la altura de su hermana.

—Mac no podrá correr en Londres y yo necesito arreglar unas cosas— dijo Amelia mirando a Sophia.

Esta asintió, su hermana quería estar sola y no era reprochable.

—Pero Mel y— se quejó Anne llorando.

—Hazme ese favor, cielo. Yo me reuniré contigo al í pronto, ¿vale?

Anne asintió, pero se abrazó fuerte a su hermana.

William fue el primero en marcharse, no fue un acto de cobardía ni nada parecido,

simplemente decidió comportarse como le correspondía por una vez en su vida. Hubiera

preferido que nada de eso ocurriera pero era su culpa.

Fue un egoísta todo el tiempo con Amelia, mientras la supo en casa de su madre no la ayudó, no hizo nada por ella. La buscó cuando desapareció, pero ¿sirvió de algo? No

porque no le había ofrecido lo que él le merecía. Si él hubiera sido lo suficientemente hombre como para hacerse cargo de sus actos, nada de eso hubiera ocurrido.

Amelia partió en un coche diferente al de su hermana, anduvieron uno detrás del otro hasta que llegó el desvío que le llevaría a Londres. Pero debía ir al í, Robert había dicho que fuera al í, quizá si se decidía a buscarla lo haría en ese lugar y él debía estar para verle.

Le había costado mucho separarse de Anne, pero no quería que él la viera así y con Sophia estaría a salvo. No sabía que iba a ser de él. Debía primero encargarse de recuperarse de aquello e iría a por Anne, volverían a empezar las dos.

Pero ahora no podía hacerlo, ahora quería sentarse en un rincón y llorar eternamente.

Si cuando William la utilizó aquel día se sintió mal, lo que sentía en esos momentos era infinitamente peor.

Llegó a Mine Hall entrada la noche, le cochero había dicho que pararan en una posada, ya

que no era seguro viajar de noche, pero él se negó quería llegar cuanto antes, además el pésimo estado de la carretera la había mantenido mareada durante todo el trayecto.

La casa estaba a oscuras, parecía un presagio perturbador de lo que sería su vida a partir de aquel día. Recordaba lo tensa que estaba cuando se marchó de allí, ojalá pudiera volver atrás, cambiaría tantas cosas que habían sucedido.

Grace, el ama de llaves de Mine Hall, abrió la puerta ataviada con un gorro de dormir y bata.

Alumbraba con un candelabro.

— ¿Señora? Pase, no les esperábamos tan tarde, ¿no la acompaña el señor Bradford?—

preguntó la mujer, abriendo del todo la puerta, permitiéndole el paso.

—No, solo vengo yo— susurró Amelia, la mujer notó lo afectada que tenía la voz la chica y no preguntó nada más.

—Le prepararé la habitación que uso la otra vez, mientras tome un poco de té, así entrara en calor— le ofreció la mujer.

—No, por favor, prepáreme la habitación del señor— pidió Amelia sintiendo las lágrimas

derramarse de nuevo.

La mujer asintió e hizo lo que le ordenó la joven.

Y esa noche, Amelia durmió sobre la almohada de su marido, que aun guardaba su olor, simulando que se encontraba junto a él.

Capítulo 40

Ajena a lo que ocurría con su cuñada, Katherine paseaba a caballo o junto a Peter por el bosque que rodeaba las propiedades. Hablar con él la había ayudado a avanzar en esa

etapa de su vida. Si tan solo pudiera vivir su amor por Peter de forma decorosa, sin tener que esconderse. Todo sería maravilloso, sin embargo sus matrimonios evitaban esa dicha.

Ellos continuaban atados a otras personas y hasta que no solucionaran eso, ella estaba

decidida a no sucumbir. Pero Peter se lo ponía francamente difícil. No comprendía como su padre podía alentar que ellos salieran a solas. No era adecuado y sin embargo hacían como que no lo sabían, cuando realmente sí conocían de la existencia de aquellas salidas.

Llegaron al lago y Katherine desmontó de su caballo elegantemente. Se acercó al agua y se mojó las manos, mientras Peter llegaba también. Le había retado en una carrera, pero

había salido adelantada y claramente había ganado.

Escuchó a Peter desmontar también con una sonrisa, pero no se giró a mirarle. Dio un pequeño grito cuando sintió las manos de Peter en su cintura. Se giró para quedar frente a él.

—He ganado, milord— musitó Katherine con picardía.

—Porque has hecho trampas— gruñó Peter como si estuviera enfadado, cuando en

realidad disfrutaba del momento— Y está muy mal hacerle trampas a un marqués.

— ¿En serio?— preguntó coquetamente.

—Sí, podría enfadarme y querer vengarme.

Katherine enarcó una ceja y de pronto los labios de Peter chocaron contra los suyos.

Cuando el beso fue profundizándose más y la mano del marqués comenzó abajar por su

espalda, Katherine se apartó con la respiración entrecortada.

—Peter— le regañó Katherine poniendo más distancia entre el os— Sabes que no puedo,

no mientras...

—Sí, ya lo sé, Richard Mawsdley. Lo olvidaba— soltó Peter en tono irónico.

—Es complicado para mí, sabes que te quiero, Peter, pero no puedo hacerlo... No mientras continúe casada— replicó Katherine molesta por la actitud de Peter— Deberíamos regresar.

Peter tenía unas ganas inmensas de atrapar a aquel canal a, pero parecía que la tierra se lo había tragado. Había investigado y había encontrado algunas pistas

de él en algún que otro burdel, pero nunca habían conseguido atraparlo.

—Sí, es tarde ya— dijo Peter caminando hacia su caballo.

Katherine suspiró un poco triste porque parecía que Peter no comprendía lo complicado que era para él a amarle, estando casada con otro.

Durante el resto de la semana, Amelia no pisó la calle. Se limitaba pasear por la casa o por el jardín como un alma en pena. Investigó cada rincón de la casa como si eso la ayudara a pensar que se encontraba en un lugar donde Robert había estado desde que había sido

pequeño.

Probar bocado era una misión casi imposible, sobre todo por las mañanas, los primeros

días se sorprendió a sí misma sintiendo asco por todo lo que Grace ponía ante él a y no conseguía mantener nada en su estómago. Aquella tristeza en la que estaba sumida iba a terminar con él a. Grace no podía ver como aquel a joven se marchitaba ante sus ojos sin él a poder hacer nada para ayudarla. Pero tampoco podía meterse en la vida privada de los señores.

—Señora, creo que deberíamos amar a un médico. No es normal, casi no ha conseguido

alimentarse desde que llegó— dijo la mujer preocupada, mientras dejaba una bandeja con

fruta en la mesa de la habitación.

—No, no será necesario, esta mañana me encuentro mucho mejor— dijo Amelia levantados

lentamente de la cama. Se mantuvo un rato sentada y luego se puso en pie, para sentarse en ante su desayuno.

—A mí me parece que no, por favor, avisemos a alguien— protestó de nuevo la mujer.

—De acuerdo, Grace. Envía a alguien a la casa de Brookeshields Street, en el número

ocho, vive lady Pamela Hays— le pidió Amelia.

Quería hablar con alguien que conociera todo lo que hubiera ocurrido, hablar de lo sucedido y no había nadie mejor que Pamela para hacerlo. El a había sido su confidente, su mejor amiga.

Grace asintió y salió rápidamente para enviar a una de las criadas a buscar a la joven.

Después se sentó en la mesa de la cocina y comenzó a escribir una nota que debía llegar a Bath a la mayor brevedad posible.

Pamela llegó solo unas horas más tarde, Amelia la esperaba con un vestido azul oscuro, pero con el pelo suelto. Nada más ver a su amiga supo que había ocurrido algo terrible, no estaba Anne, ni Robert Bradford. La abrazó y esta comenzó a llorar desconsoladamente.

Cuando se hubo tranquilizado y se encontraban sentadas en el sofá del salón, Pamela se

atrevió a preguntar:

— ¿Te descubrió?— Amelia asintió y tomó aire lentamente comenzando a relatarle toda la

historia, desde que se hubo marchado de allí hacía varias semanas.

—Y cuando regresamos del viaje, estaba allí. Intenté que se marchara, le dije que no iba a irme con él, pero no me hizo caso. Yo le quiero, Pam, no sabía lo que era amar a una persona de verdad hasta que comencé a enamorarme de él, pero nos encontró discutiendo

a William y a mí, se pelearon y se lo dijo todo— finalizó Amelia sintiendo como se le comenzaba a revolver el estómago de nuevo— Me odia, me miró como si lo hiciera y me lo merezco.

— Maldito William Pendleton— contestó Pamela pasando un brazo por su el hombro de su

amiga— Es un canal a y un malnacido, si le tuviera en estos momentos frente a mi le mataría.

—Pero también es mi culpa, yo me... entregué a él y le mentí. Mentí a Robert y no me lo perdonará— musitó tristemente la joven, comenzó a sentir una náusea y se levantó

corriendo hacia la sala contigua donde se encontraba una palangana.

Amelia comenzó a vomitar todo lo que había ingerido. Pamela ayudó a su amiga a

recomponerse.

—Y encima me ocurre esto desde hace unos días— se quejó Amelia una vez dejó de dar arcadas.

Grace entró en ese momento con un vaso de agua.

— ¿Y no has llamado a un médico, Amelia? Podría ser grave— la regañó Pamela, mirando a la criada— Avise a un médico, por favor— dijo Pamela.

—Sí, milady— asintió la mujer dando un suspiro de alivio y salió inmediatamente para

enviar a uno de los mozos.

—Pamela, ¿cómo no voy a estar enferma con lo que ha ocurrido?— protestó Amelia,

mientras su amiga le pasaba un paño mojado por la frente.

—Nos aseguraremos de que todo está en orden y punto— sentenció la joven.

Pamela se quedó al í y no se separó de su amiga en ningún momento, incluso permaneció en la misma habitación, ya que al ser mujer estaba permitido y no era decoroso que un hombre revisara a una joven a solas.

El médico revisó el abdomen de la chica y le tomó la temperatura.

— ¿Ha sentido otra molestia aparte de las náuseas y los vómitos?— le preguntó el médico.

—No, señor, únicamente eso— respondió Amelia sintiéndose mejor, ya que siempre le

ocurría después de vomitar.

— ¿Es usted casada?— preguntó el médico de nuevo y la joven asintió sin entender a

donde quería llegar— Podría estar embarazada, notó una pequeña protuberancia en el

abdomen, pero una partera tendrá un diagnóstico mucho más efectivo, además podría

comunicarle el tiempo que tiene.

¿Embarazada? Amelia recordó que tuvo su periodo después de la boda, por lo que el niño era de Robert.

Escuchó lejanamente como Pamela despedía al médico, pero ella no podía dejar de mirar

hacia su vientre, aun plano. ¿Era posible de verdad? Ellos habían tenido aquella

conversación la semana anterior sobre los hijos y ella ya esperaba uno. Pero conforme

estaba la situación, seguro que Robert no quería saber nada de él. ¿Pensaría que era de William? Ella estaba segura de que era imposible, las fechas no coincidían, además ella lo sabía.

Posiblemente su situación se volviera más complicada, pero eso no le preocupaba, era su hijo y del hombre que quería. Le había perdido a él, no pasaría lo mismo con su bebé.

A unas manzanas de allí...

Caroline cenaba alegremente en compañía de Richard, desde que este había regresado

junto a ella parecía que la vida había vuelto sonreírle. Cuando consiguieran lo que se proponían todo sería mucho mejor. Partirían juntos y desaparecerían para siempre.

—Desde que has vuelto me siento una mujer nueva— comentó Caroline tomando un trago

de whisky.

Richard miró a su madre y no le había pasado inadvertido su nueva afición por la bebida, las cosas habían cambiado mucho desde que se marchó.

Anne, Amelia y Katherine no estaban por allí, pero él solo había regresado para conseguir dinero, creyendo que su madre tendría y no era caso. Había vivido escondiéndose durante todos aquellos meses, pero no había estado mal. Sentía que regresar a aquella casa era como dar varios pasos atrás.

—He pensado en un plan perfecto para reunir el dinero que necesitamos y marcharnos,

querido. Atiende...— comenzó a decir Caroline sonriendo fríamente.

Capítulo 41

Eleanor seguía sin comprender nada de lo que había ocurrido aquel día. Cuando se habían marchado a Bristol todo estaba bien, estupendamente bien. Sin embargo al regresar se

habían encontrado con Robert gritándole a todo el mundo como si estuviera histérico, con heridas en la cara y sin rastro de Amelia, Anne, Wil iam y los señores Rutterford. Cuando había intentado que su hijo le explicara lo que había ocurrido, este había dicho que no quería hablar del tema nunca más y se había marchado dando un portazo. Había explicado sus heridas con la caída de un caballo pero estaba segura de que mentía. Podía asegurar que Wil iam tendría otras parecidas.

Louise había vuelto a su habitual tristeza ya que Wil iam se había marchado sin despedirse, aunque unos días después había llegado una carta de él diciendo que se había tenido que ir rápidamente debido a unos negocios, pero aun así, todo continuaba siendo de lo más

sospechoso para Eleanor.

Sobre todo por la marcha tan repentina de Amelia y Anne. Su hijo había estado tan feliz desde que había llegado con su esposa, incluso aquel día mañana, parecían la pareja

perfecta, pero al día siguiente todo parecía haberse roto. Tenía que haber ocurrido algo y ya bastaba de nadar de puntillas cuando su hijo aparecía. Iba a llegar al fondo de todo eso.

Estaban comiendo en el salón de la casa. Ni Louise ni Robert hacían ningún intento de hacer que la comida fuera amena, ambos estaban sumidos en sus propios pensamientos

ante los ojos de Eleanor que dejó caer el tenedor sobre el plato causando un pequeño estruendo.

Entendía lo que le ocurría a su hermana, pero lo de Robert no.

—Hijo, llevo varios días queriendo preguntarte, pero has estado tan ocupado...
¿Por qué

tienes esas heridas en la cara? ¿Cuándo regresará tu esposa de Londres? ¿Os reuniréis

al í?— le interrogó la madre.

A Robert se le retiró el apetito, ya de por sí escaso. Su madre había lanzado aquellas preguntas y él las había obviado porque no quería hablar de nada referente a Amelia. No quería contarle a su madre que su esposa aparentemente perfecta, no lo era, pero no

quería hacerlo porque en su interior no quería que nadie hablara mal de Amelia. Era un estúpido, el mayor del mundo, pero era simplemente el motivo. Al igual que tampoco quería que su tía supiera la clase de hombre que tenía por hijo, si es que merecía que se le llamara así. Además no quería recordar nada, ni hablar de nada, quería lamer sus heridas para él.

Así que simplemente se dedicaba a trabajar y encargarse de sus negocios, como había

hecho cuando no la conocía. Pero no podía hacerlo, porque no era lo mismo.

Seguía queriéndola, seguía pensando en ella. La imaginaba con su primo y no le dejaba dormir. Había estado a punto de acudir a Londres en varias ocasiones, pero luego reculaba pensando que no tenía sentido. Quería dejar de pensar y sentir, pero era imposible.

Imágenes del tiempo que habían pasado juntos venían a su mente cuando menos lo

esperaba.

—Me caí de un caballo, ya te lo he dicho y no lo sé, madre. Además es muy posible que no regrese— contestó Robert tajantemente.

— ¿Porque? Eráis felices, no lo entiendo, Robert— insistió la mujer, dejando pasar el tema de las heridas.

—No quiero hablar de ese tema, madre. Eso solo me incumbe a mí, hazme el favor de dejarlo pasar— contestó Robert levantándose de la mesa y

abandonando el salón

Eleanor hizo caso omiso de la petición de su hijo y se levantó, saliendo tras él.

—Pero hijo, ¿porque no me lo cuentas? Habla conmigo— le suplicó la mujer.

—Madre...— comenzó a decir Robert, para repetirle lo que acababa de decirle.

Pero se vio interrumpido por un criado que se acercaba a él corriendo con una carta en la mano.

—Es para usted, señor Bradford. De Londres— le informó dándole el sobre.

El joven sentía como si aquel papel quemara, pero no se atrevía abrirlo, debería romperlo.

Si era de él no quería saber nada de lo que quisiera contarle.

— ¿A qué esperas para abrirlo? A lo mejor es de Amelia— dijo Eleanor mirando como su hijo se quedaba paralizado con el sobre en la mano.

—Deja de agobiarme, madre— le pidió el hijo, entrando en su despacho con la carta aun en la mano.

La dejó sobre el escritorio y se sirvió un poco de bourbon. Podría romperla, es más debería hacerlo. Pero no lo podía hacer. Se convenció a sí mismo que lo que dijera aquel a nota no le importaría, pero se estaba mintiendo.

Se sentó frente al escritorio y la abrió. Se sintió algo decepcionado al ver que la carta era del ama de llaves de Mine Hal , pero de todas formas la leyó por si se trataba de algún problema con la casa.

Solo leyó a la mitad de la carta, en la que decía que Amelia estaba enferma y se negaba a ver a un médico. No debía importarle pero lo hacía. Se levantó inmediatamente sin pensar en nada más que en lo que decía la carta y pidió que le prepararan un caballo. Debía ir a Londres a la mayor brevedad.

Katherine se puso el camisón para dormir aquella noche. Pero como hacía siempre fue a la habitación de Mark para darle las buenas noches. Aunque él era aún muy pequeño, ella

sentía que era necesario forjar ese vínculo con él. Mark siempre estaba con las niñeras, ella pasaba con él mucho tiempo pero sentía aun así no era suficiente.

Al entrar vio a una de las niñeras dormir en la hamaca y caminó despacio para no hacer ruido y despertarla. Se asomó a la cuna y sonrió. Mark dormía con un dedo metido en su boca, su padre decía que debían quitarle esa costumbre pero ella le parecía adorable. No entendía como Richard había podido marcharse sin mirar atrás dejando a su hijo en el

camino. Pero claro era un acto despreciable de un hombre despreciable, no podía

esperarse nada bueno de un hombre que había sido criado por una mujer como Caroline.

Besó la frente de su hijo se marchó a su habitación de nuevo, con cuidado de no hacer ruido. Se metió en la cama y cerró los ojos. La imagen de Peter se formó en su mente y se sumió en un profundo sueño.

No sabía cuánto tiempo había dormido, pero se despertó de pronto cuando sintió una mano con un trapo que le cubría la boca. Comenzó a removerse, pero una voz masculina le dijo al oído:

—No hagas ruido, querida. Ven conmigo o la próxima vez que busques en la cuna no habrá rastro del niño.

<< ¿Richard? >>, pensó ella, mientras asentía asustada, no iba a permitir que se le fuera a su

hijo.

Así que le acompañó haciendo lo que él le pedía, no podía permitir que nada malo le ocurriera a Mark y eso significaba defender también de su propio

padre.

Robert entró en la casa sin ser visto por nadie. Había llegado a Londres más tarde de lo que esperaba. No podría visitar a Amelia a esas horas, tendría que esperar al día siguiente.

Se sentía un idiota por haberse preocupado tanto por ella. Pero no podía evitarlo, había ido más por su tranquilidad, porque le preocupaba que ella estuviera bien. Aunque sabía que hacerlo podría hacerle parecer débil no le importaba.

Entró a su habitación y cuando su vista se hubo acostumbrado a la escasa luz, consiguió distinguir un bulto en la cama. Se acercó con cuidado y vio con asombro que se trataba de Amelia. Él no se había parado a pensar que estaría allí, aunque viéndolo comprendía que debía haberlo supuesto ya que de otra manera no habría habido forma de que Grace le avisara.

Se sentó en un sillón y la observó dormir durante bastante rato. A la luz de la luna que entraba por la ventana, podía distinguir ojeras bajo sus ojos y también que estaba

desmejorada, pero bien podría ser por la famosa enfermedad.

Así dormida parecía dulce e inocente, como la Amelia que él creía conocer, sin saber lo que escondía debajo de esa tierna fachada. Sin embargo seguía queriéndola, seguía amándola

de la misma forma que antes. Nunca dejaría de hacerlo y eso le enfurecía porque ella había jugado con él, con sus sentimientos, simplemente por... ¿por qué?, se preguntó molesto.

La joven, comenzó a removerse entre sueños, parecía sentir que alguien la vigilaba entre las sombras y abrió los ojos de golpe. Vislumbró la sombra de alguien sentado en el sillón junto a ella. Entró un poco de aire por la ventana que hizo que la luz que entraba por allí le diera un poco en la cara. Ella le reconocería en cualquier lugar.

— ¿Robert?— preguntó en un susurro sintiendo como si su corazón que había permanecido

parado durante aquellos días comenzara a latir de nuevo— ¿Eres tú de verdad?— continuó

incorporándose para levantarse y acercarse a él.

—No te muevas— le impelió levantándose de su asiento— quiero saber algo.

Capítulo 42

Amelia hizo lo que él le pedía. No podía creer que estuviera allí, frente a ella. Parecía que había pasado mucho tiempo desde que se habían separado cuando apenas había una

semana. Encendió la vela que había en la mesita y le vio de pie frente a la cama. Era bastante imponente, parecía que había perdido peso. Tenía aún las heridas de la pelea con William, aunque ya comenzaban a sanar.

Sus ojos no brillaban como siempre, se mantenían duros y distantes, pero ella no sentía miedo de él. Sabía que Robert nunca le haría daño por muy enfadado que estuviera. Y tenía razones de sobra para estarlo, sin embargo estaba allí y quería hablar con él.

— ¿Lo hiciste? Te...— Robert sacudió la cabeza como intentando quitar esa imagen de su cabeza— ¿Lo hiciste de verdad?

—Sí— susurró Amelia con voz temblorosa mirando sus manos que temblaban, pero era

inútil mentir, él lo sabía.

—Entonces ¿porque te casaste conmigo?— preguntó de nuevo apoyándose en el cabecero

de los pies de la cama y apretándolo con fuerza.

—Tú viste las condiciones en las que vivíamos en casa de mi madre. No era

el lugar adecuado para Anne, ni para mí— respondió Amelia comenzando inyectar fuerza en sus

palabras— Y yo era la única que podía hacer algo, cuando lo intenté yo sola, casi la matan y a mí...

Sacudió la cabeza apartando de su cabeza las imágenes de aquel terrible lugar regentado por la señora Andrews.

—Ya, ya lo recuerdo, pero te acostaste con él, ¿no te lo propuso acaso?— volvió a

preguntar Robert que conocía a su primo mejor de lo que parecía

—No, no lo hizo, podría decir que me sedujo y culparle solo a él, pero permití que lo hiciera— contestó Amelia dispuesta a no dejar nada el tintero.

— ¿Cuántas veces?— inquirió el joven mirándola fijamente— ¿Bajo mi techo también?

—Te juro que solo fue esa vez, cuando le vi en Mey le pedí que se marchara pero no me hizo caso— susurró Amelia con un nudo en la garganta.

Robert soltó el aire que había estado aguantando sin darse cuenta de que lo hacía, quería creerla, necesitaba creer que su burla no había llegado tan lejos.

— ¿Porque no me lo dijiste?— le gritó Robert golpeando la madera— Si me lo hubieras dicho yo mismo le hubiera llevado a rastras ante un cura para que cumpliera su deber contigo.

Amelia sintió un nudo en la garganta, estaba segura de que lo habría hecho, porque al contrario que William, Robert sí era un caballero y se había portado siempre como tal. Sabía que aunque él la hubiera querido la habría entregado al otro hombre si él hubiera sentido que era lo correcto.

—Te lo iba a decir, en nuestra noche de bodas, pero creíste que en realidad lo que sentía era pudor y yo deseé que lo fuera, y luego aquel día... pero llegó tarde— susurró la joven— No quería decepcionarte, deseaba ser la esposa que mereces.

— ¿Y después?

— Tenía miedo de que te enteraras y me odiaras, que me miraras como lo haces ahora.

Wil iam pasó a un segundo plano porque fui descubriendo como eras, a conocerte de

verdad y me dio miedo que lo supieras.

—Fue por la seguridad económica, entonces— musitó Robert con rabia.

—No, si yo hubiera querido podría haber aceptado lo que él me ofrecía, pero yo quería estar contigo. Aun lo deseo.

—Te lo ofreció— acordó el joven mientras su esposa asentía.

—Pero no podía irme con él, la sola idea de alejarme de ti, para mí era...

—No quiero oírlo, no sé qué hago aquí en realidad— la interrumpió Robert olvidando el tema de su supuesta enfermedad, que a la vista estaba era mentira, ya que a parte de las ojeras y la cara un tanto pálida la veía bien.

Le dio la espalda y comenzó a caminar hacia la puerta. Amelia salió corriendo de la cama sintiendo un ligero mareo. Y se abrazó a él suplicante, apoyando la cabeza en su espalda.

—No te vayas, por favor— le suplicó Amelia con voz temblorosa.

—No hace falta que te humil es más— dijo Robert intentando apartar sus manos de su

cintura— Pediré la anulidad de nuestro matrimonio y podrás marcharte de aquí con

Pendleton.

Él consiguió deshacerse del abrazo de la joven, por el shock que le había

producido a esta escuchar esas palabras.

Salió tras él de nuevo y dijo:

—No puedo evitar que lo hagas porque estás en todo tu derecho— aclaró la chica, ya que no quería darle problemas— Pero no voy a irme con él, Robert. Esperaré aquí o en

cualquier otro lugar pacientemente tu perdón si algún día deseas concedérmelo y si no

llega, moriré esperándolo de cualquier modo.

Él escuchó sus palabras sin mirarla y cuando terminó continuó bajando las escaleras, hasta que llegó a la puerta y se marchó tan sigiloso como había llegado.

Amelia regresó a la habitación y se tumbó en la cama abrazada a la almohada. Debía

comenzar a recomponerse.

La visita de Robert le había dado fuerza aunque no lo pareciera. Esperaba un hijo del que tenía que hacerse cargo y además debía recoger a Anne también. Debían empezar de

nuevo, los tres esa vez. Ahora ella era más madura, confiaba en que llegado el momento de marcharse podría valerse por sí misma, aunque tuviera que pedir ayuda a Sophia.

Al día siguiente escribiría una carta para su hermana mayor, para que Anne regresara con ella. Seguro que estaba preocupada.

Grace vio con gusto como Amelia se arreglaba para salir a la calle, era la primera vez que lo hacía desde que llegó a la ciudad y al menos se sentía lo suficientemente bien como para salir a pasear.

Iba a acompañarla una doncella de todas formas, una joven de su categoría no podía ir sola por la calle.

—Vendrá para comer, ¿verdad señora?— le preguntó ayudándola a colocarse el abrigo.

—Sí, voy a enviar una carta y a... visitar a mi madre— contestó la joven, mintiendo en parte.

Sí iba a llevar la carta al correo y también iba a casa de su madre, pero no a verla a ella.

Había decidido visitar a su vieja nana porque era la única mujer mayor con la que podría

hablar sobre su futura maternidad. Pamela aún no había tenido hijos y Katherine y Sophia, que sí los habían tenido, estaban demasiado lejos. Además nunca estaría de más ver la situación en la que se encontraba la casa.

Grace asintió conforme y vio partir a la joven señora.

Conforme iban acercándose a la casa de su madre, Amelia comenzó a sentir un poco de náuseas, aunque el médico le había recomendado unas infusiones para aliviarlas, esa

mañana estaba un poco revuelta.

— ¿Se encuentra bien, señora?— le preguntó la doncella.

—Toma— le entregó a la muchacha la carta y el dinero para el correo— Cuando la dejes en el correo, regresa aquí, ¿de acuerdo?

La joven asintió y partió, mientras Amelia tocaba al llamo de su casa. Bertha tardó más de lo habitual, pero abrió un minúsculo hueco en la puerta.

—Amelia, cielo, debes marcharte y regresar en otro momento— le suplicó Bertha sin dejarla entrar.

—Pero Bertha...

—Por favor, Amelia. Vete— volvió a repetir y le cerró en la cara.

Amelia frunció el ceño con desconfianza, Bertha nunca se había comportado de esa forma

tan extraña. Se acercó a la ventana más próxima pero estaban las cortinas echadas. Qué extraño. Bertha siempre abría las cortinas y era demasiado tarde para mantenerlas

cerradas.

Recordó el agujero que había en la parte de atrás de la casa, el que usó para escapar con Anne y se dirigió hacia al í.

Lo atravesó con cuidado pero se rasgó un poco el vestido. No le prestó atención y caminó a través del jardín hacia la cocina.

La puerta estaba abierta, pero todo estaba roto y desordenado. Parecía que habían estado rebuscando, quizá habían entrado a robar y por eso Bertha le había pedido que se

marchara.

Entró por la cocina al salón. Caminó lentamente atravesando el recibidor hacia la pequeña sala que había en el lado opuesto. La puerta estaba entre abierta. Se escuchan los gritos de su madre, parecía que discutía con alguien.

Se asomó por la abertura de la puerta, vio a su madre y junto a ella había un hombre alto, pero lo que la paralizó fue ver a la joven que se encontraba sentada en una silla, atada de

pies y manos.

—Mi padre pagará lo que sea...— ¿Katherine? y se escuchó como su madre la golpeaba.

— ¡Cálate!— le gritaba histérica la mujer.

Amelia fue a entrar para parar aquel o pero escuchó otra voz que la detuvo en

el sitio.

—Basta, madre. O la matará y no conseguiremos nada de todo este asunto.

La joven tragó fuerte. Debía hacer algo para ayudar a Katherine, ¿cómo había llegado hasta al í? ¿Planeaban pedir dinero por el a?

En un impulso para ver mejor lo que ocurría en la otra habitación, Amelia se apoyó

demasiado sobre la puerta lo que hizo que se moviera y chirriara. La joven comenzó a caminar de espaldas con sigilo, sin saber que el ruido había alertado a las otras personas.

Richard escuchó el ruido y miró a su madre y Bertha. Se acercó a la puerta y la abrió con fuerza.

—Querida, hermana, cuanto tiempo sin vernos— le dijo Richard con una sonrisa amarga.

Amelia comenzó a correr, pero le fue imposible hacerlo más rápido que el hombre. Él la atrapó del pelo y ambos tropezaron. Amelia cayó al suelo, golpeándose la cabeza y todo se volvió oscuro.

Capítulo 43

Robert iba a marcharse de nuevo a Bath, pero no sabía por que motivo, en vez de

encaminarse de nuevo al campo, se hospedó en un hotel de la ciudad. Se dijo que quería descansar pero era mentira. Había visto a Amelia y no quería separarse tan pronto de el a.

Había aguantado el tipo para salvar su orgul o cuando aquel as respuestas, aunque no eran las que hubiera deseado escuchar, al menos se acercaban a algo parecido a la verdad. O

eso quería creer. Deseaba creerla, pero no estaba preparado. El a había perdido su

confianza.

Le había dicho que iba a anular su matrimonio y ni siquiera se le había ocurrido. Fue lo primero que se le vino a la cabeza porque quería dejarse algo de dignidad.

Su respuesta le había descolocado, ¿pero cómo podía saber que no se trataba de otra

mentira?

Al día siguiente, después de desayunar y de esperar que llegara una hora más o menos decente, decidió regresar a Mine Hal . Quizá parecería patético pero era su casa y estaba permitiendo que ella durmiera allí. Tenía derecho a ir cuando y cuantas veces quisiera. No necesitaba una excusa ni nada parecido. Él quería ir para revisar que todo estuviera en orden, ya que no había podido hacerlo la noche anterior. Si de paso la veía a ella, tendría que soportarlo.

Aunque interiormente sabía que quería verla durante un rato aunque por discutir, había

conseguido mantenerse apartado de ella pero volver a verla...

Regresó sobre el mediodía a Mine Hal , había conseguido retrasar mucho el momento.

Llamó a la puerta y se sintió repentinamente nervioso. ¡Qué absurdo! Ella debería sentir nervios a verle, porque ella era la que había... Al recordar aquello se giró y ando de nuevo hacia la calle, pero antes de llegar a salir del jardín, Grace abrió la puerta y le llamó.

—Señor Bradford, siento haber tardado en abrir— se disculpó Grace, apartándose para que

entrara.

Robert regresó a la casa y le ayudó a quitarse el abrigo.

— ¡Qué alegría que este aquí! La señora ha salido pero no tardará en...

— ¿Dónde ha ido la señora?— preguntó interrumpiéndola Robert enarcando una ceja y

mirando a la criada con aire intimidante.

—Pues... Dijo que iba a enviar una carta y después iría a casa de su madre— contestó la mujer temblorosa.

Robert rio fríamente, que estúpido. ¿De verdad había usado esa excusa? Amelia había

hecho todo lo posible para escapar de su casa y ahora regresaba de visita. ¡Sí, claro! Debía pensar que se chupaba el dedo.

Salió de la casa sin decir nada más, olvidando el abrigo y todas sus cosas. Dejó a Grace plantada en la puerta.

Estaba seguro de que Amelia había ido a visitar a su primo y él se encargaría de rematar lo que había empezado en Mey.

Llegó a la casa de Wil iam en tiempo record. Golpeó la puerta con fuerza. El mayordomo de Wil iam abrió la puerta molesto, por semejante forma de l amar.

— ¿¡Dónde está!?!— Le gritó Robert al criado como si él tuviera la respuesta de algo—

¡Amelia!— comenzó a l amarla a gritos.

Wil iam que estaba terminando almorzar, se levantó de su sitio en el salón y salió al recibidor al escuchar los gritos y el alboroto que parecía haberse formado en el recibidor.

El mayordomo tenía la cara descompuesta, mientras intentaba que Robert Bradford no

entrara en la casa, aunque continuaba l amando a su esposa a gritos.

Vio salir a Wil iam del salón y se fue directamente hacia él, agarrándole de las

solapas de la camisa, le preguntó:

— ¿Dónde está mi esposa, Pendleton?— en tono silbante.

—Aquí no, la última vez que la vi estaba contigo— dijo Wil iam empujándole para apartarle de él— Búscala en casa de su hermana.

Wil iam no comprendía nada, él no había vuelto a ver a Amelia desde que había peleado con Robert. Se sentía francamente arrepentido por lo que sucedió. Pero no pudo evitarlo, porque él también la quería. Había tenido que verla así, histérica por lo ocurrido para darse cuenta de que durante todo el tiempo solo había pensado en él. Había sido terriblemente egoísta.

Siempre lo había sido en relación a el a. No se había dado cuenta de que quizá sí había habido una persona con la que hubiera aceptado casarse y esa definitivamente era Amelia.

Había tenido la oportunidad de su vida y como un idiota la había dejado pasar. La había perdido y no contento con el o había vuelto a molestarla y había destrozado su matrimonio.

Podría haberse apartado pero no era parte de su carácter. Solo al verla así, aquel día, pudo darse cuenta de que en verdad la quería y que lo mejor era apartarse para que fuera feliz.

Aunque no fuera con él y era evidente que nunca ocurriría.

Pero de esto se había dado cuenta tarde. Podría haber atesorado el amor de Amelia y lo había perdido. No volvería a molestarla.

—No te rías de mí, Wil iam— gruñó Robert furioso— O mejor hazlo, dame una excusa para

apartarte de mi camino de una vez. Dile que salga.

—No sé dónde está, ya te he dicho que no la veo desde hace días, Robert. Búscala por la casa— le instó Wil iam cuya nariz había comenzado a sanar y no planeaba que se la

rompieran de nuevo— ¿No sabes dónde está?

Robert le miró fijamente, comenzó a mirar habitación por habitación por la casa y se sintió repentinamente ridículo al í. Aquel canal a se había acostado con su esposa. Él no tenía que pedirle saber dónde estaba.

—El a dijo que estaba en casa de su madre— contestó Robert antes de pensarlo, fue una respuesta automática.

—Y creías que era mentira— asintió para sí mismo Wil iam, aunque en el fondo deseaba

que fuera verdad, que hubiera ido a visitarle a él y que su primo les hubiera encontrado juntos— Yo también la quiero, Robert. Por eso fui a por el a.

—Pero no lo suficiente como para cumplir con el a, sin embargo arruinaste nuestro

matrimonio— murmuró Robert más apaciguado al comprobar que realmente no estaba al í.

—No voy a negar que le ofrecí un acuerdo más cómodo para mí que para el a, me

arrepiento de lo que hice. El a me pidió que me marchara pero no le hice caso. La perdí por imbécil. Solo espero que seas lo suficientemente orguloso como para no perdonarla y

conseguir que regrese conmigo— terminó Wil iam, cuyo plan era exactamente aquel.

Esperar.

—Antes te mato— le amenazó enfadado con voz fría.

Wil iam se encogió de hombros.

Robert se giró y se fue a la calle, regresaría a su casa y le daría dos horas para regresar. Si no lo hacía se marcharía de allí y no quería saber nada de el a

nunca más.

Quizá era cierto que estaba con su madre. Hasta dónde él sabía no había muy buena

relación entre el as, pero tal vez estaban intentando reanudarla.

Se sirvió una copa y aguardó pacientemente. La criada que había salido con Amelia entró corriendo en la casa. Al verle suspiró un poco aliviada y comenzó a hablarle rápidamente.

—Más despacio, muchacha— le ordenó Robert cogiéndola por los hombros para que dejara

de moverse. La chica estaba muy nerviosa— ¿Y la señora?

—La señora Amelia me pidió que enviara la carta a su hermana, y que regresara a por ella en casa de su madre, pero cuando fui nadie me abrió y se escuchaban gritos del interior, señor— dijo la joven atropeladamente.

Robert dejó a la joven allí y se marchó con celeridad a casa de su suegra. Allí estaba ocurriendo algo muy extraño. Había oído que el carácter de esa mujer era demoníaco, pero a él no se lo pareció cuando la conoció. No podría decirlo, pero tenía un nudo en el estómago. 7

Posiblemente Amelia no merecía su preocupación, pero él la quería y continuaba velando

por su seguridad. 3

Llegó a la casa de los Philips y Robert golpeó la puerta con brusquedad. Comenzó a llamar a Amelia, pero nadie respondía. Robert comenzaba a impacientarse y asustarse de verdad.

—Parece que hemos pensado igual— escuchó a sus espaldas.

Robert se giró y se encontró con su primo de nuevo. Bufó por lo bajo.

—Lárgate de aquí, no es tu problema— le impelió Robert golpeando de nuevo

la puerta.

—No tengo prohibido caminar por la...— Wil iam se quedó en silencio cuando escucharon el sonido de unos disparos que provenían del interior de la casa.

Capítulo 44

Amelia abrió los ojos sintiéndose repentinamente desorientada. No recordaba con exactitud

donde se encontraba. Sentía un dolor punzante en la cabeza. Conforme fueron pasando los segundos fue recordando poco a poco lo que había ocurrido. Richard y su madre tenían a

Katherine retenida al í y su hermano la había atacado a el a. Intentó moverse pero le fue imposible, ya que el a también se encontraba atada a una de las sil as.

— ¿Amelia?— le preguntó Katherine que estaba contra su espalda— ¿Te encuentras bien,

cielo?

—Sí, sí, estoy bien— repasó mentalmente, esperaba que su bebé también estuviera bien.

Aunque si no fuera así lo notaría, ¿no?— ¿Y tú?

—Bien también— susurró Katherine aunque notaba como le temblaba la voz— Debiste

hacerle caso a Bertha. Tenías que haberte marchado.

Cuando Katherine había escuchado a la vieja criada hablar con Amelia, había sentido cierta tentación de gritar pidiendo ayuda, pero pensar que podría meterla en problemas a el a

también la había detenido de hacerlo. Sin embargo esa impulsividad que caracterizada a su cuñada la había l evado a caminar directamente hacia el

desastre a ella sola.

—Me alegro de no haberlo hecho, imagina lo que te pasaría a ti sola— le contestó en un murmullo Amelia, deseando que Robert apareciera por allí para salvarla de nuevo. Aunque

seguro que él ya se encontraba en Bath, por lo que era imposible que eso ocurriera—

¿Desde cuándo está aquí Richard?

—No lo sé, me obligó a irme con él. Amenazó con quitarme a Mark y me trajo aquí. Planean pedir dinero por mí.

—Canal a... Bertha— dijo Amelia nada más verla. ¿Cómo podía esa mujer pasearse por allí como si nada? ¿Estaba loca o qué?—Tienes que ayudarnos, ven.

—No puedo, Amelia. Solo soy una criada no puedo traicionar a la señora— dijo la mujer con la cabeza agachada, sin mirarla a los ojos.

Desde luego aquella mujer había perdido el juicio, pensó Amelia viendo como rodeaba el

lugar donde estaban con una bandeja en la mano.

—Está asustada, Amelia. Es como si fuera prisionera también— dijo Katherine.

Caroline y Richard mientras tanto, discutían en el despacho como proceder. Ninguno había

contado con que tendrían que capturar a Amelia también. El plan había sido sencillo,

llegarse a Katherine y pedirles a sus padres dinero para rescatarla. La tonta de Amelia había destruido sus planes.

—Quizá podamos conseguir el doble de lo que planeamos, madre— musitó Richard

bebiendo un trago de vino directamente de la botel a— Has dicho que está casada con un tipo muy rico. Podríamos hacer lo mismo que con Katherine.

—Pero podrían atraparnos, Richard. No seas estúpido. Debemos deshacernos de el a—

susurró Caroline con aire conspirador.

Bertha que había escuchado la última parte de la conversación, se armó de valor y decidió ayudar a aquel as chicas a escapar. No había hecho nada por Katherine. Se sentía mal por no haberla ayudado pero no podía traicionar a su señora. Sabía que esta no era buena, pero l evaban tanto tiempo juntas que su fidelidad estaba más que justificada, aunque el a no la mereciera.

Pero querer hacer daño a Amelia era otra cosa, no iba a consentirlo. Fue a la cocina y cogió un cuchil o afilado. Se acercó hacia a la sala, donde estaban las jóvenes atadas. Se agachó junto a el as y colocó el cuchil o en una de las manos de Amelia. La mujer la miró y colocó un dedo sobre sus labios para que guardara silencio y salió de la habitación caminando hacia la cocina. Amelia asintió e intentó soltar las cuerdas, pero no tenía buen ángulo para hacerlo. Katherine que había visto el cuchil o que les había dado Bertha movió un poco las manos y comenzó a rozar sus cuerdas con la hoja del arma.

—Creo que puedes romper las mías— susurró Katherine— Luego yo cortaré las tuyas.

Amelia asintió y continuó agarrando fuertemente el cuchil o hasta que Katherine se vio libre de las ataduras. Esta se levantó y agarró el cuchil o comenzando a cortar las de Amelia.

Richard pasó por delante de la habitación en ese momento y vio que su esposa se había escapado, maldijo interiormente. El a no se había dado cuenta por lo que se acercó y la agarró provocando que la chica se asustara y se girara hacia él, provocándole un pequeño corte en el brazo. Katherine colocó el cuchil o frente a el a, para defenderse.

—Déjanos marchar, Richard— dijo Katherine intentando que no se notara que estaba

aterrada— No se lo diremos a nadie.

Amelia intentaba ver lo que ocurría, pero le era imposible al encontrarse de espaldas a él.

—Dame el cuchillo, Katherine— le ordenó Richard alargando la mano hacia el cuchillo.

—No, déjanos irnos y te lo daré— replicó la joven a la que le temblaba la mano.

—De acuerdo. Adelante— dijo Richard para conseguir que bajara la guardia,

Katherine se despistó unos segundos, al escuchar un golpe en el despacho de Richard.

Entonces él rápidamente se acercó a ella para arrebatárle el arma, comenzaron a

forcejear, y finalmente la afilada hoja del cuchillo se hundió en carne humana.

Richard y Katherine se miraron el uno al otro unos segundos, antes de que la chica

comenzara a sentir como su vestido comenzaba a mojarse.

Amelia intentaba ver lo que ocurría a sus espaldas y entonces vio a su cuñada caer al suelo, mientras un charco de sangre se formaba a su alrededor.

— ¡Katherine!— gritó histérica mientras las lágrimas comenzaban a derramarse moviéndose

enérgicamente queriendo acercarse a él— Katherine, mírame, vamos— le pidió moviendo

la silla.

Richard se colocó frente a su hermana y limpió la sangre en su vestido.

—Pórtate bien, hermanita— la amenazó pasando la hoja del cuchillo sobre su garganta.

—Canal a, bastardo. ¡Asesino!— le gritó la chica escupiéndole en la cara.

Richard se limpió y con la misma mano, propinó un golpe en el rostro de su hermana, viendo como la sangre comenzaba a manar de su labio.

—No vuelvas a gritarme— se marchó del lugar.

Caroline se levantó tambaleante del sofá y se acercó al botelero.

—Ya veo que sigues con ese vicio tan poco elegante— Caroline se giró y dejó caer el vaso al suelo— No eres ninguna dama, Caroline. Y lo sabes.

— ¿Rose? ¿Qué haces aquí? Tú no puedes estar aquí ¡vete!— le gritó comenzando a

lanzar cosas hacia la sonriente rubia que la miraba fríamente desde el otro lado de la habitación.

—Debes irte tú— dijo otra voz desde el lado opuesto.

—Charles... No puede ser, ¡estáis muertos! Ambos estáis muertos— gritó la mujer histérica, cogiendo el arma de fuego que Richard había dejado sobre la mesita.

—Por tu culpa, Caroline, ¿cómo se siente?— de nuevo otra voz le habló viniendo desde la puerta.

Caroline le apuntó con el arma.

Richard intentó acercarse a su madre que le miraba como si no le conociera mientras le apuntaba con su propia arma.

—Henry...— susurró el a palideciendo.

—Madre, soy yo, Richard. Dame el arma— le pidió acercándose a el a.

—Apártate de mí—gritó apretando el gatillo.

De pronto todos los fantasmas del pasado de la mujer se desvanecieron ante sus ojos y solo quedó ante el a el cuerpo sin vida de su hijo adorado.

Caroline comenzó a gritar como una loca rompiendo todo lo que encontraba a su paso.

Paralelamente, Amelia no dejaba de l amar a su cuñada. No podía morir, por favor, el a debía estar bien. La necesitaban, todos lo hacían.

Vio cómo su mano comenzó a moverse y Amelia suspiró al comprobar que todavía vivía,

pero la sangre continuaba brotando de su herida. Katherine necesitaba ayuda.

Bertha, alertada por los gritos de Amelia acudió corriendo y vio a Katherine en el suelo, soltó a la joven Phil ips. Amelia arrodil ó junto a el a y vio la herida que la joven tenía en el abdomen.

—Se va a salvar, ¿verdad?— le preguntó Amelia, deseando una respuesta afirmativa, pero

la pérdida de sangre comenzaba a pasar factura en el cuerpo de su cuñada. Estaba

perdiendo color paulatinamente, mientras la abrazaba.

Bertha rompió sus enaguas e hizo presión con el as sobre la herida de Katherine.

—Katherine— la l amó Amelia mientras golpeaba suavemente su mejil a con la mano, para

despertarla.

—Amelia— susurró Katherine dulcemente acariciando la mano de su joven cuñada—Tengo

frio— se quejó tosiendo débilmente.

—Bertha te traerá unas mantas y conseguiremos que entres en calor, pero tienes que

aguantar, por favor. Tenemos que salir juntas de aquí— le dijo Amelia, abrazándola

fuertemente.

En la habitación en la que se encontraban su madre y Richard comenzaron a escucharse

cosas romperse pero Amelia no le prestó atención. Katherine moría entre sus brazos y no podía hacer nada. Comenzó a sentir el olor metálico de la sangre y comenzó a sentir nauseas.

—Amelia, escúchame— pidió Katherine, mientras comenzaba sentir debilidad en sus

miembros— Peter...

A la mente de Katherine solo acudía el recuerdo de Peter, se arrepentía tanto de haber

peleado con él la última vez y Mark, su pequeño niño se quedaría solo...

—Debemos conseguir ayuda— dijo Amelia mirando a la criada, después desvió su vista

hacia Katherine— Tienes que aguantar, Katherine, traeré ayuda y Bertha cuidará de ti.

Amelia se levantó con dificultad y caminó con paso ligero hacia la puerta de

la entrada.

Cuando iba por mitad del recibidor escuchó el sonido de un disparo. Se giró asustada y vio salir a su madre histérica del despacho de Richard mientras le lamaba. Y se dirigía hacia el a.

Capítulo 45

Caroline la vio y se dirigió hacia el a. Amelia corrió hacia la puerta mientras comenzó a escuchar gritos desde el otro lado de la puerta. Con mano temblorosa consiguió abrir la puerta y salió al exterior.

— ¡Amelia!— era la voz de Robert, Amelia cayó entre sus brazos, ya que solo tenía ojos para él.

— ¿Te encuentras bien? ¿Estás herida?— le preguntó el joven asustado.

Robert había comenzado a lamamar a la puerta tras el disparo y de pronto Amelia estaba ante él con el vestido cubierto de sangre. Comenzó a tocarla intentado localizar una posible herida asustado, mientras la mantenía apretada contra él.

Vio como William había reducido sin esfuerzo a la madre de Amelia que había salido tras el a con el arma en la mano y clamaba lamamando a su hijo.

—No, no es mía— musitó Amelia con debilidad— Es de Katherine el a está herida.

Lo sucedido pasaba factura en el ya de por si débil estado de salud de la joven que se desmayó en los brazos de su marido.

Mientras Robert asentía. Él se encargaría de todo.

Amelia fue recuperando la consciencia poco a poco. Estaba tumbada sobre un lugar

cómodo. El a supo inmediatamente que se trataba de una cama. Vio que estaba

en la

habitación de Robert en Mine Hal . Pero eso pasó a un segundo plano cuando a su mente regresó la imagen de Katherine herida y el a había salido para ayudarla. A la vista estaba que no lo había hecho.

Se incorporó rápidamente, pero alguien que estaba junto a el a le colocó la mano en el pecho y no la dejó levantarse de la cama. Se giró a su derecha y vio con alivio que se trataba de Robert que la miraba con expresión neutra. No importaba estaba al í.

— ¿Katherine?— preguntó Amelia mirándole interrogante con un nudo en la garganta.

—Está bien, Amelia. El a está descansando en la habitación de al lado— la tranquilizó

Robert.1

Amelia se sintió un poco mal, ya que había creído que si Robert había ido a ayudarla era porque había una mínima posibilidad de que el os pudieras arreglar su matrimonio. Pero

viéndole junto a el a, estático como una piedra, se dijo que era imposible. Y lo entendía. No era fácil perdonar algo así y no podía culparlo por no hacerlo.

—Tú debes hacerlo también, lo ha dicho el médico— dijo Robert levantándose de la sil a y metiendo las manos en los bolsil os— Además de decir otras cosas.

Amelia le miró y supo sin ningún atisbo de duda que otras cosas había dicho el médico.

— ¿Pensabas contarme que estas embarazada o pretendías ocultarlo también?
— le impelió

el joven con voz cortante.

Robert había pasado, del miedo al enfado, pasando en el momento en que el

médico le había dicho que la debilidad de su esposa no se debía a ningún tipo de herida. Amelia estaba embarazada y él ya lo sabía. Lo acababa de comprobar al decirlo, porque él no se había sorprendido. Deseaba que aquel bebé fuera su hijo, pero era consciente de que quizá no fuera así.

—Te lo iba a decir, apenas hace dos días que lo sé. No he tenido tiempo, Robert— contestó Amelia con delicadeza intentando defenderse.

— ¿Y ahora qué? ¿Te das cuenta en la situación en la que nos encontramos?
¿Eres

consciente de ello?— comenzó Robert a atacarla con preguntas, pero notó que él no

esperaba respuestas, ya que él no dejó de hablar— ¿Pendleton y yo debemos sentarnos a esperar a que llegue el feliz alumbramiento y ver a quien se parece?

Amelia comenzó a sentir como le picaban los ojos por las ganas de llorar, pero intentó controlarse. No era ni más ni menos que lo que él merecía. No debió haber sido tan cruel con él al mentirle de aquella forma y merecía recibir aquello. Pero eso no significaba que fuera a agachar la cabeza aceptándolo.

—Es tuyo— afirmó con firmeza Amelia.

Robert la miró con cinismo, su corazón comenzó a acelerarse al escucharla decir aquellas palabras, pero su orgullo se negaba a dejarse convencer.

— ¿Qué ibas a decir tú?— preguntó retóricamente sin apartar la vista de ella. Parecía tan indefensa y débil, habían estado a punto de matarla su hermano y su madre. Y él evaba en su interior un bebé que había posibilidades de que fuera suyo.

—Solo puedo darte mi palabra, comprendo que mis acciones anteriores no me den la

credibilidad necesaria para que me creas, pero no miento. Estoy segura de ello

— afirmó

rotundamente. Su menstruación era la única prueba que necesitaba.

— ¿Cómo?— preguntó Robert cruzándose de brazos.

—No puedo hablar de eso— dijo enrojeciendo, aquellos temas no se trataban con los

hombres.

—Amelia, no tengo ganas de juegos— comenzó a decir Robert hartándose de tanto rodeo.

—Mi... Periodo— susurró Amelia enrojeciendo aún más. Robert cambió su peso de un pie a otro incómodo.

El a había sangrado después de estar con William y habían pasado días tras eso, cuando el a y Robert iniciaron su vida marital.

—Ya veo— contestó él, no muy seguro de aquello. Él no sabía nada de aquello, sabía que existía, pero como todos los hombres de la época. Conocían de la existencia de aquella condición femenina pero la obviaban y fingían no saber nada.

—Te juro que no miento. Salvo sobre... aquello, nunca te he mentado, cuando te dije que te quería lo dije de verdad. Aun te quiero, Robert. Si algún día pudieras...— dijo Amelia dejando de lado lo dicho anteriormente, levantándose de la cama.

—Me quedaré hasta que Katherine y tu estéis repuestas, Amelia, pero eso no significa que mi postura frente a nuestra situación sea diferente— aclaró el joven, haciendo un esfuerzo monumental para apartarse de ella.

— ¿Y ellos? Mi madre y Richard, ¿dónde están?— preguntó Amelia abatida, pero con

desesperación porque él no se marchara aun de la habitación. No había pensado en ellos hasta ese momento. Robert la miró sin saber cómo decirle lo

que había ocurrido, ya que para bien o mal, eran su familia también— ¿Y bien?

—Richard ha... muerto— dijo Robert suavizando el tono, pues la quería y no quería que sufriera, sin embargo Amelia se tomó la noticia con un leve suspiro, aunque lo peor estaba por llegar— Lady Mawsdley le disparó y acabó con su vida.

Amelia le miró con los ojos desmesuradamente abiertos, ¿su madre había disparado a

Richard? ¿Porque? Recordaba fugazmente que habían oído un disparo y luego su madre

había salido tras el a...

— ¿Porque lo hizo? El a le adoraba— musitó Amelia todavía impresionada.

Robert se moría por abrazarla, pero como había dicho su relación no estaba para nada

arreglada. Por lo que se mantuvo quieto en su sitio.

—Ha perdido el juicio, grita a quien quiera oírlo que el a no se la ama Caroline, sino Sarah, que vive en Brentwood, junto a sus padres panaderos y sus hermanos, y no sé cuántas locuras más— continuó Robert encogiéndose de hombros.

Recordando que en sus delirios había sido casi imposible reducir a la mujer. Habían

necesitado dos guardias y William, para conseguir que se estuviera quieta el tiempo

suficiente como para colocarle una camisa de fuerza y subirla a un coche que la había llevado a Bedlem.

—Qué horror— musitó Amelia, aunque lo realmente triste era que no le importara apenas

que esas dos personas que eran parte de su familia cercana hubieran acabado así.

Richard había sido un niño toda su vida y nunca se había hecho responsable de nada. Herir a la pobre Katherine y morir a manos de su madre había sido el final despreciable de una persona despreciable.

Y Caroline, ¿qué se podía decir de él? Amelia solo esperaba que los muros del Hospital de Bedlem fueran lo suficientemente resistentes como para conseguir que su madre

permaneciera para siempre lejos de sus vidas.

Capítulo 46

Amelia esperó al día siguiente para entrar a ver a su cuñada. No quería agobiarla, ya que estaba herida y necesitaba descansar.

Grace le había dicho que Robert no se había apartado de su lado desde que la había traído a casa, sin embargo Amelia no había vuelto a verle desde que habían tenido aquel a

conversación. Pero no podía culparle, lo único que la aliviaba era que al menos él aun le dirigía la palabra y si había estado al í, era porque se preocupaba por él, pero necesitaba tiempo. El í tenía todo el mundo. Esperaría eternamente por él.

Había escuchado que William también había estado al í y que había ayudado con el ataque de locura de su madre. Sin embargo él se había ido a su casa. Quizá podría parecer un acto descortés, pero Amelia quería creer que al menos había algo de decoro en el duque y que no había ido al í porque su presencia sería incomoda, aunque no olvidaría agradecerle que hubiera ido a ayudar. Siendo William, podría haber seguido con su vida tan tranquilo.

Llamó a la puerta de la habitación de Katherine y cuando escuchó la voz débil de su cuñada entró en el interior.

Se acercó a la cama y se sentó junto a ella que había estado junto a él.

— ¿Cómo te encuentras, Katherine?— le preguntó Amelia cogiéndole la mano.

—Un poco dolorida, esas hierbas saben muy mal. Al parecer he tenido suerte, solo fue un corte profundo, pero no causó daño en ningún órgano— le explicó Katherine. La joven

asintió, aunque su cuñada parecía mejor, aún estaba bastante pálida.

— ¿Sabes que lo de Richard y...?— le preguntó Amelia sin terminar de formular la pregunta.

—Sí, ha sido horroroso todo esto y lamento que te hayas visto involucrada, Amelia— se

disculpó con pesar Katherine.

—Eso debería decirlo yo, al fin y al cabo es mi familia la que ha hecho todo esto— dijo Amelia con una sonrisa ladeada— Robert ha enviado un telegrama a tus padres y llegaran pronto, aunque serás mí invitada unos días más.

No pasó inadvertido para Katherine la tristeza con la que Amelia había dicho el nombre de su marido.

— ¿Van bien las cosas entre el señor Bradford y tú?— preguntó Katherine dulcemente.

—Sí, muy bien— mintió Amelia, que no quería preocupar a su cuñada malherida con sus

problemas, además no quería airearlos por ahí. Solo les incumbían a ellos— De hecho,

vamos a tener un bebé.

— ¡Oh, Dios mío, cielo! ¡Enhorabuena!— comentó Katherine emocionada por la noticia— Y

estas contenta, ¿verdad? ¿Le quieres Amelia?

—Mucho más de lo que pensé que podía quererse a una persona— asintió Amelia.

—Entonces cualquier problema que haya se solucionará, ya lo verás. El amor puede con

todo— afirmó Katherine pensando en su propia experiencia.

De pronto, como si le hubiera conjurado, la puerta de la habitación se abrió de golpe y un desesperado Peter Dorsey entró en ella y se acercó a Katherine omitiendo la presencia de la otra joven. Se acercó a ella y la besó.

—Si no estuviera muerto yo mismo acabaría con ese maldito— rugió Peter acariciando la

cara de Katherine con adoración.

Amelia, que desconocía lo que ocurría allí pero podía imaginarlo, les dejó a solas. Salió de la habitación con una sonrisa.

Quizá Katherine tuviera razón y el amor lo pudiera todo...

—Peter estoy bien— le dijo Katherine sin darse cuenta de que su cuñada había salido

dándoles intimidad.

—No volveré a perderte de vista, Kat— afirmó rotundamente el marqués— No me importa si tengo que obligarte, cuando consiga deshacerme de Onel a nos casaremos y nada volverla

a separarnos.

—No hará falta que me obligues a nada, Peter... Tú me has devuelto la vida— musitó

Katherine sonriente

Y era cierto, sin la amenaza de Richard y de lady Mawsdley un futuro maravil

oso se abría ante el os. Y lo esperaba gustosa junto a él, porque de verdad él le había devuelto las ganas de vivir.

Amelia no sabía la historia de Katherine y Peter, esta se la contó en una de las charlas que mantuvieron mientras esta se recuperaba ansiando regresar a su casa junto a su hijo.

La joven se daba cuenta de que Peter era un hombre de pocas palabras y quizá algo rudo, pero había visto lo preocupado que había llegado cuando supo que Katherine estaba

herida. Se había adelantado a caballo a los señores Dawson, los padres de Katherine que habían llegado casi medio día más tarde.

También llegaron Sophia, Stephen y Anne, además trajeron a Mac. La verdad es que

Amelia no sabía cómo habían conseguido que el perro se estuviera quieto en el coche o como se las habían ingeniado para traerle.

Pero no tuvo tiempo de hablar con Robert a solas. Él se comportaba como el perfecto anfitrión pero en lo relacionado con ella, era totalmente apático y lo entendía. Pero eso no quitaba que le doliera. 3

Anne comenzó a saltar de alegría cuando le contó que sería tía de nuevo y abrazó a Robert dándole la enhorabuena, la cara del joven había estado vacía de expresión, por lo que Amelia no supo que era lo que sentía.

A su alrededor parecían solucionarse todos los problemas de los demás. Katherine estaba

cada día más fuerte y pronto podría regresar a casa. El marqués estaba anulando su

matrimonio.

No había tenido noticias de William, aunque tampoco las quisiera. Pero no

olvidaba su

deseo de agradecerle que la hubiera ayudado. Aunque su relación no hubiera terminado

como el a esperaba en un principio y él se hubiera comportado mal con el a, no era

malvado. Solo un egoísta mujeriego. Pero él nunca lo había negado. Aunque debía

reconocer que debía agradecerle que hubiera hecho aquel o, de otra manera no habría

conocido el verdadero amor junto a Robert y no podía imaginar lo que hubiera sido de su vida sin él, aunque en esos momentos no la quisiera cerca.

Mantener la fachada fría era muy difícil para Robert, él deseaba acercarse a Amelia,

perdonarla incluso, pero en su interior continuaba estando su orgullo herido que le decía que sería un idiota si aceptaba aquel o. Sin embargo la quería e incluso comenzaba a

ilusionarse con la idea de aquel niño, por eso debía marcharse cuanto antes.

Estar junto a el a le estaba adormeciendo la lógica y el raciocinio, debía alejarse y pensar en todo eso con la mente fría.

Los Rutterford se quedaron en su propia casa de Londres, Sophia no quería separarse sus hermanas ahora que podían visitarse cuando quisieran y pasear juntas. Aunque las viejas

cotorras murmuraran a su paso, finalmente se les pasaría.

Ninguno de ellos se preocupó de asistir al entierro de Richard. Este fue sepultado en el panteón de la familia Mawsdley ante la mirada lúbrica de la vieja Bertha que había

trasladado su residencia a una pequeña casa cerca del hospital de Bedlem para visitar

diariamente a Caroline.

Cuando Katherine estuvo lo suficientemente fuerte como para viajar, se marchó junto a sus padres y un protector Peter que no se había separado de ella en las dos semanas que había pasado en cama. Katherine era una mujer con suerte, pero ciertamente ella la

merecía, se dijo Amelia. 1

Anne y ella se despidieron del coche desde la puerta y cuando hubo desaparecido de su vista entraron de nuevo hacia la casa.

En ese momento, Robert bajaba las escaleras con sus pertenencias, ya que él también se marcharía. Había querido cumplir con su papel de anfitrión ya que no habría sido decoroso dejar que Amelia se encargara sola, pero una vez que se habían marchado él debía hacerlo también.

— ¿Y esas cosas, Robert? ¿Te marchas?— preguntó Anne, y Amelia lo agradeció ya que

ella se había quedado muda.

—Sí, debo regresar a Mey para solucionar unos asuntos— le contestó Robert acariciando

con cariño su mejilla.

— ¿Y nosotras no vamos contigo?— preguntó de nuevo, aunque esta vez, Amelia fue la

que habló.

—No, cielo, nosotras nos quedaremos en Londres un tiempo— musitó con la voz ronca,

pero sin querer que su hermana notara lo que aquel o le dolía— Ve a ver si Mac ha roto algo, cielo.

Anne les miró y supo que su hermana quería quedarse a solas con Robert, pero también era normal, estaban casados. Asintió e hizo lo que le pedía.

—Recogeremos nuestras cosas y desocuparemos la casa. Has sido muy amable al permitir

que nos quedáramos— dijo Amelia intentando ser correcta, cuando lo que deseaba era

agarrarse a su cuello y obligarle a que la llevara con él.

—No será necesario, podréis vivir aquí mientras veamos cómo... Evolucionan las cosas—

dijo Robert dirigiendo una mirada a su vientre donde comenzaba a notarse su embarazo.

Amelia asintió sin poder decir nada más. Robert sin poder resistirlo más se acercó a ella en una zancada y la besó fuertemente dejándola sin aliento.

—Cuídate— musitó y se marchó sin mirar atrás.

Amelia sintió como las lágrimas volvían a caerle por las mejillas, pero debía ser optimista, quizá de verdad ocurriría el milagro y podían llegar a ser felices.

Una semana más tarde no estaba tan convencida, se decía a sí misma que era muy pronto, que Robert necesitaba tiempo y que ella no era nadie para exigirle respuestas. Era

consciente de que podían pasar meses hasta que él decidiera que hacer y ella debía

mantener la esperanza.

Por eso se obligaba a comer aunque no tuviera ganas, por su hijo y por Anne

también. La niña no preguntaba por Robert porque presentía que las cosas no estaban bien, pero

Amelia sabía que no era tonta y que algo debía intuir.

—Señora Bradford, tiene una visita— dijo Grace entrando en el salón, donde Amelia y Anne tomaban la comida.

— ¿De quién se trata?— preguntó la joven, esperando que quizá fuera Sophia o Pamela, su hermana se negaba a regresar a Gracefields hasta que su problema con Robert se

solucionara. Y como habían traído a Melissa no tenían prisa por regresar, aunque a su cuñado no le entusiasmaba la idea, siempre hacía lo que su esposa pedía.

—Del duque de Pendleton, señora.

Capítulo 47

Anne dejó el tenedor en el plato, se le había quitado el hambre. ¿Qué hacía ese hombre al í? Agarró con la mano el cuchillo y deseó que su hermana no le recibiera, pero claro eso no sucedió. Amelia le dijo a Grace que le hiciera pasar. Genial.

Wil iam no quería causar problemas, pero quería disculparse como Dios mandaba de

Amelia. El a merecía aquel a disculpa más que nadie, si había alguien a quien de verdad había hecho sufrir había sido a el a y no lo merecía.

Cuando salió de su casa con el vestido manchado de sangre sintió como si se le detuviera la respiración. El a podría haber muerto y cuando se vio libre salió y saltó a los brazos de Robert. No a los suyos.

Él se los había cerrado cuando el a los necesitó abiertos y ahora recogía lo que merecía. En ese momento confirmo que él la amaba, no sabía porque, ni como, ni cuándo. Había estado tan centrado en reafirmar su masculinidad y su libertad, que había tenido frente a él la posibilidad de tener una familia y una

esposa maravillosa que le esperara en casa. No habría nunca otra como Amelia para él. Wil iam había decidido hacía tiempo que no se

casaría y ahora que había perdido al amor de su vida y conseguido lo que pretendía se sentía vacío.

Pero eso no significaba que quisiera que ella viviera una vida triste por su culpa. Amelia merecía ser feliz y aunque a él le pesara esa felicidad era Robert.

Wil iam entró en el salón y se encontró de frente con Amelia. No había esperado que el choque de verla de nuevo fuera tan grande. Estaba hermosa.

—Buenas tardes— dijo Wil iam con un asentimiento de cabeza— ¿Podemos hablar un

momento a solas?

Amelia le miró y deseó que no buscara problemas, aunque no lo merecía mucho, decidió

darle el beneficio de la duda. Asintió.

—Anne, cielo, ve a ver qué hay de postre— le pidió su hermana mirándola significativamente.

Anne miró a ambos y asintió mirando a Wil iam con rencor.

—No la hará l orar, ¿verdad?— afirmó señalándole con la mano que sujetaba el cuchil o.

—No— negó Wil iam con seriedad escondiendo una sonrisa, de verdad era un demonio de

niña.

Anne achicó los ojos y se marchó con paso decidido.

—Vaya guardiana— dijo irónicamente el duque.

—Sí...— musitó Amelia mirando hacia otro lado.

Ambos guardaron silencio unos segundos, sin saber cómo empezar.

—Vengo a despedirme, Amelia. Dentro de una hora zarpa mi barco. Me marchó a

América— comenzó a decir el duque— Me gustaría disculparme por todo lo que te hice, sé que eso no significa nada, pero me arrepiento de todo. Créeme que lo hago. Y sé que merezco tu odio, por eso no me atrevo a pedirte tu perdón porque sé que no lo...

—Te perdono, Wil iam. Y al contrario de lo que crees no te odio, simplemente las cosas entre nosotros no han sido... ideales— terminó Amelia, aunque sentía que él se marchara—

¿Y cómo lo ha tomado tu madre?

—Mejor de lo que pensaba, aunque desea que regrese casado— dijo con una sonrisa

ladeada, aunque secretamente deseaba que el a tuviera algún tipo de reacción al imaginarle casado, sin embargo no ocurrió nada de eso.

—Te deseo mucha suerte, Wil iam. No te guardo rencor, no puedo hacerlo— dijo Amelia

sinceramente levantándose de la silla.

Stephen le había contado que estaba embarazada y debía decir que estaba realmente

preciosa. No podía negar que había pensado que eso era la oportunidad que necesitaba

para estar con el a y que había sido uno de los principales motivos por los que estaba al í.

— ¿Robert lo sabe?— preguntó sonando un poco inoportuno, señalando con un gesto su

vientre abultado.

—Sí, él pensó que era tuyo... Pero no sé qué ocurrirá a partir de ahora, esperaré para ver que decide, es lo único que puedo hacer y más de lo que merezco, después de lo que ocurrió— se confesó Amelia aunque se arrepintió de haber dicho demasiado.

— ¿Y no lo es?— preguntó con seriedad aunque imaginaba la respuesta.

—No— su negativa fue tan rotunda que se sintió decepcionado aunque supo disimularlo.

—Es hora de marcharme. Te deseo lo mejor, Amelia y espero que recibas pronto mi

regalo— se despidió enigmáticamente, saliendo de la sala—Siempre estaré por si me

necesitas.

Amelia asintió secándose una solitaria lágrima al verle partir.

Antes de salir se cruzó con Anne que la miraba ceñuda. Se acercó a ella y se colocó a su altura.

—No me mires de esa forma, pequeña arpía, al menos podrías desearme buen viaje— le

dijo William con ironía.

— ¿Se marcha lejos?— preguntó Anne mirándole mientras se mordía el labio.

—Para tu alegría sí— contestó William poniéndose en pie.

—Buen viaje, excelencia— dijo Anne haciéndole una burlona reverencia.

Wil iam asintió y se marchó. Quizá algún día podrían llegar a simpatizar...
¡Aunque lo
dudaba!

Al día siguiente Robert regresaba a su casa después de un día duro de trabajo en el campo.

Trabajar hasta el cansancio parecía ayudarle, sin embargo cuando llegaba a su habitación y se acostaba, se fustigaba a sí mismo, preguntándose porque no iba a Londres con Amelia, él deseaba estar con ella.

¿Cambiaría en algo que ella se hubiera acostado con Wil iam una vez? Sí, lo cambiaría

aparentemente todo, pero lo importante no. él la amaba y era su esposa, quería creer que ella también le amaba a él. Podía llegar a creer que el bebé era suyo, en su cabeza ya lo era. ¿Pero era vida aquel bebé? Arrastrándose de un lado para otro como un alma en pena, mientras Amelia estaba Londres lejos de él, podría entender sus motivaciones y sus

miedos, pero ¿era suficiente como para perdonarla?

—Señor Bradford, ha llegado esta carta para usted— le dijo una de las doncellas

entregándole un sobre.

Robert lo abrió con desgana pero lo que decía le puso alerta:

"Estimado primo:

Ya que no deseas que estar junto a ella, yo me haré cargo de todo. Me hubiera gustado hablarte en persona, pero me es imposible. Nos marchamos a América a primera hora de la tarde del próximo jueves. Deséanos buen viaje. Wil iam"

Robert arrugó la carta y salió corriendo de la casa. Ordenó histérico que le

ensil aran un caballo, aquella carta había sido escrita el martes anterior y ya era jueves. Amelia y William pretendía marcharse y él no iba a permitirlo.

Cabalgó sin descanso hasta Londres, agradeció que no estuviera muy lejos. Casi era la

hora en la que salía el barco. Se dirigió directamente a su casa. Les pil aría con las manos en la masa y mataría a su primo con sus propias manos. Menudo cínico y el a...

Entró como un loco l amándola a gritos cuando Grace le abrió la puerta.

Amelia que estaba bordando un traje para su bebé salió asustada por el jaleo. Nada más verla se acercó a ella y la apretó contra él, teniendo cuidado al notar su condición.

—No te marcharas con Pendleton a ningún lado. Por encima de mi cadáver— le dijo Robert alterado mirándola a los ojos.

—Claro que no, no sé a qué te refieres— dijo Amelia sintiéndose en paz, ya que estaba entre sus brazos de nuevo.

—Os perseguiré por donde quiera que vayáis, no habrá lugar donde podáis esconderos,

Amelia. No lo permitiré— le dijo con voz ronca sin escuchar a su esposa. 9

—Pero Robert, William se marchó ayer— dijo Amelia enarcando las cejas aun sin

comprender.

Robert frunció el ceño y releyó la carta. Soltó una carcajada seca, entre el alivio y la rabia contra su primo. Le mostró la carta a Amelia y esta la leyó sorprendida.

Mientras Anne miraba la escena escondida tras una puerta, junto a Mac. El

perro gruñó tirándole del vestido pidiéndole jugar.

—Parece un momento mágico, ¿verdad, Mac?— afirmó susurrando al perro—
Perfecto final

para Amelia, el a lo merece.

Anne fingió que escuchaba lo que decía el perro y replicó:

—Pero mi historia será diferente, compañero— dijo Anne marchándose hacia
la cocina para

conseguir algo de comer para su perro, seguida del animal— Te lo aseguro

Ahora comprendía a que se refería Wil iam con el supuesto regalo, él había
hecho lo único que podía hacer, intentar que Robert fuera a por el a y lo había
conseguido.

—No soy lo suficientemente fuerte como para mantenerme apartado, Amelia—
dijo Robert

agarrando su rostro junto a de él.

—Robert, lo siento tanto, te quiero tanto, por favor, no me...

—No quiero oír nada, hace tiempo que te perdoné... Pero era incapaz de
asimilarlo, yo también te amo y si tú me dices que es mi hijo y que me quieres
te creeré toda la vida, Amelia, pero no puedo continuar lejos de ti.

— ¿Me harás el honor de aceptarme de nuevo como esposa?— preguntó
Amelia acercando

sus labios a los de su marido.

—Para siempre esta vez— y Robert acortó la distancia entre los dos sel ando
aquel a

promesa con un tierno beso

Un futuro maravilloso se abría ante ellos para estar juntos. Siempre juntos.

Fin

Epílogo

Quince meses después...

Amelia observaba a su hijo gimoteando en los brazos de Robert pidiendo su comida. Era el día del bautizo del pequeño Robert Bradford VI. Estaban todos reunidos en la casa de

Meyworth celebrando el acontecimiento.

¿Quién iba a imaginar que el viejo duque de Sutton permitiría que su casa se llenara de gente? Si había alguien a quien agradecerse lo era al pequeño Robert y Anne que habían obrado el milagro de ablandar el corazón del anciano.

No podía ser más feliz, toda su familia estaba allí reunida celebrando el bautizo de su hijo y su matrimonio no podía ir mejor. Después de que William se marchara y ellos regresaran juntos a Mey, nadie se atrevió a preguntar el motivo de su partida.

Lo importante era que habían vuelto, eso era lo que repetía Eleanor que prefería no saber nada.

Robert y ella no podían ser más felices. Robert había comprendido que podría continuar

viviendo solo con su orgullo, pero prefería aquella vida que comenzaba junto a Amelia.

Tuvieron momentos difíciles, ¿cómo no tenerlos? Pero salvar los obstáculos les hizo fuertes y después de todo aquello todo había merecido la pena.

Amelia cambiaría algunas cosas quizá, pero realmente no podía arrepentirse de las

decisiones que la habían llevado a conocer la felicidad plena junto a Robert.

¿Cómo lo hubiera pensado tiempo atrás?

Su madre continuaba internada en Bedlem. Ni Sophia ni ella habían ido a visitarla porque estaba demás ir, era obvio el porqué. Pero sí había hablado con Bertha, que continuaba fiel a su señora. Visitándola día a día y velando por ella como siempre había hecho.

Hacía casi cinco meses que Peter y Katherine se habían casado en una ceremonia íntima y familiar. Cuando él consiguió anular su matrimonio con Onel a Fairfax se había lanzado a preparar el suyo con Katherine con tanto ahínco que su cuñada tenía seis meses de

embarazo.

Sophia y Stephen también estaban allí, junto a Melissa que caminaba de un lado a otro jugando y peleando con Mark, que era oficialmente hijo de Peter.

El título de Conde Mawsdley se había perdido para siempre tras la muerte de su hermano, ya que ninguno de ellos quería que Mark heredara semejante estigma. Peter había

reconocido a Mark, aunque no era su hijo, Mark sería en un futuro el heredero de Peter.

Nadie lamentaría jamás que se perdiera aquel título. La única que continuaba manteniendo

el apellido era la única soltera de la familia: Anne.

Amelia miró entre los presentes pero no encontró a su hermana pequeña, por lo que salió al jardín en su busca. No era la primera vez que Anne abandonaba una fiesta y la última vez que lo hizo escondió a un ladrón.

La encontró sentada en el césped, jugando con su perro enseñándole a traerle un palo que ella le lanzaba.

—Te estamos esperando para cortar el pastel, Annie— dijo sentándose a su

lado— ¿Ocurre

algo?

—Al principio solo éramos nosotras y ahora mira...— musitó con una sonrisa señalando

hacia la casa— Prometiste que saldríamos de al í y lo has cumplido. Eres la mejor hermana del mundo.

Amelia pasó brazo por encima de su hombro y la pegó a el a.

—En realidad tú lo eres — dijo Amelia emocionada.

Se levantó del suelo y levantó con el a a su hermana, y juntas caminaron de nuevo para reunirse con la familia que Amelia había prometido conseguirle.

11 Curiosidades de "Lady Amelia"

1-

Cuando comencé a escribir Lady Sophia, no tenía planeado escribir Lady Amelia.

2-

El personaje de Robert Bradford iba a ser gay y morir en el final, para dejar paso a la relación de Wil iam y Amelia. En mi cabeza también se había aferrado la idea de Wil iam y Amelia, algunas de vosotras recordareis esas semanas que no subí nada, fue porque

sencil amente no supe por donde tirar, Robert acudió en mi rescate también, en cuanto

decidió cambiarlo, todo fluyo maravil osamente y a mi me gusta como quedó al final. Las opiniones y gustos de los lectores no influyeron en el cambio.

3-

@AnaTurquoise fue la primera miembro del #TeamRobert.

4-

En la escena del apuñalamiento, Katherine iba a morir, pero finalmente decidí que

viviera, porque no merecía ese final.

5-

La frase de Katherine "Tú me has devuelto la vida" dirigida a Peter en el capítulo 46, es real, ya que fue precisamente que Katherine recordara a Peter antes de morir, lo que me decidió a no matarla.

6-

En un principio Robert y William iban a ser hermanastros. 1

7-

Jon hace un pequeño cameo en el final de capítulo.

8-

Amelia es la única protagonista de los libros que hace referencia a la menstruación.

9-

Anne solo actúa como un adulto cuando tiene que hablar con William, algo peculiar

ya que dice mucho de la personalidad un tanto infantil del duque, haciendo parecer madura a ella, llegando incluso a querer hacerle prometer que le traerá a Jon, cuando sabe que es imposible, solo para burlarse de él.

10- Al igual que Amelia en el final de Lady Sophia, Anne también hace referencia a su propia historia, solo que en lugar de decirlo a una persona, se

lo dice a su perro. Dando pinceladas de cómo será su posición frente al sexo opuesto.

11- La escena del final del epílogo es un homenaje a la relación de Anne y Amelia, la única relación de la historia que no sufre percances y que es pura como el amor entre hermanos.

Cualquier final de esta historia hubiera sido perfecto, siempre que el as terminaran juntas y felices.

—